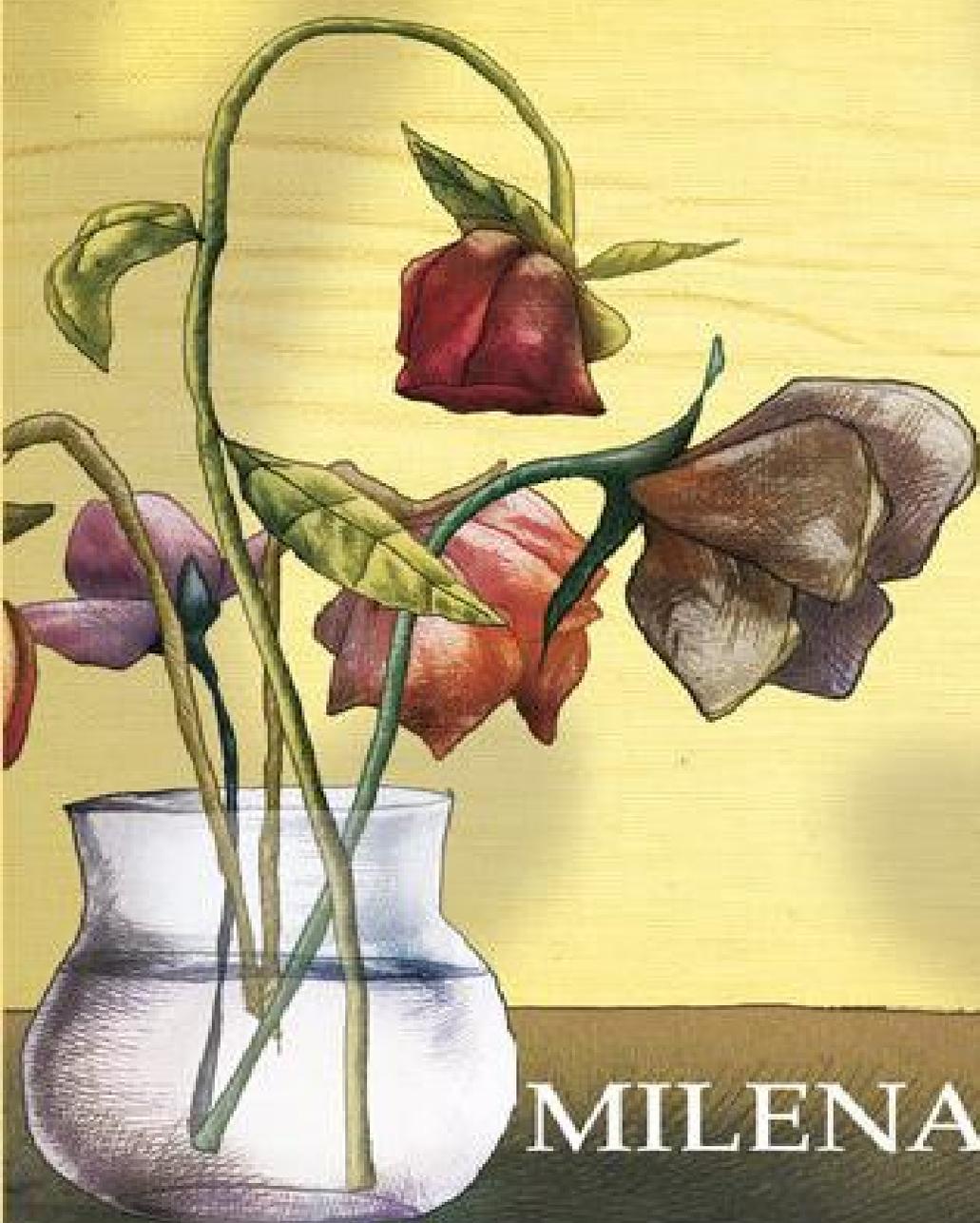


El grupo de los lunes



MILENA MOSER

alevosía

Milena Moser

El grupo de los lunes

Traducción del alemán de
Rosa Pilar Blanco

alevosía 

Índice

Cubierta

Portadilla

Primera Parte

Segunda Parte

Tercera parte

Agradecimientos

Créditos

Para Thomas, this one, not the last one

Primera Parte

¿Qué demonios hacemos aquí?

Se sentó en la estrecha cama. Era dura. Un pesado marco de metal atornillado a la pared. Encima, un colchón con forro de plástico, la almohada, un ancho edredón. Bajo la ventana, a todo lo largo de la pared, una mesa de cemento, un taburete, también de cemento, fijo. Encima, un cojín amarillo. La ventana, enrejada. Un sol pálido iluminaba el interior. Sobre la mesa, su plato de plástico azul. Cubiertos de plástico. Ropa de cama amarilla, un pijama azul. Guante de tocador, toalla, dos bayetas. Le habían dicho que tenía que hacer la cama. Se levantó, recogió de la mesa la ropa de cama y puso el almohadón. Después volvió a sentarse. La funda de plástico del colchón chirrió. Estaba sentada en el camastro, las manos bamboleándose entre sus rodillas. En la pared de enfrente, un lavabo y un espejo de metal. Una ducha abierta. Al menos, el retrete tenía puerta. Las paredes eran de cemento, pintadas de gris, las vetas del cemento se transparentaban. Ella había pernoctado en hoteles de diseño con paredes similares. Pensó en Peter, su exmarido, del que se había divorciado. «No necesitas más que media hora», solía decir, «para devastar cualquier habitación». Allí no le sucedería eso. Allí ni siquiera podría hacerlo. Aunque quisiera.

Suspiró. En esa celda no había nada. Nada que pudiera perder, ni que pudiera dejar tirado por ahí. No había pilas de libros, ni montones de ropa, ni tubos mal cerrados, ni periódicos sin leer, ni horquillas de pelo, no había nada.

Se lo habían quitado todo. La capacidad de decidir, de pensar. Le habían entregado un chándal azul, ropa interior, calcetines, unas deportivas con cierre de velcro. Un cepillo de dientes, una pastilla de jabón. Resonó el sonido estridente de la campana y se levantó. Le dijeron lo que tenía que hacer. En resumidas cuentas, nada.

Inspiró y se enderezó. Alzó la cabeza. Se quedaría allí.

Así sería posible, pensó.

Así podría vivir.

draṣṭṛāś yayohsamyogo heyahetuḥ

El sufrimiento se basa en un malentendido:
equiparar lo percibido a lo que hay que percibir
Patanjali Yoga sutra 2.17

Nevada

Estaba en la postura del perro y se cayó de bruces.

Perro que mira hacia abajo. Perro bostezante. Perro muerto de un tiro.

Siendo niña había visto una fotografía en una revista. Un perro de caza alcanzado por equivocación. Yacía de costado, bajo su cuerpo, como una manta, sobre las hojas otoñales mojadas, sangre oscura. Tenía las patas delanteras encorvadas, muy pegadas al cuerpo y dobladas hacia dentro, como si intentase rezar.

Nevada, la mujer cubierta de nieve, yacía allí ahora. Sobre la gastada esterilla azul de yoga que era su hogar. Su nariz apretada contra el plástico blando, azul vibrante ante sus ojos; los cerró.

Dormir al fin, pensó. Quedarse tirada sin más y no volver a levantarse nunca. Desde hacía semanas la torturaba ese peso, como si la fuerza de gravedad se hubiera multiplicado, incapaz casi de levantar los brazos, de mantener la cabeza erguida. Cada movimiento le exigía una fuerza de la que carecía. Además desde hacía unas semanas se despertaba como el perro de caza muerto de la foto: las muñecas dobladas hacia dentro, los dedos estirados contra las palmas de las manos como si llevara una cinta de goma en el interior de los brazos. Una cinta demasiado corta que tiraba y le producía un hormigueo. A veces se tensaba de pronto, al segundo siguiente se distendía y sus dedos se bamboleaban. El dolor apenas era perceptible como tal, un zumbido soterrado, soportable, pero constante. A veces el hormigueo se reavivaba, incrementándose hasta convertirse en punzadas. Líneas eléctricas se tensaban subiendo hacia los codos, hacia los hombros. Una vibración, un zumbido, una suerte de dolor de muelas, solo que en las manos. Se sorprendía cruzándolas cada vez con más frecuencia. Como una imagen de la Virgen María, pensaba, y después: ¿por qué me ocurrirá? ¿No llevaba diez años rezando ante los altares de las divinidades hindúes? Con una mano rodeó su muñeca y la presionó con suavidad, como si pudiera mantener a raya las

terminaciones nerviosas. Como si el dolor se pudiera encerrar en el interior del cuerpo, en el sitio donde moraba, donde dormía.

Nevada tenía treinta y seis años y era profesora de yoga. Se levantaba todas las mañanas a eso de las cinco y hacía ejercicios en solitario durante dos horas. Daba clase todos los días, en ocasiones dos veces. Desde hacía veinte años no comía carne, se lavaba los orificios nasales con agua salada, era capaz de cruzar los pies en la nuca mientras se mantenía en equilibrio sobre las manos, y de resaltar y girar como un remolino su desarrollado músculo abdominal. Estaba tan sana como podía estarlo una persona. De pequeña había practicado ballet, sabía lo que podía exigir a su cuerpo. Nevada entrenó aún con mayor dureza y durante más tiempo. Fortalecer las muñecas, pensaba, y ejecutaba *Chaturanga Dandasana*, la postura del palo sobre cuatro miembros, en cuanto podía.

El dolor aumentó. Se frotó las muñecas. Se estiró las mangas del jersey hasta taparse las puntas de los dedos. Después el dolor pasó a los hombros, y ella pensó que era una buena señal. Algo se disuelve, se dijo. Si al menos no estuviera tan cansada.

Se enrolló vendas elásticas alrededor de las muñecas. Pero se las quitó, incapaz de soportar la presión. Tuvo que sacarse los anillos. El delgado hilo rojo que llevaba atado desde su último retiro de meditación parecía encenderse durante la noche y hundirse como un clavo ardiendo en su piel. Lo rompió con los dientes igual que un animal apesadumado sus ligaduras. Pero sus ligaduras eran más profundas. Estaban bajo la piel. No llegó a ellas.

Después permaneció largo rato despierta, las manos cobijadas entre sus pechos, preguntándose qué consecuencias kármicas tendría haber roto a mordiscos el hilo bendecido por su profesor de meditación. ¿Podía llamarle para pedirle uno nuevo? ¿Era el dolor un castigo? En caso afirmativo, ¿por qué?

El hilo había estado vinculado a un deseo que se cumpliría cuando aquel se deshiciera. Seguramente ahora lo había impedido. De todos modos ya no lograba recordar cuál era su deseo. Seguramente algo parecido a «claridad». Ahora solo albergaba un deseo, y era claro: ¡terminar! ¡Tenía que terminar!

La clase de los lunes por la noche era una de sus preferidas. Conocía desde

hacía tiempo a la mayoría de sus alumnos. Lakshmi, la propietaria del Estudio de Yoga del Río, creía que daba demasiadas clases.

«Dominas el estudio», había dicho. «¡Deja que lo intenten también las profesoras más jóvenes!» Las profesoras de yoga, que formaba ella misma, estaban deseando trabajar de una vez. Pero las clases de Nevada siempre estaban llenas. Sus discípulos apreciaban sus lecciones fatigosas y estructuradas con claridad. Querían sudar, no rezar. Nevada no perdía tiempo recitando incomprensibles versos en sánscrito. Con ella solo había que inspirar, estirar los brazos hacia el techo, espirar, rozar el suelo con las manos.

Veinte minutos antes de comenzar, Nevada abría la clase, desenrollaba las estereras, encendía una vela. Después se sentaba debajo del pequeño altar sobre el que reposaba una estatua de Ganesha, el dios elefante, al lado de un jarrón con flores frescas.

Ganesha, haz desaparecer los dolores, se dijo Nevada. Al fin y al cabo la tarea del dios elefante era eliminar los obstáculos del camino. Aunque también ponérselos a uno ante los pies. Era muy posible que Ganesha le hubiera endilgado esos dolores. Pero ¿por qué? ¿Debía ella perder el compás, ser frenada? ¿Sobre qué debía meditar? ¡Ganesha, lo haré todo, pero, por favor, quítame el dolor!

Nevada dudaba de que Ganesha se compadeciera. Era muy duro, al fin y al cabo su propio padre le había cortado la cabeza por equivocación, sustituyéndola luego apresuradamente por una cabeza de elefante a la que encima le faltaba un colmillo. Las manos ardientes no le impresionaban. Nevada abrió los ojos y se incorporó. Estaba sentada con las piernas cruzadas y las manos juntas en el regazo. Así observaba a los alumnos que llegaban. En la primera fila vio a Poppy, una de sus alumnas más fieles, que colocaba su estera siempre en el mismo sitio, a la izquierda, justo al lado de la puerta. Poppy la miraba de hito en hito, con los ojos muy abiertos. Como si esperase algo de ella. ¿Una respuesta? Nevada parecía frustrar cada vez esa esperanza, y sin embargo, al comienzo de cada clase, Poppy la miraba absorta, imperturbable. Más tarde su mirada se perdería. Poppy ignoraría las indicaciones de Nevada y ejecutaría una sucesión aleatoria de *asanas* que parecía dictarle una voz interior.

Más atrás Nevada descubrió a Marie, que acudía de manera esporádica. Era médica jefe en el cercano hospital cantonal y a menudo trabajaba por la tarde o por la noche. Marie cerraba los ojos, apretándolos, la frente fruncida, como una niña que cuenta por dentro hasta diez. A veces se dormía durante la relajación final, tumbada de espaldas, la boca ligeramente abierta, la respiración convertida en un leve ronquido.

Yacer. Dormir. Con la mente en blanco. La imagen de un cuerpo yacente ya era demasiado. Estaba tan cansada... ¿Cómo podía sentir semejante cansancio una persona? Apenas conseguía mantenerse en pie. ¿Había dormido? Ya no lo sabía.

–Inspirar.

Levantó sus manos por encima de la cabeza, le parecía estirarlas a través de un cemento cada vez más viscoso, que fraguaba deprisa. Cuando las palmas se rozaron por encima de su cabeza, estaba a punto de llorar. Apretó los labios con fuerza.

–Espirar.

Se inclinó hacia delante. Sus brazos se bamboleaban. Guio al grupo por los primeros saludos al sol, despacio, había uno nuevo, un hombre joven con unos pantalones de gimnasia modernos, que doblaba la espalda con esfuerzo, estiraba las manos hacia abajo, muy lejos del suelo. Una y otra vez levantaba la cabeza, miraba a su alrededor por la sala, sus ojos se deslizaban furtivamente por los cuerpos femeninos que lo rodeaban. Más tarde les enseñaría la postura del pavo real, los hombres reaccionaban a esas demostraciones de superioridad.

–*Chaturanga Dandasana* –dijo la profesora.

Su cuerpo se inclinó despacio, sosteniéndose plano como una tabla. Se detuvo a un palmo del suelo, volvió la cabeza hacia la clase, la mitad de los alumnos yacía tumbado sobre la barriga. A Nevada le habría encantado imitarlos. La pesadez que la acompañaba desde hacía semanas la oprimía.

–*Urdvha Mukha Svanasana*, el perro que mira hacia arriba.

Nevada estiró los brazos, alzó el torso hacia arriba, echó la cabeza hacia atrás, nunca había visto a un perro en esa postura.

–Espirar, *Adho Mukha Svanasana*, el perro que mira hacia abajo.

Quince traseros se alzaron en el aire.

–Seguid respirando –ordenó Nevada.

Ella quería levantarse, recorrer la sala, colocar su mano sobre la espalda del nuevo, corregir su postura. Vio cómo vagaba su mirada, y el espíritu de Nevada la acompañó en su vagabundeo, y de pronto sus muñecas se doblaron. Durante un instante su trasero permaneció suspendido en el aire, como si pudiera anclar allí su cuerpo. Al instante siguiente yacía tendida sobre la estera. Con la boca llena de sangre.

Ted

Allí estaba. Con las piernas dobladas y la cabeza agachada. Rodeado de mujeres que estiraban sus traseros en el aire. A cual más bonito. Ceñidos y envueltos en negro y gris. Uno gigantesco, de color rojo sandía, flotaba justo delante de él. Cuando alzaba la cabeza, cuando se estiraba hacia delante... El sudor goteaba de su cara y caía sobre la estera de goma negra. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo demonios había ido a parar allí? Era el único hombre. El chiste de su vida. Tenía treinta y nueve años, era maestro de primaria, uno de los dos hombres de una sala de profesores llena de mujeres, con una hija a la que no entendía, una exmujer que no quería saber nada de él, un contestador lleno de voces femeninas de las que no quería saber nada. Cercado por las mujeres... hasta en clase de yoga. Al menos la hora de prueba era gratis. Así que no había perdido nada. Y tenía una buena historia para contar. Al menos en el futuro podría intervenir cuando otros hablasen de sus clases de yoga.

Y todo eso había ocurrido porque Tina había llegado demasiado tarde. Porque él era de los que tienen que ver una película desde el principio, de los que no pueden deslizarse en la oscura sala del cine después del comienzo. Ahora estaba asistiendo a su primera clase de yoga, y la profesora yacía sobre la estera, sangrando. ¿Debía permanecer en esa postura ridícula, con el trasero en el aire? Sus brazos temblaban. «El yoga no es para blandengues», pensó. Después se puso de rodillas.

Tina casi siempre llegaba tarde. A veces, el fin de semana comenzaba el jueves y terminaba el martes. Pero tampoco podía contar con eso. Habría

tenido que estar mejor enterado. La película empezaría enseguida. En la pequeña ciudad solo había un cine. Él solo tenía un amigo.

Odiaba eso. Cuando la pequeña estaba sentada en el sofá, ya con el abrigo puesto, la mochila a su lado, mirando fijamente al frente. Cualquier intento de volver a enredarla en una conversación, de atraerla a un juego, fracasaba en esa mirada fija. Él se esforzaba por no consultar el reloj, jugaba con el móvil, lo exponía a la luz: no había mensajes. Ella nunca llamaba para informarle de que se retrasaría. Cada vez era más tarde. Salvo cuando él no estaba preparado. Entonces, garantizado que llegaba en punto o incluso antes de la hora. Él escuchaba la respiración regular de su hija, sabiendo que ella se avergonzaba.

Y sin embargo había comenzado tan bien. Tina y Ted. Ted y Tina. Un título prometedor. Una pareja de cine. Su relación había sido dramática desde el principio. Intensa. Él habría debido saberlo. Esas películas nunca acaban bien.

Recogió su móvil de la mesa.

–Voy a hacer una llamada rápida.

Emma se limitó a asentir con la cabeza. Él fue a la cocina y llamó a Tobias.

–Oye, no lo consigo.

–Déjame aconsejarte.

–No es necesario.

Tobias lo calificaba de yonqui, de adicto a las «princesas». Se conocían desde el colegio, por entonces Ted ya mostraba una desdichada afición a las mujeres sin corazón. Tobias decía que Ted era un blando. Que tenía que imponerse. Tobias no sabía lo que era pasar un fin de semana con Emma, a merced de su mirada taciturna, de sus esfuerzos desgarradores por no molestarle.

–Puedo esperar sola –le comunicó–. Seguro que mamá no tardará en llegar.

Seis años y ya tan mayor.

–¿Esperar sola? ¿Estás loca? –exclamó él, demasiado alto.

Le lanzó un puñetazo al hombro. Ella lo esquivó. ¿Era posible que no conociera a su propia hija? Tenía los mismos ojos grises que la madre de Ted. A lo mejor era eso.

Tina llegó una hora tarde. No se disculpó. Su mirada lo desafió a que dijera algo. Él se lo pensó mejor.

–Me debes ya dos años seguidos de cuidados –le había reprochado ella en cierta ocasión.

–¿De cuidados? ¡Soy su padre!

–¡Su padre! –había resoplado ella.

Él lo había hecho todo bien. Cuando Tina introdujo en el vaso de lavarse los dientes el test de embarazo con su marca rosa adicional (¿adicionar bebé?), él se había alegrado. Había ido por champán y lo había servido en el vaso de lavarse los dientes.

–¡Desconsiderado gilipollas! ¿Crees que ahora puedo beber alcohol? Es típico –se quejó ella–. Para ti la vida sigue igual. Soy yo la que tiene que adaptarse. ¡Mi vida ha terminado!

–¿Por qué? ¿No quieres tener el niño?

Habían hablado de ello.

–Tu vientre es tuyo –adujo Ted.

Ella se lo echaba en cara todavía hoy, incluso delante de Emma.

–¡Tú! ¡Al fin y al cabo tú querías abortar, no yo!

El embarazo lo había destrozado todo, pensó él entonces. Pero Tina ya estaba insatisfecha antes. Con su vida, con su trabajo, con él. Y siguió estándolo.

Cuando Emma tenía dos años, Ted encontró en el móvil de Tina una serie de mensajes inequívocos. Ella reconoció una aventura ya larga con su superior y se marchó. Ted veía a Emma cada quince días y durante una torturadora semana de vacaciones en verano. Un año más tarde la nueva relación de Tina se rompió, desde entonces veía a Emma cuando Tina necesitaba un canguro. A veces con mucha frecuencia, otras nada en absoluto.

–¡Vámonos ya, mamá!

Emma arrastró a su madre fuera de la vivienda, y Ted se quedó solo. Con la noche apenas iniciada. Era demasiado tarde para ir al cine y demasiado pronto para quedarse en casa. Sin saber por qué cogió un pantalón de chándal, una toalla. Había ido calle abajo hasta el estudio de yoga ante el que pasaba por lo menos dos veces al día. Abrió la puerta de un empujón, subió la escalera y se apuntó a una clase de prueba. Tuvo suerte, estaba a punto de empezar.

Los brazos de Ted temblaban. Le dolía la espalda, le ardían los muslos. ¿Qué iba a hacer ahora? Su vida era un chiste. ¡Su primera clase de yoga y

sucedía esto! La profesora yacía de bruces sobre el rostro, inmóvil. ¿Debía imitarla? Sus piernas cedieron. Ted se dejó caer de rodillas. La sandía restallante se elevó –«grandioso trasero», le pasó veloz por la mente–. ¿Por qué pensaba algo así? Por otra parte, ¿por qué llevaba esos ceñidos pantalones rojos si no quería que le mirasen el culo? De pie, sus proporciones se transformaron hasta convertirse casi en las de un perfecto reloj de arena... «¡Controla tus pensamientos, por Dios!»

–Soy médica –informó ella. Se deslizó entre los perros bostezantes, de pie y desplomados, se acuclilló junto a la profesora de yoga y la giró de lado con gesto rutinario. Después se incorporó–. Creo que se ha mordido la lengua. No es nada grave. Pero por seguridad la llevaré al hospital.

–¿Significa eso que no habrá clase?

Ted volvió la cabeza y la vio, a su lado, sentada sobre una esterilla con estampado de flores, las piernas delgadas cruzadas, el ceño fruncido, el labio inferior proyectado hacia delante.

–Eso parece.

–¡Precisamente hoy! ¡Hoy, que me encuentro tan tensa! –Levantó una mano y se frotó la nuca.

Una princesa ofendida. Enfadada porque la vida no satisficiera una vez más sus exigencias. Ted conocía esa expresión. Estaba indefenso, a su merced.

En su cabeza escuchó la voz de Tobias:

–Ted, idiota, ¿es que no puedes escoger otro modelo? ¡También hay mujeres simpáticas, entérate!

–Conozco mujeres simpáticas –respondía Ted–. No me excitan.

Se volvió hacia la princesa.

–Mientras tanto podíamos tomarnos un café –le propuso–. Abajo, en el bar.

–Yo no tomo café.

–¿Té?

Poppy

Poppy se levantó. Enrolló su esterilla con cuidado, en la postura de siempre, arrodillada. No miró a Nevada ni a Marie, que se inclinaba sobre

ella. Y sobre todo no miró la mancha de sangre que se extendía por la esterilla. Marie se ocuparía de eso. (¿No era demasiado joven para ser médica?) Marie sabría lo que había que hacer.

Poppy no podía quedarse allí. No podía dirigir su mirada hacia la esterilla llena de sangre; ¿era la esterilla personal de Nevada? ¿O una de las del estudio? En caso afirmativo, ¿la tirarían? O en la próxima clase, sometida a una somera limpieza, ¿volvería a estar sobre el suelo de madera, quién sabe si en el sitio que Poppy había escogido, en la primera fila, completamente al extremo, junto a la puerta?

Poppy casi siempre llegaba tarde. Saludaba con una inclinación de cabeza a la chica en prácticas de la caja, que meneaba la cabeza frunciendo el ceño. «Una nueva», pensaba Poppy. Una universitaria, o quizá una chica de instituto, que no podía costearse esas clases caras y las pagaba trabajando. Una chica joven que tenía toda la vida por delante, que podía imaginarse que había encontrado la solución, la respuesta a todas las preguntas. Todo se arreglaría practicando el yoga lo suficiente. Poppy la envidiaba por eso. Ella había perdido hacía tiempo esa certeza. Llevaba dos años acudiendo todas las semanas a la clase de los lunes por la tarde de Nevada, y su vida no se había vuelto un ápice más sencilla. Pero se habían añadido nuevos problemas; por ejemplo se preguntaba lo que pensaban los demás alumnos de yoga cuando ella se introducía en el estudio durante la breve meditación inicial, desenrollaba su esterilla justo al lado de la puerta y la colocaba sobre la esterilla del estudio. Por mucho que se esforzase por no hacer ruido, siempre tiraba un bloque de yoga o una botella de agua. A veces creía oír resoplar con impaciencia a los que se sentaban cerca. O quizás solo estaban practicando el aliento de fuego. Poppy se traía de casa su propia esterilla, una base antideslizante, una toalla, una botella de agua. Construía un muro entre ella y los demás alumnos, sus ojos centrados en Nevada. Esta había contado en una ocasión una historia sobre un maestro indio que lo primero que pedía a sus alumnos occidentales era colocar un pie (¡desnudo!) sobre la esterilla del vecino. Poppy sabía a quién iba destinada esa historia. Ella captaba la mirada acerada de Nevada sobre su arsenal. A lo mejor debía decírselo alguna vez a la profesora, a solas, después de la clase. Pero tenía la impresión de que Nevada la evitaba.

Poppy ya había practicado el yoga veinte años antes, cuando aún no estaba de moda. Era un tipo de yoga diferente, más lento, y, a pesar de todo, su cuerpo lo había recordado. Algunos ejercicios los consideraba un regreso al hogar. Como si nunca hubiera hecho otra cosa. Otros le parecían falsos. Se lo comentó a Nevada. Esta la escuchó y luego le recomendó otro curso. No era esa la intención de Poppy. Solo pretendía demostrarle que no era una alumna como las demás. Por una parte era con diferencia la de mayor edad del grupo. Y, esto lo percibía satisfecha, la más flexible. Cuando inclinaban las piernas desde la postura de la vela hasta la postura del arado, ella era con frecuencia la única cuyas puntas de los dedos rozaban el suelo. Como es natural, no debía compararse con el resto. Y menos estando de espaldas y con los pies colocados detrás de la cabeza. Una vez su nuca reaccionó con un crujido al ligero giro, a continuación le dolió durante días. Sintió pánico. Miedo a que se le cayera la cabeza.

«¡Si no tuvieras pegada la cabeza al cuerpo...!», le espetaba su madre en el pasado. Entonces Poppy se llevaba involuntariamente la mano a la nuca, como si pudiera notar el pegamento. Como si tuviera que cerciorarse de que realmente era así.

La madre de Poppy suspiraba. Acababa de pedir a su hija que quitase la mesa, la niña asintió obediente y después, apenas tres segundos más tarde, se marchó a la cocina con las manos vacías. Allí Poppy se detuvo un instante, preguntándose a qué había ido, abrió la nevera, sacó la botella de leche y la colocó sobre la mesa de la cocina. Ahora le faltaba un vaso. Sobre el escurrerplatos, junto al fregadero estaban los vasos en fila, boca abajo, sobre la blanda base de plástico acanalado. ¡Su madre insistía siempre en que Poppy secase y guardase inmediatamente los vasos, y luego ella misma no lo hacía! «Es injusto», se dijo Poppy, cogió un vaso y limpió el borde todavía mojado en el peto de su falda de pana, que, según comprobó al momento, no era nada absorbente. Llenó el vaso de agua y se lo llevó a su habitación.

—¡Pooopppeee! —gritó su madre desde el comedor.

En realidad Poppy se llamaba Annamarie, pero su madre, oriunda del cantón de los Grisones, la llamaba Poppeia o Poppe, «niña». Más tarde, en América, se convirtió en Poppy. Ella ya no recordaba cómo se llamaba el hombre que transformó así su nombre, solo lo que había dicho: «Eres como

una amapola, embriagadora y efímera...».Las amapolas eran de piel delgada, inestables, y se dispersaban a los cuatro vientos. Una ráfaga de aire las quebraba, una gota de lluvia las descabezaba. Poppy consideraba que el nombre le cuadraba.

–¡Pooopppeee! –gritó su madre, y la niña se volvió...

¿Qué es lo que había hecho mal esta vez? Miró hacia abajo, gotas de agua en el peto de pana, los calcetines caídos... ¿qué había hecho?

Entonces lo recordó: ¡quitar la mesa! ¡Fregar los platos!

–¡Lo siento! –exclamó y, depositando el vaso de agua sobre la repisa de la ventana, regresó deprisa al comedor.

–¡Si no tuvieras atornillada la cabeza...!

Poppy quitó la mesa. Rascó los restos de comida de los platos y los tiró a la basura. Dejó que *Toro*, el perro, lamiese los platos. Después los apiló en un barreño de plástico y dejó correr el agua caliente sobre ellos. Uno, dos, tres chorros de detergente, espumeó. Montañas nevadas.

Justo encima del grifo colgaba una postal del lago Silser. Poppy se imaginó a su madre allí de pie, fregando los platos mientras contemplaba la postal deseando estar en su hogar, en las montañas grisonas. A Poppy no le gustaban las montañas. Pasaban allí todos los inviernos, todos los veranos, su madre y ella, con su muy nutrida parentela. Sus primas y primos era deportistas, prácticos, de mejillas coloradas. Sabían recoger vacas en un aprisco, saltar desde una peña al lago gélido, salir con elegancia de la pista de esquí antes de llegar al final del remonte... Entre sus primas, Poppy se sentía todavía más incapaz que en casa. También porque sus tías solían observarla con el ceño fruncido, cuando golpeaba la mesa con la rodilla derramando la leche, o cuando se olvidaba de cerrar la puerta de la conejera después de echar de comer a los conejos. Por la noche, con la linterna, había buscado a esas bestias enormes, pero solo pudo volver a atrapar a uno de los cuatro. Tuvo que pagar los conejos. Con su dinero para gastos. «Eres una soñadora», decía la abuela. «¡Eso no lo has robado!»

La madre de Poppy no era como las tías, ni como las demás mujeres del pueblo. Ella se había largado, había escapado con un habitante de las tierras bajas, de la llanura, el padre de Poppy. A pesar de todo, retornaba a su pueblo en verano y en invierno. Y Poppy tenía que acompañarla.

–¿No puedes prestar atención?

La voz de su madre la trajo de vuelta a la cocina, al fregadero del que rebosaba la espuma, demasiada espuma. El agua goteaba sobre los zapatos de Poppy. Sus gafas se habían empañado. Su madre la apartó con rudeza agarrándola del brazo y cerró el grifo.

–Vete a tu cuarto –ordenó–. Das más trabajo que el que me quitas.

En su habitación, Poppy se sentó ante su escritorio. Mejoraría. Ordenaría su habitación. Colocaría su material escolar en cajones y pondría etiquetas en cada cajón: Matemáticas. Lengua. Conocimiento del Medio. Ya nada se le perdería ni se le olvidaría. Todas las tardes haría los deberes... tenía que hacerse un horario. Lo que necesitaba era un corcho encima de su escritorio, como el que tenía su amiga Regine. En él colgaban, junto a sendas fotos de Bernhard Russi y de David Cassidy, su horario de clases, comunicados del colegio sobre la excursión anterior a las vacaciones, actividades deportivas, tutorías... Chinchetas de gruesas cabezas redondas sujetaban los comunicados; Regine tenía todo constantemente a la vista, ella sabía siempre las asignaturas que tocaban al día siguiente, los deberes que tenía que hacer. Regine nunca estaría más sola que la una ante las puertas cerradas del colegio por haber olvidado que ese día no había clase, para después no atreverse a ir a casa. La tentación de regresar a su hogar, a la cama caliente, a su libro, era grande, pero sabía cuánto la regañaría su madre.

–¿Es que no tienes otra meta que amargarme la vida? ¿Crees que me divierte levantarme a las seis y preparar el desayuno a *madame*? ¿Para nada de nada?

Poppy se marchó a casa de Regine, como si hubiesen quedado. Su madre la creía en el colegio. Poppy no tenía hermanos. Hacía mucho tiempo que había dejado de preguntar por ellos. Un mañana muy temprano, oyó discutir a sus padres en la cocina.

–Pero si no te las arreglas con una hija –había argumentado su padre–, ¿qué piensas hacer con dos?

Su madre lloraba, quería tener más hijos, pero Poppy era una niña difícil, si no hubiera sido tan difícil... Y eso que ella se esforzaba mucho. Todas las noches se hacía nuevos propósitos, y todos los días fracasaba al ponerlos en práctica. Su escritorio estaba delante de la ventana. Si Poppy quería colgar un

corcho, tenía que correr la mesa hasta la pared. De repente el corcho parecía la solución a todos sus problemas, el requisito imprescindible para una nueva existencia en la que lo haría todo bien. Poppy intentó arrastrar la mesa, tiró de ella, uno de los cajones resbaló y cayó con estrépito sobre la moqueta. La vecina de abajo llamó al timbre y exigió saber por qué los Schneider no respetaban la hora de la siesta prescrita legalmente entre las once treinta y las trece. ¡Y justo durante las noticias! Menudo estruendo, uno no entendía ni sus propias palabras. ¿Y si hubiese estallado la guerra? En ese caso los vecinos de Rathausgasse, 17 no se enterarían, porque los Schneider siempre hacían un ruido espantoso. La madre de Poppy se disculpó. Después entró en la habitación de su hija sin llamar a la puerta, vio el cajón del escritorio en el suelo, los cuadernos desparramados, los lápices desperdigados, la mesa ligeramente apartada de la ventana. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Meneó la cabeza.

–¡Acabarás llevándome a la tumba! –exclamó antes de salir de la habitación.

Esa tarde Poppy se encerró. Tiró al suelo todo lo que estaba encima del escritorio, cuadernos, papeles, barras de pegamento, tijeras, a continuación volcó encima el contenido de los tres cajones del escritorio. Se cubrió la mano con la manga de su jersey afelpado y limpió con él el tablero de la mesa y los rincones de los cajones. Con un lápiz de color escribió en el fondo de cada cajón lo que debía contener.

Papel y lápices de colores. Útiles de bricolaje. Enseres escolares. En el cajón de arriba escribió además: *Odio las montañas y a mi madre.*

Después volvió a guardar todo en los cajones. Acercó de nuevo la mesa a la ventana, no cambiaría su cuarto ni pediría un corcho a su madre. Pero, ya que estaba en ello, podía ordenar su armario. Sacó todos los jerséis, camisetas, calcetines amontonados con descuido, y los colocó de nuevo. Mientras tanto pensó por primera vez: «Mamá no es mejor que yo. Ella tampoco es capaz».

La ropa estaba arrugada, algunas prendas olían a moho porque su madre no había tenido paciencia para dejarlas secar del todo antes de doblarlas. Poppy recordó los vasos sin secar. Las firmas que su madre olvidaba. Cuando el señor Schumacher la reñía, no siempre era Poppy la culpable. ¡Sí, había olvidado el cuaderno de los deberes, pero su madre también había olvidado

firmarlo! Al señor Schumacher no le gustaba que se echara la culpa a otros, por eso Poppy callaba. Pero esa tarde repasó por orden las faltas de su madre.

Se levantaba tarde todas las mañanas y despertaba tarde a su hija. Colocaba la taza con el chocolate con tanta fuerza encima de la mesa, que se desbordaba. Discutía con su marido, que se tomaba un café de pie y sin parar de mirar el reloj. El padre de Poppy llevaba una vida metódica en su oficina, que abandonaba en raras ocasiones. Llegaba tarde a casa, se preparaba él mismo la cena. «Horas extras», lo llamaba. Llevaba su ropa a su madre para que la lavara, con la que solía comer a mediodía. Otros padres, Poppy lo sabía, iban a casa a comer. La abuela no quería a mamá, Poppy sabía cómo la llamaba: cabra montesa asilvestrada.

Cuando abrías el armario del pasillo, se caían bolsos, cinturones y paraguas. La leche a veces se agriaba, porque su madre no la volvía a meter en la nevera después del desayuno. La madre de Poppy no tenía el aspecto de otras madres, el día de visitas en el colegio llegaba tarde porque no encontraba la clase. Solía llevar el lápiz de labios corrido; el pelo, recogido en una coleta, sin cardar ni secar con secador y fijado con laca. Eso solo lo hacía cuando salía con el padre de Poppy. Para eso necesitaba toda la tarde, y al final él tenía que esperarla a pesar de todo.

Poppy se juró que ella lo haría mejor. Empezaría en ese preciso instante. Arrancó del colchón las sábanas arrugadas y las mantas de lana, hizo de nuevo la cama, alisó las sábanas, luchó con las esquinas. No era tan fácil, comprendía que su madre se esforzase únicamente en contadas ocasiones. Pero al final su cama quedó como Poppy se la imaginaba, bien hecha y lisa. Colocó encima su manta roja de día y añadió unos animalitos de peluche. Se sentó encima con cuidado. Regine había colocado su cama contra la pared y la había transformado en sofá añadiéndole unos cojines de colores. Hasta entonces nadie podía sentarse en la cama de Poppy. Se tumbó encima y se imaginó que era mayor y lo hacía todo bien. Todos los días pondría el despertador una hora antes, se daría una ducha, se vestiría y se peinaría antes de que se despertasen su marido y sus hijos. No los despertaría hasta haber preparado el desayuno. Tendría un bolso con diferentes compartimientos en los que siempre llevaría de todo, llaves, monedero, gafas de sol. Y una lista con todo lo que

tuviera que hacer. Una lista que solo tendría que puntear, línea tras línea. Y encima del fregadero no colgaría una postal, sino un horario.

A Poppy le gustaba rellenar horarios nuevos, anotaba las asignaturas con cuidadosa letra redonda, y durante un corto espacio de tiempo todo parecía posible y abarcable. Realizable. Pero luego pasaba la yema del dedo sobre la tinta todavía húmeda, o doblaba una esquina, o volcaba un vaso. Y entonces se daba cuenta de que había anotado todas las clases demasiado tarde, porque la primera, de siete y media a ocho y cuarto, tenía que haber ido en la casilla superior, que ella había considerado un espacio en blanco. El tiempo en que la vida de Poppy parecía abarcable y ordenada nunca duraba mucho.

Poppy dobló la base antideslizante, enrolló la esterilla con cuidado, recogió su manta, su botella de agua, su libro. Se levantó. Caminó hacia la puerta. No prestó atención para no pisar alguna esterilla. Se imaginaba que oía la respiración contenida, los pensamientos que volaban por el aire: ¿pero cómo, que esta se larga sin más? Sin embargo, todas las miradas estaban dirigidas al lugar que Poppy no quería mirar, a la esterilla, a la mancha de sangre.

–Esto ya va –dijo alguien.

–Esta se va –oyó Poppy.

Marie

Soy una falsa, pensó Marie. Llevo una doble vida.

–¿Por qué no te vas a casa? –preguntó Nevada.

Balbuceaba como una borracha. Al caer se había mordido la lengua. Marie le había lavado la boca y se la había secado con unos toques de papel de cocina. La hendidura en la lengua era profunda, pero demasiado fina para coserla. Marie se dio cuenta en el acto de que no era necesario llevarla a urgencias. A pesar de todo metió a Nevada en su coche y la trasladó al hospital cantonal. El tráfico denso de regreso a casa tras finalizar la jornada laboral, la espera en el servicio de urgencias con escasez crónica de personal, ocuparían el resto de la tarde. Llegaría tarde a casa. La puerta del dormitorio estaría cerrada.

–No quiero ir a casa –dijo Marie.

–¿Ah, no?

¿Hablaba en serio? Se encogió de hombros, avergonzada.

–Yo pensaba que eras la mujer más feliz de Suiza. –Nevada cogió una revista de casi dos años de antigüedad que informaba sobre la boda del médico de la serie de televisión más popular de Suiza con una médica auténtica: Marie.

Marie contempló las conocidas fotos en la revista: el sofá alquilado, en el que se reconocía su alojamiento casi sin muebles del casco antiguo. Habían tenido que descalzarse y doblar las piernas. El lector, les explicaron, tenía que pensar que había irrumpido sin avisar en su salón y los había encontrado así: abrazados con dulzura y con los calcetines rotos, sobre un sofá gris demasiado grande, decorado con numerosos cojines de colores. Marie no sabía cuántos preparativos, cuánta planificación –encerrona, en realidad– se escondía en una de esas instantáneas. En el tiempo que invirtieron en posar ella habría podido extirpar un apéndice. Ella le miraba, él miraba a la cámara; sobre el suelo de madera, delante del sofá, se apilaban libros de medicina y encima del todo su fonendoscopio, preparado y listo. Su hija Stefanie se había negado a posar con ellos. Y en la sección de cartas al director los lectores preguntaban por qué ese actor tan guapo de atractivo dialecto grisón había dejado a su esposa y a su hija por una mujer así. Seguro que las había más guapas. Y desde luego más delgadas.

Gion interpretaba al doctor Marc Santana en la serie televisiva *Hospital Cantonal*. Su papel, el de un médico de urgencias de mirada ardiente emigrado de Kosovo que lucha contra todo tipo de prejuicios, había vuelto a poner de moda pasajera entre los espectadores el marchito culebrón. Pero en los últimos meses las cifras de audiencia habían descendido, por lo que habían suspendido la serie. Como todavía se emitían los últimos capítulos había que silenciar esta circunstancia. Ese ocultamiento, ese hacer-como-si, recordaba a Marie los primeros tiempos de su amor. Por entonces le había parecido excitante. En la actualidad, solo fatigoso.

Él la había acompañado durante unos días para ver cómo transcurría su vida cotidiana en el servicio de urgencias y prepararse para su papel. Marie se había enamorado inmediatamente de él, pero no había dejado que se le notase.

No era el tipo de mujer que conseguía un hombre así. Ella era la mejor amiga, la madrina de boda, la colega de absoluta confianza. Aquella con la que se podía hablar de todo. Marie era esa mujer a la que podías llamar en plena noche, cuando estabas desesperado, borracho, solo. Marie había visto flirtear a Gion con las enfermeras, con las auxiliares, con las pacientes, ella le había ignorado. Cuando él la invitó a tomar café, pensó que bromeaba. Miró primero por encima de su hombro antes de contestar, pero no había nadie más. Se lo decía a ella.

¿Habría perdido una apuesta?

Gion estaba casado cuando se conocieron.

–Mi matrimonio está roto desde hace mucho tiempo, ya no hay lazos que nos unan, solo estamos juntos por nuestra hija...

¿Le estaría diciendo hoy lo mismo a otra mujer? Qué terrible, pensó entonces. ¿Cómo se puede llegar a eso? Era indigno.

«Qué mujer, qué mujer...», había dicho él. «Nunca he conocido a una mujer como tú.» Eso no se lo había dicho nunca nadie: todo el mundo había encontrado a una mujer como ella. Marie no era nada especial. Gion no opinaba lo mismo: la trataba como a una protagonista. La cortejaba. La necesitaba.

Su mujer, decía, era débil. Su mujer se apoyaba en él. Exigía continuamente. Gion tenía que estar siempre disponible para ella. ¿Y quién estaba disponible para Gion? Marie.

Marie era fuerte. Marie podía salvar vidas ajenas y la suya, la de Gion. Gion se mudó a casa de Marie antes incluso de finalizar sus investigaciones. Antes de que arrancase el nuevo equipo con el doctor Santana, la agente de Gion recomendó una campaña de imagen. Citó a Marie para un encuentro, la examinó como si fuera un mueble del que todavía se desconoce si tirarlo a la basura o conservarlo, y dijo finalmente:

–Médica. De acuerdo. Sería mejor enfermera, pero vale. Puedo trabajar con eso.

Y de ahí surgió más tarde el reportaje doméstico que Marie sostenía ahora entre las manos. Por entonces había sido la mujer más feliz de Suiza. Por entonces nunca llegaba a casa lo bastante pronto. Después de treinta y seis

horas de servicio viajaba en taxi al estudio de televisión para verlo y besarlo entre las mamparas de contrachapado.

Ahora demoraba al máximo el momento de abrir la puerta. Aparcaba en la esquina, se deslizaba como una ladrona, alzaba la vista hacia las pequeñas ventanas, confiando en que no estuvieran iluminadas, en que él no estuviera en casa. Pero desde que habían suspendido la serie, siempre estaba en casa. Gion llevaba en paro tres meses y parecía culpar de ello a Marie.

«Llevo una doble vida», se dijo Marie. En casa no soy la misma que en sociedad. Llegaba a casa y disminuía una cabeza. Se la quitaba y la colocaba junto con sus llaves en la bandeja de la mesa de la entrada. Al cruzar la puerta de su hogar, dejaba de existir. Ya no era la doctora Marie Leibundgut, la médica competente, sino una mujer tremenda e inútil que todo lo hacía mal. Y su trasero también era demasiado gordo. Solo sentía su peso cuando llegaba a casa. Bajo la bata blanca que se ponía para trabajar se balanceaba majestuoso a cada paso. La anclaba. Le confería prestancia. A Marie le gustaba su culo.

–Iré a ver cómo va el informe. –Marie se levantó.

Como jefa del servicio de urgencias decidía también en su turno los ingresos. Allí la conocían. Aunque no llevase bata blanca, las enfermeras y los pacientes se apartaban respetuosos. Ella caminaba por el centro del pasillo, con la vista al frente, muy lejos, hacia delante. Como si mirase directamente al futuro y este le deparase la resolución de los problemas, la curación de sus pacientes. Ante el mostrador de ingresos estaba un médico residente desgarbado con la bata arrugada. Tenía su largo cuerpo inclinado de manera antinatural para poder flirtear con la enfermera a través de la ventanilla. Esta fue la primera en divisar a Marie y su sonrisa se esfumó en el acto. El hombre joven se volvió.

Tenía las gafas manchadas, los ojos tras ellas, cansados.

–Doctora Leibundgut, ahora mismo iba a... su paciente... –observó, nervioso, el informe en el que no ponía mucho, salvo los datos para el seguro.

–Colega... –Marie lo saludó con una inclinación de cabeza.

Notó cómo él escudriñaba su cerebro fatigado. Ella recordaba muy bien ese miedo de su época de residente, el temor constante a pasar algo por alto, a tomar una decisión equivocada, a las consecuencias drásticas. Por aquel entonces ella era consciente de que tenía vidas en sus manos. Un apéndice

diagnosticado como gastroenteritis podía reventar. Una pastilla contra el dolor, enmascarar un tumor cerebral. Como médica residente había visto la muerte, brotaba por todas las rendijas como una niebla negra, se colaba trémula por debajo de las puertas, hinchaba las finas cortinas que separaban las camas del servicio de urgencias. Marie agitaba los informes de sus pacientes, las páginas de sus manuales, los artículos especializados, los faldones de su bata blanca. Pero la niebla no retrocedía. Siempre estaba allí. Su misión personal era mantener en jaque a la muerte. Impedir que se extendiese por el hospital.

Le costó meses volver a ver una nariz sangrante sin sospechar en el acto lo peor. Hasta que volvió a ver lo que yacía ante ella: la vida. Una vida con una enfermedad, con una lesión, con dolores. Hasta que supo en qué consistía su misión: no en vencer a la muerte, sino en trabajar con la vida. Entonces cambió a la unidad de cuidados intensivos, y todo regresó. Marie volvió a pensar solo en lo peor.

¿Por qué se le doblaban las muñecas a una mujer joven y sana, y encima profesora de yoga? Marie había visto la leve vacilación con la que Nevada puso sus manos encima de la esterilla, la respiración con la que se infundía ánimo. Dolores, pensó en ese momento Marie, es la típica señal de un dolor ya conocido. De un dolor del que se sabe que es inevitable. Su caída no había sido espectacular, los brazos doblados, el cuerpo tendido sobre la esterilla, casi habría podido considerarla un acto deliberado. Durante un instante, Marie se distrajo por culpa de una mirada que sentía en su trasero, como si lo rozaran. No se había dado cuenta enseguida de que quedarse quieta, tumbada sobre la tripa, no había sido a propósito. De que Nevada apretaba el rostro contra la colchoneta de un modo antinatural. De que la mancha que se extendía por debajo era sangre.

El médico residente propuso con torpeza unos cuantos análisis. Marie le interrumpió.

—¿Podría volver a examinar a la paciente? No es necesario coser, pero no me gusta que tenga las muñecas dobladas. Voy a remitirla a los reumatólogos.

¿Entonces por qué la ha traído aquí?, preguntaron los ojos del residente. Pero alumbró la boca de Nevada y confirmó el diagnóstico de Marie. No era necesario coser. De repente, Marie se sintió vacía.

Llevó a Nevada, que vivía en una habitación encima del estudio de yoga, a la Fábrica del Río. Ya eran más de las once, pero el bar de la planta baja estaba abarrotado. Marie se sentó junto a la barra, pidió un bocadillo de queso y una copa de vino tinto. En un rincón se sentaban dos alumnos de yoga, los saludó con una inclinación de cabeza, pero no se percataron. Enfrascados uno en el otro, se sentaban a una mesa rinconera, sus manos no se rozaban, pero sus miradas no podían separarse. Marie aún recordaba perfectamente ese sentimiento. Se acordó del principio. Entonces los dos tenían jornadas de trabajo imposibles, que impedían una vida normal. Se encontraban a deshora, caían uno sobre el otro con la desesperación de los agotados, de los que tienen baja la glucosa en sangre, se dormían, despertaban, continuaban. ¿Cuánto hacía ya? No mucho. ¿Qué había pasado?

Marie fue la última cliente del bar. Dejó una generosa propina en la barra y se marchó a casa. Dio un rodeo. Pero llegó un momento en el que ya no era posible demorarlo más. Abrió la puerta. Olía a cerrado. El televisor estaba encendido. El sofá –entretanto se habían comprado uno, rojo, no gris– estaba abierto como cama de matrimonio; dos cabezas de rizos oscuros reposaban juntas sobre la almohada. Gion estaba viendo una carrera de Fórmula 1. Sin sonido. Cuando oyó entrar a Marie apagó el televisor y se levantó.

–¿Dónde has estado?

–En el curso de yoga, como todos los lunes.

–¿Hasta ahora? Es casi medianoche. Reconócelo: ¡has olvidado que hoy estaba aquí la pequeña! –La pequeña tenía trece años–. Lo haces a propósito. Te niegas a pasar tiempo con ella, y luego te asombras de que no te quiera.

¿Que Stefanie no la quería? Marie no lo sabía.

–Lo siento –se disculpó–. He tenido una urgencia.

–¿En yoga?

–Sí, en yoga.

–¡Por favor, que quiero dormir! –Stefanie alzó su cabeza sobre la almohada. Sin la pintura de ojos brillante que llevaba durante el día, parecía muy pequeña. Casi una niña.

–Ay, Stefanie. Siento haberte despertado. He tenido que llevar a nuestra profesora de yoga al hospital. Una urgencia.

–Pues yo creía que el yoga era sano.

–¡Papá, tú no tienes ni idea! El yoga se practica para tener un culo apetecible. –Stefanie soltó una risita.

Marie se miró. Los pantalones rojos que le habían parecido bonitos esa tarde, de pronto se le antojaron ridículos. Casi obscenos.

–Me voy a dormir –anunció–. Trabajo mañana temprano.

Salió de la habitación. Gion se levantó y la siguió.

–Nunca estás disponible para mí –gritó.

*vyādhistyānasamśhayapramādālasyāvirati-
bhrāntidarśanālabdhabhūmikatvānavasthitatvāni cittavik ṣ epāh
te'ntarāyāḥ*

En el camino hacia la claridad espiritual se suele tropezar con
los siguientes obstáculos: la enfermedad, la negligencia,
la indecisión, la imprevisión, el agotamiento, la distracción,
la autocomplacencia, el desaliento
y la inconstancia.

Patanjali Yoga sutra 1.30

Poppy

–Nuestra nueva compañera en prácticas –informó Andreas, el director del departamento de relaciones con los lectores–. Esta semana se la pasará observándote. Y esta es Poppy, la que más tiempo lleva con nosotros... ¿cuánto, Poppy?

La aludida se encogió de hombros. Una eternidad, quiso decir. Más tiempo que tú. Los directores de departamento iban y venían, y eran cada vez más jóvenes. Como todos.

–Seguramente más tiempo del que tú llevas en el mundo –sonrió a la joven.

Esta estaba a principios o a mediados de la veintena, calculó Poppy, a pesar de que cada vez le costaba más calcular la edad de la gente más joven. Cuando sus hijos eran pequeños calculaba el mes exacto del cumpleaños de un bebé. Desde que sus hijos ya no vivían con ella había perdido esa aptitud. También calculaba mal los años de mujeres de su misma edad. A veces Poppy pensaba que era la persona más vieja del mundo. O la más joven. Ya no reconocía su imagen en el espejo si se enfrentaba a ella inesperadamente. Al mismo tiempo aún se sentía cada mañana como si todo estuviera a punto de comenzar desde el principio. Como si aún contara con una posibilidad.

–Yo soy Audrey –dijo la joven estrechando formalmente la mano de Poppy–. Como Hepburn –explicó, seria–. A mi madre le gustaban sus películas. Alguna gente dice que me parezco a ella. –Meció sus hombros con coquetería, sonrió.

Una criatura esbelta de cabellos oscuros. Llevaba pantalones cortos de cuero negro sobre medias negras, zapatos bajos y cabellos oscuros recogidos en una cola de caballo, como una princesa romana.

–Tienes algo, sí –dijo Poppy, amable–, se ve a simple vista.

–Bueno, Poppy, ya conoces el paño. Que te diviertas, Audrey.

Andreas se volvió hacia la puerta; mientras caminaba se sacó el móvil del bolsillo del pantalón, allí abajo no había cobertura. En cuanto llegase al

primer descansillo de la escalera volvería a iluminarse la pantalla y Andreas no se habría perdido nada. El archivo del sótano ya no formaba parte de la cotidianidad del periódico local, como la misma Poppy. Cuando empezó allí hacía casi treinta años, eran cinco. Cortaban a mano las páginas del periódico y las pegaban sobre hojas grandes. El trabajo era fácil, pero exigía cierto sentido del orden. Atención. Justo lo que a Poppy tanto le costaba. Continuamente olvidaba importantes palabras clave, no hacía referencias cruzadas. A nadie se le habría ocurrido pensar que sería ella precisamente la que se mantendría allí más tiempo que los demás. Por entonces todos tenían planes. Algunos estaban terminando la carrera, otros se dedicaban al arte. No se tomaban el trabajo muy en serio. El archivo del periódico local era el lugar donde se empezaba. En el que se interrumpían los estudios, se ganaba el dinero necesario para viajar. A Poppy le habría gustado ser periodista. Escritora de viajes. Y actriz, y pintora, y músico.

Uno tras otro se marcharon, sustituidos por otros, una rueda interminable de personas que allí abajo, en el sótano, tomaban aliento brevemente como caminantes durante una excursión exigente. Tras algunos meses reanudaban la marcha, se convertían en artistas o tenían hijos. Algunos se quedaban en el periódico, se abrían camino piso tras piso hasta escalar hasta la redacción o la sección gráfica. Durante un tiempo aún saludaban a Poppy cuando se la encontraban en el ascensor o en la cafetería, después la olvidaban, a ella y a la estancia sin ventanas del sótano. En cierto momento quedaron reducidos a tres, luego a dos, se mudaron a un espacio más pequeño. Solo Poppy retornaba una y otra vez y finalmente se quedó allí, adherida del todo.

Entonces era la única allí abajo, en un cuarto sin ventanas en el que antes se encontraba la redacción de cartas a los lectores. También esta se había disuelto. La función de Poppy era muy vaga: colaboradora de comunicación digital. Cada vez que Andreas llevaba allí abajo a alguien en prácticas, escudriñaba a su alrededor como si estuviera viendo esa estancia por primera vez. Siempre se asombraba de encontrar en aquel sitio a Poppy. Perplejo de que continuara allí. Si alguna vez disponía de cinco minutos para una reflexión seria, daría de baja a Poppy, eso temía ella, sin sustituirla. Poppy no sabía qué haría entonces. Ya no tenía sueños. Ni planes. Hacía mucho que había perdido

su mapa de excursionismo, si es que lo había tenido alguna vez. No había aprendido nada.

–En el curso de formación en medios de comunicación dijeron que tenía madera de estrella. La cámara me quiere. ¡Mi madre sabía bien lo que hacía cuando me puso Audrey!

La joven soltó una risita. Tras sentarse en la vieja silla giratoria, rodó hasta el centro de la habitación. Con las piernas muy estiradas deslizaba con suavidad la silla de un lado a otro. Su cola de caballo se balanceaba con ella. A Poppy le fascinaba ese movimiento.

–Como es natural, deseo trabajar en televisión. Todos lo desean. Pero yo también estoy interesada en el periodismo serio. Por eso hago la formación práctica. En la universidad no aprendes el oficio, ¿entiendes?, y el oficio es lo que al final te distingue de los demás. El oficio tiene verdadera magnitud. Yo no quiero convertirme en una de esas estrellitas de televisión que se extinguen de la noche a la mañana, eso está claro.

–Por supuesto.

Poppy no había estudiado. Ni siquiera había terminado el bachillerato. De pronto recordó una clase de matemáticas muy lejana en la que también se habló de la verdadera magnitud. Por entonces Poppy ya desconocía su significado.

Verdadera magnitud, había pensado entonces, verdadera magnitud es que yo esté aquí sentada, a pesar de saber que de eso no cabe esperar nada bueno, nunca, ninguna mañana. Y sin embargo, siempre regreso y subo los peldaños de piedra hasta el anticuado edificio gris. La pesada puerta me golpea en las narices, la niña que iba delante de mí no la ha sujetado, como si supiera que yo no quería entrar. Verdadera magnitud es que yo esté aquí a pesar de todo.

Pero no era eso lo que pretendía enseñar entonces el señor Steiner. A él le interesaba la altura de una pirámide, que podía calcularse mediante complejas fórmulas, que siempre eran las mismas. Solo había que memorizarlas. Poppy reconocía la oculta belleza de las fórmulas, añoraba el cálculo, el orden imperturbable que auguraban las matemáticas y que, pese a sus sinceros esfuerzos, permanecía inaccesible para ella. Era como si estuviera en la frontera de un país para el que carecía de visado. El país del pensamiento lógico. De hecho su tutor, que era al mismo tiempo su profesor de Lengua,

había escrito una vez al pie de una redacción: «Es evidente que las puertas del reino del pensamiento lógico por el momento le están vedadas».

El padre de Poppy protestó contra esa anotación. A veces actuaba así y surgía de la nada para intentar poner orden en la vida de Poppy. Poco después de haber comenzado el instituto, se sentó con ella un domingo por la mañana, le mandó vaciar su cartera, extendió todos los cuadernos y libros sobre la mesa, estudió su horario y clasificó la pila de libros según los días de la semana. La ayudó a forrar los libros con papel encerado como es debido y a ponerles etiquetas.

–Todas las noches, antes de irte a la cama, consulta tu horario. ¿Qué materias tengo mañana? ¿Qué necesito? A continuación, guarda los libros y cuadernos correspondientes.

También le indicó lo que tenía que hacer con el cuaderno de deberes.

–El domingo, planifica la semana –le aconsejó–. Fíjate: El miércoles tienes vocabulario francés, y tres deberes de matemáticas; el jueves, nada. Es decir, que el domingo debes dedicarte a las matemáticas y el martes a las palabras, para que el miércoles todavía estén frescos en tu cabeza.

Poppy asintió. Eso parecía evidente, sencillo, comprensible. Factible. Poppy miró a su padre y pensó por primera vez: «Eso sí puedo hacerlo. Puedo ser como él, que todas las noches saca una camisa limpia del armario y la cuelga de la percha de su galán de noche, junto con una corbata a juego y el traje del día anterior. Que deja preparada su cartera junto a la puerta y coloca la llave encima». El pánico jamás se apoderaba de su padre, ni siquiera cuando salían de vacaciones; su proceder era lento y metódico, lo tenía todo controlado. Y cuando se acercaban a la frontera y la madre de Poppy rebuscaba frenética en su bolso para comprobar que no había metido el pasaporte de Poppy, él, sin decir palabra, giraba el coche cargado hasta los topes y conducía más de tres horas para regresar a casa. La madre de Poppy lloraba todo el trayecto.

«Yo no soy como mi madre», pensaba Poppy, «sino como mi padre». Y se sentaba a la mesa del comedor –el escritorio de su habitación estaba enterrado bajo montañas de papel a las que se negaba a enfrentarse– a planificar la semana. Distribuía sus deberes en fracciones controlables, para ejecutarlas a

lo largo de la semana. Todos los días trabajaría además veinte minutos adicionales en el trabajo que debía exponer el mes próximo.

Mi hobby.

Poppy no tenía *hobbies*. Había probado distintos instrumentos sin decidirse por ninguno. No practicaba ningún deporte. Las pelotas lanzadas con fuerza la intimidaban, las barras para trepar, aún más. «Eres tan desgarrada», se quejó su madre, y la apuntó a clase de ballet.

A Poppy las mallas de color rosa y las zapatillas blandas con la cinta de goma alrededor del empeine le encantaron, y levantaba el pie y lo giraba a derecha y a izquierda, admiraba su pie, un genuino pie de bailarina. Pero ya se había olvidado de ponerse de rodillas, ¡plié, *dos, tres, cuatro*, relevé!

La vara de bambú de madame Fiona silbó en el aire y golpeó con dureza el tobillo de Poppy. Madame Claire interrumpió su toque de piano. «*Attention!*», gritó madame Fiona. Las demás niñas se reían mientras se volvían hacia Poppy.

A pesar de todo, la clase de ballet le gustaba, sobre todo cuando practicaban una sucesión de pasos y cruzaban el gran salón, de dos en dos, de tres en tres, saltando hacia el espejo que ocupaba toda la pared, entrando y saliendo de él. Poppy era una mariposa, una flor, un rayo de sol... hasta que se estrellaba de cabeza contra el cristal y se caía de culo.

Madame Fiona declaró a Poppy un caso perdido y le recomendó la gimnasia rítmica. En ella se llevaban zapatillas de tela negra con suela de goma. Poppy había estado en los boy scouts y en un grupo juvenil cristiano, pero en ninguno había durado mucho tiempo. Así que ¿cuál sería el tema de su exposición oral?

Tomar pastillas. ¿Eso era un *hobby*?

Cuando Poppy tenía doce años, su madre inició un psicoanálisis y entró en un grupo de autoexperiencia. Desde entonces se negó a limpiar y cocinar y, sobre su mesilla de noche, al lado de una pila de libros con títulos como *Adiós a la vergüenza*, había un pequeño frasco marrón lleno de píldoras grises. Valium. Poppy, por curiosidad, se tomó una. Veinte minutos después, por primera vez en su vida, se sintió a gusto dentro de su piel. La mano fría en su nuca había desaparecido. Esa sensación que la carcomía de haber hecho algo mal.

Poppy se había convertido en una especie de payaso de la clase, en una

rebelde emblemática. En algún lugar, profundamente escondido entre los pliegues de su Yo, conservaba una imagen de sí misma como una alumna inteligente, capaz, y siempre se asombraba al recibir una mala nota. Nadie salvo ella parecía ver esa imagen. Poppy no dudaba de que conseguiría aprobar secundaria, y se le cayó el alma a los pies cuando tuvo que repetir curso, a pesar de las advertencias previas. Su madre siempre se mostraba dispuesta a firmar el cuaderno de faltas de asistencia. No quería obligar a su hija a llevar una vida burguesa que había destruido su propia existencia. En sus grupos había aprendido que el matrimonio había impedido su desarrollo personal; se había roto bajo el yugo de la casa y la educación de los hijos. A Poppy tenía que irle mejor, ella tenía que realizarse, ser libre. Cuando Poppy se rebelaba contra el colegio, no solo divertía a sus compañeros de clase, también, por primera vez en su vida, tenía a su madre de su parte.

Sin embargo, a nadie reveló que en su fuero interno añoraba una vida burguesa, que sentía una muda envidia hacia sus compañeras de clase por su serenidad, por sus cuadernos pulcros, por sus brillantes cabellos castaños. Cuando tenía trece años, Poppy había empezado a teñirse el pelo con henna, y este era cada vez más intenso, más rojo. Ya solo se veía su pelo rojo. Era la chica del pelo de fuego. Ella envidiaba a sus compañeras por sus padres, casi todos con carrera, que guardaban en sus librerías los libros adecuados que ellas necesitaban para hacer los deberes, para consultar una traducción, para encontrar una fuente, para establecer un contexto histórico. Unos padres que preguntaban a sus hijos cada tarde cómo les había ido en clase, qué deberes les habían puesto y que incluso les ayudaban a hacerlos. Poppy había intentado frecuentar el trato de esas chicas, y alguna la había invitado a su casa, donde había visto cómo era todo.

Pero no tenía nada en común con esas chicas que hacían sus exposiciones orales sobre sus clases de violín, sobre sus caballos, sobre su implicación en el grupo de teatro juvenil. Se sentía incómoda en sus ordenadas viviendas. Temía que su mera presencia estropease la imagen ordenada, que la conversación derivase hacia derroteros peligrosos, podía ver cómo los cabellos lisos de sus compañeras comenzaban a encrespase irremisiblemente en su presencia. Poppy llevó el frasco de tabletas de su madre al colegio y pronto consiguió una nutrida clientela de adeptos. En el recreo se sentaba con

los que fumaban porros y bebían vino de la bodega de sus padres. Cuando Poppy estaba lo bastante achispada, olvidaba que quería ser una buena alumna. Al menos entonces sabía por qué se había olvidado de hacer los deberes. Por qué no había entendido una pregunta. Había motivos para su fracaso.

Cuando quedó claro que tampoco a la segunda lograría pasar al curso siguiente, abandonó la escuela en mitad del trimestre, antes de que la expulsaran. Su madre pidió ayuda a su grupo de autoexperiencia y encontró para Poppy un trabajo de *au pair* en París. Su padre la llevó al tren. De la estación, él se dirigió directamente al trabajo. Cuando regresó a casa por la noche, la madre de Poppy ya estaba en la cama. Se había tragado de golpe el resto de las píldoras que había dejado su hija.

Se pasó un técnico para crear una cuenta de correo para Audrey. Durante una semana ayudaría a atender las cartas de los lectores del periódico. Pasó mucho tiempo debajo de su escritorio donde, como Poppy suponía, enchufaba y desenchufaba los mismos cables mientras miraba las piernas de Audrey. Esta puso los ojos en blanco y dirigió a Poppy una mirada cómplice. Pero no hizo el menor ademán de retirar sus piernas del campo visual del técnico.

–No sé cómo puedes aguantar a esas frescas –dijo Karin más tarde, en la cafetería–. ¡Hay que ver cómo va vestida! ¡Una puta callejera, y no digo más!

–Vamos, no seas así. Es lo que se lleva hoy en día –replicaba Poppy como si fuera una entendida.

Karin, la secretaria, a la que desde hacía algún tiempo se calificaba de ayudante de redacción, era la única que reconoció a Poppy cuando regresó a su antiguo puesto de trabajo tras su divorcio. La única que se acordaba de ella. De sus sueños. Pero nunca los mencionaba. Karin, al igual que Poppy, se había quedado colgada. A diferencia de Poppy ella envidiaba los planes, las estrategias, las posibilidades de las mujeres jóvenes. Poppy, por el contrario, aún creía que podía comenzar de nuevo cada día. La aventura seguía esperando a Poppy al final de la calle.

Nevada

Estaba sentada bajo su altar de yoga con las piernas cruzadas. Las manos apoyadas en los muslos, envueltas en un vendaje rosa como el de un boxeador. Debajo notaba los latidos sordos del dolor. Esperando. También Nevada esperaba. Con los ojos cerrados. Oía el arrastrar de las esterillas, las pisadas de los pies descalzos, los comentarios en susurros. Tras diversos intentos fallidos, había renunciado a imponer silencio antes del comienzo de la clase. Desde entonces se limitaba a permanecer sentada, esperando. Con el tiempo había aprendido a captar y aceptar el estado de ánimo de la sala. Ese día flotaba en el ambiente una extraordinaria inquietud, se cuchicheaba, se reía en voz baja más de lo habitual, las esterillas se desenrollaban con un golpe decidido. Nevada abrió los ojos. Delante, junto a la puerta, Poppy, como es natural. Nevada se avergonzaba del desagrado que sentía al verla. Semana tras semana confiaba en que Poppy no volviera. Y sin embargo era su alumna más valiente, la más fiel. A pesar de todo, en ocasiones su presencia se le antojaba insoportable, los chillones flujos de energía que partían de ella, espasmódicos colores de neón, azules, verdes, violetas. Cuando Poppy plantaba pesadamente sus pies en el suelo, notaba los temblores de la esterilla, como si acabara de desencadenarse un terremoto. Y sin embargo oscilaba de acá para allá como un globo a punto de soltarse de su cuerda. Su mirada se clavaba en la espalda de Nevada cuando esta cruzaba la habitación.

—*Drishti!* —exclamó Nevada—. Dirigid vuestra mirada hacia dentro.

Se lo decía a toda la clase, pero se refería a Poppy. Esta siempre estaba en su campo visual. Si no estaba atenta, organizaba toda la clase en función de ella. Siempre concentraba toda su atención en los que se resistían. Una alumna como Poppy hacía dudar a Nevada. ¿Podía alguien practicar el yoga veinte años o más y ser, pese a todo, tan inestable?

¿Podía alguien practicar tanto yoga y estar, a pesar de todo, tan cansada? Nevada soñaba con su cama. Una y otra vez se le aparecía el edredón forrado con telas indias. La nostalgia de ese lugar, de ese lecho, de ese edredón, era tan poderosa que le resultaba casi imposible resistirse a ella. El cuarto de Nevada estaba justo encima del estudio de yoga. En realidad formaba parte del loft de Lakshmi, pero contaba con una puerta de entrada propia. Sin cocina, sin baño. A cambio era grande. Un templo para la cama de Nevada, dentro no había nada más, el enorme lecho en medio de la habitación, libros

ordenadamente apilados, esterillas de yoga enrolladas, sus escasos vestidos pulcramente doblados. Lo único que mediaba entre ella y su cama era la empinada escalera. El día anterior había tenido que sentarse a la mitad, sobre el frío y liso peldaño de cemento. Con la cabeza apoyada contra la pared, pensó: «De aquí ya no puedo subir más». No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada, cuando Lakshmi pasó a su lado con dos bolsas de compra llenas –«¿Estás meditando?»–. En algún sitio encontró la fuerza para levantar el brazo, agarrarse a la barandilla, erguirse hasta ponerse de pie. Tras dar uno o dos pasos, volvió a sentir sus piernas algo más ligeras. Su cuerpo era un motor viejo que necesitaba un calentamiento previo.

Nevada dejó resbalar su mirada por la sala. Uno nuevo, un hombre de cabello oscuro había desenrollado su esterilla justo al lado de la de Marie. ¿Su marido, el actor? Las miradas de impaciencia que cruzaban la sala de yoga se concentraban en la esterilla masculina. Y Marie parecía contrariada. Nevada no se dejaría impresionar. Hace quince años había dado clase en un estudio de Nueva York al que asistían numerosos actores, más famosos que este. Respiró hondo.

–Comencemos. *Anjali mudra*. Manos unidas para la oración.

Nevada sabía que tenía que decir algo. Sobre el incidente de la semana pasada. Sobre su caída. Algunos de los alumnos acudían más de una hora a la semana, también iban con otros profesores. Otros no habían vuelto a verla desde el lunes anterior. La observaban con desconfianza.

–La última semana tuve lo que se llama un accidente de yoga –informó–. Una contradicción en sí, lo sé. Pero yoga significa unión, significa unir entre sí contradicciones. Sin darme cuenta, he fatigado en exceso mis muñecas. En mis ejercicios privados trabajo en series de hacer el pino y otras posturas en las que uno se apoya sobre las manos y los antebrazos. Cada postura tiene una contrapostura, como ya sabéis. A las flexiones hacia atrás siguen flexiones hacia delante, después de los brazos vienen las piernas. He debido descuidar este aspecto. Mis brazos me lo dieron a entender claramente la semana pasada. Nunca se termina de aprender la lección del yoga. Por eso, hoy en primer lugar: una postura para cuidar y relajar las muñecas.

Nevada se inclinó hacia delante. Su torso se apretó plano sobre sus muslos. Deslizó las manos bajo sus pies, con el dorso de la mano hacia abajo. Luego

estiró las piernas y presionó con fuerza la palma de sus manos con las plantas de los pies. Estuvo a punto de dar un alarido de dolor. Se mordió los labios, pero no pudo evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Liberó sus manos con cautela. Por fortuna, todas las caras estaban inclinadas hacia abajo, todas las miradas dirigidas a las propias espinillas. Nevada se limpió el rostro con la mano y caminó entre las filas, seguida por la mirada penetrante, inquisitiva, de Poppy, mientras se sujetaba los codos con la mano.

—¿Qué? ¿No os sentís bien?

Algunos suspiraron asintiendo.

—¡Mmmm! —hizo Nevada—. Sí, eso hace bien. Dejad que os posea esta enseñanza. Yo cometo errores para que no tengáis que repetirlos vosotros.

Algunos rieron.

—Bien. Basta de relajación, ahora vamos a exigir al cuerpo, para que el espíritu pueda tranquilizarse.

Nevada regresó a su esterilla. Le pesaban las piernas. Sus muslos le dolían, pero se trataba de un dolor familiar. Agujetas. Celebró el dolor como una confirmación de que había practicado lo suficiente. Pero llevaba una semana sin hacer ejercicio. Dio los últimos pasos hacia su esterilla a cámara lenta. Se sentía como si tuviera que tirar de sus pies a través de un cemento húmedo que se endurecía con rapidez. Ahora se trataba sobre todo de no mostrar debilidad alguna. Por fin llegó a su esterilla.

—Hoy no haré las *asanas* —informó—. Mis manos continúan débiles todavía. Nadine mostrará los ejercicios y yo os orientaré.

Nadine llevó su esterilla delante y la colocó cruzada delante de la clase. Se situó con las manos unidas para orar, los ojos inclinados con modestia. Mirada hacia adentro. Ella había pedido la mitad del sueldo de Nevada.

—Si enseño los ejercicios, podré dar la clase yo misma.

—Eso requiere algo más que exhibiciones gimnásticas.

—¿De veras?

Nadine estaba haciendo el curso de profesora de yoga, de cinco meses, que Lakshmi ofrecía en el estudio. Salvo Nevada, todas las profesoras que daban clase en el estudio habían realizado ese programa. Llegaban como alumnas, practicaban un año o dos, se pagaban un retiro de yoga en alguna isla exótica y decidían luego que el yoga era su destino, el contenido de su vida. A pesar de

que la propia Nevada enseñaba parte de esos bloques formativos, no lograba tomarse del todo en serio a esas jóvenes dóciles.

–¿Estás segura de que no sientes envidia? –le había preguntado Lakshmi–. Pareces una vieja: antes, cuando era joven, todo era mejor. Cuando era joven...

–¡Cállate ya! –Nevada no quería oír eso. ¿Cómo iba a ser vieja? ¿No prometía el yoga una eterna juventud? ¿Qué es lo que había hecho mal?

Esfuerzo adecuado, pensó Nevada. Entrenamiento continuo. No abandonar. No apartarse del camino. «Solo quien practica intensamente alcanza el objetivo».Yoga sutra 1.21.

Tenía que aumentar la intensidad. No mostrar la menor debilidad. Una yoguini no conoce el dolor. Nevada pensó en los peregrinos que había visto en la India, con ganchos de hierro atravesándoles el pecho, la espalda. A los ganchos iban sujetas cadenas de hierro, y a esas cadenas, altares enteros. Esos altares simbolizaban sus preocupaciones, quizá también sus pecados, Nevada no lo había entendido bien; en cualquier caso, los creyentes hindúes arrastraban sus preocupaciones monte arriba hasta un templo donde depositaban esas preocupaciones, esos pecados. Ante un dios. No padecían dolor alguno. «El buen creyente, no sufre», decían. Que Nevada padeciese dolores solo demostraba que no se esforzaba lo necesario.

Pero no lograba sobreponerse. Todos los días se levantaba a las cinco, se atormentaba realizando su serie de ejercicios, todos los días renunciaba antes, hasta que al final yacía de espaldas sobre su esterilla, las piernas apoyadas contra la pared. Mientras, las lágrimas corrían por su rostro.

Nevada se había criado en una enorme vivienda modernista, que, cuando su padre ganó dinero por primera vez, fue reformada por completo. Con acero cromado, mármoles, espejos y cuero negro. La cocina parecía una sala de operaciones. Una central de mando desde el que Martha, su madre, dirigía a la gente, diestra. Martha lo controlaba todo. Cuando por la mañana despertaba a Nevada y a su hermana Sierra, ya estaba perfectamente vestida, peinada y maquillada. El desayuno estaba listo, el sol lucía a través del ventanal, en su cocina se habría podido rodar un anuncio publicitario en cualquier momento. Martha Marthaler creía que uno tiene que estar siempre preparado para todo. Ponte ropa interior limpia, no sabes si hoy te atropellará un coche y te llevarán

al hospital. ¿Qué pensarían los médicos de ti? Haz la cama, no sabes si hoy regresarás viva a casa. Martha lo controlaba todo, salvo, como es natural, a su marido, Beni Marthaler, redactor publicitario genial y alcohólico. Solo que entonces no se llamaba así. Era uno de los denominados creativos. Todos los creativos bebían. Todos caían de vez en cuando en una profunda siema.

Nevada se sentaba a desayunar ante la barra de mármol pulido. El taburete de bar tapizado en piel negra era un poco alto para ella. Tenía que sujetarse al frío mostrador y trepar por los refuerzos del pie del taburete. Su madre le servía un plato con pan Wasa y queso fresco. Sierra se tomaba a cucharadas medio pomelo, su madre sacaba un refresco de cola de la nevera y abría la lata con un siseo. Se encendía un cigarrillo y fumaba mientras las niñas comían. Entre Sierra y su madre reinaba una especie de complicidad muda de la que Nevada estaba excluida.

–¿No podría tomar un panecillo recién hecho? –preguntó, y su madre puso los ojos en blanco.

–¿Y qué más?

Nevada guardó silencio y miró esperanzada.

–¿Quién puede resistirse a esa mirada? –le había dicho la señora Schneebeli, su profesora de segundo, dejándola ir a jugar sin haber terminado sus deberes de matemáticas.

A Nevada le gustaba la señora Schneebeli. Tenía el pelo como un erizo y siempre se pintaba los labios de rojo intenso. Ninguna otra profesora del colegio llevaba los labios tan rojos, el pelo tan negro, la piel tan blanca.

–Señora Schneebeli, ¿es usted Blancanieves? –le había preguntado Nevada una vez, mientras estrechaba su mano a modo de despedida después de la jornada escolar. La señora Schneebeli se limitó a reírse, sin decir ni sí ni no. Todo era posible.

–¿Conoces siquiera todos los ingredientes que contiene uno de esos panecillos recién hechos? ¿Cuántas calorías tiene? Y encima, querrás mantequilla, ¿verdad?

Nutella, pensó Nevada, pero no lo dijo. Su madre estaba a dieta. Desde que Nevada acertaba a recordar. A sus hijas quería ahorrarles esa tortura, por eso las ató corto desde el principio, no las había acostumbrado a los alimentos más calóricos.

–Algún día me lo agradeceréis.

La nevera, además de vino blanco, champán y agua mineral francesa en panzudas botellas verdes de cristal, contenía únicamente pepinillos y cebollitas en vinagre, leche desnatada, yogur y queso fresco.

Los productos prohibidos estaban escondidos en el congelador, vasitos de helado, panecillos frescos, minipizzas. Nevada los descubrió por casualidad. Se había despertado durante la noche y, al oír ruidos en la cocina, se deslizó sigilosamente fuera de su cuarto. De la cocina salía un resplandor azulado. Nevada pensó en ángeles, pero solo era la luz fría que brotaba de la nevera abierta. Delante, sobre el suelo liso como un espejo de la cocina, se acuclillaba su madre, atiborrándose de comida con las dos manos, unos manjares que Nevada nunca había visto. Regresó a su cama sin hacer ruido. En cuanto tuvo ocasión registró la nevera y encontró el cajón secreto en el que esperaban, congelados, los alimentos prohibidos.

–Por favor –dijo Nevada abriendo mucho los ojos, esos ojos a los que no se podían resistir.

Su madre podía.

–No tenemos panecillos frescos –resopló.

–¡Sí que tenemos!

Nevada se bajó del taburete y lo arrastró hasta la nevera. Se subió de rodillas para llegar al cajón de los congelados, abrió la puerta con esfuerzo... estaba vacío. El día anterior todavía estaba lleno. Al regresar del colegio, Nevada había sacado un vasito de helado de chocolate y se lo había comido escondidas en su habitación. Se lo había comido tan deprisa que el frío le provocó dolor de cabeza y el chocolate dejó un sabor afelpado en su boca. Acurrucada en el suelo, detrás de su cama, para que su madre no pudiera verla si entraba. Nevada oíría la puerta y rápida como el rayo escondería el helado y la cuchara debajo de la cama. Su madre no entró. Nevada lamió el vasito sin dejar ni rastro, después lo dobló hasta dejarlo muy pequeño. Había arrancado hojas de un viejo bloc de dibujo, dibujos infantiles de casas y personas cogidas de la mano, y soles amarillos suspendidos en la esquina de la hoja como cuartos de queso. Su madre odiaba esos blocs para colorear. Sus hijas tenían que ser creativas. Eso era casi tan importante como estar delgada. Nevada arrugó las hojas con el vasito de helado dentro y lo metió todo en su

papelera. Al día siguiente vendría la asistenta y la vaciaría. Nadie se daría cuenta de nada. Nadie se habría dado cuenta de nada si la propia Nevada no se hubiera delatado.

–Pero si ayer todavía había aquí...

Se interrumpió de repente. Se dio cuenta en el acto de que había cometido una equivocación, de que había desvelado un secreto.

–Si no te gusta el desayuno que he preparado expresamente para ti, no tienes por qué comértelo –dijo la madre, retirando el plato de Nevada.

La niña se echó a llorar. En su tripa había un agujero negro, y en el agujero, un animal que enseñaba los dientes. Si no le daba de comer, el animal saldría de su tripa royendo. Desesperada, alargó la mano hacia el plato que su madre se disponía a tirar al cubo de la basura.

–¿Puedo ir a casa de Maja después de clase? –preguntó Sierra, aprovechando con habilidad el momento en que su madre estaba distraída–. Estamos estudiando el examen del viernes.

–¿Qué examen?

La madre aflojó la presión de su mano, Nevada se hizo con el plato y de pie, se embutió el queso fresco aprovechando el pan Wasa como pala, y engulló a la velocidad del rayo el montoncito blanco, templado, de sabor ácido, antes de que le arrebataran el plato de nuevo.

–Seguramente me quedaré a dormir –prosiguió Sierra–. Es más cómodo, porque vive muy cerca del colegio.

Sierra había tenido una hermana gemela que había fallecido en el claustro materno poco antes de nacer. Durante ocho años, los padres de Sierra habían intentado volver a completar Sierra Nevada. La madre sufrió incontables abortos hasta que finalmente tiró la toalla. Entonces, como es natural, se quedó embarazada. Cuando ya no lo esperaba y seguramente tampoco lo deseaba.

–¡Maldita sea, deja que la niña desayune como es debido! –gritó de pronto una voz ronca desde el antiguo Cadillac Roadster Cabriolet de 1953 azul turquesa que estaba en medio del salón, por lo demás, vacío. Su padre solía dormir sobre el amplio asiento trasero tapizado en piel. Llevaba un traje arrugado de color turquesa, una camiseta rosa, iba descalzo. Su cara estaba bronceada, en el techo del cuarto de baño habían instalado lámparas bronceadoras que se conectaban automáticamente al cerrar la puerta. Salió del

asiento trasero del Cadillac y se dirigió hacia la cocina arrastrando los pies. Cogió a Nevada por la cintura y la levantó—. ¿Qué tal, brujita? —La besó, ella se apartó. Su barba arañaba, olía a sudor y a tabaco frío—. Vamos a ver si nos preparamos un buen desayuno antirresaca, faltaría más. —Abrió la nevera—. ¿Es que quieres matarnos de hambre? —preguntó a su mujer, que se volvió, asqueada—. ¿Has vuelto a zampártelo todo la noche pasada, eh?

Ahora su voz sonaba maligna. Nevada apretó los labios. Era culpa suya, ella se había enterado de que el día anterior el congelador estaba repleto. Ojalá no hubiera dicho nada.

—Todavía no me había dormido. Te oí.

—¿Tú? ¡Si ni siquiera eras capaz de encontrar tu cama!

—Pues la encontré... pero no me gustó lo que encontré dentro.

Beni sacó seis huevos de la nevera, los cascó en la sartén, los removió con una cuchara de madera, añadió leche y pimienta picante.

—Pero sin grasa no quedarán bien —advirtió.

—Papá, ¿puedo quedarme esta noche a dormir en casa de Maja? —preguntó Sierra.

—Claro que sí, tesoro.

—Claro que sí, tesoro —lo imitó Martha ridiculizándolo—. Si ni siquiera sabes quién es Maja.

—Por supuesto que lo sé. Es la hija de ese abogado estrella. No puede ser malo conocer a gente así. —Beni colocó la sartén directamente encima del mostrador de desayuno, se acomodó en la banqueta libre y sentó a Nevada en su regazo. Le puso un tenedor en la mano—. Come, pequeña.

Juntos, engulleron los secos huevos revueltos. Nevada comió deprisa. Su padre desprendía un olor dulzón, rancio y podrido.

Martha los miró un momento, después se apartó.

—Me dais asco —dijo—. ¡Los dos!

Poco después, desde el fondo de la vivienda llegó la voz doblada al alemán de Jane Fonda, exhortándolos a moverse.

—¡Y uno y dos y tres y cuatro!

Nevada estaba sentada en el regazo de su padre. Él la sujetaba con fuerza y le echaba el aliento en la nuca. A ella le parecía estar sentada encima de una balsa que se iba a pique. Las rodillas de su padre se movían. Ella se sintió

mal. No dijo nada. No había nada que decir. «Mal» era solo una sensación. Las sensaciones se podían controlar, afirmaba su madre. Bastaba con esforzarse lo suficiente. Nevada se esforzaba, pero no lo bastante. No era lo bastante buena. Ni para su padre, ni para su madre.

Volvió a ahuyentar en el acto ese pensamiento. Se concentró en la clase. Exigiría tanto a sus alumnos, que ni se les ocurriría la idea de quejarse. O de asombrarse. Había subido la calefacción, los primeros ya sudaban.

–*Chaturanga Dandasana* –dijo en voz alta.

En caso de duda, flexiones.

Marie

Después de su turno no habría debido acudir a casa. Por lo general iba directamente al estudio de yoga, pero había olvidado sus pantalones. Durante un momento pensó en comprarse unos nuevos en la tienda, pero sabía que ninguno de los modelos expuestos le valdría y no tenía humor para explicárselo a Nadine, sintiendo sobre ella su mirada joven y fría. Así que se metió con el coche por el intrincado casco antiguo, aparcó en zona prohibida, encendió las luces de emergencia y subió corriendo.

–Soy yo –saludó con falsa alegría–. ¡Es que me he olvidado una cosa, me voy ahora mismo!

Pero Gion ya estaba en el umbral. Sin lavar, sin afeitarse, con los cabellos negros tiesos y desgreñados. Marie se paró. Quiso abrir los brazos, agarrarlo, pero en lugar de eso se apartó.

–Solo vengo a toda prisa a recoger mis pantalones de yoga.

–¿Yoga? ¿Es que todavía vas a yoga?

–Todos los lunes por la tarde. Desde principio de año.

Rebuscaba en los cajones, no quería llegar muy tarde.

–Yoga. Hmm. Durante un tiempo tuvimos una profesora de yoga en el estudio –dijo Gion–. Era muy buena. Me aportó mucho. Entonces –suspiró.

Marie había encontrado un pantalón verde oscuro, descolorido, no muy favorecedor. Se lo guardó.

–Tengo que irme.

–¿Sabes una cosa? –Gion estiró la espalda, bostezó–.Te acompaño.

–Pero...

–Eso es exactamente lo que necesito ahora. Desconectar, vaciar la cabeza, relajarme.

–Pero la clase está a punto de empezar.Ya llego tarde.

–Estoy preparado. –Y sonriendo, se colgó de su brazo.

–¿Pero no vas a...?

–¿A qué?

A ducharte, quiso decir ella, a ponerte algo limpio y en resumidas cuentas...

–Llevo ropa deportiva, como quien dice –replicó Gion, señalando su pantalón deformado–. Como si lo hubiera presentado. ¡Si esto no es una señal...!

–Bien –dijo Marie, pues qué otra cosa habría podido decir.

Subió al coche deseando que no arrancase. Gion se sentó en el asiento del copiloto. ¿Qué decía de su matrimonio que la presencia de su marido, al que quería, amenazase con arruinarle la velada? Accionó la llave. El coche arrancó.

–No creo que se pongan histéricos porque me presente allí –reflexionó Gion–. Quiero decir que son yoguis, seguro que muestran cierta serenidad... ¿tú qué crees? A lo mejor ni siquiera ven la tele. Me refiero a que una serie de médicos como esa a lo mejor les importa un pimiento, les resulta demasiado populachera, digo yo... a lo mejor incluso me desprecian por lo que hago...

«Si no te conocen, mal pueden despreciarte», pensó Marie.

–¡Qué va, no lo creo! –dijo en lugar de eso.

–Preferiría que no me reconocieran –dijo Gion, reclinando la cabeza y cerrando los ojos–.Tú no puedes hacerte una idea. ¡Ser tratado una vez como todos los demás, como una persona normal y corriente!

–Hmmm...

Marie le conocía lo bastante bien como para saber que si eso sucedía de verdad alguna vez, lo destrozaría. Lo último que él anhelaba era pasar desapercibido. ¿Por qué si no se había hecho actor? Ella no le quería pese a esas contradicciones, sino precisamente por ellas, pensó. Giró para adentrarse en la calle estrecha junto a la orilla del río. Faltaban cuatro minutos para las siete. A veces a esa hora ya no había plazas de aparcamiento. Pero esa tarde

encontró una justo delante de la entrada. Apagó el motor, Gion sacó unas gafas de sol de la guantera, se las puso y salió del coche frotándose las manos.

—¡Vamos allá!

Durante meses se había recluso en su despacho, Marie sospechaba que para jugar al póker por internet o bajarse porno. Se había pasado semanas sin hablar apenas, sumido en la desesperación, con la certeza de que su carrera había terminado, de que jamás volvería a trabajar, y menos para la televisión. Él, al igual que todos los demás, había firmado un acuerdo de confidencialidad. Mientras la serie se proyectase, mientras no se hubiera comunicado oficialmente el final, él no podía revelarlo. Eso suponía que no podía ponerse a buscar trabajo. Pasaba día tras día en su cuarto, a veces con los postigos cerrados. Había dejado de ducharse y de afeitarse.

Y ahora, esto. ¿Pero no era lo mejor? ¿Qué clase de mujer era ella si no se alegraba de que él hubiera encontrado algo que lo arrancase del sofá? ¿Algo que lo hiciera feliz?

Yoga, la droga milagrosa. ¿No se sentiría Marie ofendida porque después de casi medio año siguiese esperando la salvación?

Las esterillas próximas a Gion se ocuparon rápidamente. Mujeres jóvenes se lanzaban justo a su lado a efectuar contorsiones peligrosas, abrazándolo apasionadamente por así decirlo con sus largas piernas. Marie decidió sentarse derecha y cerrar los ojos. Dobló sus piernas en la posición del loto, la única postura de yoga que le resultaba fácil. Ya de pequeña dominaba esa postura, sin saber todavía su nombre. Se esforzó por respirar tranquilamente. No paraba de parpadear. Las princesas del yoga asediaban a su marido. Una se había tumbado de espaldas con las piernas levantadas, y se había colocado junto a su cabeza, ofreciendo sin el menor rebozo su bajo vientre, apenas cubierto por unos leotardos gris claro. «Mejor que cualquier página porno», pensó Marie con rencor, «no es de extrañar que Gion esté entusiasmado». Otra empezó a hablarle en susurros. Marie se olvidó de respirar, tanto se concentró. La mujer simulaba no saber quién era Gion. Marie sabía por experiencia propia que ese truco funcionaba de maravilla. Ningún actor soporta que no le reconozcan. Por muy plausibles que sean sus lamentos de que no puede dar un paso sin ser observado. ¡Ay de él, si no lo es!

... por mi trabajo —decía ahora Gion en voz baja—. Estoy estudiando un

papel...

–¿Entonces el doctor Santana no se quedará en el hospital? –se delató otra alumna de yoga. Su voz brotó extrañamente ahogada entre sus muslos.

–Sobre eso no puedo decir nada.

–¿Doctor Santana? ¿Hospital? No entiendo...

La primera admiradora persistía en su truco. Te estás pasando un pelín, pensó Marie enfurecida con los párpados cerrados. Por fin Nevada abrió los ojos y comenzó la clase. Marie la observaba con atención. La ligera tensión en los hombros, la postura forzada para paliar el dolor, el gesto de frotarse repetidamente las muñecas con mucho cuidado. «Todavía tienes dolores», pensó. «Los dolores no han desaparecido.» Marie repasó mentalmente las fichas que había empollado durante la carrera. Su cabeza estaba organizada como una computadora: Marie poseía memoria fotográfica, era capaz de evocar informaciones almacenadas años antes, solo tenía que saber dónde encontrarlas. Se imaginaba un gran fichero, con los cajones etiquetados por año de carrera y asignatura, de cada cajón podía extraer una interminable serie de registros guardados en carpetas de colores pulcramente rotuladas. Las hojeó.

«Reumatismo de partes blandas», pensó. «Fibromialgia. Diagnóstico de mierda. Diagnóstico cero.»

–Manos en actitud de plegaria.

Nevada comenzó su clase con una explicación de su accidente

de yoga que no convenció a Marie. Esos dolores, esa debilidad inexplicable no podían ser consecuencia de un sobreesfuerzo. ¿Estaría mintiéndoles? De pronto Marie se enfadó con Nevada. ¡Ella era su profesora de yoga! ¡Las respuestas tenía que darlas ella, y no al revés! Marie sabía que su propia decisión había sido no ir a casa, sino llevar a Nevada a urgencias, convirtiéndola de ese modo en paciente. A pesar de todo, se sentía ofendida por Nevada. Traicionada. Había perdido algo.

–*Stira sukham asanam* –decía Nevada en ese momento–. Esfuerzo y facilidad caracterizan por igual la postura de yoga correctamente realizada –

precisó—. La escala es vuestra respiración. Intentad inspirar y espirar durante el mismo tiempo. Si la inspiración se convierte en jadeo, si respiráis con dificultad, es que os estáis esforzando en exceso. Entonces debéis retiraros. Abandonad la postura. Haced menos. El yoga sin aliento no es yoga, es gimnasia artística.

A pesar de todo, a Marie la clase le parecía mucho más esforzada de lo habitual. Pronto yació enroscada sobre su esterilla en la postura del niño. Oía resollar a Gion a su lado. Le faltó poco para levantar la cabeza y gritarle: «¿No has oído lo que ha dicho Nevada? Haces demasiado. ¡Exageras!».

Marie se sentía traicionada. ¿No era Nevada su profesora? ¿No tendría que saber ella lo mucho que desagradaba a Marie que Gion se metiera en ese ámbito que pertenecía exclusivamente a su mujer?

«¡Qué idiota!» Marie se reprendió a sí misma. «Tu vida es independiente de Gion. En el hospital eres la doctora Leibundgut. Allí nadie se interesa por Gion, al menos los pacientes, desde luego no mientras te necesitan... Sí, pero... él es el doctor Marc Santana. Si los pacientes pudieran escoger entre él y tú... ¿Y no te ha reprochado ya él, que tu técnica quirúrgica está anticuada, que en el hospital cantonal ya solo realizarían tal o cual intervención mediante laparoscopia? ¡Bueno!, ¿y qué? El hecho es que vuestras vidas profesionales no coinciden en nada. ¿Qué otra cosa vais a compartir sino un *hobby*? ¡Otras mujeres se alegrarían de que sus maridos las acompañasen a yoga! Además, sé realista: ¿de verdad quieres mandarlo solo al estudio de yoga? ¿Dejarlo a merced de esa horda de mujeres?»

Cuando volvió a colocarse para el saludo al sol, el sudor de la frente de Gion goteó sobre el dorso de su mano. Ella la retiró y se la limpió en su camiseta. Con gesto ostensible. Pero nadie reparó en ello, y Gion menos.

Después de la clase, las admiradoras lo asediaron tanto tiempo que los alumnos de la clase siguiente tuvieron que esperar en recepción a que todas las esterillas estuvieran enrolladas y retiradas. Nadine, en la entrada con la enorme mopa, escuchaba con atención. Al final, Gion se levantó.

—¡Perdón, perdón! —exclamó con una sonrisa seductora y tímida—. ¡Estamos interrumpiendo la actividad!

—¡No hay problema! —murmuró Nadine, apoyada en su mopa.

—De todos modos, necesito comer algo. ¿Por qué no seguimos charlando

abajo, en el bar?

Se sentaron a la gran mesa redonda situada en el centro del local, bebieron té especiado y comieron crujientes dados de tofu fritos. Gion hacía la corte. Las mujeres escuchaban fascinadas cómo describía una tras otra cada una de las posturas que habían practicado durante la clase, cómo las había percibido él, qué había sucedido en su interior al ejecutarlas.

–Cuando he hecho el pino, he captado la fuerza que a través de las palmas de mis manos asciende desde el suelo hasta mis brazos y hombros –informó–. Es algo extraordinario. La última vez que hice el pino era pequeño. Pero mi cuerpo ha sabido en el acto lo que tenía que hacer. Todo volvía a estar ahí.

–Increíble –decían las mujeres–. Fantástico.

–Creo que tengo una familiaridad natural con el yoga. ¿Os podéis creer que esta ha sido mi primera clase? ¿En toda mi vida?

–Es increíble.

–Cuesta creerlo.

–Impresionante.

Las mujeres murmuraban como un coro griego.

«¿Y qué hay de la profesora de yoga del set?», pensaba Marie. «¿Es que ella no cuenta?» Pero no abrió la boca y se levantó para acercarse al mostrador del café. Se trajo un expreso doble y un trozo de tarta de chocolate, por puro despecho. No tenía hambre y el olor amargo del café le daba náuseas. Cuando regresó a la mesa, su asiento estaba ocupado. Su asiento junto a Gion.

–Uy, perdona, ¿estabas sentada aquí?

–No importa. –Arrastró una silla de la mesa de al lado, sentándose en segunda fila, como quien dice. Tuvo que mantener en equilibrio sobre las rodillas su plato y su taza, porque estaba muy lejos de la mesa.

Gion decía en ese momento que había comprado un abono anual que le permitía asistir a un número ilimitado de clases. Ahora creía que una clase diaria no le bastaba, en adelante acudiría al estudio por la mañana y por la tarde.

–Prueba *Yoga a la luz de las velas* el domingo por la tarde con Kira. Te juro que después te sentirás como renacido. Y la semana se extenderá ante ti como una playa infinita.

–Suena bien –contestó Gion–. Entonces, ¿te veré allí?

Ted

–¿Dónde se conoce a mujeres hoy en día? Está claro. En yoga. ¡Mira que no haber caído en ello! –Tobias pidió otra cerveza.

–Conocer mujeres nunca ha sido un problema para mí.

Ted era maestro de primaria. Las colegas del claustro de profesores, las madres en la reunión escolar para padres, mirase donde mirase solo veía mujeres. Mujeres desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde. Ted pensó en Kevin, que un buen día sencillamente se negó a seguir yendo al colegio. Durante la entrevista aclaratoria con los padres (a la que, como era habitual, solo había acudido la madre), la maestra y la directora del colegio, el niño explotó.

–¡No hay más que mujeres por todas partes! –había sollozado–. En casa, en el grupo de juego, en el jardín de infancia, en el grado inferior, en gimnasia, en canto, y ahora de nuevo ¡una mujer! Ya no puedo más –gimió, y lo cambiaron a la clase de Ted.

–Necesitamos imperiosamente hombres –había dicho la directora del colegio durante la entrevista de solicitud de empleo.

Él habría podido conseguir un puesto en cualquier parte, pero había elegido ese: en una ciudad pequeña y tranquila con un escaso contingente de extranjeros. Ted no necesitaba desafíos adicionales en el trabajo, bastante le exigía ya su vida privada.

Como maestro de primaria tenía jornadas de trabajo normalizadas, muchas vacaciones, buenas prestaciones sociales. Había estudiado Pedagogía, poseía un diploma que certificaba su aptitud para trabajar con niños.

¿Por qué había creído que eso tendría algún valor? El doble cromosoma X era el único argumento a tener en cuenta cuando se trataba de asignar la guarda al más capaz de los progenitores. Poco después de dar a luz, Tina reanudó el trabajo, primero al sesenta, después al cien por cien; tenía que asistir a comidas de negocios, viajar. Ted se había ocupado de Emma más que ella, podía demostrarlo, había conservado todas las agendas en las que estaba pulcramente anotado en rojo y azul quién, cuándo y cuántas horas había pasado con Emma.

–No existe la menor posibilidad –había dicho la abogada a la que había

consultado poco después de la separación—. Si fuera un hijo, quizá, pero una niña... no hay posibilidad alguna. Ni siquiera en el caso de que la madre no quisiera a la niña. Entonces el Departamento de Protección de Menores quizá designase un tutor y optase por una familia de acogida. A un hombre no se le entrega una niña pequeña, eso no se hace y punto.

¡Si ni siquiera estaban casados! La abogada meneó la cabeza.

—Eso tampoco hubiera cambiado mucho las cosas. No me malinterprete, soy una feminista de la primera hornada. —Parecía demasiado joven para eso, pero Ted se guardó de decirlo—. Me he manifestado, nuestro cuerpo nos pertenece, alza tu voz, conquista tus derechos... pero desde que ejerzo en el ámbito del derecho de familia, dicho vulgarmente, desde que vivo de los divorcios...

Ella miró por la ventana. Un árbol con hojas de un verde intenso que ostentaban un brillo casi antinatural ocupaba toda la ventana. Ted recordó cómo su mirada siguió a la de ella, enredándose en las manchas verdes que oscilaban con suavidad, cómo olvidó por qué estaba allí. Hasta que la voz de la abogada lo arrancó de sus ensoñaciones.

—Desde que me dedico fundamentalmente a los divorcios —repitió—, lo sé: las mujeres están todavía perjudicadas en la mayoría de los ámbitos de la vida cotidiana económica, política e incluso privada. Pero tratándose de divorcios, del derecho de guarda y de alimentos, los pobres desgraciados son los hombres. Yo podría dorarle la píldora y facturarle muchas horas, pero prefiero ser sincera: ahórrese el dinero. Intente mantener la mejor relación posible con la madre. Transija siempre que pueda. Lo mejor que cabe esperar es que ella firme voluntariamente un acuerdo reconociéndole ciertos derechos.

—A lo mejor yo también empiezo con el yoga —dijo Tobias mirando su cerveza—. Porque desde luego con la bici no encuentro a ninguna mujer.

—¡Tobias, tú ya tienes una mujer!

—¡Una es nada! —replicó Tobias encogiéndose de hombros.

Nada más lejos de la verdad. Tobias quería a su mujer, la idea de engañarla, como había hecho ocasionalmente en otras relaciones anteriores, le provocaba un indecible cansancio. Cuando dudaba, cuando dudaba tan solo un instante: «¿No soy demasiado joven para comprometerme, de verdad no volveré a acostarme nunca más con otra mujer? Y ya que estamos, ¿volveré a acostarme

alguna vez con una mujer?, porque al fin y al cabo hace ya la tira de tiempo que Eveline... tres meses, seguro...».

Siempre que le asaltaban ese tipo de dudas, llamaba a Ted. Tras una velada en su compañía, Tobias regresaba a casa complacido. Según cuánto hubiera bebido, estaba agradecido hasta la muerte y hasta las lágrimas a su mujer, que era fuerte y clara como el agua.

Eveline estaba embarazada de nuevo. Por séptima vez en dos años. Pero esta vez parecía durar. Diez semanas. A pesar de todo habían acordado guardar silencio hasta que hubiera superado el obstáculo de las doce semanas. En los últimos años habían pasado con excesiva frecuencia por eso, la alegría, los regalos, las felicitaciones, después las llamadas telefónicas, la compasión, el embarazoso silencio. Esperarían. Dos semanas más como mínimo, antes de llamar a los padres de él, y luego a los de ella. ¿Les creerían todavía?

Cuando Tobias estaba con Ted, se comportaba igual que su amigo, un hombre solitario, inquieto, con arrugas de amargura alrededor de la boca, un héroe romántico. Sin embargo, sabía que Ted se cambiaría por él sin dudar, porque el deseo más ardiente de su amigo era tener una familia, una mujer, un hogar. Tobias conocía mujeres que deseaban lo mismo que Ted, y durante años había intentado emparejarlo con ellas, hasta que Eveline se lo prohibió: sus amigas eran demasiado importantes para ella como para arrojarlas a los pies de ese notorio solitario para que las pisoteara.

—A tu amigo le falta un tornillo —adujo—, y bien grande, esto ya no es nada divertido.

Tobias no tenía nada que objetar. Sabía que Ted podía parecer un donjuán, un conquistador, un neurótico incapaz de comprometerse, que transformaba a mujeres hermosas, interesantes, divertidas, en seres inseguros a base de no prestarles atención, ni telefonearlas, ni devolver sus llamadas. Pero cuando aparecía una que evidentemente no quería nada de él, entonces caía de rodillas y se convertía en un idiota romántico. Así volvía a suceder esta vez. Tobias se había propuesto no decir nada. Pero no pudo evitarlo.

—¿Y cómo es tu yoguini?

Ted no contestó.

—Déjame adivinarlo: responde por entero a tu esquema de presa, ¿a que sí?

Ted asintió.

–Entonces, larguirucha. Y una pava.

–¡Una princesa!

Tobias no se rio. Se limitó a menear la cabeza.

–¿La verás luego?

Ted no había regresado al estudio de yoga. Llevaba dentro de su monedero el vale para una clase gratis que le habían dado tras la sesión interrumpida del lunes anterior. No pensaba utilizarlo. A Ted no le gustaba hacer el idiota. Y menos en presencia de mujeres. Ser el único hombre en una sala de llena de féminas y no saber el próximo movimiento, el único en no tocar el suelo con las puntas de los dedos, no soportar el tirón en las piernas estiradas... de ninguna manera. Cuando hiciera más calor, a lo mejor volvía a jugar al fútbol, eso al menos lo dominaba, en eso era bueno.

¿Por qué sería tan poco flexible? Al fin y al cabo practicaba deporte, daba clase de educación física, jugaba al fútbol, hacía *jogging* y ejercicios de calentamiento y enfriamiento... A lo mejor se compraba una esterilla de yoga y practicaba en casa algunos ejercicios que había memorizado, por ejemplo el saludo al sol, que era fácil. A lo mejor regresaba más tarde al estudio de yoga, cuando se sintiera más seguro, si Lilly quería.

Lilly llevaba bastante tiempo haciendo yoga, más de un año, por lo que tenía práctica, y le había dicho con claridad meridiana que no tenía el menor interés en asistir con él a una clase más suave, para principiantes. Ella necesitaba el yoga para compensar su vida estresada; Ted todavía no había averiguado en qué consistía exactamente ese estrés.

Tras la velada en el bar, después de la clase de yoga interrumpida, ella le había acompañado a casa. Habían escuchado música, se habían besado.

–No pienso acostarme contigo –aclaró ella nada más empezar.

Él se limitó a asentir. Se habían besado hasta que a él le dolieron los labios.

–¿Hasta dónde llegaste? –preguntó Tobias–. Venga, suéltalo, os fuisteis a...

–Eres un idiota –repuso Ted–. De verdad, no tienes ni idea. No sé cómo te soporta tu mujer.

«Mejor que a ti la tuya», quiso decir Tobias. Pero no se pateó a un caído. Aunque no sepa que está tirado en el suelo. Aunque se haya tirado al suelo voluntariamente.

–¿Quieres otra?

Ted asintió y pagó la ronda. Controlaba su móvil con discreción. Nada. Eran poco después de las ocho y media, la clase avanzada estaba terminando justo entonces. Si Lilly se presentaba, sería en ese momento.

–¡Salud! –Tobias alzó el vaso. La última, se propuso. Después de tres cervezas se ponía sentimental. Entonces echaba de menos a Eveline—. ¡Eh, mira! ¿No es ese el tipo de la televisión?

La puerta corredera que daba a la entrada lateral de la escalera se abrió y el aire frío y unas voces ruidosas irrumpieron a raudales. En el local se hizo un completo silencio. Como si se hubiera interrumpido una película. Los vasos se detuvieron a medio camino de la boca, las conversaciones enmudecieron, a Ted le parecía ver jirones de palabras suspendidos en el aire. «La Bella Durmiente», le vino a la cabeza, «el pinche de cocina que tuvo que esperar cien años con la bota del cocinero en el trasero».

En la puerta apareció un hombre sorprendentemente bajo, grácil, con unas gafas de sol enormes; tras él, un poco más alta, la médica que el lunes anterior había atendido a la profesora de yoga. Ted la saludó con una inclinación de cabeza. Sin darse cuenta, su mirada se dirigió hacia abajo, buscando sus anchas caderas.

Su saludo pareció romper el hechizo, los clientes volvieron a moverse, los vasos tintinearón, se reanudaron las conversaciones, más ruidosas que antes, según parecía. Esa tarde de un lunes corriente y moliente había adquirido de pronto un brillo especial. El bar se había convertido en un decorado, los clientes en extras, todos ellos se habían convertido sin saberlo ni quererlo en algo más importante, más brillante. El hombre menudo se adentró en el recinto y se detuvo. En el centro del local, abarrotado, había una mesa libre, como si le estuviera esperando. Extendió los brazos, rio, se dirigió a la mesa, seguido por la médica. Al pasar dedicó una sonrisa a Ted y Tobias.

–¡Guau! –exclamó Tobias.

–Sí –confirmó Ted.

–¡Eso sí que sería algo diferente! ¿Te has enrollado alguna vez con una gorda?

–¡Por favor, Tobias!

Ted se volvió de nuevo, el encuentro lo había distraído, ahora seguramente había dejado escapar a Lilly. Había propuesto a Tobias quedar en el Bar del

Río, porque esperaba encontrar allí a Lilly por pura casualidad. Ella pasaría delante del bar camino del estudio. Se había situado junto al mostrador de modo que tuviera a la vista la puerta de cristal, el arranque de la escalera. Él fingiría no verla. La dejaría pasar, subir la escalera, muy cargada con bolsas, esterillas enrolladas, su ordenador portátil. Él se quedaría allí sabiendo que arriba ella sudaba, se contorsionaba, pasaría noventa minutos pensando en ella y cuando volviera a bajar se interpondría en su camino como por casualidad.

Ella había prometido llamarle. Su móvil estaba encima de la barra, junto al vaso de cerveza medio lleno, Tobias ya casi había vaciado su tercer vaso. Ted prefería no beber en exceso. No quería oler a cerveza cuando la besara. Quería estar en el bar como un primer premio, afeitado, con una camiseta vieja, pero limpia, que él denominaba su camiseta de la suerte, porque a las mujeres les gustaba acariciarla, pasar la mano por la tela suave y desgastada por los lavados.

La escalera estaba vacía. La chica de recepción bajó, entró en el local y miró a su alrededor, buscando. Ted supuso que había cerrado el estudio. ¿Y si le preguntaba si Lilly había asistido a clase? Ella pasó junto a él y se dirigió a la mesa donde se sentaba el actor. Ted jugueteaba con su móvil. Ella había prometido llamar. Él todavía no había comido nada, quería aprovechar la ocasión para invitarla a cenar. Cuando su teléfono sonó por fin, lo cogió tan deprisa que estuvo a punto de tirar su vaso.

Tina, se leía en la pantalla. Se apartó un paso de la barra.

—¿Tina... qué sucede? ¿Le pasa algo a Emma?

—¿Te llamaría yo si no? ¿Dónde estás, en un bar?

—¿Y qué si lo estoy? ¿Qué le pasa a Emma?

—No puedo explicártelo por teléfono. Tengo que hablar contigo. Vamos camino de tu casa.

—¿Las dos?

—Claro, ¿crees que voy a dejarla sola en casa? Además esto también le atañe a ella.

—¿Entonces está bien?

—¿A qué te refieres con lo de bien?

Ted se pasó la mano por la cara.

—Tina...

Tobias puso los ojos en blanco. Levantó su vaso de cerveza vacío, Ted dijo que no con la cabeza.

–Tina, yo...

...la he visto ensangrentada, debajo de un coche, en la ambulancia, he pensado que me daba un ataque al corazón... Todavía intentaba explicarse. Como si no supiera lo absurdo que era eso.

–¿De qué se trata? –preguntó por fin.

–Dentro de un cuarto de hora estaremos en tu casa. Siento de veras tener que interrumpir tu despreocupada vida de soltero, pero... tienes una hija. ¡Mala suerte!

Duḥkhadaurmanasyāṅ gamejayatva śvāsapraśvāsā vik śepasahabhavaḥ

La distracción mental provoca un encogimiento
del corazón, una ofuscación del espíritu,
una incapacidad para sentirse cómodo en diferentes posturas
y una respiración agitada.

Patanjali Yoga sutra 1.31

Nevada

Por la mañana no le apetecía levantarse. Cuando lo hacía, trastabillaba. Se le doblaban los tobillos. Los peldaños de la escalera crecían de pronto hasta alcanzar una altura insuperable. Tenía que sentarse en el primer descansillo cada vez con más frecuencia. Apoyaba la cabeza en la pared y lloraba de agotamiento.

Así sentada la encontró Lakshmi.

–Eh, ¿pero qué te pasa?

Sobre todo no mostrar debilidad, pensó Nevada. Pero era demasiado tarde.

–Estoy exhausta –sollozó.

Lakshmi se agachó, la cogió por debajo de los brazos y la levantó. Subieron juntas las escaleras. Del brazo de Lakshmi los peldaños parecieron recobrar sus dimensiones normales.

–Dispongo de una hora libre –le comunicó Lakshmi abriendo la puerta de su casa–. Entra. Y ahora ¡cuéntame qué demonios ocurre!

Cuando Nevada yació en el blando colchón de suelo de Lakshmi y se tomó un té ahumado, el dolor se desvaneció. Durante un momento se abandonó a la sensación de que todo podría volver a arreglarse.

Nevada había conocido a Lakshmi (entonces todavía se llamaba Melanie) en la India, cuando ambas asistían a un curso de profesores para alumnos extranjeros organizado por un famoso maestro indio. Nevada había ahorrado durante mucho tiempo para ir a ver a su gurú, se había preparado practicando cada día más tiempo, con más dureza. Mejor habría hecho leyendo una guía de viaje. La India la había subyugado y sobreexigido.

Ella esperaba ir a casa, a la fuente del yoga, donde todas las respuestas brotaban del suelo. Las tomaría con ambas manos y se las llevaría a los labios, absorbería la sabiduría. Y todo mejoraría.

El programa de formación para extranjeros costaba mucho dinero. Le quedó poco para el alojamiento y el viaje. Nevada había pasado día y medio en

trenes repletos y autobuses destartalados. Cuando llegó por fin a la *shala*, la escuela, demasiado tarde, sucia, confusa, hambrienta y aligerada de la mitad de su equipaje, el gurú la saludó con las palabras «*Bad lady*».

Para compensar su retraso, tuvo que limpiar primero el *ashram*.

En la pensión donde vivía, convivía con pulgas y chinches. El hijo adolescente de los dueños se deslizaba de noche por las habitaciones e intentaba tocar a las *yoga ladies* extranjeras, a través de sus finos sacos de dormir. Nevada podía olerlo, sudor y especias y aceite para el cabello, él le ponía la mano encima de la cara, ella fingía dormir.

«¿Qué defecto tendré», pensaba Nevada, «para que solo quieran tocarme los que no deberían hacerlo? Mi padre, el hijo de mi patrón, mi gurú...». ¿O no pensaba su gurú nada malo, nada opuesto al yoga, cuando para ayudarla a pasar de *Urdhva Dhanurasana*, la postura de la rueda, a hacer el pino, la agarraba con fuerza por la entrepierna? A lo mejor era el único método correcto, tradicional, para burlar la gravedad y forzar al cuerpo a adoptar un rumbo que se negaba a seguir. A lo mejor era ella, Nevada, la que pensaba de manera equivocada. A lo mejor era ella la que estaba corrompida. La depravación atraía. Y la suciedad. Pero ella no era la única a la que tocaban así.

—¡Viejo perverso! —exclamó una rubia delgada en la casa de té. Se hizo el silencio—. ¡Es verdad! —se defendió ella—. ¿Habéis visto alguna vez que toque así a un hombre? Si ese es el método tradicional, tendría que aplicarse en primer lugar a los hombres, al fin y al cabo, en sus orígenes solo los hombres podían practicar el yoga.

Esa era Lakshmi. A la mañana siguiente depositó una corona de caléndulas naranjas a los pies del gurú. Se inclinó ante él. Unió las palmas de las manos y las elevó hasta su frente.

—Maestro, ¿puedo preguntarle algo?

El gurú asintió, indulgente.

—¿Por qué solo agarra a las mujeres entre las piernas y a los hombres no?

—*¡Bad lady, bad!*

Uno de los profesores cogió a Lakshmi por el brazo y la sacó de la escuela. Nevada la siguió con los ojos, pensando: «Ojalá yo hubiera tenido valor».

Dos días más tarde, Lakshmi estaba delante de la pensión donde vivía

Nevada. Le habló en alemán de Suiza.

–He encontrado una nueva escuela –informó–. También aquí, en la ciudad. Es limpia, se aprende algo, el maestro es decente y encima es más barata. ¿Te vienes?

–Pero es que ya he pagado todo el curso. No creo que el gurú me devuelva el dinero.

–Claro que no. El vejistorio ese.

A Nevada no le gustaba que Lakshmi hablara así. A pesar de todo, ese anciano era el maestro de su maestra, Shri Jenny. Su método de enseñanza del yoga se había extendido por todo el mundo, y Shri Jenny lo había aprendido exactamente allí, sobre ese áspero suelo de cemento, en esa sala asfixiante. Sin embargo, ella nunca había agarrado a Nevada por la entrepierna.

Lakshmi se había sentado en la cama de Nevada, un andamiaje de madera con una colchoneta delgada forrada de plástico. Encima estaba el saco de dormir de plumas de Nevada, demasiado grueso para ese clima. Pero Nevada no se había preparado, no había leído libros sobre la India, sobre las estaciones del año, sobre las temperaturas, las precipitaciones, la moneda y el transporte público. Se había limitado a practicar, practicar y practicar. Con el libro del gurú todavía joven delante de ella, se había contorsionado, retorcido y hecho el pino. ¡No podía ser que ese hombre en función del que había organizado su vida, no fuera el correcto!

No sería la primera vez, pensó Nevada.

–Oye, ¿hay pulgas aquí? –Lakshmi se levantó de un salto y se rascó el trasero a través de la delgada tela de su pantalón bombacho–. ¡Esto no puede ser! ¡Ahora mismo te vienes conmigo!

Quitó de la colchoneta las finas telas de algodón de colores que Nevada había comprado para dormir debajo, enrolló el saco de dormir, la mosquitera, preparó la mochila de Nevada y lo llevó todo fuera de la pensión. El hijo del dueño las siguió con mirada triste.

–Le he pagado toda la semana por adelantado –se lamentó Nevada.

Lakshmi no contestó. Cuando estuvieron en la calle polvorienta, silbó para llamar a un taxi.

–Hotel Taj Mahal –indicó al taxista en tono imperioso–. ¡Y nada de rodeos, que conozco el camino!

Regateó el precio, arrastró la mochila sucia de Nevada por la entrada climatizada, las suelas finas de sus sandalias chasqueaban sobre el fresco suelo de mármol. En la recepción pidió su llave, después levantó la mochila hasta el mostrador.

–Hiervan todo esto, por favor.

Nevada vivió tres meses en la suite de Lakshmi. Juntas superaron con esfuerzo la formación como profesoras de yoga, que a menudo las conducía al borde del agotamiento. Su nuevo maestro enseñaba de otra manera, más lenta y metódica, exigía que se aprendieran de memoria los sutras de Patanjali, que se las recitasen, una tras otra. Por la noche a veces yacían agotadas en el suelo de su habitación, bebían whisky de las botellitas del minibar y discutían el significado de los sutras.

–*Samtosh*, frugalidad –dijo Lakshmi con una risita antes de atiborrarse la boca con un puñado de cacahuets.

Normalmente comían en la escuela o en una casa de té al final de la calle, platos sencillos, vegetarianos; adelgazaron y se pusieron fibrosas, sus ojos se agrandaron, sus cabellos se tornaron más ralos. Pero a veces tenían que recurrir al minibar y al servicio de habitaciones. Sándwiches de dos pisos y patatas fritas. O directamente una hamburguesa. Nevada no estaba acostumbrada a disponer de dinero. Su presupuesto para la estancia en la India se había agotado hacía mucho, incluso lo había rebasado. No tenía a quién recurrir si se le terminaba el dinero, si le anulaban la tarjeta de crédito. Pero cuando manifestó su preocupación, Lakshmi hizo un gesto de desdén.

–El dinero es un medio para lograr un fin –dijo–. Igual que el yoga.

–Bueno, ¿qué es lo que ha sucedido ahí abajo, en la escalera? –dijo Lakshmi interrumpiendo sus pensamientos.

Nevada sacudió la cabeza. Se llevó a los labios la taza de té... vaya, podía hacerlo. ¡No pesaba tanto! A continuación la depositó con cuidado en el suelo.

–De repente, me he sentido muy cansada –dijo–. No podía más, eso es todo. Lakshmi asintió.

–¿Cuánto tiempo hace que te sucede? ¿Desde tu caída?

–Más. Pero no lo sé con exactitud. Tengo unos dolores muy raros en los brazos, y mis pies... mis pies se comportan a veces como si pertenecieran a otra persona. No hacen lo que yo quiero.

–Hmm... ¿Has modificado la secuencia de tus ejercicios? ¿Has variado tu alimentación?

–Lakshmi, soy vegana desde hace años. No fumo, ni siquiera tomo café. Casi no pruebo el azúcar. ¡No sé de qué más podría privarme!

–No me refiero a eso. Al contrario, a lo mejor deberías añadir algo. – Lakshmi se le aproximó–. De acuerdo, ahora voy a revelarte algo, pero por favor, no lo cuentes. A nadie.

–No, claro que no.

«Tú tampoco», quiso añadir Nevada, «por favor, tampoco digas nada, todavía no estoy preparada, no puedo hablar de eso, no quiero que las demás profesoras de yoga sepan que no tengo fuerzas para subir sola la escalera».

Lakshmi se deslizó muy cerca de ella.

–¿Recuerdas el bajón que sufrí el año pasado?

Nevada asintió. Un año antes, Lakshmi desapareció de repente. Una noche cerró el estudio después de la última clase, entregó la llave a Nevada y le dijo: «Sigue tú, yo no puedo más». Durante siete semanas Nevada dirigió el estudio sin saber dónde estaba Lakshmi o si regresaría algún día. La administración, la contabilidad, dirigir el equipo de jóvenes profesoras de yoga supuso una sobreexigencia extraordinaria para Nevada. Se alegró de no haber puesto en práctica su sueño de fundar un estudio propio y haberse unido a Lakshmi. Día tras día esperó el regreso de Lakshmi. Durante siete semanas.

Nunca habían hablado en serio del asunto. «Necesitaba ausentarme durante un tiempo», se había limitado a decir Lakshmi. Le había regalado a Nevada un chal de cachemir con ricos bordados que seguro que había costado un dineral. Nevada se lo puso alrededor de los hombros. Los hilos metálicos le rascaban la piel.

–Bueno, pues estuve en una clínica ayurveda de Sri Lanka. Hice un *panchakarma*, el gran ritual de purificación; ayuné, me lavé el intestino, en fin, todo lo que corresponde. Pero no mejoraba. Lloraba todos los días, se me caía el pelo, adelgazaba cada vez más... No es que me quejase, pero me sentía tan cansada, tan horriblemente cansada. Un día, yendo de la sala de tratamiento a mi bungalow, vi a las dos mujeres jóvenes que me frotaban todos los días con aceite de sésamo, sentadas en la escalera y comiendo algo que olía de

maravilla. Me acerqué, ellas intentaron esconder las bolsas de papel, entonces vi lo que era. ¡Una hamburguesa doble de comida rápida!

»“*We not hindu*”, dijeron a modo de disculpa. “*Please, madam, no tell.*” Yo solo acerté a negar con la cabeza. Alargué la mano; a disgusto, la más joven me entregó su hamburguesa, la engullí en tres bocados. Nevada, fue como una droga milagrosa. En cuanto me tragué la carne de vaca sagrada, recuperé las fuerzas. A partir de entonces todos los días me traían comida prohibida a la clínica, que lógicamente era vegana. Desde entonces, Nevada, desde entonces como todos los días un trozo de carne, es como si tomase una medicina. ¿Quieres probarlo?

–No puedo comer carne, Lakshmi, sencillamente va contra mis más profundas convicciones espirituales.

–¿Estás segura? Todavía tengo pollo con curry en la nevera, se puede calentar en el microondas, no tardaré ni un minuto.

–¿Desde cuándo tienes microondas?

–Oye, si te vas a erigir en guardiana de la moral del yoga, lo dejamos, ¿vale? Lo estaba haciendo con buena intención.

–Lo sé, Lakshmi, lo sé. Y tampoco pretendo juzgar, solo estaba asombrada, eso es todo.

–Bueno, ¿quieres probar mi curry?

–No, Lakshmi, lo siento, pero de veras que no soy capaz.

¿Cómo se habrían desarrollado las cosas si hubiera comido pollo? Solo un mordisco. De pollo. Un ser vivo que había perdido la vida hacía mucho. Que había sido sacrificado por su causa. Que ya estaba trinchado, vendido y preparado en la nevera de Lakshmi. Solo un mordisco, pensó Nevada cuando unos días más tarde abrió la circular que había mandado Lakshmi por e-mail.

Cuando tres meses después abandonaron el hotel Taj Mahal como profesoras de yoga diplomadas, el recepcionista tenía dos sobres preparados para ellas. Uno para Lakshmi, otro para Nevada. Lakshmi se guardó el suyo en el bolso sin abrirlo y entregó su tarjeta de crédito. Nevada abrió el que le correspondía. En varias páginas densamente impresas figuraba un listado de lo que había gastado en esas semanas, desde sus gastos proporcionales de alojamiento en la suite, pasando por las hamburguesas pedidas muy entrada la noche, hasta las llamadas telefónicas a Suiza y Nueva York, para terminar con

cada una de las botellitas del minibar. El importe total, ya calculado, ascendía a más de diez mil dólares americanos.

La entrada del hotel contuvo la respiración. Todos los ruidos enmudecieron. Las columnas de mármol de la sala comenzaron a oscilar como delgadas cañas de bambú. Nevada se sujetó al mostrador, tenía las manos tan mojadas que no pudo sostenerse. Un líquido amargo ascendió desde su estómago e inundó su boca. Durante un instante interminable se quedó así, imaginando qué diría... no conseguiría pagar esa suma ni hasta el fin de sus días, todas las botellitas del minibar, todos los cacahuets... no podría abandonar el país, iría a parar a la cárcel...

Entonces Lakshmi levantó la cabeza, dirigió una breve mirada a Nevada y dijo después con indiferencia al empleado:

–Todo a mi cuenta, por favor.

Namaste, yoguinis –comenzaba la circular que Lakshmi envió unos días después–. Todas sabéis que en los últimos tiempos Nevada atraviesa grandes dificultades, tanto en el plano físico como en el kármico. Esto ha desequilibrado la energía del estudio, que sufrís muchas de vosotras. Tomo en serio vuestros reproches y quejas, pero tenemos que abordar estos problemas al estilo del yoga, de manera sincera y auténtica. Todas nosotras tenemos que revisar de nuevo el compromiso que hemos aceptado con nuestro dharma, pero muy especialmente Nevada. El próximo lunes a las 15 horas, reunión del equipo en el Bar del Río. La luz de mi interior saluda a la luz de vuestro interior. Lakshmi.

Antaño, en el vestíbulo climatizado del hotel, Nevada confiaba en que Lakshmi no hubiera percibido su espanto. En ese momento le vino a la mente: no solo lo percibió, sino que lo provocó. Y disfrutó.

Ted

Sus rodillas se alzaban picudas. Le dolían las caderas. Sus párpados cerrados temblaban, su aliento murmuraba, siseaba, silbaba ruidosamente al entrar y salir por sus orificios nasales. Una mano le rozó los hombros. Abrió los ojos. Nevada estaba en cuclillas delante de él. Le había empujado un cojín

grueso y largo. Con un gesto le indicó que se sentase encima. Él desató sus piernas, el pie izquierdo se le había dormido, y se sentó encima del duro cojín. Sus rodillas descendieron. Sus caderas se sintieron liberadas. Nevada asintió. Él cerró los ojos. Inspirar. Espirar.

Ted había desenrollado su esterilla muy al fondo de la sala, con la única intención de que después Nevada le pidiera que se pusiera delante del todo.

–Acercaos todos un poco más –les dijo.

Los cinco o seis alumnos que asistían a la clase para principiantes obedecieron su indicación. A continuación tuvieron que presentarse.

–Intercambiad algo que sea importante para vosotros.

Ted sintió la tentación de levantarse y marcharse. En el marco de diversas jornadas de educación continua para maestros había hecho ya muchos de esos ejercicios «formadores de equipo» y «enriquecedores de la personalidad» como para tomárselos en serio todavía.

–Me llamo Marie –dijo a su lado la médica en voz baja.

–Ted. Ya te he visto por aquí.

–Es verdad. –Marie sonrió.

Ella no hizo el menor intento de decirle nada personal, y él se lo agradeció. Ella volvió a dirigir la vista hacia delante. Por el rabillo del ojo Ted vio que algunos alumnos sentados se hacían reverencias con las palmas de las manos unidas y levantadas delante de la frente. «Ridículo», pensó. Se alegró de que Marie no lo hubiera hecho. Se preguntó por qué asistiría ella al curso para principiantes. ¿Sería él el único principiante de verdad? Al menos en esa ocasión no era el único hombre.

Nadine le había reconocido inmediatamente en recepción, cuando él le entregó su bono.

–Pero la clase para principiantes también la imparte Nevada –informó ella–. Si prefieres a otra profesora... –Le pasó un horario de clases doblado–. Oona es buena. O Dolores. Yo misma acabo de comenzar mi formación, pero a veces le echo una mano en clase.

–Está bien –dijo Ted, porque no sabía qué decir.

«Esta va por ti», habría dicho en ese momento Tobias. Decía eso en cuanto una mujer dirigía más de dos palabras a Ted. Este no era capaz de percibir

esas cosas. Lo que sí notaba siempre era cuando una mujer no le quería. Entonces él mejoraba su propio rendimiento.

Tina había sido trasladada. A Los Ángeles, California. Al otro extremo del mundo. Allí se ocuparía de músicos que habían vendido trozos de sus canciones a una empresa que los transformaba en tonos de móvil. La misión de Tina era proteger sus derechos. Los de los músicos, no. Los de la empresa.

–Es una oportunidad única –le había dicho.

Y Ted había contenido la respiración, esperando lo inevitable: se llevaría con ella a Emma. Y él no podría hacer nada para impedirlo. Nada de nada. Él se había acorazado, escuchando dentro de su cabeza la voz de su abogada. «No reacciones desde la emoción, escucha, asiente, llámame.» Contuvo el aliento.

–No puedo llevarme a Emma.

Él no reaccionó enseguida. Creyó haber oído mal.

–Allí las jornadas de trabajo son espantosas, no conocen la semana de cuarenta horas. Sería brutal para Emma. No me vería nunca.

–Sí, bueno –contestó al fin–. Sí, claro.

–Solo serán seis meses. No creo que sea mucho pedir, ¿verdad? Al fin y al cabo en los últimos seis años me he ocupado de ella prácticamente sola.

–¡No fue mi elección!

–¿Lo fue mía?

En el cuarto vecino la voz de Pinocho subió de volumen. Ted no había podido soportar la cara pálida y taciturna de su hija y la había mandado a su cuarto. Había puesto en el magnetófono de plástico una casete de cuentos teatralizados para niños, deseando por primera vez haber equipado mejor tecnológicamente la habitación infantil, pues ahora habría podido ponerle unos auriculares a Emma.

–He dicho que sí, Tina, está bien. No hay problema.

–¡No hay problema para ti! A ti te resulta fácil decirlo. Pero yo vuelvo a ser la cabrona, la mala madre...

Entonces Ted volvió a recordar lo único que se le había quedado grabado de su primera e interrumpida clase de yoga, además de la imagen de la esterilla azul manchada de sangre: yoga significa sencillamente permanecer sentado y seguir respirando.

Permanecer sentado. Seguir respirando.

Había resistido la tentación de estrechar a Tina entre sus brazos, lo único que antes funcionaba. En lugar de ello se había limitado a repetir sin parar:

–Está bien. No hay problema. Por supuesto que puede vivir conmigo.

Al final Tina y Emma se fueron, y Ted sintió en el acto la necesidad de llamar a Lilly. Como si eso la afectase. Como si ella formase parte de su vida. Había dejado tres largos y confusos mensajes en su contestador, pero ella no le había devuelto las llamadas. Volvió a fumar. Eso le pareció la única reacción lógica. Telefonó a Tobias. Pero este le pareció ausente y triste por teléfono. Ted intuyó lo que debía haber sucedido. Ya había oído antes ese tono. Eveline había perdido el niño. Tobias no le había contado nada del nuevo embarazo, pero Ted captaba las señales. No supo qué decir. Si Tobias quería hablar de eso, empezaría él. Concertaron una cita vaga para tomar una cerveza, dentro de poco, y finalizaron la conversación para alivio mutuo.

Tina, en cambio, le telefoneaba todos los días. Cuanto más se aproximaba su partida, más imprevisible se volvía. Ese día le había comunicado que su vuelo había sido aplazado. Así que pasado mañana Emma se mudaría con él. De pronto todo iba muy deprisa. Ten cuidado con lo que deseas, pensó Ted, pues podría cumplirse.

Sacó del monedero el bono de la clase de yoga, le dio unas vueltas, y finalmente se matriculó por teléfono en el curso para principiantes.

Al subir la escalera que conducía al estudio, se topó con Lilly que venía hacia él. Sudorosa y radiante, en medio de un grupo de alumnos de yoga que charlaban ruidosamente, esterillas enrolladas y botellas de agua. Ted alzó la mirada y reconoció al actor. Lilly se detuvo.

–¿Qué haces aquí, has venido a buscarme?

–Me he matriculado en el curso para principiantes.

–Vamos al bar de abajo, ¿te vienes?

–Mi curso empieza ahora mismo.

Lilly sonrió provocativa.

–Ahora que me has encontrado, no tienes por qué ir al curso.

–Yo tampoco he hecho el curso para principiantes –intervino el actor–. He comenzado en el curso de grado medio, pero claro, la mayoría de los hombres

no tiene mi flexibilidad. Es normal. Se debe a mi entrenamiento profesional. Al fin y al cabo, trabajo con mi cuerpo.

–Sí –se limitó a contestar Ted.

Él nunca había sabido cómo participar en peleas de gallos. El mutuo tantearse, medirse, clasificarse, que otros hombres ejecutan en el primer encuentro, le resultaba ajeno. Muchas veces ni siquiera se daba cuenta de lo que esperaban de él. Pero lo que en su infancia le había convertido en un solitario, ahora le venía bien en la vida cotidiana del colegio. Y lo que funcionaba con los de primer curso, también parecía surtir efecto en los actores. Simplemente no había que hacer mucho caso.

–Bueno, adiós.

Ted asintió, pasó delante del grupo y subió por la escalera. En el descansillo de arriba se volvió. Lilly se había quedado parada. Continuaba mirándole. Cuando se cruzaron sus miradas, ella sacudió la cabeza. Pero sonreía.

–Levantaos –dijo en ese momento Nevada.

Ted abrió los ojos. Se levantó. Colocó sus pies rectos.

–Comenzad con la intención –dijo Nevada–. Proponéos: «Voy a levantar mis brazos hacia el techo». Luego comenzad a inspirar. Contad despacio. Uno..., levantad los brazos..., dos, tres, cuatro, cinco, seis. Proponéos rozar el suelo con las manos. Comenzad a espirar. Contad: uno (ahora empezad a bajar las manos), dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Mientras ella hablaba, Ted se quedó sin aliento. Jadeó, miró a su alrededor. Los brazos de los demás se movían arriba y abajo a un ritmo muy diferente. Algunos, como los suyos, se habían detenido a media asta.

–No importa, volved a empezar desde el principio –recomendó Nevada.

Ted inspiró, elevó los brazos y pensó que en toda su vida había intentado algo tan difícil. Pero de pronto se le antojó facilísimo. Intención, respiración, movimiento, intención, respiración, movimiento. Eso era todo. Pero apenas se había familiarizado con ello, Nevada volvió a interrumpir.

–Intención, respiración, movimiento –dijo–. Esto va inseparablemente unido. Es lo que convierte al yoga en lo que es: un entrenamiento mental, no físico.

Callado, concentrado, ensimismado en su respiración, Ted de pronto no

pensó en nada. Ni en Tina, ni en Emma, ni en Lilly, ni siquiera en Marie, que estaba a su lado y cuyo cuerpo embutido en verde y amarillo curry percibía por el rabillo del ojo. Por primera vez desde que Ted recordaba, tenía la mente en blanco. Su cabeza no estaba poblada por mujeres. Era libre. Solo al final de la clase, cuando yacía de espaldas intentando hacerse el muerto, regresaron todas a la vez.

«¡Qué niño tan guapo!», decía siempre su madre apartándole el pelo largo de la cara. «La verdad es que tendrías que haber sido una niña.» Los niños eran minoría en la comuna en que se había criado Ted. Cuatro madres que educaban solas a sus hijos. A los padres se les veía raramente y no siempre con agrado. Solo había un niño más, y era un bebé. En una ocasión, cuando Ted tenía unos diez años, lo habían disfrazado. Las niñas de la comuna. Habían jugado a la boda de las hadas y para ello habían sacado los viejos camisones y las blusas de volantes que se guardaban en el arcón del teatro, los chales de seda, los sombreros de paja adornados con flores de papel, los largos collares de cuentas de cristal, las chaquetas de terciopelo, los tutús raídos, habían envuelto y adornado a Ted, y para terminar hasta lo habían maquillado. Había fotos de aquella boda de hadas: todos los niños desaliñados, engalanados y atildados. Cogidos de la mano bailaban por el jardín formando una larga fila, mientras los mayores miraban.

Completamente al borde estaba Ted, con unas enaguas de volantes, una flor en sus cabellos enmarañados cortados a media melena y un delicado paraguas de color rosa en la mano que mantenía con coquetería encima de él. Con la cadera doblada igual que un modelo y la cabeza ladeada, sonreía a la cámara. Parecía como si se sintiera completamente a gusto y feliz entre todas esas chicas. Pero ese día había decidido que ese sería su último juego de niñas con las niñas.

Esa tarde se despojó del disfraz, se lavó la cara y bajó al campo de fútbol donde se reunían los chicos. Ted no los conocía; él, junto con todas las demás niñas de la comuna, asistía al colegio Steiner de la ciudad vecina. Pero sabía que los chicos se reunían en el campo de fútbol. Los había contemplado con frecuencia desde lejos, y había practicado. Sabía que tenía que jugar de maravilla para ser bien recibido. Un balón de fútbol costaba catorce francos con noventa. A los niños de la comuna no les daban pagan. Cuando

necesitaban algo, presentaban su demanda a la asamblea comunal, después se votaba y se sacaba el dinero de la caja común. Ted sabía que no tenía que presentarse con el deseo de un balón de fútbol. Las niñas, que votarían en contra, eran mayoría, y las madres ya de por sí consideraban el fútbol una preparación para la guerra: equipos rivales combatiendo, disparando, venciendo o perdiendo. Así que tuvo que coger los catorce francos con noventa de la caja comunal, una mañana muy temprano, antes de que los demás se despertaran. Compró el balón y lo escondió debajo de su cama. Con ese balón bajo el brazo, sujeto en el codo con indiferencia (había ensayado ese gesto), se dirigió al campo de deportes del pueblo. Los chicos enmudecieron al verle, interrumpieron su juego, se aproximaron, eran cinco o seis, algunos mayores que él, otros más pequeños.

–¡Melenudo! –gritó uno–. ¡Largo de aquí, *hippie*!

Ted contaba con eso. Se dirigió hacia ellos con aire indolente, como si no los viera. A pocos pasos del grupo dejó caer el balón, después cogió carrerilla, chutó lanzando el balón por encima de sus cabezas hasta la portería situada al otro extremo del campo de fútbol.

No necesitó nada más. Ahora era uno de ellos. Había abandonado el mundo de las niñas.

–Volved a mover despacio vuestros dedos, de las manos y de los pies –dijo Nevada.

Ted se estiró. A su lado, Marie suspiraba como una niña dormida. Nevada esperó a que todos los alumnos se sentasen, después levantó las manos hasta la frente y sonrió.

–¡Gracias por participar!

Ted se levantó y enrolló su esterilla. En el vestuario de hombres estaba solo. Se cambió, se pasó las manos por el pelo y bajó. Marie lo alcanzó a mitad de la escalera.

–¿Vienes al bar?

Él asintió. Ella se colgó de su brazo. Al entrar, los dos inspiraron profundamente. Se sujetaron uno al otro cuando se dirigieron hacia el grupo que se había formado alrededor de Gion. Y en cuyo centro se sentaba Lilly, la mano apoyada en el muslo de Gion, la cabeza echada hacia atrás, la boca muy

abierta. Reía muy alto. La mano de Marie apretó su brazo, después se apartó de él.

Poco después de aquella tarde, su madre conoció a Balthasar, el hombre con el que se casaría más adelante. Se mudaron a otra ciudad, a una vivienda normal y corriente. Serían una familia normal y corriente, al menos durante unos años. Lo primero que pidió Ted fue un corte de pelo. Balthasar se lo rapó con una maquinilla, y su madre lloró.

Poppy

¿Aceptar amistad? Poppy miraba la pantalla. Estaba haciendo solitarios, contestando *e-mails*, chateando, escuchando música y renovando su perfil de Facebook. Y ahí estaba: *Wolf Bolliger quiere ser tu amigo*.

¿Amigo? Wolf había sido su primer amor. No, el primero, no, el segundo. Pero el primero importante. ¿Cuánto tiempo hacía ya? Veinticinco años. La mitad de su vida. Si uno supiera de antemano lo que iba a olvidar, lo que permanecería, haría muchas cosas de otra manera.

De su primer amor ya solo recordaba que él la había dejado. Después de medio año de lamentaciones, sus amigas se hartaron.

—Hay que librarse de Satanás con ayuda de Belcebú —aconsejó una de ellas, y se llevó a Poppy a un concierto.

Cuando la banda hizo un descanso, su amiga miró a su alrededor por el local, descubrió a un hombre solitario junto a la barra y empujó a Poppy directamente a sus brazos. Esta le derramó su cerveza sobre la camiseta y le prometió comprarle una nueva, más bonita, y más tarde volvieron juntos a casa. La cosa funcionó en el acto, Poppy olvidó al otro, al primero. A Satanás. Pero no le quería. A Belcebú. Salvo cuando fue demasiado tarde.

Wolf no era ningún Belcebú. Y tampoco hacía honor a su nombre: no era un lobo, sino un conejo. Era amable, la escuchaba, la miraba a través de los gruesos cristales de sus gafas y decía: «Cuenta». O: «¿Y luego? ¿Qué pasó luego?». Y ella contaba hasta que se aburría ella misma. Y cuando se aburría, se volvía quisquillosa y dejaba de quererse a sí misma. Cuando ya no lo soportó más, se marchó. Desde entonces no había vuelto a tener un día alegre.

Pasaron años hasta que relacionó ambos hechos. Le faltaba él, era como si le faltara una pierna. Ella había perdido el equilibrio. Tuvo que aprender de nuevo a andar y a mantenerse en pie. La vida sin Wolf era absurda, completamente absurda.

Y sin embargo, al principio le había parecido tan extraña su vida con Wolf. Como cuando entras en casa desde la calle y al principio no sabes lo que es esa ausencia de ruido. Su vida con Wolf fue de repente esa calma. De repente ninguna exigencia, ningún reproche. Con Wolf no tenía que esforzarse, ni esmerarse, ni trabajar la relación. No tenía que ser lo bastante buena para que él la amase.

Porque no le quiero de verdad, pensaba ella por entonces. Tonta. Joven. Porque no le quiero de verdad puedo respirar tranquila en su presencia.

Había pensado mal. Fue justo al revés. Wolf era su hogar. Lo había abandonado y desde entonces vagaba sin rumbo por las calles. Y había mucho ruido.

Poppy se enamoraba tan deprisa como se desenamoraba. Era una de esas mujeres que cambian de identidad con cada hombre. Así había sido *hippie*, punk, músico, librepensadora, pastora alpina, miembro de las Juventudes Socialistas, bailarina de tango, intelectual, fumadora de cigarrillos liados por ella misma, vegetariana, ama de casa y madre.

Poppy tenía numerosos amigos. Conocía deprisa a la gente, establecía sin esfuerzo una cercanía que parecía existir desde siempre. A pesar de todo cambiaba sin cesar de círculo de amigos. Poppy también se ajustaba a la vida de sus amigos como una masa moldeable, como la pieza de un puzle.

Ella sabía que no era normal. Que no era como los demás. Se sentía como una crisálida, como la Bella Durmiente, el hombre adecuado la despertaría, la liberaría, convirtiéndola en una persona completa. Pero ninguno cumplía lo que ella esperaba de él. Y otro tanto parecía suceder a la inversa. Los hombres se apartaban de ella uno detrás de otro, desilusionados.

—Eres una verdadera catástrofe —le dijo uno—. ¡Y yo que pensaba que me había enamorado de una mujer fuerte!

Poppy no podía estar mucho tiempo con un hombre. Era demasiado. Le costaba el máximo esfuerzo, hora tras hora. Llegó a la conclusión de que no estaba hecha para una relación tradicional. Pero entonces conoció a Peter, y

Peter tenía un plan. Por primera vez, Peter le hizo tener la impresión de que todo era factible. Y nada difícil. Peter sabía lo que quería: casarse, crear una familia, marcharse a vivir al campo. Ser hospitalarios. Personas interesantes los frecuentarían, a su gran mesa de madera se discutiría, se hablaría de política, se transformaría la sociedad. Poppy plantaría encima de la mesa cazuelas gigantescas, guisos refinados preparados sin esfuerzo, como por arte de magia. Pan hecho por ellos mismos. Peter albergaba grandes planes, necesitaba una mujer especial. Y Poppy lo era.

–Tienes algo –decía él–. Fascinas a todos. Hombre, mujer, niño y perro.

Poppy solo esperaba a que Peter se diera cuenta de cómo era en realidad: una mujer sobreexigida, desvalida, incapaz. No valía para nada.

Le costó casi diez años. Pero al final lo dijo:

–No vales para nada.

Poppy tenía la sensación de haber vivido varias vidas, una detrás de otra, a veces una junto a otra, una había sustituido a otra, nada había permanecido.

–Eres una derrochadora –le dijo Peter en cierta ocasión.

Poppy siempre llevaba los tacones gastados, los zapatos rozados, los jerséis de lana, recién estrenados, tenían bolas en el costado, donde los brazos rozan con el cuerpo. Cuando se pintaba las uñas, se le levantaba el esmalte el primer día. La barra de labios no permanecía en sus labios, los tintes de pelo se decoloraban enseguida. Había cambiado de domicilio muchas veces, siempre había vuelto a montar de nuevo la casa, había comprado surtidos enteros de muebles, los había combinado, para desecharlos de nuevo. Había vivido encima de cojines indios y de sofás de piel, había comido en mesas de café con tablero de mármol y en mesas de madera maciza. Había dormido en sábanas blancas, negras, de satén brillante y de rizo fácil de lavar. Continuamente había empezado de nuevo.

Cuántas cosas que habían sido un día importantes para ella se habían desvanecido en su cabeza. Sin dejar rastro.

No así Wolf. A este no lo había olvidado. Aunque no reconoció enseguida la foto que acompañaba la solicitud de amistad. Era más pequeña que un sello de correos. Lo que aún recordaba cada célula de su cuerpo era cómo se había sentido en los apenas dos años y medio con Wolf: normal. Con Wolf había sido fácil todo lo que siempre era tan difícil. Eso no lo había sabido entonces:

que seguiría siendo igual de difícil. Que esos dos años y medio con Wolf serían los únicos en toda su vida en los que por la noche no estaba despierta de agotamiento. Una parte de ella había pensado siempre en Wolf, en cada relación, con cada hombre, y ¿por qué sencillamente... no puede ser fácil?

Ahora él había regresado. Estaba en el sello pequeño de su pantalla.

Aceptar amistad, pulsó, y pocos instantes después pudo contemplar la vida de Wolf. Lo primero que vio fue una foto de boda. Una mujer rubia con muchos dientes. Ningún hijo. Un perro.

Ella vio que él todavía era nuevo en Facebook, que tenía pocos amigos, poca información sobre sí mismo. Poppy, por el contrario, en el mundo virtual se sentía como en casa. Ella pensaba a veces que le cuadraba más que el real. Era, pese a su infinitud, más abarcable, porque al final se podía adaptar al tamaño de la pantalla de su ordenador, porque se podía dominar pulsando una tecla.

Envió un mensaje a Wolf.

Bienvenido, escribió sin saber qué más añadir.

Bienvenido, Wolf.

Bienvenido a este nuevo mundo en el que nos movemos ambos.

Después volvió a borrarlo todo.

Bienvenido, Wolf.

Segundos después, él contestó. Se cruzaron mensajes, mientras fuera transcurría la tarde delante de la ventana y el pálido sol de primavera se ocultaba detrás de las nubes.

La antigua facilidad reapareció de inmediato. La naturalidad.

sukhānuśayī rāgaḥ

El deseo ciego se basa en la
suposición (errónea) de que algo o alguien
puede hacernos felices.

Patanjali Yoga sutra 2.7

Poppy

¿Qué hacía allí? ¿En esa cama, con ese hombre? Poppy ya había experimentado todo eso. «Mi mujer no me comprende.» «Desde hace años llevamos vidas separadas.» «Nunca me he sentido como contigo.» «Esto no lo he vivido jamás.» «Me has devuelto la vida.» «Contigo he empezado a vivir.»

A las cinco y media en el bar junto al río. Noventa minutos antes de que comenzara la clase de yoga, antes de que Poppy tuviera que estar en el estudio. Noventa minutos podían ser mucho tiempo. O poco.

A las tres y media sonó el despertador en la pantalla de Poppy. Se despidió de todos sus chats, salió del correo electrónico y cerró el portátil. Se duchó. Envuelta en una toalla grande se plantó en su dormitorio y se probó cada prenda de ropa que poseía. Delante de su cama se formó un montón variopinto no demasiado grande. Al final decidió ponerse el atuendo de clase de yoga, el pantalón de yoga de amplias perneras, encima una falda corta, una camiseta de manga corta encima de otra de manga larga, una chaqueta bordada, un pañuelo que podía llevar enrollado a la cabeza, al cuello o a la cintura. Al fin y al cabo nunca había tenido que disfrazarse para Wolf. No iba a empezar ahora. Sin embargo, se pintó un poco los labios, cosa que no hacía nunca, al menos antes de clase de yoga. Cuando salió de casa eran casi las cinco y media. Llegaría tarde. Y eso que se había reservado mucho tiempo.

Fue en bicicleta hasta la fábrica, la esterilla de yoga enrollada sujeta al portaequipajes, que así servía al mismo tiempo a la seguridad, exigiendo cierta distancia que tenían que guardar peatones y automovilistas a derecha e izquierda. El camino a la fábrica no era muy largo, y era recto. A pesar de todo llegó diez minutos tarde. Diez minutos no se consideraban retraso, se dijo para tranquilizarse.

Wolf ya había llegado. Lo vio por el rabillo del ojo mientras echaba el candado a su bicicleta. Se agachó hacia la cerradura, el pañuelo de colores resbaló de su cabeza, se enredó en el portaequipajes, el bolso se le cayó del

hombro, vertiendo su contenido sobre el empedrado. Notó calor en su cara y sudor en el nacimiento del pelo. Se puso en cuclillas y recogió sus cosas. Al levantar la vista, lo vio.

Él, sentado a una mesita junto a la ventana, la observaba. Su mirada no era ni burlona, ni compasiva, ni impaciente. La miraba como se mira pastar a una vaca. Sus ojos se encontraron, él levantó la mano, ella hizo una inclinación de cabeza.

Como si ya estuviera diciendo sí.

Cuando se presentó, él se levantó. Ella alargó la mano, él la tomó, se inclinó, quería saludarla con un beso, ella adelantó bruscamente la cabeza, sus pómulos chocaron. Notó la mano masculina en el acto. Le resultaba familiar.

–Me alegro de verte –dijo él. Y hablaba en serio. Como si lo pensara de verdad. Llevaba un traje oscuro, unas gafas pasadas de moda, una bufanda marrón. Nada de eso pegaba entre sí.

–Sí –contestó ella, sentándose.

Cuando quiso dejar el bolso, se dio cuenta de que él seguía sosteniendo su mano. Poppy no se había percatado. Era como si la mano de él fuera la suya propia. Durante un instante ambos miraron los dedos enlazados, después se soltaron, confundidos.

–Sí –dijo él.

Y ella:

–Solo tengo hasta las seis y media, como mucho hasta menos cuarto.

–Es lo que dijiste. ¿Qué quieres tomar?

–Té verde.

Wolf se levantó y se acercó a la barra. Se puso en la corta fila, entre modernos con estrechas chaquetitas de poliéster y pantalones pitillos caídos, madres jóvenes, cochecitos infantiles y perros. Estaba allí extrañamente impasible con su traje azul. Poco antes de que le tocara el turno, se volvió y sonrió a Poppy. Todo era como siempre. Solo que ahora, al cabo de veinticinco años, ella volvía a experimentar, feliz, esa familiaridad que tanto le había irritado en el pasado.

Él regresó a la mesa con la taza panzuda.

–¿No tomas azúcar, verdad?

–No.

Él sonrió.

–Aquí tienes.

Pues vámonos. Vámonos a casa, ya hemos perdido bastante tiempo. Yo era tonta, pero ya no lo soy. Ahora estoy cansada. Querría irme a casa. Y contigo me siento como en casa.

–¿Cómo te ha ido? –le preguntó Poppy mientras removía su té.

Rodeó la taza con ambas manos, pero estaba demasiado caliente. Ojalá no hubiera preguntado. Wolf colocó una foto encima de la mesa, la foto de boda que ella conocía por la página de internet.

–Me casé. Kim es de Estados Unidos. La conocí hace diez años, cuando era profesor invitado en Houston. Entonces ella aún estaba casada con su primer marido.

–Es muy guapa –alabó Poppy.

Contemplaba la foto de reojo, sin levantarla, ya la había estudiado detenidamente en la pantalla del ordenador. Kim era rubia, ancha de hombros y sana. Sujetaba el brazo de Wolf con tanta fuerza que el esmoquin se arrugaba bajo sus dedos. Las flores que sostenía en el brazo parecían temblar.

–... y entonces dijo que se había divorciado mientras tanto. En realidad pensábamos vivir en Estados Unidos, pero luego me ofrecieron este puesto y no pude negarme. Aparte de que mi madre no está bien, tiene más de ochenta años, ya sabes, y vive sola desde la muerte de mi padre.

Poppy no se acordaba de los padres de Wolf. Por entonces ambos se comportaban como si no los tuvieran.

–No es fácil para ella –dijo Wolf.

–¿Para tu madre?

–Para Kim. Aquí no conoce a nadie, no puede trabajar, y yo siempre llego muy tarde a casa. En la industria reinan unas normas completamente distintas a las del ámbito académico, ya sabes. No puedes decir a las cinco, me voy a casa, fin de la jornada.

–Ah, ya.

Pero con ella había quedado a las cinco y media, y para ello había tenido que viajar primero a otra ciudad. Poppy sintió una extraña satisfacción. Por ella abandonaba el trabajo más temprano. Por Kim, no.

–Fiesta católica.

–Perdón, ¿cómo dices?

–Decía que por suerte hoy es un festivo católico, por eso estoy libre. Kim no lo sabe. Salgo de casa por la mañana temprano, como siempre, de traje. Utilizo todas estas festividades para descansar.

–¿Para descansar?

–No suena bien, lo sé. Descansar del matrimonio... Sin embargo, quiero a Kim. La quiero de verdad. Sería estupendo que os conocierais. Ella no tiene amigas en Suiza.

–Vale.

Poppy dejó la taza. Era demasiado temprano para subir al estudio. Seguramente la puerta de entrada aún estaría cerrada y el mostrador de recepción, vacío. Sonrió con frialdad, comenzó a reunir los objetos que había esparcido por la mesita, la llave del candado de su bici, un paquete de pañuelos de papel, una horquilla, su pañuelo.

–¿Tienes que irte ya?

–Sí, sin prisa.

–Pero si dijiste que tenías tiempo hasta las seis y media.

Poppy se cruzó de brazos. Él alargó el suyo por encima de la mesa y sacó las manos de Poppy de su escondite.

–No te vayas. Soy un idiota. Digo cosas que no quiero decir. Estoy nervioso, ¿entiendes?

Poppy asintió.

–No quiero ser amiga de tu mujer –informó.

–Ya lo sé.

–Entonces, ¿por qué lo dices?

Él le apretó las manos, la horquilla se clavó en la yema de su pulgar.

–Porque entonces estaría a cubierto.

–¿A cubierto de qué?

–De ti. De nosotros.

Poppy se soltó.

–Pero no lo estás.

Nevada

–¡Y uno y dos y tres y cuatro!

Del cuarto de estar brotaba una música fustigante y la voz estridente de su madre. Nevada recorrió el pasillo hasta la cocina. La espaciosa vivienda había sido tabicada de nuevo y ahora albergaba un estudio de fitness solo para mujeres. La madre de Nevada había desarrollado una mezcla propia de aeróbic, defensa personal y danza. A sus clases asistían cada vez más mujeres. Sierra se había marchado cuando Nevada tenía diez años. Su padre había trasladado el viejo Cadillac a su antiguo despacho. Hasta donde Nevada podía apreciar, vivía allí. Su padre había perdido el empleo cuando en la presentación de una nueva campaña de pañales desechables se había abierto los pantalones para orinar encima de las muestras expuestas. Después, con el pene todavía en la mano, se había desplomado. El médico de urgencia, que acudió a toda prisa, dictaminó que se había quedado dormido. Con un contenido de alcohol en sangre del 3,1 por mil.

Desde entonces Beni Marthaler permanecía en casa, en su despacho, en el asiento trasero de su Cadillac. A veces aparecía, cuando había algo de comer, hasta que Martha renunció a ingerir alimentos sólidos en favor de proteínas en polvo solubles en agua. En esa época se produjeron los primeros servicios a domicilio: él encargaba de vez en cuando una pizza o un sándwich de tres pisos y volvía a desaparecer en su habitación. Martha había instalado su centro de fitness en la parte delantera de la vivienda. Nevada pasaba cada día más tiempo en la academia de ballet, deseaba ser bailarina. Aunque su profesora había dicho que no tenía la personalidad adecuada. No sabía ponerse en el lugar debido. Una y otra vez la punta del pie de Nevada sobresalía por encima de la fila de los demás. Ella levantaba su pierna más alto, giraba una vez más que las demás niñas.

–No quiero ver lo que sabes hacer –decía madame Fiona–. Es más, no quiero verte, quiero ver una hilera de copos de nieve de la que no sobresale ni uno solo. Quien no sabe bailar en el cuerpo de ballet, quien no sabe colocarse en su puesto, tampoco se convertirá en una *prima ballerina*.

Nevada no lo comprendía. Quería marcharse. Su hermana Sierra había emigrado a París, donde había trabajado primero de *au pair* y, pronto, había conocido a un francés atractivo con el que ahora vivía. Nevada también podía hacerlo. Consultó el mapamundi. Quería irse tan lejos que nadie pudiera saber

quién era, ni de dónde procedía, ni quién era su familia. Quería irse a Estados Unidos.

Nevada lo organizó todo sola. Dejó la academia, encontró alojamiento con una familia, se procuró un visado y mandó traducir su certificado de vacunación. Liquidó su cuenta de ahorro y cambió el dinero a dólares. Muy pronto su madre ya no daba abasto con su paraíso de fitness y pidió a Nevada que se hiciera cargo de algunas clases.

Y así empezó la quinceañera huesuda con un moño severo. Estaba ante un grupo de mujeres de la edad de su madre, algunas más mayores aún, que la miraban esperanzadas, como si tuviera la respuesta. Nevada encendió el magnetofón, la música resonó y gritó:

–¡Y uno y dos y tres y cuatro! –Una coreografía estudiada perfectamente; contaba los mismos chascarrillos que su madre en el mismo momento que su madre, que le había anotado con un grueso rotulador negro todos los ejercicios, repeticiones y comentarios de estímulo.

–*Come on, come on*, vamos todavía se puede, solo una repetición más, sois mujeres fuertes, invencibles. ¡Vamos, dejad salir a la diosa... yujuuu!

–¡Yujuuu! –gritaban las mujeres, sin aliento.

Más tarde, cuando comenzó a enseñar yoga, Nevada recordaba con frecuencia esas clases. Igual que su madre, estudiaba una sucesión exacta, una coreografía, situaba sus comentarios, que solo variaban de contenido, siempre en los mismos pasajes. En la actualidad al igual que antaño, sus alumnos confiaban en esa sucesión previsible, se reclinaban en ella como en un brazo conocido.

La noche antes de que Nevada partiese en avión a Estados Unidos –iba a encargarse de cuidar a los gemelos de una familia de médicos de Chicago–, varias mujeres se quejaron de un olor desagradable en el vestuario. Martha pidió a Nevada que examinase el retrete trasero, que se atascaba con facilidad. Pero estaba limpio. La próxima clase estaba a punto de comenzar. Su madre condujo a sus clientas a la sala grande, mientras Nevada recorría el pasillo olfateando. El olor salía del despacho de su padre. Llamó con unos golpes a la puerta, gritó, por último la abrió. El hedor era insoportable. La puerta apenas podía moverse. Nevada se lanzó contra ella con todo el peso de su cuerpo. Finalmente la ranura fue lo bastante grande para poder introducirse

por ella. La estancia estaba llena de basura hasta la altura de los tobillos. El suelo cubierto de cajas de pizza, envases de sándwiches, botellas vacías, latas de cerveza, periódicos viejos, ropa sucia. Papel higiénico. Nevada dio un paso cauteloso y pisó algo blando, que soltó un chillido. Crujió. En algún lugar se movió algo. La ventana estaba cerrada. Nevada, cubriéndose con el codo la boca y la nariz, se abrió paso con esfuerzo por la habitación conteniendo la respiración. Intentaba recordar cuándo había visto por última vez a su padre. Desde hacía días tenía que haber cagado directamente allí. Abrió la ventana de par en par y cogió aire. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se izó a pulso hasta el alféizar de la ventana y escudriñó la habitación. El color azul turquesa del Cadillac relucía aquí y allá, asomando entre montañas de basura, montones de ropa. La cara de su padre, amoratada, los labios casi azules. El pelo blanco pegado a las sienes. No escuchaba su respiración. De la parte delantera de la vivienda atronaban las voces fustigantes que para entonces Nevada había almacenado en su cabeza, y podía tararear incluso en sueños.

—Y una y dos y tres y cuatro... *come on, ladies*. ¡Una vez más, vosotras podéis, sois fuertes, sois bellas, sois invencibles!

—¡Yujuuuu!

No podría escapar de su familia. El mundo no era lo bastante grande. Quiso dejarse caer de espaldas por la ventana, sobre la tranquila calle de barrio, cuatro pisos de altura, entre viejos árboles, y nadie le exigiría nunca nada más. Ni que llamase a una ambulancia, ni que salvase a su padre, ni que lo cuidase hasta curarlo, ni que limpiase la porquería en que se había convertido su vida. ¿Quién iba a hacerlo si no? Su madre seguro que no.

Sierra había escapado. Nevada no. Por doce horas. Estaba sentada en el alféizar, columpiándose hacia atrás y hacia adelante, gimiendo en voz baja. No había escape.

Del viejo Cadillac salió un ruido. Una mezcla de gruñido, eructo y atragantamiento. También podía volver a salir sin más de la habitación y decir a su madre que no había conseguido resolver la avería del retrete, que al día siguiente pasaría el fontanero. Al día siguiente, cuando Nevada ya se hubiera marchado. El hombre desatascaría el retrete y no encontraría nada. Martha

seguiría el olor. Abriría todas las puertas. Nevada ya estaría volando. No podía haber visto nada. Eso lo había aprendido al fin. No mirar.

A la mañana siguiente muy temprano, Nevada telefoneó a un fontanero de urgencia que prometió acudir en media hora. Despertó a su madre y salió de la casa justo cuando la furgoneta con la inscripción «*¡Cuando la mierda apesta, llamad con urgencia!*» doblaba la esquina para entrar en su calle.

Nevada viajó a Estados Unidos en avión. Su familia anfitriona vivía muy lejos, fuera de Chicago. En la urbanización no había nada. Solo las casas, extensiones de césped, calles de anchas aceras en las que los niños montaban en bici y por las que nadie caminaba. Nevada tuvo que esperar a cumplir dieciséis años para sacarse el carné de conducir y llevar a los niños en coche al colegio, a las clases de música y al entrenamiento de fútbol. Para hacer la compra de la familia, el supermercado más próximo estaba casi a diez millas de distancia, un centro comercial que marcaba la frontera entre dos urbanizaciones, allí estaban también la tintorería, correos, el cine, distintos restaurantes de comida rápida. Nevada tuvo que sacarse el carné de conducir para poder asistir a las clases de inglés que exigía su contrato.

—¿Cómo es posible que no sepas conducir? —gritó desesperada Mindy, la madre rubia, la primera noche.

—Nadie me lo preguntó.

—Pero eso se da por sabido. ¡Todo el mundo sabe conducir!

—En Suiza hay que tener dieciocho años para...

Mindy sacudió la cabeza.

—No he oído nada más estúpido en toda mi vida —dijo—. ¡Qué país! ¡Alégrate de estar aquí!

Nevada consiguió un carné de conducir provisional y fue convocada a examen dos semanas después, el día de su cumpleaños. Mindy recorrió con ella las calles arriba y abajo, no parecía un gran problema para Nevada, el coche familiar tenía cambio automático, las calles eran totalmente rectas y bastante anchas. Para aparcar bastaba con acercarse despacio al bordillo y apagar el motor. Había sitio de sobra. Mindy le proporcionó un librito con todas las normas de tráfico, y una pila de exámenes de prueba. Le dejó muy claro que Nevada solo podría quedarse si superaba el examen de conducir.

Nevada suspendió. Superó el teórico por los pelos, pero en el práctico se

saltó un cruce sin prestar atención a la señal de Stop. Ni a los gritos frenéticos del examinador. Entró disparada en el cruce y chocó de frente contra un utilitario que venía por la derecha. El examinador sufrió graves lesiones internas y tuvo que ser operado. La televisión local informó del accidente. Nevada no podría repetir el examen de conducir en el estado de Illinois. Y a Mindy no le quedó más remedio que despedirla.

Nevada contaba dieciséis años. Tenía un visado para un año y el dinero de su cartilla de ahorros, amén de los mil francos suizos que le dio su madre poco antes de partir diciendo:

–Tendrás que conformarte con esto...

Nevada subió a un autocar y se marchó a Nueva York. Allí no tenía que conducir. Le dio empleo una familia cuyos hijos pasaban el día en el colegio. Nevada los acompañaba por la mañana cruzando el parque a pie hasta el otro extremo de la ciudad y los recogía a las tres de la tarde. Se ponía en fila en la acera entre las demás niñeras y madres. Entre las nueve y las tres el día le pertenecía. Limpiada la casa y comprada la comida, Nevada no tenía mucho que hacer. Comenzó a bailar en las habitaciones vacías. Su cuarto era una caja de cerillas, apenas podía pasar junto a la cama para llegar a la ventana, que era imposible abrir. Por eso practicaba en el vestíbulo vacío, utilizando una balaustrada bajita como barra, donde ensayaba todos sus pasos de ballet, *plié*, *relevé*, *vatú*...

Se inventaba pequeñas coreografías, patinaba sobre gruesos calcetines de lana sobre el liso suelo de mármol, que le recordaba al de la casa de sus padres antes de que su madre instalara la tarima flotante.

Un buen día Gwen llegó a casa antes de lo esperado –su peluquero había sufrido un ataque de nervios, aún tenía el pelo mojado– y encontró a Nevada de pie sobre una pierna. Estiraba el otro pie por detrás hacia la cabeza, sujetándolo con una mano, mientras mantenía la otra mano a la altura del hombro señalando interrogativa hacia lo lejos.

–*Oh my god!* –gritó Gwen–. ¡No me habías dicho que haces yoga!

–¿Yoga? –preguntó Nevada soltando su pie.

Primero lo estiró hacia atrás a media altura, luego hacia un lado antes de posarlo suavemente, ingrávido.

–*Oh my god!* Esto tengo que contárselo a mis amigas, espera y verás. ¡Van a

flipar!

Como apenas hablaba con nadie, el inglés de Nevada todavía no era lo bastante bueno para seguir una conversación al ritmo neoyorquino. Igual que un corresponsal de noticias de televisión muy lejano, contestaba con un pequeño retraso, que permitía a su interlocutor hacer la pregunta siguiente sin que ella hubiera respondido a la última.

–Yo hago ballet –explicó–, y una mezcla de aeróbic y...

–¿A qué escuela perteneces, Iyengar, Ashtanga, Ata?

–No entiendo.

–Es increíble. Tengo que presentarte sin falta a Shri Jenny. Voy a llamarla ahora mismo.

Nevada miró el reloj. Eran poco más de las dos, en veinte minutos saldría a buscar a los niños.

–¡Bah, olvídate de los niños! –Gwen hizo un gesto de desdén–. De eso puede encargarse Juanita.

El portero llamó a un taxi amarillo con un silbido. Se dirigieron a una zona venida a menos de la ciudad, en la que Nevada nunca había estado. Hasta entonces se había movido entre la vivienda y el colegio de los niños, cruzando el parque, ida y vuelta. El taxi se detuvo ante una vieja fábrica. Los muros de ladrillo estaban cubiertos de pintadas. El estudio de yoga estaba en el segundo piso. Olía a varillas de incienso y a sudor. Shri Jenny era mayor que Nevada, pero más joven que Gwen. Con sus cabellos sin brillo teñidos de negro y las gruesas rayas en los párpados, parecía punk. Sobre la frente se había pintado un círculo rojo, y llevaba pantalones bombachos. Unió las palmas de sus manos y las levantó hasta la frente. Esa fue la primera vez que saludaron a Nevada con un «*namaste*».

Fue la primera clase de yoga de Nevada. Se sintió inmediatamente como en casa: las órdenes escuetas, la mano dura de Shri Jenny que le apretaba la espalda, bajando su torso sobre sus piernas hasta que los muslos le ardían. Con un suspiro de alivio, Nevada se sometió a una nueva combinación de reglas y órdenes familiares. Todo estaba allí, claro como el agua. «Practica y el resto vendrá por añadidura.»

Nevada practicaba a diario. Durante horas. Cada tirón muscular, cada lágrima las saludaba con la alegría del que se topa con una vieja conocida.

«Esfuézate. No preguntes. Sufre y serás salvada. ¿Cómo, que no te sientes salvada? Entonces es que no has trabajado lo bastante duro.» Conocía ese sistema. Era el de su madre.

A partir de ese día, la limpiadora llevaba a los niños al colegio y volvía a buscarlos, mientras Nevada asistía a un curso intensivo con Shri Jenny. Al cabo de tres meses estaba preparada para dar clases en sus propios domicilios a Gwen y a sus amigas ricas, que habían acudido a regañadientes a esa zona tan venida a menos en la que se ubicaba el estudio. Para su asombro, ganaba una gran cantidad de dinero. Las mujeres admiraban su cuerpo grácil y flexible, la elegancia danzarina con la que ejecutaba las *asanas*, la voz clara con la que recitaba los mantras, la naturalidad con la que pronunciaba las palabras en sánscrito. Había aprendido de una grabación en vídeo del gurú indio. Como el sánscrito está mucho más cerca del alemán que del inglés, Nevada imitaba la voz del maestro mejor que todas las demás. Y a pesar de que no entendía una palabra de lo que recitaba, sonaba auténtico, y sus alumnas la consideraban muy espiritual. Shri Jenny se percató enseguida de que Nevada le quitaba su adinerada clientela y también por qué. Inauguró una filial en la zona alta y mejor de la ciudad y contrató a Nevada como profesora principal. Le pasó tantas clases que ya no le quedaba tiempo libre para sus clases particulares. Si querían hacer yoga, las damas ricas tenían que acudir a su estudio.

Nevada no tardó en disponer de vivienda propia. Como esta se encontraba más cerca del primer estudio, aceptó dar allí unas clases más. Comenzó a ahorrar dinero para su viaje de estudios a la India, para un curso con el gurú indio. Pronto su vida se compondría exclusivamente de sueño y de yoga.

Un año antes tenía cuarenta o cincuenta alumnos, los fines de semana hasta setenta. Se había corrido la voz de que era muy exigente en clase, los alumnos abandonaban el estudio empapados, sudorosos, purificados, felices. *Nevada aún la exigencia física con bases espirituales*, decía la página web del estudio. Nevada pensaba a veces que estaba representando un *show*, sentía la energía de sus alumnos como la de un público imaginario. Era capaz de percibir y absorber el menor residuo de esa energía. Después hacía que el grupo se mantuviera en equilibrio en *Vasisthasana*, la postura de apoyo lateral

sobre una pierna y una mano, hasta que la sala se llenaba de respiraciones jadeantes. Y cuando el último pensaba: «¿Pero es que se ha vuelto loca, cuánto tiempo voy a resistir todavía?», Nevada intervenía.

–*Vasisthasana*, ¿qué es eso? –preguntaba entonces y explicaba lo que bullía en todas las mentes–: ¿Qué significa? ¿Por qué lo hacemos? Practicamos para resistir en una situación incómoda. Para permanecer sentados en silencio y seguir respirando. ¿He dicho sentados? Buena idea, sentaos.

Los alumnos, aliviados, se acurrucaban en la postura del niño, una postura de descanso que no gustaba a la propia Nevada, porque, con la cara sobre las rodillas, caía en una oscuridad inconcebible. Una oscuridad que la devoraría si no se movía, si no levantaba la cabeza, estiraba el mentón, dirigía la vista con valentía hacia arriba, hacia delante.

–¿Por qué lo hacemos? –repitió–. En yoga no hay nada que alcanzar. No se trata de fuerza, ni de agilidad. Tampoco de que podáis presumir ante vuestros amigos de flexibilidad, de fortaleza, del rato que podéis manteneros sobre la cabeza o, peor aún, sobre una mano y una pierna.

Unas tímidas risitas se alzaron desde aquellos montoncitos humanos aovillados.

–*Yogasana*, los ejercicios físicos que practicamos aquí, solo sirven como preparación para la meditación. El yoga consiste en apaciguar los movimientos del espíritu. Ay, Dios mío, pero cuánto va a durar esto todavía, no lo soporto, por qué no me sale mejor, por qué no soy tan buena como esa que está inclinada delante de mí, o al menos tan delgada, y dónde se habrá comprado esos pantalones de yoga tan bonitos...

Las risitas subieron de tono. Suspiros de alivio, murmullos de asentimiento. Eso era su aplauso.

–No se trata de cuánto tiempo podáis permanecer en esa postura –prosiguió–. Se trata de poder detener los movimientos del espíritu, ya estéis de pie, sentados o tumbados. Entonces haréis yoga. Entonces estaréis en un estado de yoga.

Nevada no conocía otra cosa que el yoga. No sabía nada más. No conocía a nadie que no hiciera yoga, aparte de su madre y de su hermana, pero ¿con cuánta frecuencia las veía? No recordaba la última vez que había mantenido

una conversación que no versase sobre el yoga. Si ahora era excluida de ese mundo, se quedaría sin nada.

Había leído el correo electrónico de Lakshmi tantas veces que se lo sabía de memoria. «Pero esto es de idiotas», pensaba. «Lakshmi vive justo al lado, ¿por qué no llamo a su puerta y le pregunto qué pasa?» No lo hizo. No habían vuelto a hablar desde que Nevada había rechazado el pollo al curry.

Con Lakshmi no solo perdería a una amiga, a una empleadora, a una arrendadora, sino también la posibilidad de levantarse por la noche y utilizar el baño. Lakshmi le permitía usar el baño de invitados de su loft. No es que Nevada lo usase con frecuencia. Se levantaba muy temprano y utilizaba la ducha y el baño del estudio. Tras sus ejercicios bajaba al bar y tomaba un té verde, una tortilla de tofu o una sopa de miso. La existencia de Nevada se desarrollaba allí, en el estudio y en los pisos superiores e inferiores.

Ese era su *dharma*, su destino. En la India, con el maestro que Lakshmi había encontrado para ella, Nevada oyó por vez primera que el yoga era algo más que una serie de ejercicios físicos que había que realizar con la mayor perfección posible. Hasta ese momento, Nevada había considerado el yoga algo que tenía que dominar. De lo que tenía que mostrarse digna. Bastaba con ser dura y practicar el tiempo necesario para dominar las novecientas ocho posturas del famoso cartel de yoga, entonces... entonces... sucedería algo. Entonces sería salvada. Entonces saldría el sol en su vientre y la iluminaría desde dentro, vistiéndola de oro, y todo iría bien.

—No —decía su maestro—. El yoga no es un objetivo. El yoga es un medio para alcanzar un fin. El yoga es el estado en el que el espíritu limpio y centrado, el estado en el que uno es capaz de hacer aquello para lo que existe.

—¿Y para qué existimos? —preguntó Lakshmi, que era la única que se atrevía a interrumpir al gurú con preguntas.

—En la doctrina del yoga cada persona tiene su propio *dharma* —contestó—. Los vedas llaman *dharma* a la ley fundamental universal que hace y conecta todo. Pero el concepto también simboliza la doctrina budista, dado que Buda en su época se esforzó por estudiar, describir y explicar la estructura precisamente de esa ley fundamental universal. Y por último, en el *Bhagavad Gita*, Krishna explica que lo que mantiene en orden el mundo es la rectitud de cada individuo. De aquí deduce que cada ser tiene que recorrer un camino

vital que contribuya al bien común y al mismo tiempo conduzca a la redención personal. A lo mejor tu camino vital es conducir un taxi. En ese caso el yoga te posibilita conducir tu taxi con la máxima dedicación y atención.

–Hmmm... –A Lakshmi se le notaba claramente que no tenía la menor intención de conducir un taxi.

–A lo mejor mi *dharma* es transmitir el yoga –dijo Nevada esa noche en la habitación del hotel, cuando las dos, demasiado cansadas para subir a la cama alta y mullida, se quedaron sentadas en el suelo alfombrado con las piernas pesadas.

Lakshmi lio un porro.

–Hierba de los dioses –dijo al ver que Nevada vacilaba.

Y de hecho, su cansancio se desvaneció en el humo e hicieron un pacto. Cumplirían juntas su *dharma*. Abrirían un estudio de yoga inédito hasta entonces en Suiza. El dinero de Lakshmi y la incansable dedicación de Nevada lo harían posible.

Y ahora, esto.

Las profesoras de yoga no enfermaban. Las profesoras de yoga no padecían dolores inexplicables. No si practicaban el yoga lo suficiente y lo hacían correctamente. El padecimiento de Nevada flotaba en el estudio como un mal olor, casi como el olor de su padre podrido antaño en casa.

Nadine rehuyó su mirada. Cuando Nevada cogía de la percha una camiseta sin mangas y anunciaba de pasada que se la iba a probar, Nadine decía desde detrás de la caja: «¿Tengo que abonarlo a cuenta de tus clases?». O, todavía peor: «Esa ya la ha reservado Oona».

Sobre una pizarra metálica colgada detrás del mostrador se anotaba con lápiz de color cuántos alumnos habían asistido a qué clase y con qué profesora. A Nevada nunca le molestó, mientras su nombre figuró el primero de la lista. Ahora que había ido descendiendo poco a poco para acabar aterrizando en el último puesto, consideraba la lista una humillación. Le recordaba una película que le gustaba a su padre: *Dos estafadores y una mujer*. Trataba de unos vendedores de una marca de coches que luchaban con todos los medios a su alcance por el puesto de vendedor de la semana y que no retrocedían ante nada. ¿De verdad que no ocurría lo mismo en el yoga?

Poco después de las tres Nevada entró en el Bar del Río. La mesa redonda

del rincón ya estaba abarrotada. Los pequeños cuencos vacíos y las bolsas de té estrujadas sobre los platillos indicaron a Nevada que la reunión debía de haber comenzado hacía rato. ¿Había sido adelantada? ¿Por qué nadie la había avisado? Desde hacía algún tiempo Nevada no acudía a las reuniones vespertinas, en las que participaban todos los profesores de yoga que dieran clase ese día. De todos modos, por lo general se limitaban a intercambiar los últimos cotilleos del mundillo del yoga. «¿Te has enterado de que John Friend actúa como invitado en Zúrich?» «¿Estuviste el domingo pasado en el concierto de Krishna Das?» «Me han contado que Patrick Broome asistió de incógnito a una clase de Sherry, y ella le corrigió delante de todos. ¡Ni siquiera le reconoció!»

En lugar de eso, ella se tumbaba entre sus clases sobre una pila de blandas colchonetas de yoga. Una princesa del guisante.

Se acercó a la mesa y las conversaciones cesaron. Miradas compasivas, cabezas ladeadas.

—¿Qué tal, Nevada? —preguntó por fin Dolores en un tono que traslucía que la respuesta solo podía ser: «Hecha una mierda». Como es natural las profesoras de yoga no decían «mierda». Y menos las que eran tan jóvenes, entusiastas, flamantes como las que ese día se sentaban a la mesa.

—Cada día es un nuevo día —fue la vaga contestación de Nevada.

—Acabamos de hablar de ti.

—¡No me digas! —Nevada acercó una silla con la rodilla y se sentó con gesto ceremonioso.

Oona la miraba con los ojos muy abiertos. Ojos de vaca, pensó Nevada con hostilidad. La consideraban una inválida. Y además lo era.

—¿Te pido algo, qué te apetece tomar?

Un expreso doble, pensó Nevada, que a veces sentía el deseo irresistible de pedir algo equivocado: un filete sangrante, una copa de vino, un expreso. En su vida, casi todo lo que se podía comer, beber o fumar era nocivo. Prohibido. Así era hasta donde alcanzaba su memoria. Desde que su madre había colocado un candado de combinación en la puerta de la nevera.

—Gracias, eres muy amable —contestó—. Pero no te preocupes por mí, no es ese tu cometido.

¿Desde cuándo le resultaba tan difícil hablar esa jerga?

–Sé exactamente lo que necesitas –intervino Nadine–. ¿Conoces la kombucha? Es una especie de té hecho de hongos fermentados que ejercen un efecto antiinflamatorio y...

–Pero según los puntos de vista ayurvédicos, los hongos, sobre todo los fermentados, son...

–Si lo analizamos desde el Ayurveda, tiene que deberse a *Pitta*. ¡Su *Pitta* está prevaleciendo demasiado!

–No, esa apatía... se debe sin duda a *Kapha*.

–¿Apatía? –Nevada miró a su alrededor, descubrió una botella de agua y se sirvió un vaso–. Está bien –repitió–. No debéis preocuparos por mí. Luego iré a por un té.

–Mejor sería agua caliente, hervida y enfriada hasta los sesenta grados. – Oona se levantó, se acercó a la barra, pidió una taza de agua caliente y la depositó sobre la mesa.

–Gracias –dijo Nevada.

Sabía cuándo tenía que darse por vencida. Había aprendido de su madre a decir gracias y a sonreír. Solía ser la salida más fácil.

–Bueno, ahora que estamos todos... –Lakshmi miró ostensiblemente su reloj de pulsera–. Las novedades. Este fin de semana Sebastian dirigirá un taller para hombres. Si hay bastantes inscripciones, puede salir de él un grupo regular.

–El taller ya está completo –informó Nadine, que tenía delante una tabla de Excel impresa–. Incluso tenemos lista de espera.

–Estoy convencido de que se puede formar un grupo regular de un mínimo de veinte hombres –dijo Sebastian–. Me gustaría que habléis del curso en vuestras clases; todas tenéis a uno o dos tipos perdidos que se sentirían mucho más cómodos en un ambiente masculino.

–Nevada, tu clase de los lunes por la tarde es muy pequeña para una sala grande. Intercambiarás el espacio con Sebastian y darás tus dos clases, no solo la de principiantes, en el estudio pequeño.

No era una pregunta. Era una orden.

–La semana pasada asistió a mi clase Gion Camenisch –dijo Nevada, odiándose por ello–. Su mujer lleva tiempo conmigo. Si se corre la voz, seguro que la clase rebosará muy pronto de admiradoras.

Ella había intentado abordar el asunto con imparcialidad. Siempre se había sentido orgullosa de no dejarse impresionar por la gente importante. En Nueva York, Willem Dafoe le había dicho en una ocasión: «Contigo puedo ser sencillamente yo mismo». Ella lo trataba como a cualquier otro alumno.

¿Por qué no pudo tratar a Gion con la misma cortesía? Porque Marie había sido anteriormente su alumna. Nevada había comprobado lo cambiada que estaba Marie en presencia de él, parecía forzada.

—¡Oh, perdona, Nevada! —Nadine levantó la vista de su tabla—. Gion Camenisch se ha cambiado a la clase de Sebastian. Precisamente porque en la tuya las mujeres no le dejaban en paz.

—En realidad una profesora experimentada debería ser capaz de atajar ese tipo de cosas —dijo Lakshmi.

Después la conversación derivó al próximo congreso de yoga que se celebraría en Colonia. ¿Quién estaba invitado, quién participaría? Las voces bañaban a Nevada como olas. El agua de su taza se enfrió.

De repente supo cómo debían sentirse las personas en la Edad Media, cuando pensaban que serían empujadas hasta el borde del mundo, caerían al vacío y se disolverían en la nada.

Ted

—¿Esto es todo? —preguntó Ted, señalando las maletas, las bolsas de viaje, la jaula con los conejillos de Indias, las rebosantes bolsas azules de la compra de Ikea, llenas de animales de peluche, botas de agua, chaquetas de esquí...

Aún no había llegado el verano, el sol seguía ocultándose por encima de la niebla alta.

—No —contestó Tina antes de regresar al coche.

Los asientos traseros estaban abatidos, toda la superficie de carga estaba abarrotada de bolsos, bolsas de papel con libros, y Ted volvió a recordar algo común a sus princesas: no tenían el menor sentido de la ironía. Las niñas tampoco, eso era un hecho universalmente aceptado. Emma, la sería Emma de apenas seis años, dijo:

—Todo, menos la nevera.

Emma se quedaría una larga temporada. Por lo menos hasta que nevase. Hasta las vacaciones blancas. O hasta el regreso de Tina. En el asiento del copiloto se sentaba un hombre. Llevaba un jersey con capucha blanco como la nieve y una gorra de béisbol con la visera vuelta hacia atrás. Su cabeza se bamboleaba adelante y atrás. Igual que una tortuga, pensó Ted iracundo. El hombre, al percatarse de que Ted lo miraba, se quitó los tapones de los oídos y levantó una mano provista de pesados anillos.

—¿Y ese quién es? —preguntó.

Pero lo que en realidad le habría gustado preguntar era: «¿Dónde ha ido sentada Emma? ¿Habéis viajado por la autopista, con ella detrás, entre las bolsas, sin el cinturón de seguridad? ¿Qué habría pasado si hubieseis tenido un accidente?». En vez de eso, preguntó por el desconocido, como si fuese más importante que su hija.

—Es mi productor —contestó Tina, y por primera vez desde hacía mucho tiempo, más de lo que Ted podía recordar, percibió un tono de esperanza en su voz. Un tono que él solo había escuchado muy al principio de su relación. Inesperado.

—Tu productor, ya.

Tina cargó por la escalera que subía a la vivienda de Ted con otras dos bolsas de papel repletas de libros infantiles. Emma la siguió con su mochila escolar. Asistía a la única escuela de jornada completa que existía en el distrito escolar. Ted tendría que llevarla; cómo, lo desconocía, ¿quizá en bicicleta? Había tantas cosas que aún ignoraba...

—¿Te importaría echar una mano? —Tina jadeó—. Tengo prisa. ¡Ten en cuenta que el avión no espera!

—¿Y por qué no puede ayudar el señor Hiphop? —replicó Ted. «¡Cielos!», pensó, eso había sonado como los alumnos de primer curso que vigilaba durante el recreo: «¡Cara de pedo!». «¡Y tú más!»

—¿Acaso es hija suya? —le espetó Tina.

Ted ni siquiera se lo tomó a mal. Al ver cómo se encorvaban los hombros de Emma, se sintió un perfecto idiota. Después se acercó al coche. El maletero estaba abierto y agarró al azar unas cuantas bolsas.

—¿Qué hay, tío? —preguntó el productor.

«¿Qué hay? Nada, tío, que mi hija se muda a mi casa porque tú te piras con

su madre...» A Ted le costó contenerse. Dentro de cinco minutos el coche estaría descargado y Tina camino del aeropuerto con su productor. No pensaba preguntarse qué había entre ellos, no era asunto suyo, más aún: le traía sin cuidado. Ya no le interesaba, ahora tenía a Lilly. Lilly, que ocupaba todos sus pensamientos; Lilly, a la que había convencido para que viniese a comer la semana próxima y conociera a Emma.

–Cuando se haya adaptado al cambio.

–Ah, creía que iba a ser pasajero, ¿no?

Eso es lo que él le había dicho a Lilly: pasajero. Se quedará en mi casa una temporada.

–Nada especial –respondió con desinterés al productor, pero de repente salió del coche y se plantó ante él. No parecía mucho mayor que los alumnos de grado superior que compartían el patio de recreo con los de grado elemental. Y vestía de manera parecida. Le tendió la mano. Ted, de buen grado o por la fuerza, tuvo que dejar las dos bolsas en el suelo. Cuando quiso estrecharle la mano, el otro ejecutó una complicada serie de gestos para terminar golpeando con el puño el hombro de Ted e inclinándose hacia él como si fuera a besarle. Ted retrocedió.

–Respeto, tío –dijo el otro–. Respeto. –Y dirigiéndose al maletero sacó dos bolsas.

Eran más grandes que las de Ted y parecían más pesadas. De ellas sobresalían cuatro patas de silla de color rosa. Tina había alquilado su piso. Evidentemente sin muebles de la habitación infantil. Los dos hombres acarrearón en silencio el resto de las bolsas por la escalera, luego Tina se despidió. Abrazó a Emma largo rato, hasta que la niña se retorció entre sus brazos.

–Ya vale, mamá –dijo palmeando la espalda de su madre en un gesto de cariño.

–Te llamaré todas las noches, ¿vale, tesoro? Por el teléfono mágico especial.

–¡Es un iPhone, mamá!

Tina se sorbió la nariz y se apartó. El productor intentó un apretón de manos ritual con Ted, pero este se limitó a sonreír.

–Pues nada –dijo Ted cerrando la puerta tras ellos.

Y se quedó allí, detrás de la puerta cerrada, en medio de las bolsas de viaje, las de papel y las maletas. También Emma permaneció inmóvil, con los brazos colgando y la cabeza inclinada. Escucharon hasta que oyeron alejarse el coche.

–Pues nada –repitió Ted.

¿Cuántas veces se había imaginado esa situación? ¿Cuántas veces había deseado precisamente eso: Emma aquí, Tina muy lejos? Por tiempo indefinido. En su imaginación, se subía a su hija a los hombros y bailaba con ella por toda la casa, empezaban una guerra de almohadas, se manchaban de nata mutuamente, lo celebraban y reían. Nunca habían estado así, con los brazos colgando. Miró a su hija como si ella supiera lo que venía a continuación.

Emma hizo un esfuerzo visible.

–Primero vamos a ordenar mi habitación –dijo–. Luego me daré un baño. Y después pediremos una pizza –respiró hondo–. Así lo haremos.

–Justo así –confirmó Ted.

Marie

¡*Estoy en yoga!* Cerró su móvil. Se imaginó a Gion presionando la tecla de reenviar. Porque su mensaje era el mismo todos los días. Estaba «en yoga». En *su yoga*. Ay, no debía pensar así. *Mi yoga, tu yoga, nuestro yoga*. Por desgracia, Marie, amén de manuales de medicina y atlas de anatomía, también había memorizado eslóganes publicitarios. *Porque yo lo valgo. Tú puedes*.

Habría podido asistir a la clase de principiantes de las cinco y media, que la semana pasada le había sentado sorprendentemente bien. El lento paso del tiempo había cerrado todos los cajones, todos los archivos de su cabeza, hasta que solo quedó la respiración. Durante un instante se olvidó de sí misma.

Se dio cuenta demasiado tarde de que los demás ya habían cambiado de la postura del perro que mira hacia abajo a la postura del guerrero, de que ella era la única que aún alzaba al aire su trasero. De nuevo esas miradas, que se le antojaban manos; se incorporó irritada. Giró la rodilla hacia fuera, estiró las manos, y al mismo tiempo echó una ojeada hacia atrás por encima del hombro. Miró a los ojos al hombre que estaba allí: «Sé lo que haces», decía

su mirada. «Te pones cachondo con mi culo redondo y firme, y luego te vas a casa con un esqueleto. No creas que eres el primero. ¡Te conozco!»

Ted. Se llamaba Ted. Le había parecido simpático. Normal. Normal era bueno. La clase de principiantes comenzaba a las cinco y media, su turno terminaba ese día a las cinco. Habría podido llegar, pero se dedicó a perder el tiempo. Dictó notas, firmó expedientes, nada que no hubiera podido hacer también al día siguiente. A las cinco y media se levantó y se marchó a casa.

Ese había sido un día su piso. Miró a su alrededor. El sofá, convertido en cama, estaba cubierto de prendas de vestir, auriculares, ordenador portátil, teléfonos, zapatos, cosméticos y libros. El televisor estaba puesto a todo volumen. Marie buscó el mando a distancia, no lo encontró, y al no encontrarlo lo apagó manualmente.

–¡Eh! ¡Que quería verlo hasta el final!

Stefanie estaba en la habitación. Con un bañador rosa y calcetines de lana. No parecía una niña de trece años.

–¿Por qué llevas bañador en casa?

–¡No te enteras de nada! ¡Esto es ropa de andar por casa!

Stefanie se dejó caer en el sofá cama. Diversos objetos saltaron por los aires, entre ellos el mando a distancia. Stefanie lo pulsó un par de veces en vano y luego dirigió a Marie una mirada sombría. Como si hubiera dejado morir de hambre a su hámster.

Marie lo había hecho. Dos años antes. Un turno de treinta y seis horas en el hospital y el animal que le habían confiado no sobrevivió sin comida. Entonces Stefanie la perdonó. Estaban más unidas. Marie deseó tener el poder de hacer retroceder el tiempo y detenerlo en la época en que más feliz había sido. La mujer más feliz del mundo.

Gion se había separado de su mujer, la había elegido a ella, se habían emitido los primeros capítulos de *Hospital Cantonal* con el doctor Marc Santana. Y lo habían celebrado. Luego él pudo por fin volver a ver a Stefanie, después de haber lamentado en una entrevista lacrimógena su sufrimiento como padre divorciado que echaba mucho de menos a su hija. Fans enfurecidas colapsaron la sección de cartas al director, y comentarios por internet calificaron a su ex de mala perdedora, peor todavía, de mala madre. Eso no se lo tragó Eva. Aceptó visitas de fin de semana. La primera vez

estuvieron solas Marie y Stefanie, porque Gion tenía que rodar una escena. A los once años Stefanie era una niña seria, con gafas de gruesos cristales, trenzas y aparato de ortodoncia. Nada hacía suponer entonces que estaba creciendo una futura modelo de glamur. Así había formulado su deseo profesional el día anterior, durante la cena.

–¿Qué es una modelo de glamur? –había preguntado Marie.

Stefanie había puesto los ojos en blanco. Gion tuvo que explicárselo.

–Una modelo de ropa interior. –No parecía molesto—. Hacerse famosa sin tener que estudiar... ¡Nena, tú lo haces mejor que tu viejo!

En su primer fin de semana juntas habían diseccionado un sándwich de jamón y queso con huevo. Habían separado pulcramente la yema de la clara, dejándola a un lado, como si fuera un órgano. Habían abierto las rebanadas de pan como si fueran la pared abdominal, habían retirado el queso rascándolo y partido el jamón. Stefanie observaba atentamente a Marie, e imitaba todo lo que esta hacía. Repitió los nombres de los músculos, *gluteus minimus, medius, maximus*, como si se tratase de una oración. Por entonces Stefanie quería ser médica, como Marie. Se arrimó a su brazo cuando más tarde le leyó un cuento en voz alta. Cuando Gion volvió a casa muy entrada la noche, las encontró así en el sofá, acurrucadas debajo de una manta, el libro abierto en la mano de Marie. Él se había acurrucado a su lado. Marie se despertó. Él se limitó a mirarla. Después le cogió la mano y se la besó.

Eso nunca se lo había hecho nadie. Justo en ese momento se detendría el tiempo, en el sofá con Gion y Stefanie. Ella, Marie, la gorda Marie, la mejor amiga, la colega de confianza, había conseguido a ese hombre, el hombre al que todas deseaban y que solo la quería a ella. Y su hija también la quería. Ahora que Gion había visto lo bien que se le daban los niños, lo apta que era para ejercer el papel de madre, no tardarían en tener hijos propios, se trasladarían al campo, Marie abriría un consultorio como médico de familia, Stefanie viviría con ellos, tendrían un perro...

–Gracias –dijo él al final—. Eres... eres sencillamente... no encuentro las palabras, eres...

«... ¡Imposible!» Ahora él encontraba sin la menor dificultad palabras para ella, muchas palabras. Imposible, irracional, incomprensible, infantil, superemotiva. Ahora Marie temía los fines de semana con Stefanie. Y su

fantasía de entonces amenazaba con hacerse realidad, ahora que se había transformado en una pesadilla. Desde que Eva convivía también con una nueva pareja, Stefanie pasaba cada vez más tiempo con ellos. El novio de su madre era un cabrón y un perverso... no decía más, pero a Gion le parecía suficiente. Y como él no trabajaba y estaba casi siempre en casa, le había entregado una llave a Stefanie.

–Cuando ya no aguantes en casa de tu madre, ven tranquilamente. En cualquier momento. Sea de día o de noche. Esta es tu casa.

«Esta es mi casa», pensó Marie. ¿*Mi* casa? ¿Qué mujer casada pensaba así? ¿La mujer más feliz de Suiza?

Stefanie utilizaba su llave con frecuencia. A veces, cuando Marie regresaba del trabajo, se topaba con dos o tres chicas jóvenes en el salón, viendo la televisión, hablando por teléfono, chateando en sus portátiles y pintándose las uñas al mismo tiempo. El sofá cama de Marie tenía ya tantas huellas de pintura de uñas, que parecía estampado.

–¡Mierda! –Stefanie tiró el mando a distancia a través de la habitación y rompió a llorar–. ¡Nada funciona en este agujero de mierda!

–Stefanie, por favor.

–«Stefanie, por favor» –la imitó la niña–. ¡Qué sabrás tú de mi vida! ¡Tú no sabes nada! Y por cierto, ¿dónde está Gion? ¿Por qué no está aquí? ¡Necesito hablar con él!

–No tengo ni idea. –Marie echó un vistazo a su alrededor, como si él se ocultase en el viejo piso lleno de rincones–. Acabo de llegar a casa, como puedes ver.

Stefanie cruzó los brazos delante del pecho. Marie comprobó que tenía erizado el vello de los brazos. Con esa extraña indumentaria de color rosa debía tener frío.

–¿Te apetece comer algo? –inquirió.

Stefanie negó con la cabeza.

–Estoy a dieta –dijo, haciendo hincapié en «dieta» mientras su mirada se deslizaba por las caderas de Marie.

–¿A dieta? Stefanie, eso es ridículo. ¡No te hace falta!

–¡Tú no tienes ni idea! ¡Mírate!

«Pero yo tengo una cara muy agradable», quiso decir Marie, «y unos ojos

preciosos...».

–Stefanie, soy médica. Claro que tengo idea. Todavía estás creciendo. Vas al colegio. Necesitas nutrientes para poder funcionar, tu cerebro los necesita.

–¿Es que no has oído decir que las anoréxicas sacan siempre las mejores notas? ¿No se estudia eso en Medicina?

–¿Anoréxicas? –preguntó Marie–. Stefanie, ¿quieres decir con eso que vas a serlo tú?

Stefanie se encogió de hombros. Había sacado su móvil de entre las almohadas y lo manipulaba con ambos pulgares. Reía en voz baja. Marie esperó. Al final la chica levantó de nuevo la vista.

–¿Qué? ¿Qué pasa?

–¿Eres anoréxica?

–Y si lo soy, ¿qué?

–Stefanie, esto es serio. Se trata de una enfermedad difícil de curar, que a menudo termina con la muerte.

–¿Esa es tu excusa? –De nuevo esa mirada.

–Stefanie...

Marie ya no sabía qué decir. En algún lugar de ese ser, en esa futura modelo de glamur, estaba la seria niña pequeña que una tarde se aprendió de memoria los nombres latinos de todos los huesos de la mano humana. Marie volvió a encender la televisión y fue a la cocina. Los platos de la noche pasada y los de la mañana aún estaban sucios. En la nevera encontró una botella de leche abierta. En el fregadero había una bandeja de plástico con costra, con los restos de una lasaña. Dentro, una cuchara pegada. Por lo menos Stefanie había comido.

¿Habría vomitado después?, se preguntó en el acto Marie, y desechó ese pensamiento. Por ese día era suficiente. Contempló los platos sucios. Intentó animarse, recoger, fregar, ordenar. Tirar la leche agria. Pero volvió a colocar la botella en la nevera y fue al baño. Pisó un charco de agua. Se le mojaron las medias. Soltó un taco. El baño estaba repleto de los artículos cosméticos de Stefanie... productos para la piel con impurezas, para el pelo graso, para la piel de naranja, para un montón de cosas que Stefanie no tenía. Marie se preguntó qué veía esa jovencita cuando se miraba al espejo. Hacía poco había leído un estudio sobre la dismorfofobia. La mayoría de las mujeres jóvenes

estaban afectadas por ella de un modo u otro. Solo un ocho por ciento de las niñas de once a catorce años estaban satisfechas con su aspecto. Ocho de cada cien. Desde que ¿le sucedía algo? ¿conocía?... a Stefanie, Marie seguía esos estudios con creciente preocupación. Crecer siendo una niña no solo era difícil, sino francamente peligroso. Marie no acertaba a recordar su caso. Siempre supo lo que quería. Y lo que podía conseguir. Se miró al espejo. Debajo de sus ojos se habían formado arrugas y sombras oscuras. Se apartó el pelo de la cara. Su piel morena parecía amarilla. Le preguntaban con frecuencia si tenía antepasados indios, si había sangre india entre sus parientes.

–Pareces una princesa oriental –le dijo Gion en cierta ocasión– salida de un cuento de las *Mil y una noches*.

Marie se tomaría uno o dos Oxycontin. Abrió el armario del cuarto de baño. El medicamento había desaparecido. Registró el armario, aunque sabía que las pastillas contra el dolor habían desaparecido. Su armario de espejo estaba ordenado, sus escasos cosméticos comprados en el supermercado estaban en el estante de arriba, un estuche de manicura de piel. Los tres estantes inferiores los ocupaban los útiles de afeitar de Gion, artículos de cosmética y un número creciente de remedios ayurvédicos, preparados vitamínicos, suplementos alimenticios. Su armario de espejo era un estudio en prejuicios. Y sus pastillas contra el dolor habían desaparecido.

Regresó al cuarto de estar. En la pantalla, los miembros muy gordos de una familia discutían por un perro. Por quién tenía que sacarlo de paseo. Una mujer delgada animaba a considerar el paseo una parte del programa de fitness. Marie miró durante un rato. Stefanie parecía no reparar en ella. Tenía el portátil abierto sobre su regazo. Y se había envuelto las piernas desnudas en una manta de lana. Contemplaba la pantalla del portátil y la del televisor alternativamente. Tenía la espalda inclinada. Parecía muy delgada. Pequeña, como una niña.

–¿Has cogido tú mis pastillas contra el dolor?

–¿Yo?

–Tenía una caja de analgésicos en el armario de espejo. Ha desaparecido.

–¿Y he sido yo?

–Son tabletas que solo se dispensan con receta. No hay que tomarlas sin

control. Tienen muchos efectos secundarios.

–¡Y qué! ¡Suéltalo ya, di que soy una ladrona! ¡No soportas tenerme aquí! Preferirías que me muriese.

Stefanie se levantó de un salto, la manta cayó al suelo. Salió corriendo de la habitación. Marie la siguió.

–Stefanie, por favor, no lo he dicho con esa intención.

Seguramente Marie se había saltado la pubertad. Ella siempre había confiado en su sensatez. Estaba en el pasillo buscando a Stefanie. La puerta del baño estaba abierta. No estaba allí. Tampoco en el cuarto de estudio de Marie, en el que se había sentado para estudiar durante la carrera, entre estanterías hasta el techo, revistas especializadas y papeles amontonados, observada sin emoción por un esqueleto que le habían regalado sus padres cuando empezó la universidad. Entretanto, Gion se había adueñado de su cuarto de estudio y desterrado sus obras de consulta y sus papeles al sótano. Gion necesitaba sitio para moverse cuando estudiaba sus papeles. Solo había quedado el esqueleto, llevaba un viejo sombrero flexible y entre los dientes sonrientes un puro a medio fumar. Gion lo llamaba Bruno. «Repasa conmigo el texto, Bruno», decía siempre. En los últimos meses se había atrincherado en esa habitación, había dormido en el sillón blando, bebido de una botella de whisky que estaba allí. Ahora había ventilado la habitación, la había limpiado y convertido en sala de yoga. Bruno vigilaba con absoluto rigor las esterillas y cojines, las varitas de incienso y las velas. Marie seguía sin tener sitio allí. La única habitación que aún le pertenecía era el dormitorio, ocupado casi en su totalidad por una amplia cama. La isla de Marie en una vivienda que ya no le pertenecía. Ahora Stefanie había ocupado esa isla. La puerta estaba cerrada, Marie oyó un retumbar sordo, música de auriculares. Llamó con los nudillos a la puerta.

–¡Lárgate! ¡Te odio!

Marie regresó a la cocina. Se sirvió vino tinto de una botella abierta, sabía a jarabe. Antes no dejaban por ahí botellas medio llenas. Se las bebían enteras. Juntos.

Marie dio un buen trago. El vino empeoraría sus dolores de cabeza, o los mejoraría. Se sentó en el sofá cama. Automáticamente comenzó a alisar las mantas, a enderezar y sacudir los cojines, a retirar el esmalte de uñas y dos

libros escolares. Stefanie se había llevado el ordenador y el móvil. No tenía motivos para salir del dormitorio.

Marie se preguntó si debía telefonar a Gion. ¿Qué iba a decirle?: «¿Ven a casa, tu hija me odia?».

La televisión seguía encendida. Otra familia gorda hacía las maletas para emigrar a una isla situada frente a la costa de Canadá. Marie los comprendía perfectamente.

Se sirvió otro vaso de vino. Vació la botella. El vino no mejoraría. Entonces llegó Gion.

–¿Dónde has estado?

–¿A ti qué te parece?

Levantó su esterilla de yoga enrollada. Marie consultó el reloj. No había querido hacerlo, pero sabía cuándo terminaba la clase de yoga, al fin y al cabo había asistido antes a ella.

–Sí, sí, y después nos fuimos a tomar algo, vale. ¡Fusílame!

–¡Gion!

–¡Solo té verde! –Miró la copa de vino vacía que Marie sostenía en la mano–. ¿Sabes?, me he decidido a no almacenar materias tóxicas en mi cuerpo. Nada de alcohol, ni de café, ni de té negro, nada de azúcar, ni de carne, ni de grasa, por descontado.

–¿Y qué más?

–¿Cómo dices?

–¿Que qué es lo que te queda?

–Bueno, tú precisamente, como médica, deberías saber lo dañinos que son para el organismo los desechos tóxicos.

–La existencia de los desechos tóxicos no está demostrada científicamente –dijo Marie, sacudiendo la cabeza mientras hablaba–. Pero quisiera hablar contigo de otra cosa... de Stefanie.

–¿De Stefanie? Acaba de enviarme un SMS. Acabo de verlo. ¿Dónde está?

–Se ha encerrado en nuestro dormitorio.

–¿Qué ha pasado?

–Hemos tenido una... disputa.

–¿Una disputa?

–Solo he preguntado si se había tomado mis pastillas para el dolor de

cabeza. Entonces ha explotado. Me ha insultado, se ha ido como un rayo al dormitorio y ha cerrado la puerta de un portazo...

–¿Y eso te asombra? La acusas de robo, ¿qué esperabas?

–No la he acusado, solo le he preguntado.

Gion introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero y sacó una caja de pastillas.

–¿Son estas las pastillas que echas de menos?

Marie asintió.

–Las he cogido esta mañana. Porque no quería que Stefanie tuviera acceso a algo así. ¿Sabes en realidad lo que contienen? ¿Has leído el prospecto? Estas cosas son muy adictivas. No hay que dejarlas al alcance de adolescentes.

–¿Por qué no me dijiste nada? ¡Las habría guardado!

–Porque nunca estás en casa. Porque no te vemos. Y ahora, discúlpame, por favor, tengo que ver a mi hija.

Todo iba mal. Nada era como tenía que ser. Si hacía nada que habían sido tan felices. ¿No le habían prometido eso? Si lo has conseguido, lo has conseguido. Una vez que eres feliz, seguirás siéndolo. Si has encontrado a la persona adecuada, nada saldrá mal. Y ella se lo había creído.

Había sido la mujer más feliz de Suiza, y apenas dos años después era una de las más infelices. ¿Por qué nadie la había preparado para eso? ¿Por qué no había podido impedirlo?

Nada queda, pensó Marie, y abrió otra botella de vino, llena de despecho. El dolor de cabeza regresó, se tomó dos pastillas con un trago de vino tinto; al día siguiente tomaría algo contra la resaca. Al fin y al cabo, era médica. Todo podía solucionarse. Hasta eso.

Svarasavāhī vidu ṣo 'pi samārūḍho 'bhiniveśaḥ

El miedo a la muerte está ahí y no siempre
se le puede poner en jaque, ni siquiera
mediante el conocimiento.

Patanjali Yoga sutra 2.9

Poppy

Encuentros clandestinos, noticias en clave, disculpas a corto plazo, un nuevo número de teléfono, solo para ella, y sin embargo a veces contestaba una voz de mujer.

–*Hello?* –decía siempre–. *Hello?* –con desconfianza y a la escucha.

Dos teléfonos que él sacaba de los bolsillos de su chaqueta y que dejaba juntos sobre la repisa de encima de la cama de Poppy. Uno cuyo número solo conocía ella. El otro sonaba confiado cada vez que hacían el amor, y cada vez que sonaba, él contestaba. A veces se levantaba y se iba al cuarto de baño. Cerraba las puertas tras él, como si ella no pudiera oírle, como si las paredes no fueran de yeso. Oía su voz, baja, tranquilizadora, también culpable, como si hablase con un niño enfermo. Al menos conmigo no habla en ese tono, pensaba entonces.

Un consuelo insuficiente. Él se disculpaba siempre, cuando regresaba. A su cama.

–¿Por qué? –preguntaba ella–. ¿Por qué...? –«No se lo dices, no la dejas, no la envías de vuelta a Estados Unidos.»

–Ella ha venido a este país extranjero por mí. Aquí no conoce a nadie. Está más sola que la una.

–Pues podría volver a Estados Unidos –sugería Poppy–. Estados Unidos es grande, se la tragaría sin dejar ni rastro y nunca volvería a escupirla.

Él la miraba, dolido. Desde que se acostaban juntos no había vuelto a quejarse de Kim, no había dicho ni una mala palabra sobre ella. Poppy deseaba que lo hiciera.

Unos días antes, cuando caminaban por la calle, salió a su encuentro una mujer con dos bolsas de la compra. Wolf soltó su mano y se escondió detrás de un soporte publicitario. Poppy siguió andando como si no hubiera pasado nada, como si fuese sola. Tragó saliva. ¡No le irían a dar náuseas ahora!

Seguiría andando sin más, asistiría a clase de yoga de acuerdo con lo previsto, incluso llevaba consigo su esterilla.

–¡Poppy, Poppy, pero espera, mujer!

Ella se detuvo. ¿Por qué se detenía? Se volvió. Wolf corría tras ella, se le habían resbalado las gafas, el pelo, húmedo de sudor, se le pegaba a la frente. Al correr, sus pies se abrían hacia fuera. Parecía un idiota. Ella se detuvo y esperó a que la alcanzase.

–Perdona, por favor.

–¿Quién era esa?

–Una vecina. Creo que no me ha visto. Pero ha seguido andando tan tranquila que he tardado una eternidad en perderla de vista. Solo me ha preguntado qué demonios hacía aquí.

–A lo mejor engaña a su marido –dijo Poppy. Siguió andando. Wolf buscó su mano, pero ella no se la dio.

Le gustaría haberse levantado después de su primer encuentro y haber subido las escaleras hasta el estudio de yoga, en lugar de haberse marchado con él a pasear por la orilla del río. Ella empujaba la bici, él le había puesto una mano en la espalda como si pretendiera empujarla. Caminaron hasta casa de Poppy sin cruzar palabra. Ella había dejado la bici en la entrada del edificio, subieron en el ascensor hasta el tercero, todavía sin besarse. Cuando abrieron la puerta se abrazaron. Casi con solemnidad. Y con los ojos abiertos.

A ella le pareció inevitable. Ahora deseaba que no hubiera sucedido. Podrían sentarse en el café y cogerse de las manos, mirarse a los ojos abrasados de deseo, caer hondo, muy hondo y sin embargo no estrellarse. El deseo se había ensuciado, él se odiaba por haber sucumbido a él. Y muy pronto responsabilizaría a Poppy de eso.

Poppy quería ser una buena persona. No le gustaba hacer daño. Y sin embargo lo hacía una y otra vez, sin querer, por torpeza, por descuido. Tantos años, tantas clases de yoga, y todavía su mayor falta era el descuido.

No pensaba. No usaba la cabeza. Casi nunca sabía dónde la tenía. Y a pesar de todo...

–Tú y yo, eso es sencillamente perfecto, siempre fue perfecto.

–Lo sé –repuso él con un deje de tristeza. Con resignación y, en opinión de Poppy, con cierto reproche. Justificado. Al fin y al cabo fue ella la que no

percibió lo que los unía. El verdadero amor. El único. Ella lo había apartado de un empujón, se había liberado de sus brazos, se había dejado llevar más lejos, siempre en busca de algo que tenía hacía mucho. Que había tenido. Y había perdido.

Él cerró los ojos. Poppy miraba fijamente sus párpados cerrados como si pudiera obligarlos a abrirse. «No te me escapes», intentaba decir, «no me dejes, quédate conmigo. Abre los ojos. Mírame. Mírame. Mírame». Como si ella solo existiera en su mirada. Al final desistió, se tumbó de espaldas y clavó la vista en el techo.

Dejará a su mujer. Cuando los niños estén criados... los nietos... Todo eso se sabía por las correspondientes películas, por canciones y por las novelas. Era siempre igual. Todos decían lo mismo. Nunca más, se había jurado a sí misma.

Pero con Wolf era distinto. Se querían de verdad. Además, él no tenía hijos. Y, sobre todo, ella había sido la primera. Él la engañaba con su mujer. Eso sentía. Poppy no pudo evitar preguntar:

—¿Qué habría pasado si yo no me hubiera ido entonces?

—Nos habríamos casado —respondió Wolf muy serio—. Todos nuestros amigos se habrían reído de nosotros, entonces la gente no se casaba, no estaba de moda. Pero lo habríamos hecho a pesar de todo. O precisamente por eso.

Entonces no creían en el matrimonio, esa polvorienta institución burguesa. En su lugar, pensaban que el amor era una fuerza que superaba todas las convenciones. Que lo explicaba todo. Y así Poppy se había enamorado de otro, y después de otro y de otro más y así sucesivamente.

Me he enamorado. Le quiero. Nunca ha sido como con él, nunca me he sentido así, esto tiene que ser el verdadero amor. Al final era una interminable repetición del mismo estar sin aliento que no permitía nada más. Ni la duda, ni el pensamiento.

«*Citta vrtti nirodah*», pensó Poppy de repente, ¿qué significaba? Nevada solía canturrearlo al comienzo de la clase: «*Atha yoga nusanam, yogash citta vrtti nirodah*». Este es el inicio del aprendizaje del yoga. Yoga es el estado en el que las ondulaciones del espíritu se aplacan.

Eso era lo que siempre había buscado Poppy. Esa calma. Ese detenerse. Ese enmudecimiento de las siete pistas sonoras que discurrían en paralelo dentro

de su cabeza, la mitad de las cuales encima la reñían continuamente. El enamoramiento funcionaba. Estar enamorada la hacía desconectar durante unas semanas –si tenía suerte, durante unos meses– de todo lo demás. Solo quedaba una voz en su cabeza, que decía: «Le quiero. Cuándo volveré a verle, por qué no me ha llamado». Solo existía él. Que siempre era diferente.

Había pocas cosas capaces de silenciar tanto las voces como un nuevo amor. Y de despertar al mismo tiempo la esperanza de salvación, cada vez renovada.

Poppy sacudió la cabeza, desesperada. ¡Lo había hecho todo mal! Cómo se había reclinado en sus brazos y pensado: «No siento nada. Si todavía puedo respirar. No tiemblo. Esto no puede ser». Quiso agarrar por la oreja a su Yo de los veintidós años, darle un tirón y decirle echando chispas: «Idiota, es esto precisamente lo que buscas, este es tu hogar, este torso estrecho, estos brazos delgados, esta mirada bondadosa detrás de los gruesos cristales de las gafas. Este es el único lugar del mundo en el que basta con que seas tú misma. ¡Más, amor mío, no hay!».

–¿Y... seguiríamos juntos, tú qué crees?

–¿Necesitas preguntarlo? ¿En serio? –Él sonrió con expresión triste.

–Lo siento –susurró Poppy–. Lo siento.

Él la soltó. Se recostó en la cama.

–A veces me apetecería seguir fumando. ¿A ti no?

–Sí.

En el cajón de la mesilla de noche había una cajetilla de cigarrillos empezada.

–¿Sabes?, tardé mucho en olvidarte. Lo supe, lo supe entonces, desde la primera mirada, eres tú. Eres mi mujer. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. No tuve la menor duda, nunca, pero veía lo inquieta y lo insatisfecha que te sentías. A veces, cuando nos besábamos, yo abría los ojos y veía los tuyos vagando por la habitación, como si en algún lugar del techo hubiera algo más importante que ver, mejor. Yo sabía que no era un tipo atractivo, realmente interesante, pero también que podía retenerte como ningún otro. Siempre pensé que te relajarías, que antes o después te relajarías y empezarías a disfrutar de lo nuestro. Habríamos tenido hijos, habríamos podido viajar, quizá nos hubiera apetecido trabajar juntos, ¿recuerdas? Por entonces tú querías volver a

preparar el examen de selectividad. Encargaste todos los textos, muy caros. Yo te habría ayudado. Matemáticas, Física, todo eso no te interesaba, aunque querías estudiar a toda costa. Te apetecía escribir. Pero después te fuiste. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

Poppy negó con la cabeza. Tampoco le apetecía escucharlo.

–«No puedo seguir perdiendo el tiempo contigo, supongo que lo comprendes.»

–¿Qué? –Ella se sobresaltó.

Él asintió.

–Eso dijiste. Literalmente. Nunca lo olvidaré.

–Lo siento –murmuró Poppy. A veces pensaba que esa era la frase que más había pronunciado a lo largo de su vida. Podía ser su primer apellido: Poppy Losiento Schneider.

–Después de ti no hubo nadie durante mucho tiempo –dijo Wolf–. Ninguna mujer se te acercaba ni se aproximaba a lo que teníamos. Me enterré en mis estudios, hice el doctorado en tiempo récord, lo único que me consolaba eran los números. Los números no juzgan. Los números son siempre iguales. No se dejan interpretar. Solo conocer. Luego, de pronto, las cosas cambiaron. Un autor teatral que quería escribir una obra sobre un matemático, se topó en el curso de sus investigaciones con mi trabajo. Me llamaron como asesor. Y de repente comenzaron a revolotear a mi alrededor actrices, ayudantes de dirección, maquilladoras, escenógrafas. Comía en el bar del teatro, estaba de juerga hasta por la mañana, me iba todas las noches, más bien todas las mañanas, a la cama con una mujer distinta. Después del estreno me entrevistaron para la televisión. Fui famoso durante un cuarto de hora. ¿Y sabes lo que pensaba todo el tiempo? Si ella lo ve, volverá. Poppy.

–¿Cuándo sucedió eso? –murmuró Poppy–. Entonces estaba en el extranjero... no me enteré de nada.

–Pero... ¿habrías vuelto? ¿Si me hubieras visto por televisión, en la prensa, en un estreno, del brazo de la actriz protagonista?

Poppy calló.

–Eso es. Eso también me quedó claro. Ese fue el momento en el que te di por perdida. Casi diez años después de que me dejases. Qué puedo decir, soy un elefante, me cuesta olvidar.

–Y ahora...

–Ahora tengo a Kim. Kim me ha dado un hogar. Y yo le he arrebatado el suyo. Y así se lo agradezco...

Poppy se apartó de él, abrió el cajón de la mesilla de noche, hurgó en busca de la cajetilla de tabaco. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Saltaron chispas. Wolf se lo quitó de la mano y dio una calada.

–Eres increíble –dijo él. Su tono no permitía deducir si la consideraba «increíblemente buena» o «increíblemente mala»–. Haberte encontrado de nuevo es mi máxima felicidad. Y sin embargo, desearía...

–Lo sé –dijo Poppy deprisa–. Lo sé. –Sobre todo, no continuar la conversación.

–Creía de verdad que era feliz. Con Kim. Creía de verdad que lo había conseguido. Y ahora todo vuelve a saltar en pedazos.

–Mierda de internet –dijo Poppy, y se echó a llorar.

Nevada

Tenía que volver a empezar por el principio. No le quedaba otro remedio. «*Atha yoganusasanam...*» Aquí comienza el aprendizaje del yoga. En el principio.

En el principio fue su familia. Nevada, después de que Marie se lo recordase tres veces, se presentó por fin a su cita con el reumatólogo. A pesar de que las manifestaciones de deterioro de las articulaciones de sus muñecas y dedos eran mínimas, el médico sospechaba un inicio de poliartrosis, o incluso poliartritis. Le recetó analgésicos que le causaron tales dolores de estómago que apenas podía comer, y se sintió más débil todavía de lo que estaba. Marie le había recomendado un remedio que no precisaba receta, un protector estomacal. Pero a Nevada le provocaba mareos. ¿O sería que las hormigas de sus brazos se habían mudado a su cabeza? No lo sabía. Marie le propuso que la reconociese un ortopedista y concertó inmediatamente una cita. Nevada aceptó. Marie parecía seguir un plan oculto. Se tomaba las dolencias de Nevada como un reto personal. Nevada lo comprendía perfectamente. Ella

misma reaccionaba igual, por ejemplo a la respiración superficial de Poppy, que tras dos años de ejercicios regulares aún no se había vuelto más profunda.

Marie ya solo acudía raramente a la clase de Nevada. A lo mejor la había desplazado Gion. A lo mejor, pensaba Nevada, a lo mejor Marie ya no la tomaba en serio como profesora. ¿Cómo iba a ayudar Nevada a sus alumnos si no era capaz de ayudarse a sí misma?

A lo mejor por eso había sido expulsada de la comunidad del yoga. Porque era un reproche viviente a la enseñanza. Porque su mera presencia cuestionaba día tras día la fe incommovible de todos. La fe de que con el yoga todo era posible y bueno. ¿Acaso no decía el *Hatha Yoga Pradipika* que practicar el *pranayama*, el dominio de la respiración, libraba de todas las enfermedades? ¿A qué esperaba entonces Nevada?

Nevada estaba sentada con las piernas cruzadas en su colchoneta. *Sukhasana*, la postura fácil. Literalmente: la postura dulce. Qué exageración, se dijo Nevada. Esa postura no era dulce. Pero sí posible. La postura posible. ¿Qué más podía pedir? Apoyó sus rodillas en los cojines, colocó otro en su regazo y puso encima su viejo portátil. Lakshmi todavía no había cambiado la clave de acceso de internet.

Terapias alternativas, tecleó Nevada en el buscador. 999.000 resultados. Pulsó *Páginas suizas*: 91.000 páginas. La tercera o la cuarta que pinchó era la de su hermana Sierra. Desde su regreso a Suiza, Nevada mantenía con ella un contacto esporádico por e-mail. En todos esos años nunca se habían visto.

El día que Nevada abandonó Suiza, volvió Sierra, para sustituirla. Con un temprano toque de timbre, el fontanero de urgencia había interrumpido a Martha en medio de un ataque de voracidad. Y le había recordado que el lavabo estaba atrancado. Lo había olvidado. No podría vomitar los panecillos recién horneados y la masa de pasteles cruda. Movida por la rabia y la desesperación, se llevó a su cama al hombre desprevenido, antes de mandarlo de caza en busca de la causa del mal olor. La encontró pronto. El fontanero había mirado a Martha como si fuera responsable del hediondo fardo humano que los enfermeros sacaron poco después de la vivienda. «¡Menuda mujer estás hecha!» Después vomitó sin remedio. ¡Él! Los enfermeros la miraron con la misma expresión de asco. No por la porquería de la habitación, qué va, sino por ella, por Martha. Como si fuera un monstruo y Beni su víctima inocente. Ni

siquiera le permitieron acompañarlos en la ambulancia, sino que llamaron a la policía.

Y eso que Beni vivía aún. Lo llevaron al hospital, donde lo desengancharían del alcohol con un método nuevo. En un coma inducido. No se daría cuenta de nada. Ni siquiera del síndrome de abstinencia, de nada. Sin castigo, pensó Martha con rencor. Beni nunca salía trasquilado. Pero los policías no lo juzgaban igual. Fotografiaron la habitación hasta el último rincón. Recogieron basuras y heces en bolsas de plástico transparentes. Y detuvieron a Martha. En la comisaría fue interrogada durante horas y denunciada por lesiones culposas. Nadie quiso escuchar su versión. Nadie quiso creer lo que ese hombre le había hecho. Durante todos esos años.

Martha telefoneó a Sierra a París. Sierra llegó en el primer tren. Dejó a su reciente marido francés con la vaga promesa de que no se quedaría mucho tiempo.

Sin embargo, los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. La historia se difundió ampliamente en la prensa del corazón, Martha tuvo que cerrar su estudio. Cuando despertaron a Beni del coma, desintoxicado y limpio, renunció a denunciar y el caso se olvidó. Sierra habría podido escaparse durante medio día. Hasta que Beni fue examinado a fondo en el hospital. Asombrosamente, el abuso durante años de alcohol no había provocado daños permanentes, sus valores hepáticos eran normales para su edad. En cambio otros órganos, entre ellos su cerebro, estaban afectados por el cáncer. A Beni Marthaler solo le quedaban seis semanas de vida.

—Seis semanas— juró Sierra por teléfono a su marido—. Seis semanas, *chéri*. Mi madre no las soportará sola, ¿lo entiendes, verdad?

Chéri lo entendió. De no haber estado tan ocupada, Sierra se habría asombrado de su tranquilidad. Se habría imaginado que él se había consolado en su ausencia desde hacía mucho tiempo. Pero a Sierra no le quedó tiempo para reflexionar sobre su matrimonio. Martha estaba firmemente decidida a borrar el oprobio público consagrándose en cuerpo y alma al cuidado de Beni. Entonces descubrió su pasión por las terapias alternativas y consiguió —seguramente sin pretenderlo— que las seis semanas pronosticadas se convirtieran en tres años. Tres años que Martha necesitó para reconciliarse con

Beni. Al menos eso creía Sierra. O quiso creerlo. Al fin y al cabo su sacrificio amoroso no tenía que haber sido en vano.

Sierra no había participado en el cuidado diario de su padre. *¡Encima limpiarle el culo... no!*, había escrito a Nevada. *¡Hasta ahí podíamos llegar!* Apoyó a su madre desde un segundo plano. Investigó, se informó, siguió formándose y de un modo completamente incidental volvió a poner en marcha el estudio de Martha. Como «oasis integral de salud para mujeres». Con defensa legal de las pacientes incluida. Lo llamaron Sierra Suave. Reparadoras y eficaces. Una ola de acero.

No te librarás de esa familia, había escrito ella. La diferencia de poder entre las hermanas se había desplazado. Ya no importaba quién era la mayor. La que consiguió salvarse era la más fuerte. Nevada no pudo decirle a Sierra que sabía lo que dejaba en la habitación de su padre. Por eso no quería ni podía ver a Sierra. No sería capaz de mentirle en su cara. Como si lo adivinase, tampoco Sierra había propuesto que se vieran durante todos esos años. Las hermanas eran luchadoras solitarias. Cada una en la esquina del ring que era su familia.

Nevada tenía que volver a la casilla uno. Sacó su móvil de entre los cojines y marcó el número que figuraba en la página principal.

–Sierra Suave, dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

–¿Mamá?

Al día siguiente Nevada iba sentada en el Smart de su madre, petardeando con ella por el campo. El coche sonaba como un tractor y viajaba casi a la misma velocidad.

–En primer lugar hay que ajustar tus energías –explicaba Martha–. Por suerte tengo contactos. ¡No me mires así! ¡Podría pensar que como profesora de yoga eras algo más abierta!

–¡Pero si no te miraba de ningún modo!

Nevada lamentaba haber marcado ese número de teléfono. Martha había descolgado, tras la primera sorpresa había hecho preguntas selectivas a Nevada y después había asumido su comportamiento posterior.

–Te caerá bien –le dijo su madre–. Se llama Robina, ella encontrará el lugar de tu cuerpo donde reside la resistencia. Mejor que cualquier médico. –Miró

de reojo a su hija—. Me alegro de que me hayas llamado. ¿Por qué has tardado tanto en hacerlo?

—¿Y tú? ¿Por qué no me llamaste?

—¡Pero si eres tú la que ha vivido años en el extranjero! Eso era cosa tuya. Al que regresa le toca llamar al que se ha quedado, así son las cosas.

«Y tú eres mi madre. Así son las cosas», pensó Nevada.

Aún hacía fresco esa época del año. Nevada llevaba una chaqueta de punto que le estaba grande. Había unido las mangas para formar un manguito. Le parecía que así conseguía mitigar el dolor de los antebrazos. Reducirlo al espacio entre su piel y el tejido de lana de la chaqueta.

Martha apagó la radio del coche. Callaron durante un rato. Nevada aún no sabía lo que Robina se proponía hacer con ella. Pero su madre parecía saberlo, y eso le bastaba. Nevada dejaba, complacida, que su madre la cuidara. No recordaba cuándo lo había experimentado por última vez. ¿Se había caído alguna vez, se había hecho sangre en la rodilla, se había refugiado llorosa en los brazos de su madre? ¿La habían consolado, curado? Seguro que sí. Solo que no acertaba a recordarlo. El recuerdo era un amigo tan poco fiable como todos los demás *Vrtiz* o movimientos del espíritu: percepción, falsa percepción, imaginación y sueño profundo. *Anubuthavisayasampramosah smrtih*: el recuerdo es conservar en nuestro espíritu una experiencia consciente. Lo que, como es natural, no significa que el recuerdo sea idéntico a la experiencia.

Martha dirigió el coche a una casita que parecía dibujada por un niño: fachada picuda, tejado de tejas rojas, escalera semicircular que conducía a la puerta de entrada. Esta formaba la boca en la cara de la casa, y las dos ventanas del primer piso eran los ojos. Cerrados, pues los postigos estaban echados.

—¿Estás preparada? —preguntó Martha.

Nevada asintió.

—Bien.

Martha se apeó, rodeó el coche pequeño y ayudó a bajar a Nevada. Ahora estaba segura: ella nunca había recibido ese tipo de cuidados. Nevada siguió a su madre escaleras arriba. Tiritaba en su chaqueta de punto demasiado grande.

La campanilla de la puerta sonó como un gong y despertó los mismos ecos

que en una casa mucho más grande y completamente vacía. Sin haber oído pasos, la puerta se abrió. Una mujer mayor apareció en el umbral con unos pantalones de pana deformados y un jersey de piel sintética de estampado animal. En sus cabellos grises llevaba dos lápices. Nevada reconoció en el acto la postura encorvada, los hombros hundidos, que con toda seguridad provocaban dolores de espalda e imposibilitaban una respiración profunda. Quiso apoyar la mano entre esos omóplatos, pero su mano se negó a abandonar la manga de la chaqueta. Su madre, por el contrario, abrazó a esa mujer insignificante aferrándose durante un buen rato a sus hombros hundidos.

–Pasad –rogó Robina–. Hace frío hoy, ¿no os parece? Cuesta creer que falte poco para el verano. Quitaos la chaqueta, podéis dejarla aquí.

–Yo prefiero dejármela puesta –dijo Nevada, negando con la cabeza.

–Como quieras. Voy a echar un vistazo rápido a mi confitura. Acomodaos en el cuarto de terapia. Martha, ya conoces el camino.

Desde algún lugar de la parte trasera de la pequeña casa llegaba un olor a azúcar quemado. Martha colocó con mucha suavidad una mano en la espalda de Nevada y la empujó hacia la derecha, por el pasillo sombrío al final del cual se abría la rendija de una puerta. Martha iba delante. La habitación grande, revestida de madera, albergaba un sofá raído, tapizado en terciopelo, dos sillones enormes y dos elefantes de piel marrón. Bajo la ventana pequeña se veía una caja de madera cubierta por un chal indio. Encima, una vela y la estatua de un ángel.

–Siéntate en un sillón –dijo Martha–. En el izquierdo.

Ella se acomodó en el sofá, muy delante, en el borde, apoyó los brazos en sus rodillas y escudriñó a su alrededor, muerta de curiosidad.

–El ángel es nuevo –comentó–, seguro que no durará mucho. Hace calor aquí. ¿Estás segura de que no quieres quitarte la chaqueta?

Nevada asintió.

–Bueno, a lo mejor tienes que quitártela más tarde, cuando ella trabaje contigo. No lo sé, ella siempre se comporta de un modo diferente. Nunca hay dos sesiones iguales.

Su madre parloteaba, nerviosa. Nevada se recostó y cerró los ojos. El respaldo cedió, se inclinó suavemente hacia atrás. Nunca había estado tendida

tan cómodamente. Nunca se había sentido tan segura. El sillón era una mano grande, cálida, ligeramente abierta, que la sostenía.

King Kong, pensó. Exacto. Ella era la mujer blanca en la enorme zarpa del gorila. Estaba a su merced. ¿Pero qué podía hacer? ¿Saltar y estrellarse contra las calles de Nueva York? No. No le quedaba más remedio que cerrar los ojos, reclinarse en el asiento y confiar en que el gorila abrigara buenas intenciones hacia ella. Que no la estrujase en su mano. Ni siquiera sin querer.

Fuera, pasos rápidos. Robina llevaba zapatillas con suela de madera que repiqueteaban ruidosamente. Pasó ante la puerta y regresó, resonó el ruido de sus zapatos escaleras abajo y de nuevo hacia arriba. Por fin, sin aliento, entró en la habitación.

–Lo siento –se disculpó–, pero he tenido que comprobar tres veces si había apagado el fogón. No sé qué me pasa hoy. A lo mejor es por tu visita. –Se giró hacia Nevada, que abrió los ojos cautelosa.

–¿No quieres quitarte la chaqueta?

Nevada suspiró.

–No. ¿Por qué? ¿Supone algún problema?

–No, no, en absoluto. ¡Ningún problema!

Robina encendió una vela y agitó ambas manos entre la llama. Después se sentó en el segundo sillón elefantiásico y se reclinó hacia atrás con un suspiro. Era menuda como una niña pequeña, sus pies no asomaban por el asiento del sillón.

–Bien. Empecemos.

–¿Qué quiere usted saber?

–Nada. Cierra los ojos y relájate.

Robina inspiró y espiró ruidosamente un par de veces. Después comenzó a murmurar. Parecía una plegaria. Nevada intentó relajarse, al fin y al cabo sabía hacerlo, recitar cosas que no entendía, respirar, sentarse inmóvil...

–Que así sea –concluyó Robina en voz alta y decidida. A continuación, enmudeció.

«¿Tengo que hacer algo?», se preguntaba Nevada. «¿Se espera algo de mí? ¿Me dirá lo que tengo que hacer? ¿Dirá algo siquiera?» ¿Por qué le costaba tanto relajarse? ¿No consistía en eso su profesión?

–Tu segundo chakra se ha roto –anunció Robina de repente–. Tengo que

repararlo.

Nevada, de un modo inesperado, se sintió ofendida, casi furiosa.

–¡Cómo que mi chakra se ha roto! ¿Cómo? ¿Y por qué el segundo? –Si no recordaba mal era la sede de la identidad. Y ella la necesitaba.

–No puedo repararlo –respondió Robina con tono de disculpa–. Creo que está consumido. Lo cambiaré.

Ante el ojo interior de Nevada apareció una imagen que parecía proceder de una película de dibujos animados: un escarabajo gordo y amarillo se aproximaba zumbando. Entre sus patitas delanteras sostenía una enorme rueda dentada. El escarabajo llevaba una gorra de visera y zumbaba como si realizase su trabajo ensimismado. Voló hasta el ombligo de Nevada e introdujo allí la rueda dentada. Trabajaba deprisa, de manera rutinaria, no parecía que fuera gran cosa. Nevada no pudo evitar una sonrisa. ¿En alguno de sus cuentos infantiles aparecía algo similar?

–Tu energía se ha ido al carajo –sentenció Robina–. Perdona mi expresión, pero solo en contadas ocasiones veo algo así. Voy a intentar apañar lo que pueda.

–Hmm... –murmuró Nevada. Intentó preguntar a qué se refería Robina, pero ya no abrió la boca.

–Estás completamente agotada –le comunicó Robina–. Tengo que llenarte. Veo un líquido espumoso de color rosa claro.

En ese mismo momento también lo vio Nevada. Procedía de un tubo de goma viejo y rajado. Abrió la boca con avidez, pero el tubo se movió hacia su cabeza.

–Voy a verter el líquido en tu chakra de la coronilla. Desde allí se distribuirá por donde sea menester. Esto nos llevará un rato. Pero hay bastante.

Nevada sintió pesadez en las piernas. Veía cómo sus pies se llenaban con el líquido espumoso, pero era como si tuviera un agujero en cada planta del pie. El líquido sencillamente fluía a través de ellas. Intentó dirigirlo hacia sus doloridos antebrazos, pero no lo consiguió. Robina comenzó a tararear, un sople de aire fresco acarició a Nevada, que parpadeó. Por el rabillo del ojo vio a Robina sacudiendo las dos manos, como si intentase aventar el aire hacia Nevada, que volvió a cerrar los ojos.

–Ahora entra un líquido más oscuro, de consistencia más espesa, como

sirope, y es rojo oscuro, púrpura... entre frambuesa y zarzamora... el color es muy intenso y brillante. La consistencia pegajosa del líquido cierra los agujeros por los que se escapa tu energía. Te forra por dentro. Ahora caen gotas sobre tu coronilla, plateadas como... no sé, ¿mercurio? Eso es tu unión con Dios. O algo parecido –añadió Robina de prisa–. La instancia superior. O como quiera que tú la llares. Las gotas entran cada vez más de prisa. Te llenan.

Nevada sintió en su interior la sustancia pegajosa. Notó cómo las pesadas gotas plateadas golpeaban su cabeza vacía y formaban charcos relucientes que se distribuían; ahora sus pies ya no tenían agujero alguno. Plop, plop, plop.

Durante un rato reinó el silencio. Después Robina espiró con tanta fuerza como si quisiera apagar de un soplo una vela colocada al otro extremo de la estancia.

–¿Qué ves?

Nevada calló. Se vio flotando sobre una pradera verde. Vestida con un camisón blanco. Parecía el ángel de Navidad de un dibujo infantil. Sin embargo, carecía de alas. No volaba con la fuerza de los músculos, más bien flotaba como un globo, describiendo círculos, dejándose arrastrar. Miró hacia abajo y en ese mismo instante se encontró de nuevo en la hierba húmeda, descalza. Como si el aire se le hubiera escapado.

Abrió los ojos.

–Nada –contestó–. No veo nada.

Robina asintió.

–Te aconsejo encarecidamente que acudas a un médico.

Martha soltó un resuello audible. Nevada la miró. La había olvidado por completo. Martha tenía el rostro cubierto de lágrimas. Miró a Robina casi suplicante.

–Sé que no suelo hablar así, y no me gusta decirlo. Pero en ti, Nevada, está sucediendo algo sobre lo que no puedo influir con puro trabajo de energía. No sé lo que es, pero ha destrozado tus chakras. Parecían de gelatina. ¡He tenido que repararlos todos!

De nuevo apareció ante el ojo interior de Nevada el escarabajo volador mecánico que acarreaba ruedas dentadas más grandes que él mismo. ¿Eran los chakras de metal brillantes, grises y fríos? ¿Y qué pasaba con los *nadís*, los canales de energía que unían sus chakras entre sí, *ida* y *pingala*, que,

entrelazados, ascendían serpenteando por la columna vertebral, con *shushumna* en el medio? ¿Estaban también ellos taponados, pegados, separados unos de otros? ¿Rotos?

–Ya he ido al médico –respondió–. He visitado a varios. No han encontrado nada. El reumatólogo opina que podría tratarse de un inicio de artritis reumatoide, que todavía no se ve bien. Me recetó analgésicos, pero no me sirven de nada.

–¿Has ido a un neurólogo?

–No.

–Yo en tu lugar, lo haría. Ve a un neurólogo. –A continuación, Robina calló.

Nevada se reclinó en el sillón y volvió a cerrar los ojos. La mano la sostenía. La sujetaba. Nevada deseaba quedarse allí. Pero en cierto momento, Robina se levantó y les dijo que se fueran. Martha volvió a agarrarse mucho rato a la mujer encorvada.

–Tengo hambre –dijo Nevada cuando salieron a la gélida intemperie.

El sol penetraba débilmente a través de la niebla suspendida en los árboles como si fuera otoño. Este año no habrá verano, pensó Nevada.

Su madre se sorbió la nariz, después puso en marcha su pequeño tractor. Entraron en el pueblo petardeando y se detuvieron ante una fonda. Antes de bajar del vehículo, Martha revisó su maquillaje en el espejo retrovisor. Se limpió el rímel, que se le había corrido, se empolvó las ojeras y se retocó los labios. Después se pasó ambas manos por su pelo corto, teñido de rubio.

–Cuando se te caiga el pelo, yo me afeitaré el mío –dijo enérgica–. Por solidaridad.

–¡Mamá! –¿Cuándo había llamado así a su madre?

–No, lo digo en serio. Lo vi en una película.

–Mamá, no tengo cáncer. Es lo primero que descartaron.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo? ¿Con un análisis de sangre?

–Creo que sí. Al menos me extrajeron sangre.

Martha asintió.

–Lo que me figuraba. El análisis de sangre no es fiable. Tienen que hacerte una resonancia. Es imprescindible, sobre todo después de lo que ha dicho Robina.

–Primero vamos a comer, anda.

Salieron del coche. En la fonda servían los últimos platos mientras los clientes pagaban y abandonaban el local. Allí todos comían a la misma hora. Nevada y Martha permanecieron un instante en la entrada, dejando pasar a los clientes, hasta que una camarera las descubrió.

–¿Van a comer? –preguntó lacónica.

Martha y Nevada se miraron. «¿Tienen platos vegetarianos?», quiso preguntar Martha, pero no fue capaz de abrir la boca. Martha asintió.

–Sí.

–Ya no nos queda el menú del día. Y si vais a comer a la carta, debéis daros prisa. La cocina cierra dentro de un cuarto de hora.

–Está bien.

Se sentaron y examinaron la carta.

–Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que comí algo así –dijo Martha.

–Yo, tampoco.

–¿Pedimos la ensalada? –Martha miraba la carta, insegura. Como si pudiera saltarle a la cara—. ¿O la sopa del día? La verdad es que con este frío apetece algo caliente. ¿Pregunto los ingredientes?

–No –contestó Nevada—. Hoy, no.

Seguía sintiendo la mano grande del gorila de película sobredimensionado sosteniéndola. A lo mejor también era la mano de Dios. Fuese lo que fuese Dios. «*Isvarah pranidhana*», pensó. La entrega a Dios también es una posibilidad de alcanzar el estado de yoga. Patanjali Yoga sutra 1.23. Este sutra y los tres siguientes se los había saltado adrede cuando estudiaba. A pesar de que el manual que empleaba explicaba claramente que no aludía a ningún Dios específico, a ninguna religión concreta, sino simplemente a un poder superior.

–En lugar de Dios, ustedes también pueden pensar en sus padres –había dicho entonces el maestro indio, y Nevada se había reído.

Absoluta entrega a sus padres. Seguramente su madre habría muerto hacía mucho. Ahogada en alcohol como su padre, muerta de hambre como su madre.

«¡Basta, que tu madre aún vive!»

Dios era el máximo problema en la clase de yoga, en los textos, en los sutras.

–No me vengas con esos rollos esotéricos –decían sus alumnos, sobre todo en la primera clase—. ¡Estoy aquí para moverme, para sentir mi cuerpo, para

librarme de mis dolores de espalda y reafirmar mi trasero, en modo alguno pretendo adorar a no sé qué oscuros dioses hindúes o salmodiar oraciones durante horas, muchas gracias!

En Nueva York había sido más sencillo, los estadounidenses hablaban de Dios como si fuera un viejo conocido, una presencia constante, alguien cuyo nombre podían expresar con positiva familiaridad. Pero a Nevada todo eso siempre le había extrañado, y ya entonces se había negado a recitar los sutras referentes a Dios. En lugar de eso, hablaba del «universo», de «lo absoluto, del espíritu».

En su fuero interno aún creía en el Dios de su infancia. Un padre severo al que no se podía satisfacer por mucho que te esforzaras. Pero la promesa, la esperanza de salvación te impulsaba a seguir afanándote. Nevada solo conocía a ese Dios por la clase de religión del colegio a la que solo había asistido hasta que la dirección de la escuela tuvo conocimiento de que sus padres habían abandonado la Iglesia. Entonces Nevada, junto con otros muchos de su clase, quedó exenta de la clase de religión. Lo poco que había aprendido la hizo suponer que Dios era del sexo femenino, una madre tan despiadada como la suya.

Nevada sabía que tenía que existir algo diferente. Pensaba en las feroces historias sobre las divinidades hindúes, que se relataban gustosamente con la enseñanza del yoga, como si el yoga formara parte del credo hinduista. Esos dioses no sabían dominarse y estaban llenos de errores, provocaban desgracias con la misma naturalidad con que salvaban. Patanjali definía a Dios como una magnitud superior, una conciencia superior. Algo que siempre existía. Nevada nunca había podido formarse una idea sobre el particular. Más ajena le resultaba la idea de que Dios estaba en todas partes, es decir incluso dentro de ella. Por suerte la entrega absoluta a Dios era únicamente una posibilidad para alcanzar el estado de yoga. La otra era más esforzada, pero más familiar: practicar. Nevada sabía hacerlo. Con una seña, indicó a la camarera que se acercase.

—¿Qué, habéis elegido ya?

—Sí —contestó Nevada—. Quiero el *cordón bleu* con patatas fritas. Y una copa de vino tinto.

—¿Y usted qué va a tomar?

–¿Yo? –Su madre cerró la carta–. Para mí lo mismo, por favor.

Practicar y soltar, para ser exactos. Así lo decía el sutra en cuestión. Practicar con seriedad y regularidad sin esperar un resultado concreto. Hasta entonces, Nevada había hecho caso omiso de esa segunda parte. Ahora se preguntó de repente si no sería la más importante. Se reclinó hacia atrás y en lugar del duro respaldo de la silla de madera notó la enorme mano.

Ted

Permanecer sentado, seguir respirando. ¿Por qué recordaba eso ahora? Nevada había dicho:

–Yoga significa ser capaz de mantenerse en una situación desagradable, como por ejemplo en esta *asana*. Simplemente permanecer sentado y seguir respirando.

En una situación desagradable como esta. Lilly había traído de la cocina un rollo de papel absorbente, bajo la atenta mirada de Emma. «¿Por qué conoce tan bien esta desconocida la cocina de papá?», llevaba escrito bien visible en su frente arrugada.

Lilly arrancó y repartió tres hojas del rollo. Después, secó cuidadosamente con la suya la superficie del trozo de pizza que había en su plato.

–¿Qué haces? –le preguntó Emma.

–¿A ti qué te parece? –Lilly sostuvo en alto el papel con gesto triunfal. Estaba tan empapado en grasa que casi se transparentaba–. Observa –dijo Lilly–. Yo no quiero meter esto en mi cuerpo. Es veneno puro.

Ted se secó los labios con su trozo de papel y luego lo apartó a un lado, como si Lilly se lo hubiera dado a modo de servilleta, como si no hubiera ya una servilleta de papel al lado de su plato. Emma miraba a ambos intentando decidir a quién imitar. Lilly esperaba. Nadie comía.

La noche había empezado muy bien. Habían terminado de instalar el cuarto de Emma. Después de su separación, cuando Ted se mudó a esa vivienda, había reservado la habitación más grande para Emma. Tobias se había burlado de él por eso.

–¿Cuántas veces tienes a la pequeña contigo, dos al mes? Además, ¿qué

estatura tiene? ¡Si cabría en una caja de zapatos! Y tú le dejas la habitación grande, la del balcón, y te retiras a la pequeña. Lo tuyo es enfermizo, hombre.

–Quiero que se encuentre a gusto. Que sepa que mi casa es la suya.

–¡Pero es que no lo es!

«Quiero que su habitación ya esté preparada», pensaba con frecuencia, pero sin decirlo nunca. Y ahora había llegado el momento. La habitación era lo bastante grande como para abarcar las dos vidas de Emma, su habitación de la casa de Tina encajaba en esa habitación. Las sillas de color rosa bajo la ventana, el segundo pequeño escritorio al lado del armario, en el que cabían todos los vestidos, incluyendo el equipo de esquí, los abrigos y los tres tutús, que Emma se había puesto a veces en el jardín de infancia. Ahora únicamente se los ponía por casa, para jugar. Había sitio para los libros, las muñecas, los animales de peluche, la jaula de las cobayas. La habitación aceptaba los muebles de plástico rosa junto a los objetos de madera que había comprado Ted, el tocador de arabescos con el espejo pequeño al lado del sencillo pupitre escolar de madera de estilo cuáquero.

La última semana habían estado ocupados creando una especie de cotidianeidad. Se levantaban temprano, iban en bicicleta al colegio, Emma, pese a estar prohibido, por la acera, Ted a su lado. Emma ya estaba inscrita en el comedor y en las actividades vespertinas y su padre iba a buscarla en cuanto terminaba sus clases. Luego regresaban a casa, y ambos hacían sus deberes. Emma llenaba hojas, Ted corregía las mismas hojas, escritas por sus alumnos. Como es natural, no eran del todo iguales. Porque él daba clase a alumnos de cuarto, y Emma estaba en primero. Más tarde encargaban una pizza. Todas las noches, pizza. Emma parecía necesitar la rutina. La seguridad antes que la salud, decidió Ted. Pero si Lilly iba a cenar, prepararía algo especial. Algo sano. Noche tras noche hablaban por teléfono, en cuanto Emma se dormía. Lilly pulsaba los bordes de su corazón como si fueran cuerdas de guitarra, arrancándoles gemidos lastimeros. Ella había intentado lo imposible para hacerlo salir de casa. Le había prometido el oro y el moro. Pero él no dejaría sola a Emma.

–Existe algo que se llama niñera.

–No es el momento adecuado.

Ted se mordió la lengua después de haberlo dicho. Lilly colgó y estuvo

dieciocho horas sin descolgar el teléfono. La invitó a cenar, deseoso de que conociera a Emma, pero ella no se comprometió hasta el último momento. Cuando sonó el timbre de la puerta, todavía no le había hablado de Lilly a Emma.

–¿Quién es? –Emma levantó la vista con el ceño fruncido. «¿Qué pasa ahora?», parecía pensar. «¿Más imprevistos?»

–Ay, casi me olvido de decírtelo –mintió Ted–. Es Lilly. Un buena amiga mía. La he invitado a cenar.

–¿Por qué? –preguntó Emma.

–¿Por qué? –Eso no lo había pensado.

Volvieron a llamar al timbre. El edificio era antiguo. Había que bajar a abrir la puerta. Ted se levantó. Lilly odiaba esperar.

–Quería que os conocierais –respondió dirigiéndose a la puerta.

–Sí, pero ¿por qué? –insistió Emma–. ¿Es tu novia?

–Sí –se limitó a contestar su padre. Parecía lo más fácil.

Abrió la puerta del piso y bajó por la escalera. Confiaba en que Emma no le siguiera y pudiera disponer de un minuto a solas con Lilly. Para besarla como es debido.

Cuando abrió la puerta, supo que no había sido una buena idea.

–¡Pues sí que has tardado! –le espetó Lilly a modo de saludo–. ¿Pensaba que te habías olvidado de mí! –Y se puso de morros. Ted la besó.

–¿Cómo podría yo...! –murmuró en su boca enfadada. Como un idiota.

Lilly se apartó, proyectando la cabeza hacia atrás.

–No estamos solos –dijo.

Emma los miraba desde arriba, inclinada sobre la barandilla. Observó cómo subían muy juntos, pero sin rozarse, por los gastados peldaños de piedra.

Está intentando evaluar la situación, pensó Ted.

–Emma, esta es Lilly.

–Tu novia. –Era una afirmación, no una pregunta.

Lilly enarcó las cejas.

–No estés tan segura de ello –murmuró. Después tendió la mano a la niña y dijo–: Bueno, en ese caso no nos queda más remedio que entendernos.

–Sí –contestó Emma, como si hubiera esperado mucho rato para llegar a la

misma conclusión. Su voz no denotaba resignación, sino quizás un punto de valentía.

–¡Caramba! –Lilly examinó el comedor. Sobre la mesa estaban los cuadernos de los alumnos de Ted, la chaqueta abrigada de Emma–. ¿Es que vamos a comer en la cocina?

–¿En la cocina?

Emma los miraba alternativamente.

–Pizza –dijo al fin–. Íbamos a pedir una pizza. Lo hacemos siempre.

–¡Exacto! ¡Pizza! –exclamó Ted aliviado.

En realidad había intentado realizar una compra grande para llenar la nevera de todo lo que le gustaba a Emma, además de una botella de champán para Lilly y para él. Su cámara, como la llamaba Tobias, estaba situada en un extremo del piso; la habitación de Emma, en el otro. Entre ambos se ubicaban la cocina, el comedor y el baño. En cuanto Emma se durmiera, nadie los molestaría. Solo era su segunda noche juntos. Ted tenía que contenerse para no pasarse el tiempo besando, tocando a Lilly. Su manos no paraban de manosear sus caderas, su trasero, como si tuvieran vida propia. La garganta de ella, su aroma, atraía a sus labios.

–Pizza –repitió Lilly, torciendo el gesto.

–Papá y yo siempre pedimos pizza –explicó Emma. Daba saltitos en la cocina para alcanzar la carta, sujeta en la nevera, del único servicio a domicilio de la pequeña ciudad–. Siempre pedimos la misma. La de jamón.

–¡Pues para mí, nada que tenga animales muertos, gracias!

–¿Animales muertos? –Emma abrió unos ojos como platos.

–¿Acaso ignoras lo que es el jamón? Es una pata de cerdo. Yo eso no me lo como. Déjame ver. –Le arrebató a Emma la carta de la mano–. ¿No tienen variedades veganas?

–¿Veganas? –Ted no había prestado atención. Había observado cómo sus labios se movían al hablar, se abrían y se cerraban, estaba pensando en otra cosa.

–¡Pero Ted! –Lilly volvió a hacer un mohín de disgusto–. ¡Si ya te lo he explicado!

Vegano, recordó, su primer encuentro en el bar tras la clase de yoga

interrumpida. Ella le había explicado con todo detalle cómo se alimentaba, que no comía ningún producto animal, ni huevos, ni miel, ni leche.

–Ni queso –añadió él asintiendo, para demostrarle que se acordaba perfectamente.

Cogió la carta y marcó el número de la pizzería en su móvil. Tecla de marcación breve número dos. La uno era Tina. La borraría. En su lugar pondría a Lilly. Encargó una pizza napolitana para Emma, a la que, a diferencia de otros niños, le encantaban las alcaparras y las anchoas, una Margarita para él y una de verdura sin queso para Lilly. Emma había empezado a poner la mesa.

Lilly se estrechó contra Ted.

–Gracias –susurró–. Seguro que piensas que soy una persona difícil, que doy mucho la tabarra, pero es que tengo mis principios. ¡Y no siempre es fácil vivir en consecuencia!

Ted todavía ignoraba en qué consistía esa consecuencia. Ignoraba tantas cosas. Tenían tanta vida por delante.

–Nadie piensa que seas difícil. –Ted subió el volumen de la música.

La vio reflejada en el cristal oscuro de la ventana, la mesa puesta, la niña bailando alrededor de la mesa, la mujer hermosa encendiendo una vela, el hombre inclinándose sobre ella.

Una familia perfecta.

heyam duḥkhamanāgatam

El dolor previsible debe –y puede–
evitarse.

Patanjali Yoga sutra 2.16

Poppy

–Así no podemos seguir –dijo Poppy.

Wolf no contestó.

–Por favor, Wolf, al menos quítate las gafas de sol.

Estaban sentados en el Bar del Río. Wolf había intentado reunirse con ella en su piso, pero Poppy se había negado. Si estuvieran solos, jamás podría decirle lo que deseaba. Si él pudiera tocarla. Así que la había esperado al final de la clase de yoga. Oculto detrás de un periódico, con gafas de sol y sombrero.

–Esto es ridículo, ¿sabes? Así llamas de verdad la atención. Y además, pareces un idiota. ¡Como salido de una mala película de detectives!

–Poppy, por favor –habló en voz baja, como si de ese modo pudiera conseguir que ella también bajase la voz. Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo–. Hoy no, Poppy, por favor.

Poppy alargó la mano. Él retrocedió sobresaltado. Ella se reclinó hacia atrás en la silla.

–¿Qué demonios te pasa? –susurró Wolf.

Poppy recordó una comida de domingo en casa de sus exsuegros. Las visitas dominicales duraban casi siempre el día entero. El viaje era de más de una hora, y a Herbert, el padre de Peter, le gustaba comenzar la comida con una copa de champán. A las once. Así que el domingo comenzaba con ajetreo matinal, había que bañar a los niños, ponerse ropa limpia, dibujar una postal, cortar flores... Poppy tenía que secarse el pelo con secador, pintarse los labios, recoger los artículos de periódico que había reunido para Marianne, su suegra. Esta tenía una próspera consulta de psicoanálisis. Siempre había trabajado, incluso cuando Peter y sus tres hermanos eran pequeños. Nadie sabía exactamente lo que hacía el padre de Peter. Él había crecido como hijo de una de esas mujeres legendarias de la primera generación feminista que se ocupaban de todo y lo controlaban todo. ¿Por qué iba a esperar de Poppy menos que eso?

Durante el trayecto se mareaba al menos uno de los críos, a mitad del camino Poppy solía caer en la cuenta de que había olvidado algo, el ramo de flores para Marianne, la botella de vino, las fotos nuevas de los niños de las que había encargado expresamente una copia. Peter maldecía. Él ponía el límite en el área de descanso de la autopista: si la habían rebasado, se negaba a dar la vuelta. Con el tiempo se acostumbró a preguntar antes de salir. «¿Qué hay, Poppy? ¿Tengo que dar la vuelta? Esta vez, por casualidad ¿no habrás olvidado nada?»

Justo lo mismo que el padre de Poppy preguntaba también a su madre durante el viaje de vacaciones, poco antes de la frontera italiana. Poppy no había conseguido su primer objetivo vital, superar a su madre. Y, ya que estaba en ello, tampoco ninguna otra cosa.

Cuando llegaban a casa de sus suegros, los frenéticos esfuerzos matinales se habían olvidado. Los niños estaban llorosos, sucios, pálidos, Peter sumido en un silencio gélido y Poppy más que dispuesta a tomarse una copa de champán. Ella formaba con su suegro una especie de comunidad de aprovisionamiento: cuando no querían beber solos, siempre podían contar con el otro.

–Bueno, pues entonces voy a abrir una botella.

–¿A estas horas, Herbert?

–Estará permitido un pequeño aperitivo en esta compañía tan civilizada, digo yo. Poppy, tú también tomarás un trago, ¿no?

–Con mucho gusto.

Tras una copa o mejor, dos, bebidas muy deprisa una tras otra, Poppy olvidaba todo lo que había hecho mal. Se relajaba. Tomaba una tercera copa. Entonces en ocasiones se sentía realmente bien. Hasta la mañana siguiente.

En una de esas comidas, Florian, que acaso contara seis o siete años, volcó su vaso. El sirope rosa intenso se extendió con asombrosa rapidez y empapó el mantel.

–¡Florian! –exclamó Marianne, y el niño se encogió debajo de la mesa.

Se hizo el silencio. Todos miraban a Poppy.

–¿Te apetece otro trago? –preguntó Herbert.

Ella ya le había acercado su copa.

–Con mucho gusto.

Marianne había consolado a Florian, y tras extender una servilleta sobre el

mantel, la conversación se reanudó. Más tarde, tanto Marianne como las cuñadas presentes ese domingo preguntaron, preocupadas, a Poppy si todo iba bien en casa. Si se sentía desbordada.

–¿Quieres que me lleve a los niños el fin de semana? –preguntó Silvia, la mayor, una abogada. Todas las cuñadas eran, como Marianne, mujeres de éxito profesional y criaban cuatro o cinco hijos sin ayuda de nadie—. Para que Peter y tú tengáis tiempo para vosotros...

Cuando Susanne, psicóloga y esposa del hermano pequeño de Peter, le pasó el teléfono de emergencia para padres sin que nadie lo viese, Poppy comprendió lo que todos pensaban: que pegaba a sus hijos. Que Florian se había metido debajo de la mesa porque esperaba una bofetada.

–¡Oh, no, no, no! –exclamó—. No es eso. Es que le da vergüenza, por eso se esconde. Lo hace siempre que le sucede algo así.

–Hmm...

–¡De veras, yo no pego a mis hijos!

–Solo cuando se te va la mano, ¿eh, mamá? –Era Lukas, el pequeño, intentaba ayudar, se agarró a su pierna y se estrechó contra ella—. Como aquella vez en la tienda, ¿te acuerdas, mamá?

–Eso fue... –Poppy miró a su alrededor pidiendo ayuda. Peter, sentado al otro extremo de la mesa, meneó la cabeza. Herbert vertió las últimas gotas de la botella en su propia copa.

–¡Mamá lloró! –anunció Lukas alegre, palmeó la pierna de Poppy y se alejó dando saltos.

–Te comportas como un niño que tiene miedo a una bofetada –dijo Poppy a Wolf con tono duro. Ella misma lo percibió—. Disculpa, no quería decir eso.

Había algo en las líneas que rodeaban la boca de Wolf. Ella le conocía de maravilla. Volvió a alargar la mano, esta vez despacio, él no se movió. Permitted que le quitara las gafas. Sobre la ceja izquierda tenía la costra de una herida, la piel alrededor del ojo estaba amarilla y verdosa. Poppy colocó las gafas de sol sobre la mesa.

–¿Qué ha ocurrido?

–Nada.

–Es evidente.

Poppy se levantó y se acercó al mostrador. Pidió dos copas de vino tinto,

queso y pan. Cuando dejó todo sobre la mesa, Wolf se había despojado del abrigo. Como si pensara quedarse allí sentado un rato más.

–No digas ahora que has chocado con una puerta –le rogó ella.

–Kim y yo nos hemos peleado.

«¿Por mi culpa?», intentó preguntar.

–¿Y te ha pegado?

–Me tiró un plato. –Él levantó la mano y se palpó la costra–. Esas americanas, ya sabes, aprenden a lanzar pelotas antes que a andar.

–Eso no tiene gracia.

Lukas iba sentado delante, en el carro de la compra, y agarraba al buen tuntún alimentos de los estantes para echarlos al carro. Después de que su madre retirase por tercera vez un paquete de cereales con azúcar para el desayuno, perdió la paciencia y giró el carro de manera que no pudiera alcanzar los estantes con sus cortos bracitos. Lukas empezó a llorar, con la boca muy abierta y unos ojos fijos que la observaban con atención. Al no lograr la reacción deseada, fue subiendo el volumen del llanto y acabó quitándose una bota de goma y lanzándola con una fuerza sorprendente contra una pirámide artísticamente creada, para fines publicitarios, con paquetes de cereales apilados, que se derrumbó al instante. Los paquetes salieron volando contra los estantes y resbalaron por el suelo hasta llegar a la caja. La gente se detuvo. Se volvió. Poppy se vio alargando una mano que cruzó volando el aire y se estrelló ruidosa contra la mejilla regordeta del niño. Durante un momento todo permaneció en silencio. Lukas se detuvo en pleno berrido, como si hubieran pulsado una tecla. Su boca seguía abierta en una mueca llorosa, en su pequeña mejilla se marcaban los dedos de Poppy formando cuatro marcas rojas. Esta se arrodilló, lo sacó precipitadamente del carro de la compra y lo estrechó entre sus brazos.

–¡Ay, tesoro, lo siento muchísimo!

Lo levantó, lo puso de pie en el carro de la compra y salió de la tienda como una exhalación. Durante semanas no se atrevió a comprar en ese supermercado.

–¿Por qué os peleasteis? ¿Se lo dijiste? ¿Le dijiste que quieres a otra? ¿Que me quieres a mí? Porque tú me quieres, ¿verdad?

Wolf negó con la cabeza.

–Poppy, contártelo me parece una deslealtad hacia Kim.

–Es cierto. –Poppy dio un buen trago de vino—. ¿Pero te parece que eres honesto con ella acostándote conmigo?

–Poppy...

–No, escucha, por favor: esto no puede seguir así. No podemos continuar de este modo. No es mi forma de ser, ¿lo entiendes?

Wolf cogió un trozo de pan, lo untó de queso, cortó un pepinillo en vinagre en lonchas finas.

–Yo tampoco soy así. –Colocó las rodajas del pepinillo sobre el queso y las volvió a quitar. Miró el tablero de la mesa—. Tienes razón, Poppy. Así no se puede seguir. No es leal, ni propio de nosotros, de ninguno de los dos.

Poppy agachó la cabeza. Le escocían los ojos. Wolf traducía a palabras justo lo que ella pensaba y sin embargo y sin embargo y sin embargo... ¿qué esperaba ella? ¿Que él se postrase de rodillas? ¡Oh, Poppy, no puedo vivir sin ti! Me he separado de mi mujer, que esa guarra americana se busque otro imbécil a quien pegar...

Poppy se frotó los ojos, rabiosa.

–Voy a por otra copa –le comunicó—. ¿Quieres otra?

–Deja, yo iré. –Sacó su monedero del bolsillo del abrigo y se levantó—. ¿Me las pongo...? –Señaló las gafas de sol, que estaban sobre el tablero de la mesa junto a su construcción de pan. Poppy sacudió la cabeza.

Mientras lo esperaba, miró por la ventana. Notó cómo se formaban en su cabeza frases y palabras que pugnaban por salir de sus labios. Mordió la tostada cuidadosamente preparada por Wolf, se la metió en la boca como si con ella pudiera hacer retroceder las palabras. En casa no había tenido la menor duda: «Tengo que decirle que he de poner fin a esta situación, es indigna». Ahora se sentía traicionada, abandonada, como si fuera él quien la había rechazado.

Le quitó de la mano la copa de vino antes de que Wolf se sentase, y dio un buen trago.

–Odio todo esto –balbució. Y luego prosiguió, imparable—: ¿Por qué nunca puede ir algo en mi dirección? ¿Por qué no puedo conseguir alguna vez lo que deseo? ¿Por qué al final soy siempre la abandonada, por qué estoy siempre sola, por qué, por qué, por qué? ¿Qué tiene ella que yo no tenga? Te tira los

platos a la cabeza y a pesar de todo tú no la abandonarías nunca. Son siempre las otras las que ganan, siempre les dan la razón a las otras...

Ella no quería decir todo eso, pero no podía parar, las palabras se arremolinaban en su cabeza arrastrándola cada vez más abajo. Su voz fue subiendo de tono hasta que Wolf acabó interrumpiéndola.

–Fuiste tú la que me abandonó –dijo–. ¿Lo recuerdas? Tú me abandonaste entonces.

Se puso las gafas de sol, la bufanda, el sombrero, se levantó y se enfundó el abrigo. Después se inclinó hacia Poppy y le dio un beso en la coronilla. Como a un niño. Ella sintió en su espalda la fría corriente de aire cuando él abrió la puerta y salió.

En el local se había hecho el silencio. ¿Tan alto había hablado? Vacío su copa, y después la de Wolf.

Marie

«Soy una falsificación», pensó Marie. Esa frase se había convertido en su mantra. «Llevo una doble vida. Soy una falsificación. Soy una falsificación. Soy una falsificación.»

Médica de día, idiota de noche.

Sentada en la cafetería del hospital cantonal, con el móvil en la mano, revisaba sus contactos. Ya no tenía ni una sola amiga. No es que hubieran sido muy abundantes. En cada nuevo puesto de trabajo, Marie se había introducido en su papel, la de la colega de confianza, la de la oyente. Ninguna de esas amistades había superado el siguiente cambio de trabajo. Y allí, en el hospital cantonal, había abandonado su papel por vez primera. Allí fue ella la que pescó al actor. La mujer más feliz de Suiza. Eso había puesto un abrupto final a sus escasas amistades.

Marie pensó en sus padres. Qué orgullosos habían estado de ella. ¡La primera licenciada de la familia! Y encima, médica. Los abuelos de ambas partes habían sido agricultores. Habían vendido su tierra, y sus hijos, los padres de Marie, habían recibido una buena herencia. Pero ni Martin Leibundgut ni su esposa Elisabeth habían sabido qué hacer con su riqueza. La

casa que se habían construido en la tierra de sus padres no era más grande que la de los vecinos. Ni la hipoteca más elevada de lo que permitía el salario de Martin. El dinero estaba en el banco, multiplicándose. Y esperando a los malos tiempos. A la necesidad para la que había sido invertido. Pero la necesidad no llegaba. Llevaban una buena vida. Estaban sanos. No les faltaba de nada. Tras la jubilación de Martin anhelaban emprender un viaje por el mundo, pero nunca llegó ese momento. «El huerto...», argumentaba Elisabeth todos los años, cuando aparecían en el buzón los folletos de las agencias de viajes.

Marie había sido una hija deseada, pero tardía. Todas las esperanzas estaban depositadas en ella. Sus padres aún creían que Marie regresaría al pueblo en el que se había criado para hacerse cargo de la consulta del doctor Vogelsang. Solo porque así lo había afirmado en una redacción escolar. En cada visita, en cada conversación telefónica, ellos le transmitían las últimas noticias: el doctor Vogelsang había emigrado a América. Su sucesor, el doctor Naziri, atravesaba una situación complicada. Muchas madres llevaban a sus hijos a la consulta del doctor Frankhauser, en el pueblo vecino. El doctor Naziri había cerrado la suya. Un equipo de médicos se había hecho cargo del edificio...

Que Marie se hubiera casado con un actor, no les impresionaba. Él estaba casado cuando conoció a Marie. Se había divorciado por ella. «No nos avergüences», había dicho su madre. Marie conocía la historia. Llevaba oyendo esa petición desde que siendo niña quiso ir al jardín de infancia con un zapato rojo y otro azul. Y sin embargo, nunca los había avergonzado, jamás: sacaba buenas notas y sus amigos eran personas como Dios manda. Nunca había llegado tarde, y desde que era adulta jamás había olvidado un cumpleaños o el Día de la Madre. Telefoneaba a sus padres todos los domingos, y los visitaba una vez al mes. Lo único que podían reprocharle era que no los había invitado a la boda, celebrada en el juzgado en la más estricta intimidad. Los padrinos fueron la agente de Gion y un colega. Ni siquiera Stefanie acudió. Desde entonces Elisabeth fruncía el ceño y Martin estaba cabizbajo.

No. Allí no había nadie con quien Marie pudiera hablar. Nadie. Nadie entendería que fuera desgraciada. ¡Si era la mujer más feliz de Suiza! ¡Si se

había casado con el hombre más guapo del país! Ella, convenía no olvidarlo, había arruinado la familia de él. ¿Y para qué? ¿Para lamentarse dos años después de que ya no soportaba más la situación? ¿De que no podía respirar en su presencia? ¿De que se estaba descomponiendo, de que ya no sabía quién era? ¿Quién lo entendía? ¿Quién iba a compadecerse de ella? Nadie.

Marie había vuelto a fumar. Antes de regresar a casa, se quedaba largo rato al otro lado de la calle, con el cuello del abrigo levantado, tiritando y alzando la vista hacia sus ventanas como si fuera un detective privado de una mala película. Fumando. Esperaba hasta que se iluminase una ventana, la del despacho de Gion, donde él dormía cada vez con más frecuencia. Desde que había empezado con el yoga, solía ausentarse de casa, y Marie comprobó que eso tampoco le gustaba.

Marie no sabía cómo había llegado a ese punto. En presencia de Gion, dejaba de existir. Primero solo en público. A su lado, ella era una mancha borrosa. Las miradas la pasaban por alto con irritación, ella era un elemento perturbador de la imagen, un obstáculo. Marie evitaba salir con Gion, y así se lo había reprochado él poco tiempo antes. «¡No me apoyas!», había argumentado.

Hospital Cantonal había sido nominada para un premio televisivo, Marie no había acudido a la entrega, estaba de guardia.

–Pero ¿qué van a decir si voy solo? Pensarán: «Si su propia mujer no cree en él, ¿por qué demonios va a ganar?». –Gion también había sido nominado como protagonista.

–La decisión no se tomará esta noche, Gion. El fallo está decidido desde hace tiempo –había argumentado ella con sensatez, según le pareció.

–¡Tú no me comprendes! ¡No tienes ni idea de lo que soporto como artista!
–Y añadió–: Eva siempre lo entendió. Quien se casa con un actor, tiene que superar sus inseguridades.

Marie había creído que la insegura era Eva, dependiente, necesitada de él, al menos es lo que él le había contado cuando se quejaba de ella. Por qué había creído que en su caso sería diferente, que no era un cliché cuando el hombre casado le decía: «Mi mujer no me comprende», apoyaba la cabeza en su regazo y poco después le mordía el muslo a través de la tela suave del

pantalón de su pijama. «Lo nuestro es diferente. Nosotros nos queremos de veras.»

Y apenas dos años después, era ella la que no le comprendía. Marie se preguntaba si Gion apoyaría su cabeza en regazos ajenos. Y si a ella le importaría. En la entrega del premio –no le otorgaron el premio individual, pero habían galardonado la serie en su conjunto– había flirteado con la productora, una rubia severa a la que él siempre había denominado «hueso de búfalo». En una foto reproducida en la prensa del corazón, él había colocado el brazo tan bajo alrededor de su cintura que su mano por fuerza debía tocarle el trasero. Su trasero huesudo y plano. Gion casi había esperado que Marie comentase la foto, y al ver que no lo hacía, lo hizo él.

–No puedes esperar de mí que no me divierta únicamente porque hayas decidido quedarte en casa.

–¡Pero si no he dicho nada!

–¡De eso se trata! ¡Te importa un bledo!

Ella era aburrida, bebía demasiado poco, no se dejaba enredar en discusiones que duraban noches enteras. No se enfadaba adecuadamente cuando acortaban el monólogo de Gion o cuando le obligaban a aprenderse de repente tres páginas de texto por la mañana, entre las siete y las ocho, antes del primer rodaje, mientras se sometía a la sesión de maquillaje.

Marie dejó a un lado su móvil. No tenía amigas. No podía llamar a nadie. Acercó el plato y cortó en trocitos dos canapés de jamón. Sabía que la capa de gelatina que los cubría estaba hecha de huesos. Ya que fumaba, ¿no debería al menos tener una alimentación sana? Era médica. No creía en la prevención. Pensaba que todo podía repararse.

O casi. Recordó a Nevada. «¡Pedazo de imbécil!», se riñó a sí misma. «¿Qué haces dándole vueltas a tus problemas matrimoniales? Otras personas tienen problemas de verdad. ¡Y de los que son imposibles de reparar!» Su primera sospecha, poliartrosis, no se había confirmado. A pesar de todo, el reumatólogo había compartido su sospecha, o no le habría recetado esos analgésicos tan fuertes. Marie sabía que los diagnósticos más inofensivos estaban descartados. Había accedido al historial de Nevada. Sabía que con cada nuevo examen se estrechaba el círculo. Hasta que al final solo quedarán escenarios sin solución.

Marie hizo un esfuerzo. Fue en coche a la Fábrica del Río y llegó justo a tiempo para la clase de principiantes. Esta vez solo eran tres. Ted no se había presentado. Marie se sintió momentáneamente desilusionada, pero luego ahuyentó, disgustada, esa sensación. Podía vivir sin sus miradas.

En vez de eso, observó con atención a Nevada. Su vacilación ante determinados movimientos, su paso lento, esa forma casi imperceptible de doblar los tobillos antes de cada paso. Sus dolores eran reales, pero no constantes. Marie se temía lo peor. Pero en cierto momento se entregó al ritmo imperturbable de intención, respiración y movimiento. Después de clase, cuando estaba tumbada de espaldas, no se quedó dormida. Sintió un ligero zumbido dentro de su cuerpo y se imaginó que era el *prana*, la energía vital que describía Nevada, y que a despecho de todos los conocimientos anatómicos de los últimos siglos se distribuía por su cuerpo a través de caminos tortuosos.

–Respiramos con el corazón –había dicho Nevada.

Marie abrió la puerta. Supo en el acto que Gion no estaba en casa, percibió su ausencia de un modo casi físico. Habría debido sentir alivio, porque era eso justamente lo que deseaba con tanta frecuencia. Una hora o, al menos, media. Solo hasta que hubiera recuperado las fuerzas. Y pudiese comportarse con él de manera adecuada. No es que se negara a hacerlo. Era tan fatigoso...

Encendió la luz, se despojó de la chaqueta, la colgó del gancho, dejó sus llaves en la bandeja situada junto a la puerta. Cada movimiento era automático. Como en el quirófano. A Marie no le gustaba la sala de operaciones. No le gustaba trabajar con personas inconscientes. Olvidaba con excesiva rapidez quién yacía ante ella, solo veía el campo quirúrgico, pulcramente delimitado, sellado y pincelado con desinfectante de color naranja. Marie ya se había perdido en el laberinto de las capas de piel, músculos, tendones y nervios. Y había olvidado que el campo quirúrgico pertenecía a una persona. Antes, cuando aún deseaba ser médica de familia, eso era la consecuencia lógica del papel que desempeñaba en la vida: la mujer digna de confianza. La que estaba a disposición de todos día y noche. Había imaginado que vivía en el centro de un pueblo, y todos los hilos confluían en ella. Como en el doctor Vogelsang, cuya consulta se encontraba justo al lado

de la parada de autobús, en un edificio de nueva construcción, junto al único supermercado, detrás de la plaza de los juegos infantiles. Todo el mundo pasaba por allí. En su sala de espera se encontraban todos, madres con hijos pequeños, comerciantes, profesores y sus alumnos, extranjeros, suizos.

Marie suponía que se quedaría sola, que se consagraría por entero a sus pacientes. Nunca se le habría ocurrido pensar que un día contraería matrimonio. El papel de la médica de pueblo casada era importante, pero no se podía transferir sencillamente al marido. Y menos a un marido como el suyo.

—¿Gion?

Nada. Al entrar en el pasillo, Marie tropezó con una caja de cartón. A la entrada se apilaban paquetes de empresas esotéricas de venta por correspondencia. Marie los trasladó al cuarto de estar. Cortó la cinta adhesiva con un cuchillo de cocina, desempaquetó cojines de meditación, un gong, un surtido de velas. La segunda caja, más pesada, contenía libros y cedés. Esos paquetes llegaban casi a diario. Marie deshizo las cajas, las dobló, las ató con una cuerda y las bajó al sótano. Su piso era pequeño, de techos abuhardillados, apenas disponía de espacio de almacenaje. Por cada objeto que entraba, tenía que salir otro. Cuando Gion se mudó, ella tiró, recogió o regaló la mitad de sus pertenencias. En el cuarto de estar había una esterilla desenrollada, habían montado un altar. Junto a una estatua de Shiva, el dios de varios brazos, había una vela. En su pie colgaba todavía el letrero del precio: 139 francos. Marie lo arrancó. Se sentó en el sofá y entonces se dio cuenta de que Gion se había tomado al pie de la letra la norma de Marie: el altar había sustituido al televisor.

Se dirigió a la cocina. En la nevera ya solo había productos con soja: tofu, hamburguesas de soja, leche de soja, brotes de soja. Abrió el congelador. La botella de vodka medio vacía que estaba allí desde las Navidades anteriores, seguía igual. La sacó y se sirvió una copa. Después se sentó en el sofá y contempló el vacío a través de los brazos giratorios de la estatua de Shiva.

Poppy

Él no volvió a presentarse. Faltaría más. Al fin y al cabo ella se lo había

pedido expresamente.

—Déjame —le había dicho ella—. Te lo ruego, respeta mi decisión.

Él no había contestado. Pero había obedecido. Poppy deseaba que no lo hiciera. Tenía su móvil sobre la mesa, ante sus ojos. Si recibía un mensaje emitiría un tono, un campanilleo claro y penetrante. A pesar de todo, Poppy no dejaba de mirarlo. Y también el buzón de correo. Y sus correos electrónicos. Controlaba como una posesa su perfil de Facebook, que desde esa funesta petición de amistad había seguido igual. ¿Había visto él su propio perfil siquiera una sola vez? *Wolf Bolliger y Poppy Schneider son ahora amigos*. Ella lo buscaba con la vista cuando pasaba ante el Bar del Río para acudir al estudio de yoga, inclinaba la cabeza a modo de saludo al sitio casi siempre vacío junto a la ventana, en el que se habían sentado ambos. ¿Qué esperaba?

¿Qué quería?

Los pensamientos de Poppy giraban en círculo. Le resultaba más difícil de lo habitual controlar su vida cotidiana, ya de por sí reducida. Al final comunicó en el trabajo su baja por enfermedad. Ya no salía de casa, ni siquiera para acudir a yoga. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué tenía que pasar ante el asiento vacío junto a la ventana? ¿Por qué tenía que abrirse la herida a arañazos una y otra vez? Finalmente desenrolló su esterilla en el cuarto de estar y se sentó encima. ¿Y ahora? ¿Qué debía hacer?

Inspirar, espirar. Permanecer sentada.

No era capaz. Se levantó y estiró los brazos hacia el techo. Después se inclinó. El saludo al sol le resultaba familiar a su cuerpo, un movimiento seguía inmediatamente a otro. Sin necesidad de pensarlo. Uno tras otro fue repitiendo los saludos al sol. Nevada dijo en cierta ocasión que doce series, o doce por doce, ciento cuarenta y cuatro. De repente no supo si tenía que echar hacia atrás en la esterilla el pie izquierdo o el derecho. ¿Y en qué serie estaba? ¿Cuarta, quinta o séptima? Cuanto más intentaba recordar, más difícil le resultaba. Se dejó caer sobre la esterilla, desanimada. Se sentó con la espalda encorvada y miró al frente. Vio pelusas sobre la esterilla. De su pantalón. La pintura de uñas de los dedos de sus pies se desprendía.

¡Gong!

Poppy se levantó a toda prisa. Su móvil seguía sobre la mesa, junto a una

taza de café frío medio vacía. Cogió tan deprisa el teléfono que se le cayó. Maldiciendo, se agachó a recogerlo.

El mensaje no era de él. Claro que no. *Espero que estés en casa, chica, Metzler está haciendo llamadas de control.*

Karin, la secretaria. Metzler era el jefe de personal. Cinco minutos después sonó el teléfono.

–Sí, señor Metzler, gripe. Lo sé. Es un virus muy agresivo. Sí, el próximo año me vacunaré. No lo sé, pero mañana seguro que no. Pasado mañana, quizá.

Metzler le dio dos días más, después exigiría un certificado médico. Poppy no creía que la cosa llegara a tanto. Podía volver al trabajo perfectamente. Entonces tendría al menos una razón para levantarse por la mañana. Analizó el estado de su vivienda. Cuántas cosas había querido hacer mientras se fingía enferma. Bajar de una vez al sótano la ropa de invierno. Fregar los platos, vaciar la nevera y limpiarla con agua y vinagre. Pagar facturas. Plantar hierbas aromáticas en la repisa de la ventana.

Anteriormente Poppy había vivido en una casa antigua, grande e intrincada, con numerosas habitaciones y un jardín descuidado. Ahora ya no controlaba ni su piso de una sola habitación. Tampoco conseguía dormir. En los últimos años de su matrimonio había dormido en el sofá cama del salón. A veces con la televisión encendida. Peter roncaba. Pero ese no era el problema. Poppy tenía el sueño ligero. Por la noche permanecía a menudo despierta, sus pensamientos giraban a su alrededor como un tiovivo: los caballos de madera, los elefantes pintados de colores, las carrozas siempre idénticas giraban sin parar. Sobre las tareas del día siguiente, por la noche se veía realizando ya los quehaceres que ejecutaría por la mañana, veía los trajes, los libros, la ropa sucia, la ropa limpia, la tabla de planchar delante del televisor, la copa de vino junto al sofá, las fundas vacías de las cintas de vídeo... habría podido levantarse enseguida y hacerlo todo, pero ¿qué pasaría si se despertaban Peter o los niños? Poppy yacía despierta planificando el día siguiente, temerosa de no poder llevarlo a cabo. En la oscuridad las acciones más sencillas se le antojaban complicadas e insuperables. Cuanto más tiempo permanecía despierta, más veloz giraba el carrusel de sus pensamientos, cada vez con más frecuencia seguido de la orden: «¡Ahora debes dormir! Si no te duermes ahora,

mañana no te despertarás a tiempo, y entonces, ¿qué? ¡Catástrofe! ¡Duerme de una vez! ¡Duerme, duermel!».

Se amodorraba, y se despertaba sobresaltada. ¿Qué hora era? ¿Había olvidado algo? ¿Se había retrasado? Poppy estaba al borde de una crisis nerviosa. Ya no podía dormir al lado de su marido, que, tan pronto apoyaba la cabeza en la almohada, comenzaba a resonar la profunda respiración sibilante que preludiaba el sueño profundo y los ronquidos. Poppy volvía a despabilarse al mínimo ruido, y entonces yacía a oscuras junto a su marido y lo odiaba. Lo odiaba porque dormía. Porque le impedía dormir. ¿Lo haría a propósito? ¿Pretendía torturarla? ¿Acabar con ella hasta que se rindiera, hasta doblegarla? ¿Hasta aniquilarla del todo?

Esos pensamientos solo la asaltaban a oscuras. Por eso dormía en el salón. Dejaba la luz dada y el televisor encendido. Cuando se despertaba, las hormigas zumbaban tranquilizadoras por la pantalla. Cogía un libro. Las hormigas se introducían en sus ojos y volvía a dormirse.

En su juventud era capaz de dormir catorce o quince horas de un tirón, lo mejor de todo era despertarse, leer un rato, volver a dormirse. Fines de semana enteros, cuando su padre no la echaba de la cama obligándola a salir a tomar el aire.

Al final de su matrimonio, Peter y Poppy asistieron a terapia de pareja. Poppy llegó tarde a la primera sesión, no había encontrado aparcamiento. Peter fue directamente desde el trabajo, con traje gris y corbata rosa, que se aflojó al sentarse. Se pasaba las manos por el pelo, sudoroso, descompuesto, cuando ella entró. Él se calló a mitad de la frase. La señora Weinberger la saludó con amabilidad.

–Su marido ya me ha contado de qué se trata.

–¿Sí?

–¡Bueno, como es natural, también me gustaría conocer su versión!

–Yo duermo en el sofá –informó Poppy, y Peter suspiró.

Se sentaron en el sofá de la señora Weinberger en ocho ocasiones, a veces muy juntos, otras muy separados, en una incluso se abrazaron.

En la octava sesión, Peter comunicó:

–No puedo más. Quiero el divorcio.

Y la señora Weinberger asintió, como si lo hubiera visto venir desde el

principio.

–Cuénteme cómo se conocieron.

Poppy sonrió.

–Él se me adelantó y me quitó el *New York Times on Sunday* que yo siempre compraba en el quiosco de la estación. Un buen día llego yo, no hay periódico, lo ha comprado ese caballero. Voy tras él, le agarro por el brazo y le digo: «Por favor, deme simplemente las páginas de las bodas y quédese con el resto».

»Cruzamos juntos la plaza, nos sentamos en un banco y nos repartimos el periódico.

»Fue como si nos conociéramos desde hacía una eternidad. –Poppy se volvió hacia Peter, sonriendo, y para espanto suyo observó que tenía lágrimas en los ojos.

–Empezó tan bien... –dijo él.

Hasta que ella se quedó embarazada vivieron en viviendas separadas. Poppy trabajaba tres días por semana en el periódico local, y tenía tiempo para escribir, para pintar; incluso pensó en una ocasión que podía dedicarse a la música, aunque esa idea fracasó por su falta de sentido del ritmo. Había escrito algunas canciones, había intentado tantas cosas... Después se quedó embarazada, sin planificarlo, tenía treinta y seis años.

–Eras tan... estabas tan llena... –Peter buscó la palabra exacta– de posibilidades...

–¿Y ahora?

–Ahora ya no veo nada.

Los chicos tenían cuatro y seis años. Se quedarían con Peter. Porque Peter se quedaría con la casa, al fin y al cabo la había comprado él. Sería lo mejor para todos, afirmó también la señora Weinberger, que los ayudó a acordar las condiciones del divorcio. Poppy se preguntó sin pensar si Peter no lo habría planeado desde el principio. En el archivo del periódico local había un puesto vacante. Pronto volvió a recortar artículos que no había escrito. Alquiló un piso de una habitación. Luminoso, moderno, abarcable. De la casa grande solo se llevó dos maletas. Compró muebles, una cama, un sofá, una mesa y dos sillas, y llenó el piso. Deshizo sus maletas, que quedaron tiradas en el suelo. Poppy tropezaba con ellas cuando regresaba a casa. Parecían querer atraparla

con sus bocas abiertas. Ella no sabía qué hacer con ellas, hasta que al cabo de tres o cuatro meses recordó de pronto que el piso disponía de un trastero en el sótano. Cogió la llave, cerró las maletas, las bajó, y las puso a buen recaudo.

–¡A mí no me pilláis! –exclamó.

¡*Ping!* El tono más agudo venía del ordenador. Ella miraba la pantalla con varias ventanas abiertas. Era Lukas.

¿*Qué plan tenemos?* Seguían unas caritas sonrientes y otras imágenes brillantes.

Poppy sonrió. El primer año después del divorcio solo había tenido a los niños con ella cada quince días. Visitas cuidadosamente planificadas en las que, sin embargo, casi siempre todo salía mal. Y Poppy ni siquiera había podido compensarlas con regalos caros, porque no tenía dinero. Tenía la sensación de que no conocía a sus hijos, a los que al fin y al cabo había llevado nueve meses en su vientre y que habían mamado de sus pechos durante el mismo tiempo. No había quedado nada. Sus hijos le parecían extraños. Ellos se comportaban como si no la conocieran ni confiaran en ella. Se movían con mucho cuidado a su alrededor, observándola por el rabillo del ojo; Florian, el mayor, tenía siempre una mano encima del hombro de Lukas, como si temiera que pudieran separarlo de él. Cuando Poppy les preguntaba por el colegio, por los amigos, por sus comidas favoritas, contestaban con monosílabos y evasivas. Poppy sospechaba que su antigua suegra les hablaba mal de ella.

Nada más mudarse Poppy, Marianne ocupó su lugar. Había cerrado su consulta con aterradora naturalidad para trasladarse a casa de su hijo. Como es natural, no oficialmente. Oficialmente estaba allí desde el desayuno hasta la cena, o hasta que Peter regresaba del trabajo. Después ella regresaba a su propio hogar y preparaba otra cena para su marido. Este se sintió pronto lo bastante desatendido como para consolarse con una vecina. Pero Marianne no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. Después de que Peter conociese a Julia y enviase a su madre de vuelta a casa, esta comprobó que ya no tenía hogar.

Julia era joven, rubia, insignificante. Dulce, implacable. Se fue a vivir con Peter, luego se casaron, pronto nacieron dos hijos, ella puso a raya a

Marianne. Consiguió lo que Poppy nunca había logrado, sin esfuerzo aparente. Pero era como Dios manda. Poco después de haberse casado con Peter, invitó a Poppy a cenar un domingo.

Poppy ya no reconoció la casa. La cocina y el baño habían sido reformados, los viejos cajones de metal con la pintura desconchada habían sido sustituidos por armarios empotrados nuevos, lacados en colores alegres, el suelo de madera sin barnizar por baldosas de fácil mantenimiento. Poppy recordó su desesperación cuando limpiaba los viejos armarios de la cocina, los fragmentos de pintura que quedaban adheridos a la bayeta. El gran tablero de la mesa de madera sin tratar había sido recién lijado y lacado. Poppy pensó en las manchas redondas que dejaba cada vaso, cada taza, en las superficies de madera. De eso ya no quedaba ni rastro.

–Es lo primero que le dije –contaba Julia, jubilosa–. Si tengo que vivir aquí, quiero una nueva cocina... y, ya puestos, un baño nuevo. No te lo tomes a mal, pero tú te habías ido y yo quería borrar tus huellas, es normal. –Rio, y se colgó del brazo de Poppy.

–Has domado la casa –reconoció Poppy–. A ese animal salvaje que yo no pude amansar. A mí, amenazaba con devorarme. Contigo come en tu mano.

Julia cruzó una mirada con Peter. Después se echó a reír.

–Eres una mujer muy especial. Una loca. Peter siempre decía que eras poeta.

También Peter reía, bonachón. Había engordado. Se había relajado. Todos habían mejorado desde que Poppy se había ido.

–Florian y Lukas tienen que crear contigo una especie de rutina –decidió Julia, y cambió la regulación de las visitas.

Poppy pasaba más tiempo en la vieja casa, recogía a Florian del fútbol y a Lukas de kárate. Los fines de semana en el piso de Poppy se tornaron más infrecuentes, menos planificados, más relajados. A pesar de todo, Poppy siempre tuvo la sensación de que para sus hijos era una necesidad aceptada a disgusto y observada con desconfianza. Hasta que empezaron a comunicarse por Facebook. Sus dos hijos la habían aceptado como amiga. Pero no a Julia o a su padre. Eso significaba sencillamente que no consideraban a Poppy progenitora, autoridad. Poppy lo sabía. A pesar de todo, le permitía participar en la vida de sus hijos, adivinar sus intereses, conocer los nombres de sus

amigos. Sabía incluso el tiempo que pasaban fuera por la noche, porque con mucha frecuencia enviaban al éter como última noticia del día esta ingenua frase: *¡Por fin en la cama!*

Al leerla, a Poppy le embargaba una extraña sensación de superioridad. Sabía que Peter y Julia creían que los niños llevaban mucho rato dormidos.

¡Ya va siendo hora!, teclaba su madre entonces.

Lukas había empezado a mandarle enlaces, películas muy breves, fragmentos de conciertos, canciones que le gustaban. Ella comenzó a entender algunos textos de rap. Vio una película de un rapero que iba en un autobús y captaba fragmentos de palabras que pillaba desde la ventanilla al pasar, de los carteles publicitarios, de los letreros de calles, de las pintadas. Poppy se identificó con el rapero. Ella escribía igual. Una palabra de aquí, otra de allá. Solo le faltaba la paciencia de enhebrarlas. Pensó en escribir un rap.

¿Qué plan tenemos?, había escrito Lukas.

¿Plan?, tecló ella. *Yo no tengo ningún plan.*

Nevada

Tiritaba. Un doctor, o una doctora, entraría en algún momento, sacaría su historial del estante situado junto a la puerta, la hojearía fugazmente, alzaría la vista.

—Buenos días, señora... —ojeada al historial— Marthaler. ¿Qué la trae hasta mí?

Siempre la misma pregunta.

—¿Qué? —preguntó a su vez Nevada—. ¿O quién?

La lista se iba alargando. El reumatólogo la había remitido al ortopeda, este al especialista en medicina tropical, entre medias le recomendaron una visita al psiquiatra.

Mientras tanto, ella refería la historia de sus dolores, de su inmenso cansancio como algo que había leído. Ya no sabía si respondía a la realidad. O si únicamente repetía lo que ya había contado tantas veces, como un texto aprendido de memoria. ¿Cuándo habían comenzado sus dolores? Lo ignoraba. ¿No los había padecido siempre?

–¿Cuándo murió su padre? –preguntó la psiquiatra.

–¿Cuánto tiempo vivió en la India? –inquirió el especialista en medicina tropical.

Nevada contaba con tanta frecuencia esa historia, las muñecas, las hormigas, las patas encogidas hacia dentro del perro de caza, que no se daba cuenta de que el relato se tornaba cada vez más largo. Se añadían nuevos capítulos. Nevada había pedido a Marie que le recomendase un neurólogo, confiando en que ella denegara con un gesto aduciendo que no era necesario. Pero Marie mencionó en el acto varios nombres, recomendado al del hospital universitario al que también había pedido cita, para que todo fuera más rápido. Como si compartiese la sospecha de Robina. Desde la visita, los dolores no habían empeorado, y a veces Nevada aún se sentía segura en la gran mano que la sostenía.

–Ya, así que es usted profesora de yoga. –El médico alzó la vista del historial.

–Sí –contestó Nevada.

–Interesante. ¿Y qué quiere de mí? –preguntó con tono brusco.

Nevada pensó que a lo mejor se lo imaginaba, y empezó a hablar: de sus dolores, de la inexplicable debilidad en los brazos, de su caída sobre la esterilla, de los exámenes ya realizados, de las pastillas, de los dolores de estómago...

–Todo eso lo sé –la interrumpió el neurólogo–. Está en su historia. Lo que quiero saber es lo siguiente: ¿por qué acude a mí, un neurólogo de un hospital universitario de ciudad, por qué no acude a un sanador de la India o a una curandera de Appenzell?

Nevada retrocedió, sobresaltada. ¿Le había hablado a Marie de su visita a Robina? ¿Estaba eso consignado en su historial? El médico siguió hablando. Sus palabras brotaban de su boca como cieno negro, fluían sobre la desvencijada mesa metálica situada entre ellos y se derramaron por el suelo. Nevada levantó sus pies y los enroscó alrededor de las patas de la silla. Se preguntaba por qué un médico jefe tenía unos muebles tan baratos en su consulta, y si esperaba una respuesta de ella. Evidentemente no, porque continuó hablando.

–Eso es muy típico de las de su clase. Desprecian nuestra profesión, pero

cuando la cosa se pone fea vienen arrastrándose. Entonces, de pronto, somos lo bastante buenos y nos toca recoger los cristales rotos, reparar el daño que les han causado sus curanderos y charlatanes. Y naturalmente cuando ya no queda otro remedio. Cuando el niño está atascado en el canal del parto, cuando el cáncer ha invadido todos los órganos, cuando el apéndice ha reventado. Le aseguro que si no hubiera prestado un juramento, a veces sentiría la tentación de poner de patitas en la calle a la gente como usted. ¡Que la naturaleza siga su curso, ya que tanto la veneran! ¿Por qué no se aplica un emplasto de hierbas? ¿Por qué no se pone una sanguijuela?

La consulta se llenaba de cieno negro. Ya cubría todo el suelo, desde donde ascendía lentamente. Se alzaban burbujas que explotaban, dejando escapar un gas venenoso. Nevada cerró los ojos. Subió los pies al asiento de su silla y rodeó sus piernas con los dos brazos. Apoyó la cara sobre las rodillas.

—¿Qué, ya no se le ocurre nada más, eh? —se burló el médico—. ¡Pero si siempre tiene respuesta para todo!

—¿Yo?

Nevada abrió los ojos. Volvió a poner los pies encima del suelo. El cieno negro desapareció. Estaba sentada en una consulta mal iluminada, con muebles cochambrosos, ante un médico airado. Le dolían las manos, ese día también los antebrazos, sentía cosquillas y tirones, como si colonias enteras de hormigas malhumoradas pululasen por debajo de su piel, hormigas que se paraban una y otra vez, que tropezaban unas con otras, formaban un nudo, encendían un fuego, proyectaban hacia el cielo una llama de dolor a través de la piel. Nevada se frotó los brazos para impeler a las hormigas a andar; mientras se movían era soportable.

Parpadeó.

—¿Por qué yo? —preguntó—. ¡Si yo no he hecho nada! —Sonó como una niña pequeña. Se contuvo—. A usted me lo recomendó una amiga mía, una alumna mía, dicho sea de paso, médica como usted. No he acudido a ningún médico naturista, chamán o curandero. Tampoco he llamado a ningún número 900 en busca de curación a distancia. Lo único que puede reprocharme es que he ignorado demasiado tiempo mis padecimientos. Y eso tiene que ver con mi profesión. Las personas que se esfuerzan físicamente toda la jornada están acostumbradas a los dolores y no se los toman en serio. A lo mejor no lo

bastante en serio. Consulte usted mi historial. He estado en urgencias, en el reumatólogo, en el ortopeda y en el especialista en medicina tropical. Usted es neurólogo. Es decir, que cualquier cosa que me encuentre, será peor que lo que sus colegas ya han descartado. Estoy delante de usted aterrada. O me ayuda, o me deriva a otro especialista.

Durante unos instantes reinó un completo silencio. Un silencio que se extendió entre ellos como una sima. De pronto el médico se estremeció, como si despertase de una pesadilla. Apoyó la cabeza en sus manos. Nevada esperaba.

Al final levantó la vista y la miró.

–He pronunciado todas esas palabras.

No era una pregunta. Pero Nevada asintió.

–No tengo la menor disculpa. No obstante, lo siento.

Nevada volvió a asentir.

–Mi hija... –dijo el médico, después esbozo un gesto de desdén–. Eso no hace al caso.

Respiró hondo un par de veces. Luego carraspeó.

–Empecemos por el principio. –Hojeó su historia–. Lo cierto es que no existe una explicación sencilla para sus males. Es muy posible que los dolores en sus manos sean independientes de los otros síntomas. Los reconocimientos realizados hasta la fecha solo muestran mínimas manifestaciones de desgaste. En realidad es asombroso si se tiene en cuenta que usted practica desde muy joven una especie de deporte extremo... ¡y no lo digo con afán peyorativo!

–Yo tampoco lo he entendido así –«No he practicado lo suficiente», pensó Nevada, y a continuación: «¿Así que no he practicado lo suficiente? En ese caso tendría que seguir entrenando con creciente rigor. Mientras mis articulaciones me lo permitan».

–Yo opino más bien que los dolores que la atormentan son de origen nervioso –continuó el médico–. Pero me gustaría esperar a los resultados de la resonancia. ¿Ya ha pedido cita, verdad?

Nevada asintió.

–¿Usted qué piensa? –preguntó–. ¿Qué podría ser?

–No me gusta especular.

–¿Y si tuviera que hacerlo?

El médico sacudió la cabeza. Nevada creyó ver compasión en su mirada.

–Su hija murió en un parto en casa –explicó Marie, que la esperaba en la cafetería. También Martha y Sierra estaban allí. Habían insistido. Cuando vieron venir a Nevada, Martha se levantó de un salto y fue a buscar café y tarta. Todas sus normas alimentarias habían sido suspendidas. Reinaba el estado de excepción.

–Hay quien dice que reanudó demasiado pronto el trabajo –prosiguió Marie–. ¿Quieres que te remita a algún otro?

Nevada sacudió la cabeza.

–No, me gusta. Qué raro, ¿verdad?

Su madre colocó delante de Nevada un trozo de tarta de crema cubierto de azúcar escarchada de color rosa.

–¿Pero cómo quieres que se lo coma? –la riñó Sierra–. ¡Si eso no hay quien lo parta, ni siquiera con las manos sanas! –Y acercándose el plato, clavó el tenedor a intervalos precisos en el trozo de tarta, que se rindió sin oponer resistencia.

hrdaye Cittaam vit

Concentrarse en el corazón conduce
a una profunda comprensión de la mente.

Patanjali Yoga sutra 3.34

Poppy

Poppy consultó el reloj. Eran poco después de las nueve. Volvería a intentarlo con el yoga. Desenrolló la esterilla, hizo un par de saludos al sol y, cuando perdió el hilo, continuó obstinada en no contar, en no ocuparse de qué pie tenía que mover a continuación. Solo contaba sus respiraciones: entradas y salidas. Al cabo de un rato se tumbó de espaldas y se hizo la muerta. ¿Cuántas veces había deseado estar muerta? La vida se desplomaba sobre ella, engulléndola. Cuánto más fácil debía de ser la muerte. Un instante después levantó las piernas y se apoyó para adoptar la postura de la vela. Su peso descansaba sobre los hombros y los antebrazos. Tenía la barbilla apretada contra el pecho. Con las palmas de las manos aguantaba su espalda, que se proyectaba vertical hacia arriba.

–Solo hay una postura de yoga –había dicho una vez Nevada–: *Tadasana*, la montaña. Colocaos derechos. Los pies juntos. Las rodillas encima de los pies, los hombros sobre la pelvis, los brazos estirados hacia abajo, el punto más alto de la cabeza proyectado hacia arriba. Eso es la montaña. Que está ahí sin más, recta e inmóvil. Cualquier otra postura es una variante de esta.

Así que Poppy intentó formar la vela igual que la montaña. Al cabo de un rato colocó los pies detrás de la cabeza. Notó un ligero tirón en los muslos, pero no excesivo. Poppy ya se había luxado la nuca intentando mirar a su alrededor en esa postura, la del arado. No había que compararse con los demás, ni girar la cerviz cuando soportaba el peso de todo el cuerpo. Pero ahora estaba sola en su esterilla, las posturas se sucedían, tras el arado vino el pez, se tumbó de espaldas y apoyada sobre sus codos levantó la caja torácica, dejando caer la cabeza hacia atrás. Hasta que su coronilla rozó la esterilla. Respiraba despacio. Su garganta estaba estirada hacia arriba, expuesta al mordisco mortal. La garganta albergaba un chakra, un centro de energía. Alguna profesora de yoga le había explicado una vez el significado de cada chakra. Poppy intentó recordar. ¿Cuál era el de la garganta? ¡Ah, sí, la verdad!

«En la garganta reside vuestra verdad personal», había contado... ¿fue Oona, o Dolores? En ese momento, de pronto, a Poppy le costó trabajo mantener los brazos, no era de extrañar, su verdad personal estaba atravesada en su garganta, notó ahogo y escupió. Después abandonó la postura. De nuevo yacía de espaldas. *Shavasana*, la postura del muerto, era una preparación para la muerte. Ensayaba estar muerta. Alguna vez tenía que concluir esta vida. Ella lo había intentado. Se había esforzado al máximo, se había esforzado tanto... A pesar de todo, nunca era suficiente. Nunca lo bastante bueno.

¿Cómo vivían los demás? Sin esfuerzo, le parecía. Se levantaban, iban a trabajar, se enamoraban, se reproducían. Sabían dónde estaban colgadas las llaves de su casa y siempre tenían a mano el monedero en el bolsillo. Poppy, por el contrario, era una construcción defectuosa, un producto fallido. Le faltaba algo, algo esencial, la comprensión del mundo, de la realidad. Todo lo que los demás realizaban tan fácilmente, como quien no quiere la cosa, levantarse por la mañana, vestirse, llegar puntual al trabajo, cultivar las amistades, mantener una relación, criar a los hijos, practicar yoga, todo eso a Poppy le resultaba tan difícil como si la vida fuera una disciplina olímpica que solo podían practicar seres excepcionales tras un entrenamiento brutal de años. Y sin embargo era al revés. Ella era la única que trabajaba tan duramente en ello. Y encima no era capaz de llevarlo a cabo.

Poppy se hundió más en su esterilla. De repente pensó en los chakras, en los colores que se les asignaba, intentó recordar, rojo, amarillo, verde, azul, violeta, intentó distribuir los colores por su cuerpo como perlas coloreadas. Su mente continuó divagando hasta llegar a Marie, que siempre elegía esos colores tan extraordinarios. Un pantalón de yoga de color frambuesa, un abrigo de ante de color verde abeto, una bufanda de seda de color mostaza. A ella, Marie, con sus negros cabellos brillantes, cortados a modo de casco, le parecía guapa. No había vuelto a verla desde el día que llevó a Nevada a urgencias. Poppy admiró la tranquilidad y seguridad de su reacción. Marie era médica. Tan joven y sin embargo dispuesta a responsabilizarse de la vida y de la muerte. Alguien como Marie no podía permitirse errores. Los miembros de Poppy comenzaron a cosquillear, las puntas de sus dedos daban respingos. Ya había estado muerta el tiempo suficiente.

De pronto sintió la necesidad imperiosa de saber cómo se llamaba ese

actor, el marido de Marie. Y en qué serie actuaba. Poppy se sentó en el sofá con su portátil y entró en Google («actor casado con doctora»). Fue recorriendo una serie de imágenes y recordó que había guardado algunos capítulos de la serie *Hospital Cantonal*. Encendió la televisión y revisó una lista asombrosamente larga de emisiones almacenadas. ¿Cuándo las vería todas? A veces deseaba poder concentrarse en otras cosas como en las series de televisión. Las series la cautivaban más que cualquier otra cosa. Constituían su única isla en la vida cotidiana, el único lugar en el que las voces de los setecientos monos que berreaban en su cabeza no podían alcanzarla. Las series televisivas y un nuevo amor. Y, a veces, el yoga.

La primera serie de la que tenía memoria fue *Mamá y sus increíbles hijos*. Todos los miércoles, después de la clase de piano, que aborrecía, corría a casa a toda velocidad. Pero la señorita Maurer a veces la retenía durante más tiempo, hasta que conseguía tocar sin errores una escala determinada, y Poppy sabía que cuando llegase a su casa ya habría comenzado la serie. Como todas las niñas de su clase, estaba enamorada de David Cassidy. Las mañanas del jueves, durante el recreo, hablaban del último capítulo. Poppy odiaba no poder intervenir. Al escuchar fragmentos de conversaciones, comprobaba que había vuelto a perderse lo más importante.

Más tarde vio *Dallas* y *Dinastía*, en secreto, en un diminuto televisor con antena que ocultaba en su piso compartido. Para disimularlo, ponía la música alta y colocaba el pequeño aparato muy cerca de ella. Al cabo de un año se dio cuenta de que todos los demás miembros de la vivienda compartida desaparecían también en sus habitaciones todos los martes a las diez menos cuarto, cuando emitían *Dallas*. Tras aclararlo en una conversación, la visión de la serie en la televisión grande del cuarto de estar común se convirtió en un apreciado ritual de los compañeros de piso.

Sin embargo, la auténtica liberación la trajo el reproductor de vídeo. Poppy grababa todos los capítulos y luego veía tres o cuatro seguidos, mientras dormían los niños. Era la única forma de relajarse. Delante del televisor incluso llegaba a dormirse. En cuanto lo apagaba volvían a girar los pensamientos en su cabeza, igual que los pollos que se asan en el espetón.

Poppy bajó el volumen del televisor y conectó el ordenador. Abrió un

programa que le había descargado Lukas hacía poco, y habilitó un sencillo blog.

«Monkey Mind» –tecleó Poppy en el ordenador–, espíritu de mono.

Eso era ella. Eso era su cabeza. Una jaula de monos.

Hoy he intentado por primera vez practicar yoga sola en mi casa. Y aquí está el resultado.

Secuencia personal de asanas de espíritu de mono de Poppy.

Unas respiraciones sobre la esterilla. Me pregunto qué huele así. ¿Es la esterilla? ¿Soy yo? No puedo estar tranquila. Me levanto.

Saludo al sol. Una, dos veces... un momento, ¿qué pie viene a continuación? ¿Qué viene después de dos? Estoy ya en la cuarta ronda o en la tercera?

Breve interrupción. Voy a ver mi móvil. A comprobar si he recibido algún mensaje. Después lo apagaré. Seguro.

No hay mensajes. Debería haberlo pensado. ¡Él no está por ti! Voy a la cocina por un vaso de agua.

Regreso a la esterilla. ¿Debo hacer más saludos al sol? ¡Bah, olvídalo! Ya son las nueve de la noche. El sol no me ha esperado.

Uttanasa. Me inclino hacia delante y coloco las manos junto a mis pies. Mientras, me pregunto cuándo me hice la pedicura por última vez. Y no hablemos de la manicura.

Padangusthasana. Oculto las manos bajo las plantas de los pies. Ahí están a buen recaudo.

Me tumbo de espaldas. Me pregunto cuánto tiempo hace que no friego el suelo. A fondo, quiero decir. Ahora, ¿quizá una flexión hacia atrás para despabilarme de verdad? Por razones que sería prolijo explicar aquí, caigo en la cuenta de que llevo semanas grabando la serie Hospital Cantonal, aunque todavía no he visto un solo capítulo.

Bueno, vale, os lo contaré: Gion Camenisch estuvo en mi clase de yoga. Yo supe que lo conocía de algo. Ahora vuelvo a recordarlo. Enciendo el televisor y comienzo a revisar mis programas guardados.

Dos capítulos más tarde. Ahora me gustaría comer algo, aunque no se puede hacer ejercicio con el estómago lleno. Pero si no estoy practicando.

De acuerdo. Haré otro saludo al sol para ponerme de algún modo en situación de practicar yoga.

Después me tumbo nuevamente de espaldas. Pero antes de que pueda volver a pensar cien cosas a la vez, levanto las piernas en la postura de la vela.

Por el rabillo del ojo veo correr por el suelo algo oscuro. ¿Una araña? Doy un respingo, abandono la postura. Me levanto de un salto de la esterilla. La sacudo. Odio las arañas. Por último me atrevo a mirar debajo de la cama: era una pelusa muy gorda. Naturalmente.

De nuevo la vela, luego el arado. Mi camiseta resbala. Tengo una vista muy infrecuente de mi tripa, que, arrugada como la morrena de un glaciar, se desliza hacia mi cara. Sin saber por qué, me viene a la mente la película El ataque de los tomates asesinos, me imagino a mis michelines creciendo hasta adquirir la altura de una casa, recorriendo las calles de la ciudad y enterrando debajo a personas inocentes. Me avergüenzo en el acto de este pensamiento tan poco espiritual y vuelvo a retroceder en la esterilla.

El pez. Echo la cabeza hacia atrás y medito sobre la verdad. Mi profesora de yoga dijo que en el chakra de la garganta reside la verdad. Me pregunto qué podría ser mi verdad.

Apoyo sobre la cabeza. Estoy encima de la cabeza en medio de la habitación, mis ojos van en todas direcciones. No solo hay pelusas de polvo debajo del sofá, también una carta. Se me doblan las piernas, abandono la postura y vuelvo a tumbarme. Mi estómago gruñe.

Y con esto basta por hoy.

Durante un instante dudó si pulsar «publicar». ¿Se había vuelto loca? Desde que era pequeña, Poppy creía que cualquier persona que pudiera de verdad ver su interior, la tomaría inevitablemente por loca. Nadie debía saber cómo era su mente por dentro. Nadie.

Al mismo tiempo siempre había creído que un día llegaría alguien que la comprendería con una sola mirada y a pesar de todo, la amaría. Pero ese alguien había llegado y se había marchado. Poppy no tenía nada que perder. Desatornilló la tapa del cráneo, la abrió y dejó que todo aquel que tuviera conexión a internet contemplase la casa de monos que era su espíritu. ¡Entrada libre!

Poppy se levantó y tomó un trozo de queso. Parecía chicle. Se lo comió sin saborearlo. Volvió a encender el televisor. Se le cerraban los ojos, pero en cuanto terminaba un capítulo, volvía a estar completamente despierta. Tengo que ver desde la mitad de un capítulo hasta la mitad del siguiente, se dijo. De una parte aburrida a la siguiente. Nunca lograría dormirse durante un *cliffhanger*, un giro inesperado de la acción. Y lo necesitaba. Al día siguiente no podía llegar tarde al trabajo. Después de que nadie se hubiera fijado en ella durante años, ahora de repente todos los ojos estaban fijos en ella. Metzler controlaba su asistencia. Andreas preguntaba cómo iba exactamente su trabajo. Exigía incluso un diagrama. Karin la había informado a través de una nota interna de que se hablaba de «medidas necesarias de reestructuración». Despidos. Poppy intentó convencerse de que la insólita atención que merecía su oscuro departamento estaba relacionada con el desacostumbrado atractivo de la joven en prácticas. Pero Audrey retornaría a la superficie a finales de esa semana, a una de las secciones de la redacción. Poppy apagó el televisor. Cansada o no, ahora se acostaría. Apagaría la luz y yacería tranquila con los ojos abiertos, en absoluta oscuridad.

Pero antes de apagar el ordenador... un último pensamiento. Solo uno más.

Yoga es detener los movimientos del espíritu –escribió–. Una serie de televisión puede provocar lo mismo.

A lo mejor –tecleó– mi espíritu necesita un lazo muy fuerte que lo ate. Para eso no bastan ni de lejos las noticias. La mayoría de las piezas de teatro lo logran a lo sumo hasta la pausa. Un concierto de música clásica... olvídale. Lo único que proporciona una distracción duradera y refrena a los monos dentro de mi cabeza, son...

Poppy meditó, luego escribió:

Las series de televisión.

Un nuevo amor.

Yoga.

Se disponía a volver a pulsar «publicar», cuando lo vio: *31 comentarios.*

¿Cuánto tiempo había pasado ante el televisor? ¿Una hora, dos? Treinta y una personas habían visitado su casa de los monos. No: más. Muchas más. Treinta y una habían escrito en su libro de invitados.

Empezó a leer los comentarios.

*¡Poppy, domadora de monos, has expresado mis propias emociones!
¡Siempre pensé que era la única que no soportaba estar sola en la esterilla!*

Y yo que creía que nadie salvo yo tenía problemas para practicar disciplinada y constante en casa...

Jajaja, lo de las uñas de los pies también lo conozco. Peor aún: yo veo crecer pelos aislados en mis pantorrillas siempre bien depiladas, entonces tengo que interrumpirme en el acto y rasurarlas. ¿Entrega espiritual, no os parece?

Yo en cambio me duermo siempre en shavasana. En casa da igual, pero ¡¡¡en clase de yoga!!! Ya me han dicho a veces que ronco. ¡Con la boca abierta! ¡Más ridículo, imposible!

Claro que sí, más ridículo es posible: tirarse pedos en la postura de inversión.

Quizá deberíamos crear un grupo de yoga propio: ¿para domadores de monos?

¡Buena idea! –contestó Poppy.

Se disponía a apagar el ordenador cuando de pronto llegaron más respuestas. Las leyó todas.

No he practicado yoga en mi vida. Siempre pensé que no tenía la menor posibilidad de permanecer sentada tranquilamente. A pesar de todo, Poppy, sé perfectamente cómo te sientes.

Los monos habitaban en todas las cabezas.

Aunque apenas había dormido, se sentía fresca. E invulnerable. Leyó su blog hasta el último minuto, después cogió su portátil y se fue en bicicleta a la estación. Durante el corto trayecto en tren hasta la ciudad pensó en las respuestas que iba a dar, y cuando llegó al edificio de la redacción ya tenía ideas para otras tres colaboraciones más, por lo menos. Ardía de impaciencia. Durante la noche había hecho cien nuevas amistades.

Esas amistades significaban algo.

Y no había vuelto a pensar en Wolf. Al menos con la frecuencia de los últimos días. Wolf ya no era su única salvación. Wolf no era ni con mucho la única persona que la comprendía. Había otras. Muchas. Que se habían asomado a la cabeza de Poppy y no habían huido corriendo y dando voces.

No. Solo habían asentido diciendo: «Pues sí, así exactamente está también mi cabeza». Poppy no estaba sola. «No estamos solos», formuló mentalmente.

En el sótano la esperaba Audrey.

–¡Hola, Poppy, *superstar!* –exclamó.

–¿Cómo dices?

–Esta noche pasada has sido número uno en *Blogwatch.com*, en la categoría *first entry*.

Poppy trasladó la bolsa desde su bicicleta hasta el pupitre. El portátil que nunca llevaba consigo resonó sordamente contra el tablero de la mesa.

–¡Ten cuidado, Poppy! ¡No puedes tirar de ese modo tu ordenador! –Audrey la ayudó a vaciar la bolsa. Meneó la cabeza al ver que Poppy se había limitado a envolver el portátil en un chal–. ¿Me quieres decir por qué estás tan mal equipada? ¡Esto no es posible!

Poppy apartó a un lado sus cosas y encendió el ordenador de su trabajo.

–¿Pero no irás a ponerte ahora a trabajar, eh? –Audrey se quedó horrorizada–. Poppy, tienes que aprovechar la novedad, tienes que cabalgar sobre la ola, mañana volverás a caer en el olvido. ¡Ahora no puede haber interrupciones! Escucha, hoy ocúpate de tu blog y yo me encargaré del resto. Al fin y al cabo es mi último día aquí abajo.

–¿De veras lo crees?

–¡No, Poppy, lo sé! Lo dimos precisamente en el último bloque formativo: el impacto de las nuevas tecnologías en los medios de comunicación. ¡Esta es tu oportunidad, créeme, si ahora das la campanada de verdad, puedes hacerte famosa! Supongo que tendrás una cuenta en Twitter, ¿verdad?

–Lo tengo todo –contestó Poppy–. Pero hasta ahora no lo he utilizado con regularidad.

–De acuerdo, eso tiene que cambiar. Debes atender todos los días todas tus cuentas con regularidad. En primer lugar el blog, como es lógico. Pero también debes visitar otros blogs, dejar comentarios, remitir a tu página. Lo mejor es que te confeccione una tabla.

¡Un horario de clases! Poppy suspiró, se sentía feliz. Entonces le vino una idea a la cabeza.

–Audrey, eres muy amable, pero ¿por qué lo haces? ¿Qué ganas con ello?

–¿Yo? –Abrió de par en par sus grandes ojos y parpadeó–. Sencillamente,

me caes bien. Me encantaría ayudarte.

Poppy estuvo a punto de tragárselo. Pero al no responder inmediatamente, Audrey dio un resoplido excitado.

–De acuerdo, de acuerdo, lo reconozco, tengo un interés profesional. Estoy haciendo mi trabajo final sobre nuevos medios de comunicación. No volveré a tener la oportunidad de seguir una evolución semejante desde la primera colaboración.

Poppy asintió.

–¿Y crees de verdad que de esto puede salir algo?

–¡Ya ha salido algo, llevo todo el rato diciéndotelo! Y crecerá más todavía si actúas como es debido. De modo que confía en mí.

Poppy lo hizo con muchísimo gusto. Audrey redactó una lista de tareas, que tenía que tachar una después de otra. Lo primero fue escribir una serie de entradas breves de Twitter de reserva. Le resultó asombrosamente fácil. ¡Todos esos años en los que había intentado escribir! Nunca había conseguido formular más de tres ideas relacionadas. ¡Y ahora resultaba que no hacía ninguna falta! Bastaba con ciento cuarenta caracteres.

Poppy había abierto una esclusa. No necesitaba cerrar los cajones inferiores, desordenados y avergonzados, de su espíritu para escribir. Al contrario: justo allí estaba oculto su material, y evidentemente también su capacidad de hablar a otras personas. De pronto escribir ya no era un trabajo, una tortura. Abrió los cajones, y de ellos brotaron las frases, las imágenes, los recuerdos. «¡Por fin!», murmuraban, se frotaban los ojos, se estiraban, aumentaban y crecían en la pantalla vacía hasta formar historias. Los dedos de Poppy apenas lograban seguir el ritmo en el teclado.

–Toma, te he traído un yogur con cereales.

Audrey estaba delante de su mesa. Poppy ni siquiera se había dado cuenta de que había salido.

–¿Qué hora es?

–Las tres y cuarto.

Poppy cerró su portátil a disgusto y se tomó la fría copa de yogur. Habían transcurrido más de cinco horas sin darse cuenta. Y sin haber escuchado una sola voz de mono. «Qué gracia», pensó. Y: «¿Eso habrá sido *samadhi*?

¿Enfrascarse en una actividad?». Lo consultaría. Poppy hizo una nota con la mano derecha, mientras se llevaba la cuchara a la boca con la izquierda.

Audrey sonrió.

–No parece necesitar mi ayuda.

Poppy dejó la cuchara.

–Audrey –dijo–, puede que suene ridículo, pero creo que he descubierto mi vocación.

–¡De ridículo, nada! ¡Te entiendo perfectamente! Así me sentí yo cuando mis padres, durante una fiesta, pusieron por primera vez un vídeo mío, que ocupaba toda la pared, cantando «You Are My Sunshine». Tenía cinco años y lo supe: «¡Esto es lo que quiero hacer!».

«Entonces ¿qué haces aquí?», quiso preguntar Poppy. ¿Qué hacía ella misma?

–Pero me prometes que me dejarás acompañarte, ¿verdad?

–Claro que sí. –Poppy tragaba cucharada tras cucharada sin paladearlas. En su mente preparaba ya su próxima comunicación.

–De acuerdo. Hoy me marcharé un poco antes, tengo que pasar por la redacción de deportes, quieren contar conmigo durante las dos próximas semanas. –Audrey puso los ojos en blanco–. ¡Tienen unas ideas que ni te imaginas! ¡Del siglo pasado! El fútbol desde una óptica femenina y cosas por el estilo. Y yo tengo que hacer como si no tuviera ni idea de nada. –Se puso seria–. Tú nunca me has tratado como si fuera idiota, Poppy. Y te lo agradezco.

–¿Y por qué iba a tratarte como a una idiota?

–¡Pues por mi aspecto! No te imaginas lo que tengo que soportar. Y no solo de los hombres, las mujeres son mucho peores, y, no me interpretes mal, ¡las peores del todo son las más mayores! Esas prácticamente me odian. No te puedes imaginar lo mal que me sentí durante mi primer día aquí. Pero tú siempre has sido sincera conmigo, Poppy. –Audrey suspiró–. ¿Sabes?, ha habido días en los que he estado a punto de desfigurarme. Durante años llevé un peinado espantoso con flequillo para evitar que se me viera la cara. Para que la gente no se fijase solamente en mi belleza. Pero en cierto momento comprendí que no servía de nada... que mi belleza no terminaba en mi cuello.

Poppy estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se dio cuenta de que Audrey hablaba muy en serio. Por eso se limitó a asentir con una inclinación

de cabeza. Ese día se sentía demasiado feliz para reaccionar con mezquindad. Más que feliz: Poppy se sentía como es debido. Estaba en el lugar justo, en el suyo. Había triunfado.

–Oye, otra cosa más, antes de que termine aquí. –Audrey se había acercado al puesto de trabajo de Poppy y se inclinaba de pie sobre su ordenador–. ¿Es verdad que «guarra yanqui» se considera un insulto racista?

–¿Guarra yanqui?

–Sí. La palabra aparece en un número asombrosamente alto de comentarios de lectores... ya sabes, es por lo de la americana en la esclusa... ¿Puedo utilizarla como enlace?

Poppy no lo sabía. Se situó detrás de Audrey y miró por encima de su hombro.

–¿La americana en la esclusa? No he oído nada de eso.

Audrey buscó el artículo, que ya había originado trece comentarios de lectores, cuatro de los cuales contenían el apelativo «guarra yanqui».

Mira que cerrar la orilla por culpa de esa guarra yanqui... ¿Y qué hay de los honrados ciudadanos suizos que queremos pasear por allí, como es nuestro derecho?

Poppy buscó el artículo correspondiente.

Muerte en el río – Americana desaparecida aparece ahogada. ¿Accidente, crimen o suicidio?

Pulsó para descargar la fotografía correspondiente, la conocida foto de boda de Wolf y Kim. ¿Es que no tenían otra foto?, pensó. Y apartando a Audrey, se sentó en su silla.

–¿Pero de verdad no te has enterado de esto? Si ha sido un asunto tremendo. Mientras estabas enferma... ¿No veías las noticias?

Poppy no contestó. Tuvo que leer dos veces el artículo para ensamblar los datos más importantes. Pocos días después de que Wolf denunciara la desaparición de su mujer, se encontró su cadáver en una esclusa del río. Las primeras investigaciones confirmaban que la muerte no fue por ahogamiento, sino que había que atribuirlo a un traumatismo. Seguramente ya estaba muerta en el agua la noche antes de que su marido denunciara su desaparición. Poppy contó con los dedos hasta retroceder hasta la noche en que vio a Wolf por última vez.

... el marido ha sido interrogado, pero no detenido...

–Bah –dijo Audrey–. ¡El marido siempre es sospechoso!

Ted

–Ya sabes lo que va a suceder a continuación.

Ted sacudió la cabeza.

–No. Pero supongo que me lo vas a decir tú.

–¡Por eso puedes jugarte la cabeza! –Tobias dio un trago de cerveza y con un ademán enérgico dejó el vaso sobre la barra–. ¿No viste la película?

–¿Qué película?

–*Kramer contra Kramer*. Un clásico del género lacrimógeno. Madre que se larga dejando a un niño pequeño solo con el padre. Apenas este ha conseguido medio arreglárselas con el niño, la madre vuelve y se lo lleva de nuevo.

–¿Quieres decir...?

–Apuesto lo que quieras. A ti, sencillamente, te va demasiado bien. Emma se ha adaptado de maravilla, y Lilly también se comporta en consecuencia. La doma de las reacias, amigo mío. Por fin lo has conseguido.

Ted sonrió.

–Me va bien –contó–. No, demasiado bien. A uno no le puede ir nunca demasiado bien.

–Es una simple opinión. Luego no vengas a llorar en mi hombro.

Esta vez Ted fue el primero en consultar el reloj. Vació su vaso y negó con una seña.

–¡No, gracias, nada más! –Colocó diez francos sobre el mostrador y palmeó el hombro de Tobias. De pronto le pareció raro el gesto de palmear desde arriba el hombro del más bajo.

–Eres un buen amigo –reconoció–. ¡El mejor!

–¡El único! –Tobias se giró y pidió otra cerveza.

Ted se marchó a casa. Desde la calle vio luz en su cuarto de estar. Regresaba a casa, donde ya había alguien que lo esperaba. Se detuvo un momento y miró hacia arriba. Una sombra atravesó la luz cálida de la lámpara

del comedor. ¿Estaba Lilly poniendo la mesa? ¿O sería Emma abandonando sus deberes escolares?

Mientras subía por la escalera oyó tocar el piano. ¿De verdad podía irle a uno demasiado bien? ¿Podía la vida ser demasiado buena? Se detuvo en el último rellano. Así tiene que seguir, pensó. Justo así.

Introdujo la llave en la cerradura. Abrió la puerta. Esperaba ver en el pasillo a Lilly con un delantal puesto, la cuchara de cocina en una mano, un vaso de vermú en la otra. Pero allí no había nadie.

—¿Hola? —llamó—. ¡Ya estoy en casa! —Se quitó la chaqueta y la colgó en el ropero. No había chaquetas de cuero, ni bolsos enormes. Pero eso no tenía por qué significar nada—. ¿Emma? ¿Lilly?

Emma salió a su encuentro. Cogió carrerilla y patinó hacia él los últimos metros en calcetines sobre el liso suelo de madera. La niña abrió los brazos.

—¡Hola! —La abrazó—. ¿Cómo estás, conejita mía?

—Yo no soy tu conejita. Soy tu hija.

Él la pellizcó en el costado.

—No me digas, ¿de veras? ¿Estás completamente segura?

—¡Papá, eres infantil! —Y se soltó.

«Alguien tiene que serlo», pensó Ted.

—¿Qué es lo que huele tan bien? ¿Ha estado cocinando Lilly?

—¿Lilly? —Emma frunció el ceño—. No, Lilly, no. La madre de Elvira me trajo a casa y me dejó una lasaña. Quiso esperarte, pero le dije que era imposible, que ya tenías novia.

—¿Otra vez?

Fueron a la cocina. Encima de la mesa se veía un molde gratinado cubierto con papel de aluminio. Aún estaba templado.

—¿Tienes hambre?

Emma se encogió de hombros.

—¿Y tú? —preguntó a su vez.

Ted suspiró. Conocía esas evasivas delicadas por las niñas de su clase. Hablaban tan bajo que no se las entendía. Se escondían detrás de sus amigas. Aprobaban, aliviadas, cualquier propuesta hecha por otra persona. Se vengaban a escondidas, cuchicheando mientras se tapaban la boca con la mano.

–Todas las mujeres son así –decía Tobias–. Al menos hasta que te casas con ellas. ¡Jajaja!

Las mujeres que Ted amaba, no. Ellas sabían siempre perfectamente lo que querían, y además lo decían. Alto y claro. En caso necesario daban una patada. Como Lilly.

–O soy tu número uno o no lo soy –había dicho. Reacia e indomable.

Ted suspiró. Sacó fuentes y recipientes de plástico del congelador. Sus colegas le trataban como si estuviera gravemente enfermo, o como si se le hubiera muerto alguien. Todos los días al menos una de ellas le llevaba comida preparada, un pastel casero, galletas, libros infantiles, juguetes.

–Si quieres, la recojo a la salida del colegio, así puede hacer conmigo los deberes y tú vienes a buscarla más tarde. Yo no vivo lejos.

–Pero si yo termino a la misma hora que tú –se asombraba Ted, y su colega se ruborizaba–. Bueno, era una simple idea. Las niñas necesitan referentes femeninos.

A veces cuando entraba en la sala de profesores, las conversaciones enmudecían. Las miradas de sus colegas rebosaban simpatía, pero no solamente eso. Algunas eran verdaderamente lascivas.

Martina le había ofrecido cuidar de Emma después del colegio.

–Mi niña también está el día entero en el cole, en su mismo curso –informó–, aunque en otro grupo; tienen los mismos deberes.

–Martina, trabajas toda la jornada, tienes dos hijas, vives sola –dijo Ted–. Si hay que echar una mano, soy yo quien debería echártela.

–Sí, pero tú...

–¿... eres un hombre?

Ella sonrió, encogiéndose de hombros.

–¿Qué hace Emma el fin de semana? –siguió preguntando–. Mis hijas van al club de fútbol. Les sienta realmente bien. Podría hablar con el entrenador...

–Gracias, pero primero déjanos acostumbrarnos a la vida cotidiana, después me lo plantearé con mucho gusto.

Entretanto las demás profesoras habían formado un círculo a su alrededor. Observaron con desconfianza los ataques de Martina, pero no dijeron nada hasta que estuvo claro que Ted no mordería el anzuelo.

Entonces se adelantó la siguiente.

–¿Conoces la pizzería que está al lado de la estación? Tienen una zona especial para los niños, si alguna vez quieres conversar con adultos...

–Tenemos lasaña –dijo Ted a Emma, que alzaba la vista hacia él con mucha atención–. Creo que con carne picada. Luego musaka... es algo griego, de la vecina.

También las mujeres del edificio se habían enterado deprisa de que el joven y atractivo profesor vivía ahora con su hija. Le paraban en la escalera y le tocaban el brazo. «¿Y la madre? ¿Qué hay de la madre?»

Ted se preguntaba si habrían cotilleado tanto sobre él. «¡El padre! ¿Dónde está el padre? ¡Se ha marchado sin más! Ya solo ve a la niña los fines de semana, e incluso de manera esporádica. ¡En fin, se dirá lo que se quiera, pero normal no es!»

–Raviolis con carne, pastel de carne picada con puré de patata y guisantes, creo que tengo que empezar a congelar estos platos o se estropearán. Bueno, princesa, ¿qué te apetece?

«Ahora no se te ocurra encogerte de hombros», pensó. «Di algo, por favor. Di: “No quiero nada de esas ridículas comidas de ama de casa, quiero pedir una pizza, y esta vez con abundante queso por encima”».

–No sé –respondió Emma–. Elige tú.

–Elige tú, elige tú... –Él ocultó su decepción tras la puerta de la nevera abierta–. Por desgracia no queda nada de «elige tú».Y el «no sé» no parece muy fresco, ya está verde por los bordes.

Emma soltó una risa contenida. Se llevó la mano a la boca. Después se bajó de la silla y se situó a su lado. Levantó las tapas de plástico y las láminas de papel de aluminio y observó, indecisa, los platos que en realidad parecían iguales: todos cubiertos con una costra de queso fundido amarillo pálido.

Emma respiró hondo, como si supiera que tenía que decir algo. Y su padre se dio cuenta de que cualquier decisión sería un favor que ella le haría. Se animó.

–¿Sabes?, yo tampoco consigo decidirme. Por suerte tenemos microondas.

Y tras sacar pequeñas porciones de cada uno de los recipientes, las colocó en fuentes de cristal. Al final, sobre la mesa había siete platos distintos; ellos pincharon con sus tenedores de cada una de las fuentes humeantes, probándolo todo.

–¡Oh, que horror, esto es incomible! –exclamó Ted dejando caer la cuchara con tanta fuerza sobre el puré de patata, que salpicó.

Emma soltó un grito de júbilo. Después se tapó la boca con ambas manos.

–Te has puesto la camiseta perdida –exclamó señalando la barriga de su padre.

–Bueno, ¿y qué? ¡Tú también!

–¿Yo? ¡Ni hablar! –La niña examinó su camiseta. Entonces la cuchara de Ted cayó en otra fuente y la salsa de tomate le cayó en mitad de la barriga.

–¡Papá!

Ted pensó en las batallas de comida de su infancia. Sobre todo cuando las madres pasaban por una fase macrobiótica. La seca papilla parda de trigo integral era magnífica para formar bolas compactas que se utilizaban como munición.

–¿Cómo que papá? –respondió él arrojando al suelo una cucharada de guisantes–. ¡Esto no está pensado para comer! –Ya tenía preparado un cargamento de raviolis con salsa de queso apuntando al fregadero.

Emma lo miraba con los ojos como platos. Ted levantó la mano y lanzó la masa grasienta a través de la cocina.

–¡Vamos! –exclamó–. ¡Inténtalo tú!

Vacilante, Emma hundió su tenedor en la musaka. Con el ceño fruncido estudió las rodajas de berenjena que chorreaban aceite.

–No tengas miedo, no van a hacerte nada –exclamó su padre, lanzando un puñado de puré de patata contra la pared.

La niña estiró la mano con cuidado. Después, más que arrojarlas, dejó que las rodajas de berenjena se deslizaran del tenedor. Aterrizaron sobre la mesa, delante de Ted. Este se levantó de un salto y cogió una de las fuentes.

–¡No seas tan tímida! –Y se volcó encima de la cabeza la mezcla de carne picada y puré de patata. Emma resopló. Durante un instante Ted temió haber ido demasiado lejos. Que su hija se echase a llorar. ¿Tendría razón Martina cuando decía que un hombre no podía educar a una niña?

–Tú también tienes dos hijos –le había contestado él, pero su colega se había limitado a encogerse de hombros.

–Eso es otra cosa. Yo soy una mujer. Las mujeres son diferentes. Como madre, estás...

Como madre estás por encima de toda duda.

Ted recordó a su propia madre. ¿Cómo habría sido su infancia si ella se hubiera marchado un buen día al otro extremo del mundo, dejando a Ted abandonado a su suerte, o sea, con su padre? Esa idea respondía con bastante exactitud al desesperado sueño dorado que había tenido durante toda su infancia: que viniera su padre y se lo llevase con él. Que lo liberase del reino femenino de su madre.

En ese momento Emma profirió un alarido estridente. Agarró la fuente que tenía más cerca. Rodeó la mesa corriendo hacia Ted, que se refugió al otro lado de la cocina, abrió de golpe la puerta de un armario y ocultó la cara detrás. La masa caliente le alcanzó en medio de la barriga.

–Espera, pequeña bruja. Esto me lo vas a pagar.

Volvió a cerrar la puerta del armario, pero antes de que hubiera alcanzado la mesa, ya volaba sobre él una fuente entera. Con un tintineo cayó sobre el suelo de baldosines, sin romperse. Pronto la comida preparada con fines ocultos por mujeres cuidadosas quedó diseminada por toda la cocina. Ted y Emma estaban embadurnados de la cabeza a los pies.

Ted cogió a la niña en brazos y la llevó al cuarto de baño. Le quitó la ropa manchada y la metió en la ducha. Cuando estaba comprobando la temperatura del chorro de agua, ella lo miró muy seria.

–¿Te importa salir, por favor? –le pidió.

–Claro que no.

Ted cerró la puerta tras él. ¿No se habían bañado juntos apenas un mes antes, la última vez que ella estuvo con él? Se quedó inmóvil ante la puerta cerrada, escuchando el ruido del agua. Pasó mucho tiempo hasta que se extinguió.

–¿Papá? –le llamó Emma.

Él abrió la puerta una rendija. El pequeño cuarto de baño estaba inundado de vapor.

–¿Me secas?

Ted tanteó a ciegas para coger una toalla. Se arrodilló y mantuvo ante él la toalla abierta en la que Emma se metió de un salto como si fuera una red de seguridad. Ted envolvió su cuerpecito y le frotó con energía los hombros, la espalda, las piernas.

–¡No tienes acondicionador, papá! –se quejó Emma–. Ahora tienes que peinarme, pero no me hagas daño.

Ted se miró la ropa. Los restos de comida que llevaba adheridos habían ensuciado el cuarto de baño.

–Ve a ponerte el pijama. Yo también tengo que darme una ducha rápida.

Más tarde se sentaron en pijama en la cama de Emma, esta apoyada en sus rodillas. Él intentaba pasar un peine por sus cabellos crespos. Había heredado los rizos de su madre, que domaba y alisaba con celo religioso. Cuando Emma tenía apenas dos años, Ted se asombró, preguntándose de dónde habría sacado esos rizos. Tina había explotado. Llevaban juntos cuatro años y él no tenía ni idea. De cómo era su verdadero pelo. Ella no le había enseñado ninguna foto infantil. No había dicho nada. Escondía sus rizos naturales como un secreto peligroso.

–¡Ay! –gritó Emma.

–Mañana compraré acondicionador –prometió su padre.

–¡Especial para pelo rizado!

–Prometido. O –apartó el peine–... o te dejas rastas.

Emma sacudió la cabeza.

–¡Tú estás loco, papá! ¡Anda, sigue!

Por encima del hombro le pasó las cintas de goma con las que tenía que atarle el pelo, ya domado, estirado y trenzado.

Más tarde llamarían a la puerta y cenarían otra pizza. Esta con abundante queso. Luego, de camino hacia la cama, Emma se detendría ante la puerta abierta de la cocina y preguntaría preocupada si no debían recogerlo todo primero.

–¡Qué va, de esto se ocuparán los duendes durante la noche!

–Papá, que los duendes no existen.

–¡Claro que existen! Ya lo verás mañana. Ahora, a la cama.

Ted le leyó un cuento hasta que se le cerraron los ojos. Cuando se despertó, ya era de noche. Se levantó sin hacer ruido y se deslizó fuera de la habitación. Eran poco después de las diez. Antes salía a esa hora. Comenzó a limpiar la cocina.

Eso era vida, pensó Ted. Entonces sonó el teléfono. Era como si hubiera notado que estaba pensando en ella. En su madre.

—¿Es verdad lo que me han dicho, que tienes a la niña contigo? —suspiró—. A mí ya nada me asombra. La verdad es que tendrías que haber sido niña.

Nevada

—Me gustaría pedirle disculpas de nuevo —dijo el doctor Kaiser.

—No es necesario.

Nevada resbaló hacia delante en la silla. No quería que el médico le dijera nada, ni sobre su hija, ni sobre su dolor. Se había metido en el tubo y soportado el tictac metálico. Sin moverse. Lo había practicado durante mucho tiempo. Su madre y su hermana la habían acompañado. La habían esperado en el pasillo, sentadas juntas en duras sillas metálicas, dos mujeres delgadas, morenas, de cabellos cortos y rubios y labios pintados de rojo. Parecían hermanas. Nevada, pintada, con el pelo corto y más claro, tendría el mismo aspecto. Vigorosa, tensa y preparada para todo. El pelo largo, las capas de ropa flotante: mero camuflaje.

Nevada aún no sabía bien si alegrarse de que Martha y Sierra se ocupasen de ella. A Nevada, esa asistencia concentrada que se brindaba casi sin contacto físico o palabras de ánimo, práctica y estoica, le extrañaba. Su madre nunca se había preocupado por ella. Ni siquiera cuando el médico de cabecera le había advertido de que su hija tenía una peligrosa falta de peso.

—¿Sí, y qué? Al fin y al cabo es bailarina —le había bufado al galeno—. Y tiene justo el tipo adecuado para eso. ¡Mejor haría usted ocupándose de la obesidad que hace estragos entre los jóvenes!

De regreso a casa en el coche, castigó a Nevada con un silencio gélido. Solo cuando aparcó el coche en su calle y apagó el motor, dijo, dominándose a duras penas:

—¡Muchas gracias, Nevada! Cualquier idiota sabe que los trastornos alimentarios se deben a una alteración de la relación madre e hija. Ahora, claro, el médico pensará que soy una mala madre. ¡Muchas gracias! ¡No me faltaba más que eso! ¡Como si no tuviera bastante con tu padre!

Nevada no quería pensar por qué su madre se había puesto de pronto tan incondicionalmente a su lado. Quería dejarse caer en sus brazos fuertes y

nervudos. Pero no podía. ¿Por qué ahora, por qué así, por qué no al momento? Las preguntas giraban en su cabeza como una rueda de molino, pulverizando el alivio que a pesar de todo sentía: no estaba sola. Nadie de la comunidad del yoga la había acompañado a una cita en el hospital. Nadie entendería por qué acudía allí. Era una renegada.

Nevada miró al médico con firmeza. Por una parte deseaba saberlo. Por otra, no. En los últimos días había pasado muchas horas en internet buscando en Google los distintos diagnósticos posibles. Una posibilidad era ELA. Esclerosis lateral amiotrófica. Los temblores, los fenómenos de parálisis, la caída, apuntaban en esa dirección. La parálisis avanzaría incontenible hasta asfixiarla. Eso no duraría mucho tiempo. Presuponiendo que se negase a recurrir a la respiración asistida. En el curso de sus investigaciones había topado con la absurda historia de un neurólogo que había dirigido en el hospital universitario de San Francisco una de las clínicas de ELA más importantes del mundo, y en cierto momento él mismo contrajo la enfermedad. Enseguida surgieron rumores de que la ELA podía ser contagiosa. Pero era una mera cuestión estadística. El médico, contento hasta cierto punto, murió nueve meses después. Ese plazo se podía resistir. En una entrevista, el catedrático, que estaba en una bicicleta estática con mascarilla, bromeaba diciendo que no había sido posible adaptar su casa a su rápida parálisis progresiva: para cuando se instaló la rampa para la silla de ruedas, él ya estaba atado a la cama.

A Nevada la esclerosis múltiple le parecía simplemente una variante de la ELA más lenta y torturante que al final terminaba igual: parálisis de los músculos respiratorios, muerte por asfixia. Ese final era inevitable, la enfermedad podía demorarse diez o veinte años, pero se podía disfrutar de una calidad de vida relativamente buena. Poco a poco, intensos dolores y convulsiones atormentaban al paciente, y a veces se caía de narices. Con esclerosis múltiple incluso se podía practicar yoga, al menos eso había averiguado Nevada por internet, había diversos programas de ejercicios para ello.

¿Había también profesores de yoga con esclerosis múltiple? Seguramente. Una actriz que llevaba años sin ser contratada porque la tomaban por una

bebedora debido a su torpeza de movimientos, reconoció finalmente de manera pública que padecía EM.

Y que eran los medicamentos los que le hacían parecer hinchada, y no el consumo abusivo de alcohol.

¿Medicamentos? ¿Hinchada? ¿De verdad preferiría asfixiarse antes que engordar? Para Martha eso estaba fuera de toda duda. Nevada aún no lo había decidido.

—Conseguí lo contrario de lo que pretendía —dijo el doctor Kaiser, y Nevada se preguntó a qué se refería. Volvía a hablar de su hija—. Me burlé sistemáticamente de todo lo que era importante para ella. Alimentación ayurvédica, medicina homeopática, medicina tradicional china, yoga... no es casualidad que usted sea ahora mi paciente, señora Marthaler, con usted puedo reparar todo el daño que causé. Si creyera en la otra vida, casi me atrevería a decir que la ha enviado mi hija. Pero mi hija... mi hija está muerta.

Sonó como si no hubiera sido consciente de ello hasta entonces. Apoyó la cabeza en las manos, un gesto ya conocido por Nevada. Esta no sabía exactamente lo que esperaba de ella, suponiendo que esperase algo, y decidió no hacer nada. Aguardar.

Estaba sentada en la desvencijada silla metálica sobre la que flotaban en el aire sus dos diagnósticos posibles, esperando. Permanecer sentada, seguir respirando. No saber cuál de las dos enfermedades incurables padecía. No descartar del todo un milagro. Mientras el médico no diga nada, todo es posible. Incluso que sea una falsa alarma. Seguir respirando. Permanecer sentada.

—Ella se había echado novio, ¿comprende?, el padre del niño, se negaban a casarse, querían vivir de acuerdo con sus propias reglas. Pensaban vender cosmética natural por internet, él se encargaría de la parte técnica, ella de la artística, se habían instalado muy bien en el campo, muy lejos de todo. A cinco kilómetros de la carretera, se accedía a ellos con dificultad por un camino empedrado; al final los minutos decisivos que perdieron camino del hospital universitario le costaron la vida. Si no me hubiera pasado años despoticando de todo lo que era importante para ella, no habría insistido con tanta vehemencia en parir en casa. Markus, su compañero, contó más tarde que la comadrona había intentado convencerla durante más de una hora, no llamó a la

ambulancia hasta que Maja perdió el conocimiento, la pérdida de sangre fue brutal, ¿sabe?

»Markus me culpó a mí. Mi mujer me culpó a mí. Yo soy médico, ¿comprende? La muerte es mi enemigo personal. El hijo no puede morir antes que el padre, el nieto antes que el abuelo, todo eso es bastante terrible, pero como médico, ¿sabe?, como médico...

»Todos los días arranco a personas de la muerte, opero tumores con los que nadie se atreve, rozo con mi escalpelo el centro del lenguaje de una persona, y entonces mi hija se muere de parto, como una campesina inculta hace cien años. Y mi nieto. Solo teníamos esa hija. Era la única posibilidad.

»Mi matrimonio se rompió por eso. Markus no ha vuelto a verme... ¿por qué iba a hacerlo? Estoy solo, ya no tengo familia, solo estoy yo.

–Y yo –dijo Nevada finalmente.

El doctor Kaiser levantó la vista.

–Y usted –asintió.

Abrió el historial médico de Nevada como si necesitase consultar algo. Como si no lo supiera.

–Bien, señora Marthaler –carraspeó–. Padece usted esclerosis múltiple. Por lo visto desde hace largo tiempo. Me asombra que sus dolores no sean más intensos. –Sacó imágenes de la carpeta, las sujetó ante la pared luminosa y señaló los puntos blancos en su cerebro.

Nevada no contestó. ¿Estaba decepcionada? ¿No había una muerte más rápida, aunque fuera más cruel? ¿Medicamentos que la engordaran? Inspirar. Espirar. Permanecer sentada.

–¿Qué significa eso? –preguntó.

–Padece usted una enfermedad nerviosa incurable y progresiva. No puedo prever con exactitud su desarrollo. Pero voy a recetarle ahora mismo un potente cóctel.

–Yo no bebo alcohol. –Nevada vio ante ella una copa de Martini colosal en la que nadaba una mujer desnuda.

El médico esbozó una sonrisa forzada.

–Conmigo está en buenas manos –dijo–. Lucharé a su lado. Haremos todo lo posible para mantener en jaque a la bestia. Lo primero que tiene que

prometerme es no investigar el diagnóstico en internet. –Se encontró con la mirada de Nevada–. ¿Esta advertencia llega demasiado tarde?

Nevada asintió.

–Bien... entonces, dígame. ¿Qué ha averiguado? ¿Qué es lo que más le preocupa?

Nevada no necesitó pensarlo.

–Los medicamentos –se le escapó–. ¡Bajo ningún concepto quiero engordar! Qué ridículo. Su madre estaría orgullosa de ella.

Poppy

¡Qué alivio cuando sonó el timbre de la puerta! Wolf no había dado señales de vida. No había reaccionado a sus llamadas. Había marcado su teléfono cien veces seguidas, cada uno de sus números, podía llamarlo a casa sin problema. Kim ya no descolgaría para preguntar, desconfiada: «¿Diga?».

Wolf era libre. Ya no estaba casado. ¿Por qué no iba a verla? ¿Por qué no la llamaba?

«Sospechoso», había dicho Audrey. «El marido siempre es sospechoso.» Poppy había visto por televisión las suficientes series policíacas para conocer esa máxima. Y para saber que casi siempre era cierta. Máxime cuando el marido tenía una amante. ¿Conocía alguien su existencia?

Poppy había abandonado su blog. En su cabeza ya no alborotaban monos. Solo murciélagos desesperados chillaban en la oscuridad. Llamando a Wolf. Todos sus pensamientos giraban alrededor de él. ¿Dónde estaba? ¿Qué pensaba? ¿Cómo se encontraba?

Lo conocía lo suficiente para adivinar que se sentía culpable de la muerte de su mujer. La había dejado sin patria, la había hecho infeliz, la había engañado. A lo mejor había deseado su desaparición. No de esa manera, pero sí. Poppy temía que asumiera la culpa de la muerte de su esposa.

¿Lo habrían detenido ya? ¿No la llamaba por eso? Repasó todas las noticias de archivo que tenía a su disposición. *La policía pide información*, se leía al final de cada artículo. Varias veces había marcado el número que figuraba bajo ese mensaje, para colgar de nuevo. ¿Qué iba a decir? «¿Él no ha sido, yo le

conozco? De verdad, es incapaz de hacer daño a una mosca, y lo digo en sentido literal, yo misma estaba presente cuando se pasó diez minutos desnudo junto a mi ventana intentando espantar a un animal confundido para que saliera.»

–¿Desnudo? ¿Junto a su ventana?

«Podría presentarme como periodista», pensaba Poppy. Y preguntar si Wolf había sido detenido. No se atrevió. No confiaba en su voz, la delataría.

En el bar de la empresa, Poppy se sentó junto a Hanspeter, que llevaba casi tanto tiempo como ella en la sección de noticias locales, con la diferencia de que él siempre había trabajado como redactor. Le dejó que probase su escalope a la vienesa (Hanspeter estaba a dieta) y escuchó con paciencia sus informes sobre sus nuevos récords de *mountain bike*, antes de que ella, de pasada según creía, le interrogase.

–Oye, ese caso de la americana muerta, ¿sabes si hay alguna novedad? ¿Han detenido a alguien?

–¿Por qué? ¿Acaso sabes algo? –Hanspeter apartó su plato de ensalada y se inclinó hacia delante.

–¿Yo? ¡No! ¿Por qué lo dices?

–Audrey dijo que te quedaste completamente pálida cuando leíste el artículo y que abandonaste el archivo como quien dice huyendo a la desbandada.

–¡Qué va!

–Yo tampoco la creí –replicó Hanspeter–. A Audrey le gusta darse importancia. Pero aquí estás, compartiendo conmigo tu escalope como si fuéramos buenos amigos... y en la primera pausa de la conversación me preguntas por el caso. Así que... ¡escupe!

–No hay nada que escupir. Muchas gracias, me has quitado el apetito. – Poppy empujó su escalope hacia Hanspeter, se levantó y regresó a su agujero del sótano, a su ordenador, a sus informes inútiles.

«Si lo hubieran detenido, se sabría», pensaba. «Seguro.»

Acababa de prepararse para salir, se había puesto ya los pantalones de yoga debajo de su vestido cruzado y enrollado la esterilla, cuando llamaron al timbre. ¡Por fin! Abrió la puerta de par en par. No era Wolf.

–¿Es usted la señora Annamarie Schneider?

¿Annamarie? Poppy tuvo que pararse a pensar un momento. Luego asintió.

Así se llamaba.

–Burckhardt, policía cantonal. ¿Podemos pasar?

Por supuesto. Dos hombres jóvenes, pensó Poppy al principio, pero luego resultó que uno era mujer. Campechana, pelo corto, con las piernas abiertas.

–Walder –informó, escueta. Luego pasó junto a Poppy y se detuvo ante la pared cubierta de notas–. ¿Está escribiendo un guion? –preguntó.

Poppy le dedicó una inquisitiva mirada.

Walder señaló con el mentón los post-it amarillos, verdes y rosas de la pared.

–*Story line* –contestó Walder a modo de explicación.

Mientras Poppy meditaba todavía sobre esa frase –¿*story line*?–, Burckhardt ya se había acercado a ellas.

–Apagar la luz –leyó en voz alta–. Ventana cerrada. Llaves. Teléfono. Monedero. –Se volvió hacia Walder–. Extraña *story line* –comentó.

–Es mi vida –contó Poppy–. Se me olvida todo. La edad... –Hizo un gesto con la mano, como si no hubiera sido siempre así, desde niña.

«Si no tuvieras la cabeza pegada al cuerpo...» La cabeza no era el problema, sino lo que había dentro. Pero desde hacía unos años recurría a su edad como disculpa.

–Sí, sí, ya lo sé. La edad... –Todos se volvían olvidadizos. Todos tenían que preguntar, unos oían mal, otros no prestaban atención.

Poppy dejó caer su bolsa, su esterilla de yoga, la cinta azul, se soltó, la esterilla se desenrolló en el suelo como una lengua.

–Señora Schneider, tenemos que hablar con usted.

Walder se dirigió al salón, se sentó sin preguntar en el único sitio libre del sofá. Se sentó con las piernas abiertas, los codos apoyados en los muslos. Su colega permaneció de pie, escudriñando a su alrededor. Los platos del desayuno seguían sobre la mesa, y en la cocina, los de la comida. Sobre el sofá había periódicos, ropas, un abrigo y un ramo de flores, todavía envuelto en papel de seda verde. Poppy apartó el abrigo y colocó los periódicos encima de la mesa; Burckhardt se sentó en el sitio libre. Poppy cogió el ramo de flores y lo llevó a la cocina. Retiró el papel verde y buscó un jarrón.

–¡Señora Schneider!

Dejó el ramo de flores en el fregadero, regresó al cuarto de estar y se sentó

en el sofá. Los tres, sentados en fila, miraban al frente.

–¿Vive usted sola?

Como si no fuera evidente. Poppy no contestó. En ese momento empezó a sonar el reloj de cocina.

–Se para solo –informó. La asaltó la sensación de que tenía que explicarse y añadió–: Es para no llegar tarde.

El reloj enmudeció.

–Ya lo ven –dijo Poppy.

–¿Dónde estaba usted hace una semana, más o menos a esta hora, hasta las veintidós horas?

–En clase de yoga. ¿Por qué? Voy todos los lunes. Ahora mismo me disponía a...

–¿De qué hora a qué hora exactamente?

–La clase dura de siete a ocho y media... –Entonces recordó–. Es decir... la semana pasada... ahora que lo dicen... –enmudeció. ¿Había sido realmente la semana pasada?

–¿Cómo dice, señora Schneider?

–La clase se interrumpió –Poppy meditó. No lograba acordarse. ¿Había ido al Bar del Río y se había tomado una sopa de brócoli, o eso fue otro lunes?– Ya no me acuerdo, creo que me fui a casa. Comprendan, la sangre en la esterilla...

–¿Sangre en la esterilla? –Walder pareció querer decir algo más, luego se encogió de hombros.

–No, ahora que lo dicen, estoy segura de que no pudo ser así. De eso hace mucho más tiempo. De lo de la sangre. La última semana ni siquiera asistí a yoga. Estuve de baja. En esa situación no salgo de casa.

–¿O sea, que el lunes pasado estuvo toda la noche en casa?

–Sí.

–¿Puede confirmarlo alguien?

–No, vivo sola.

Tengo que vivir sola, pensó, y después pensó en Wolf. Wolf, con quien todo era fácil.

Como si el policía Burckhardt le hubiera leído el pensamiento, le tendió una foto de Wolf. Llevaba una especie de camiseta deportiva con un número en el

pecho, y una gorra roja. A su lado, con la misma gorra, radiante, una mujer. Poppy cogió la foto. La mujer no se parecía a la mujer de la foto de boda, pero tenía la misma mandíbula ancha con numerosos dientes blancos. Así que tenía que ser ella. Kim.

–¿Conoce a esta mujer?

Poppy negó con la cabeza.

–¿No?

–No –Y era verdad. Nunca había conocido a Kim.

–¿Y a él?

–¿A Wolf? Sí, claro. Conozco a Wolf. Desde hace mucho tiempo.

–Y... ejem... ¿qué relación mantiene con él?

–Le quiero.

–¿Cómo debo interpretar eso?

–Como le apetezca –respondió Poppy. Ella no podía mentir. No es que no lo hubiera intentado. Solo era capaz de mentir si creía que decía la verdad–. No fue mi primer amor, pero sí el segundo. No es verdad que uno nunca olvide el primer amor. En mi caso fue el segundo. Nunca le olvidé.

–¿Hace cuánto de eso? –intervino Walder–. ¿Cuándo lo vio por última vez?

–Oigan, tengo que ir a clase de yoga. Si llegas tarde no te dejan entrar...

–Limítese a responder a nuestras preguntas –repuso Walder.

–No sé cuándo vi a Wolf por última vez. –Eso también era verdad. Le parecía que habían transcurrido años. Pero sabía que era imposible–. Debió ser un lunes. Porque quedé con él después de clase de yoga... –Extendió las manos. Se había delatado. Lo había delatado.

–¿Entonces aún estaban en contacto? ¿O acaso habían vuelto? ¿Desde cuándo?

Poppy calló. Le resultaba difícil no contestar. Sabía que se delataría, y casi se sentía aliviada por haberlo superado. ¿Podría de verdad empeorar más las cosas?

–Hemos encontrado en el perfil de Facebook de él su confirmación de amistad. Fechada hace tres meses.

–Sí –contestó Poppy.

Había oído decir al comisario de una serie de televisión que respondiendo con monosílabos uno no podía meter la pata. Eran los detalles con los que uno

se ahorcaba. Pero Poppy no pudo soportar el silencio que Walder y Burckhardt mantenían, similar a una pegajosa telaraña.

–Sí, yo le quería, sí, nos veíamos, él engañaba a su mujer, pero no la mató.

–¿Estaba enterada ella de su aventura?

–¿Cómo voy a saberlo? Wolf nunca hablaba de ella.

–¿No contó nada de una pelea? ¿De que llegaron a las manos?

Poppy apretó los labios. Agachó la cabeza. Lo había estropeado todo. Solo quedaba una salida. Levantó la cabeza y miró entre los dos policías a la pared que estaba tras ellos. Fijó un punto, tal como le había enseñado Nevada. Quien mantiene los ojos fijos en un punto, no pierde el equilibrio tan fácilmente.

–De acuerdo –dijo–, lo reconozco. Fui yo. Yo lo hice. Yo soy culpable de su muerte.

Walder y Burckhardt cruzaron una mirada y luego se levantaron.

–Nos gustaría recoger por escrito su declaración. Acompañenos, por favor.

Poppy se resignó. Aliviada. Deseando casi que le pusieran las esposas.

Segunda Parte

Respiramos con el corazón

śabdajñānanupatī vastuśūnyo vikalpaḥ

La imaginación es la comprensión de un objeto a través
de la palabra, incluso en ausencia del objeto.

Patanjali Yoga sutra 1.9

Poppy

Poppy yacía boca arriba, mirando al techo. Bajo la pintura gris se notaban las vetas del hormigón. Sus ojos seguían arriba y abajo las líneas del techo a lo largo de la pared hasta llegar a la ventana situada a media altura, grande pero enrejada. Contó las líneas hasta quedarse dormida. Fue un sueño largo y profundo. La luz del techo permaneció encendida toda la noche, la trampilla corrediza que daba al pasillo la abrían cada pocas horas. Para comprobar si seguía en su cama. ¿Dónde iba a estar si no?

Nada era como se había imaginado. Todo era distinto. Apenas hubo confesado, Walder y Burckhardt adoptaron otro tono. ¿Qué se figuraba? ¿Que se iba de vacaciones? ¿Que podía hacer la maleta, informar a sus amigos y parientes, quizá comer algo primero o volver a consultarlo con la almohada? Ni siquiera la dejaron utilizar el lavabo de su casa. Tampoco llevarse nada. Ni libros, ni ropa, ni objetos de aseo, ni el móvil, ni el portátil.

«No va usted a un balneario», le bufó Walder. Solo le permitieron los cigarrillos. Ella recogió de la mesilla de noche la cajetilla que había compartido con Wolf. Burckhardt había cogido su bolso; Walder le puso las esposas, se la llevaron presa. En la comisaría la interrogaron a fondo. Pero Poppy pronto dejó de hablar. Se dio cuenta de que se enredaba en explicaciones, se confundía. Ni siquiera sabía cómo había muerto Kim. Solo lo que había leído en la prensa. Le habían roto la laringe. ¿Cómo se hacía eso? ¿Con la mano? ¿Tenía ella siquiera la fuerza necesaria? No le cabía en la cabeza. Pero su culpabilidad estaba probada, al menos dentro de su mente. Ella también era culpable de la culpa de Wolf. Tenía que protegerlo. Eso era lo mínimo. Pensó en sus manos, en sus ojos, en la herida de su frente y en cierto momento dejó de hablar. Imprimieron el acta, apenas una página, ella tuvo que firmarla.

Después la condujeron a la prisión preventiva: una fortaleza gris en las afueras de la ciudad, rodeada de verdor, amurallada, alambrada, inexpugnable.

Se abrió un portón, el coche celular entró en un patio con muros de la altura de edificios. Comprobaron su identidad a través de un sistema de intercomunicación, se abrió un segundo portón, el coche lo atravesó, cruzó una plaza más grande y se dirigió a una puerta negra de metal por la que se accedía a un garaje. Allí, Walder apagó el coche y se apeó. Saludó a la funcionaria que se hizo cargo de Poppy y le entregó una carpeta con la documentación. Burckhardt abrió la puerta trasera e hizo salir a Poppy. Por un cristal, Poppy vio una sala llena de pantallas y aparatos en los que trabajaban personas. Sin darse cuenta, les sonrió. Burckhardt le ordenó que se situase sobre las huellas de pies de color amarillo pintadas en el suelo de cemento, junto a la ventanilla. Así quedó de cara a la pared, y Burckhardt le quitó las esposas. Después volvió a montar en el coche celular; esta vez se puso él al volante. Walder se despidió de la colega, pero no de Poppy. Ella ya no existía.

Los policías esperaron en el coche celular hasta que Poppy siguió a la funcionaria a la sala siguiente. Cuando las puertas se cerraron tras ellas, Poppy oyó ponerse en marcha el motor. Se encontraba en una sala equipada con una cinta transportadora y una barrera, igual que el control de seguridad de un aeropuerto. También allí había huellas de pies amarillas en el suelo, delante de la pared. En ese momento la funcionaria se presentó.

–Me llamo Fahrny y soy responsable de usted hasta que haya ingresado.

–Schneider –respondió Poppy, y la funcionaria hizo una inclinación de cabeza.

Parecía amable, pero cuando Poppy se dispuso a hablar –«Esto parece un aeropuerto», quiso decir, o: «¿Sabe? Yo nunca he estado en la cárcel.»–, se dio la vuelta. Ya había oído todo lo necesario.

Poppy cruzó la barrera sin decir ni pío. Depositó su bolso bandolera sobre la cinta transportadora. Después se situó sobre los pies amarillos, hasta que Fahrny abrió la puerta siguiente. Entraron en un largo pasillo con puertas situadas a intervalos regulares y luces de techo cuadradas. Poppy miró hacia arriba hasta que se mareó. La estancia siguiente tenía por fin el aspecto de una cárcel. Suelo frío, paredes grises, sin ventanas. En la pared del fondo, una mesa con un ordenador. Delante, sobre el suelo desnudo, una toalla de rizo azul. Poppy se preguntó que significaría. Lo averiguaría.

–Por favor, póngase ahí –dijo Fahrny señalando a la pared que tenía sujeta

una regla graduada con gruesas rayas negras. Poppy fue fotografiada de frente y de perfil. De nuevo sintió necesidad de hablar, de quitar hierro a la situación. Pero algo en la mirada de Fahrny se lo impidió, y de pronto, Poppy se alegró. No había nada que paliar, nada que suavizar. Ella había abandonado su mundo.

–Por favor, desnúdese. –Fahrny señaló una silla de plástico en la que Poppy depositó su ropa. Se quedó en bragas y sujetador.

–Del todo –precisó Fahrny, volviéndose para lavarse las manos en la pila. De un expendedor sacó unos guantes de goma, se los puso y se volvió de nuevo hacia Poppy, cuyos pies desnudos habían buscado automáticamente el paño azul.

Estaba abierta de piernas sobre la toalla azul y dejó que los dedos enguantados de Fahrny palpasen sus aberturas corporales. Fue rápido, no le dolió. Poppy esperaba que su cuerpo se enfadase, pero no sucedió nada. Fahrny le hizo entrega de ropa interior limpia, un chándal azul, calcetines, un par de deportivas con cierre de velcro. A continuación se sentó ante el teclado y escribió con dedos ágiles una lista con todos los objetos que iba a requisar a Poppy.

Un bolso/piel/bandolera, contenido: móvil (iPhone G3), monedero, piel plateada, tres tarjetas de crédito, diversas tarjetas de compra, bono de transportes GA 2.ª clase, 72,59 francos, 3 barras de labios, 1 polvera, 1 peine, 2 libros: Cómo controlar las cosas sin una pizca de autodisciplina y Un verano sin hombres, pañuelos.

–¿Esto qué es? –preguntó Fahrny levantando un objeto.

Poppy se quedó petrificada. Su teléfono fijo.

–He debido guardármelo sin darme cuenta.

–¿Es el teléfono de su casa? –Fahrny meneó la cabeza con incredulidad. *¡teléfono*, escribió–. ¡Lleva usted más basura en el bolso que yo!

Su primer comentario personal. Poppy sonrió.

–Voy a poner «objetos diversos», ¿de acuerdo?

Fahrny imprimió el inventario y Poppy lo firmó. Sus pertenencias fueron empaquetadas en una bandeja de plástico a la que se asignó un número de serie. Le permitieron quedarse con los cigarrillos.

Dentro de unos días le devolverían sus propias ropas, explicó

Fahrny. También podría solicitar que le trajeran cosas del exterior. Pero por el momento las llamadas telefónicas estaban prohibidas.

–Peligro de colusión –añadió Fahrny, y Poppy asintió.

Lo comprendía. Ella colisionaba continuamente con todo. Conjurar ese peligro la tranquilizaba.

Recorrieron pasillos interminables, subieron escaleras, más pasillos, todos en apariencia idénticos. Por todas partes esos cuadrados de neón. En cierto momento, Fahrny se detuvo y abrió una puerta. La celda de Poppy.

–La ropa de cama está preparada encima de la mesa –informó–. Hágase ya la cama, se cena a las diecisiete horas.

Poppy miró su muñeca en la que ya no llevaba reloj. A partir de entonces todos los días transcurrieron igual. Por la mañana a las seis una especie de sirena de barco atronaba el recinto. Durante un instante, Poppy no sabía dónde se encontraba. La manta de la cama, blanda y descolorida por los lavados, olía a jabón. Le picaba en la piel. Se levantaba, se lavaba en la pila, se quitaba el pijama azul y se ponía el chándal azul. Se hacía la cama, se sentaba encima, esperaba el desayuno que le entregaban a través de la ventanilla de corredera. Las funcionarias se presentaban todas las mañanas, la saludaban y le preguntaban cómo se encontraba.

–No me gusta la mantequilla –dijo la primera mañana al ver las rebanadas de pan ya untadas.

–Es margarina.

A la mañana siguiente le trajeron pan solo. Al cabo de unos días Poppy se acostumbró al sabor ácido del pan, al regusto a nuez del café tibio. Por la ventanilla de corredera le servían la comida tres veces al día. Podía salir a tomar el aire una hora diaria, de momento todavía sin compañía. Solo cuando hubiera quedado descartado el riesgo de enfrentamientos la dejarían permanecer en el patio junto con las demás reclusas. A ella no le importaba estar sola. El patio era de cemento, mesas, taburetes, mesas de *ping-pong* brotaban del suelo, todo del mismo hormigón pintado de gris claro. Por encima de su cabeza, una red de metal tensada. Poppy tenía la sensación de que conocía ese patio por una película. Le gustaba. Se sentía a gusto allí.

Una de las funcionarias le había contado que durante los trabajos de construcción había anidado allí un pájaro. En el pequeño nicho de la pared en

que se encontraba ahora la llave principal de agua había empollado cinco huevos. Los obreros esperaron a que todos los pájaros hubieran salido del cascarón y hubieran escapado volando para tensar la tela metálica sobre el patio. Habían terminado de construir la prisión alrededor de ese nido. Heussler abrió con una llave la puerta metálica, enseñándole el nicho que ahora ocupaba la rueda azul de la llave del agua.

Dentro de una semana podría telefonar por primera vez, recibir visitas, y le entregarían otro equipo limpio: toalla, guante de crin, pijama, chándal, ropa interior y calcetines. Poppy se dio una ducha. El chorro de agua era duro y tibio. Se lavó con un jabón de olor penetrante y se aclaró el pelo con abundante agua. La espuma del jabón se lo dejó áspero.

La toalla con la que se secó era fina. Sentía la piel tirante, no había traído crema. Mentalmente redactó una lista que pensaba dictar a Julia. No se le ocurrió nadie más a quien llamar. Julia podría explicar mejor que Poppy a los niños lo que había sucedido.

Cosas que necesito, escribió Poppy en su cabeza. Gel de ducha, champú, suavizante. Ropa. Zapatos. Libros. Revistas. Cigarrillos. Cigarrillos. Cigarrillos.

Pasado algún tiempo podría trabajar, ganar dinero, incluso alquilar un televisor. Pero no un ordenador. Poppy volvió a vestirse. El chándal azul parecía quedarle más pequeño cada día, a lo mejor había engordado. La comida era abundante, le preguntaban cada vez si era suficiente, si quería más guarnición, si le gustaba.

Poppy colgó la toalla húmeda a media altura en el muro situado entre la ducha y su cama. Dobló el pijama y lo colocó debajo de la almohada. Sacudió la colcha y la alisó. Fregó los platos en la pila, los secó, volvió a colocarlos en la mesa, colgó el paño de cocina. Fregó la pila, dobló la bayeta.

Eso fue todo. A su alrededor: orden.

Se tumbó en su cama hecha y clavó la vista en el techo. Una calma singular se apoderó de ella. ¿Qué había sido de su desesperación? Se sentía completamente tranquila. No albergaba demasiados sentimientos, ni de desesperación, ni de felicidad. Transcurrían las horas, los días, las noches. En todo momento sabía lo que iba a suceder a continuación. La cama se separó del suelo al que estaba atornillada, primero se elevó vacilante cosa de medio

metro, después fue subiendo poco a poco y voló por la ventana enrejada. Poppy salió volando en su cama, muy alto, muy por encima del techo de la cárcel, por encima de las calles y los edificios de la ciudad. Poppy miraba hacia abajo, allí estaba la casa en que se había criado, y allá la casa donde había vivido con Peter. Una figura diminuta subió a un coche rojo, quizá Julia dirigiéndose a la cárcel a visitarla. «Qué se le va a hacer, cuando te casas con un hombre, te casas con su pasado», respondería ella cuando su vecina le dijera meneando la cabeza: «La verdad, Julia, es que no es obligación tuya. Eres una santa». Poppy nunca le había caído bien a su vecina.

Poppy continuó volando, por encima del edificio de la redacción del periódico local. Allí iba Audrey, dando brincos hacia la puerta de entrada, con una minifalda de color rojo vivo y deportivas. Su cola de caballo se balanceaba. En el aparcamiento trasero, un montón de fumadores, y ahí estaba su casa, y más allá la Fábrica del Río, el estudio de yoga. Desde tan lejos abarcaba su vida fácilmente con la vista. Parecía ordenada y pequeña. Pero su cama ascendió cada vez más alto, hasta que se quedó encajada en el impenetrable blanco lechoso del techo de nubes. Ahora ya no había nada. Solo blancura. Poppy cerró los ojos. Detrás de sus párpados nevaba.

Avidyā k ṣetramuttare ṣā ṁ prasuptatanuvicchinodārāṅṅām

Del malentendido surgen todos los demás problemas.

A veces son oscuros y apenas discernibles,
otras visibles y dominantes.

Patanjali Yoga sutra 2.4

Nevada

Supo al momento quién era. Él dio un paso hacia ella y ella hacia él, y se quedaron frente a frente, como si no hubiera nada más.

–¿Puedo ayudarte? –preguntó Nadine desde el mostrador, y el momento se desmoronó. Ambos miraron al suelo como si pudieran ver allí los añicos. Los restos de un instante.

–Me llamo Wolf –se presentó.

Nadine asintió alentadora con la cabeza, pero Wolf seguía sin fijarse en ella, solo tenía ojos para Nevada.

–Nevada –dijo Nevada.

–Tenemos que hablar.

Nevada asintió. Claro que tenían que hacerlo.

–¿Y la clase? –avisó Nadine cuando ya casi habían llegado a la puerta.

La clase. Claro.

–Después de clase –dijo Nevada, y animándose–: ¿Te gustaría asistir?

En su clase, como alumno suyo, estaría seguro. En la clase, como profesora suya, ella estaría protegida.

Nevada practicaba el quinto *yama*: *brahmacarya*. Abstinencia. La mayoría de los modernos profesores de yoga interpretaban ese *yama* con más generosidad: según la fuente y la traducción también podía significar moderación. O autoconocimiento.

Durante su formación como profesora de yoga, Nevada había estudiado los *yamas* y *niyamas*, las reglas para relacionarse consigo misma y con los demás, que antecedían a las posturas corporales y a los ejercicios de respiración, y que constituían los dos primeros peldaños en el camino del yoga. Por entonces se había concentrado sobre todo en los rituales de purificación, los *kriyas*. A pesar de que no comía carne ni huevos, a pesar de que vomitaba agua salada con regularidad para mantener puro su cuerpo, los momentos en los que perdía

el control se sucedían. Fumaba marihuana, sumergía terrones de azúcar en tequila, caía en camas extrañas.

Un buen día se encontró en un cuarto de baño desconocido buscando el cepillo y la pasta de dientes. Al cambio de un rato tuvo que reconocer que el joven profesor de yoga con el que se había ido a casa tras una sudorífica hora de ejercicios, se identificaba tanto con los usos y costumbres indios que se lavaba los dientes con una pasta de sal preparada por él mismo. También se lavaba con agua salada su nariz, su estómago, su intestino.

Nevada se miraba en el espejo y presencié cómo se derrumbaba sobre sí misma. Todavía no era lo bastante buena. Ella se lavaba sus orificios nasales con agua salada caliente. Por entonces podía pasar sin esfuerzo desde la inmovilidad a la postura del puente, y rodearse los tobillos con las manos. Por detrás. Y sin embargo nunca era suficiente. Ella seguía utilizando pasta de dientes tradicional, no una piedra de sal. «No eres una cabra», le dijo una voz en su cabeza, y entonces entró él, cuyo nombre ya no recordaba, muerto de sueño, y se sentó en la taza.

—¿Te has dado cuenta de que los excrementos de los veganos no huelen? — murmuró el hombre, y se dispuso inmediatamente a demostrar esa tesis.

Nevada huyó del cuarto de baño, cogió su ropa, se vistió.

«Así nunca te conocerás a ti misma», siguió diciendo la voz. Y entonces ella unió por fin las dos cosas: la abstinencia y el autoconocimiento. Una cosa debía conducir forzosamente a la otra. El sexo provocaba inseguridad en Nevada. Desdibujaba los bordes. Así que renunció a él. Desde que había abandonado hacía más de cinco años la vivienda del lamedor de piedras de sal no había vuelto a practicar el sexo. Con nadie. Ni siquiera en solitario. Cuanto más tiempo renunciaba, más fácil era. Se olvidó incluso de su existencia. A diario colocaba sus manos sobre cuerpos bellos, acariciaba columnas vertebrales sudorosas, apretaba muslos temblorosos, percibía resistencia y dolor, y ella acogía todo eso en sí misma y lo transformaba en luz blanca.

Todo se había vuelto más sencillo. Toda su energía fluía en su yoga. En su clase. En sus alumnos. Ese era su destino. Ese era su *dharma*. Ese era su plan.

«Si quieres hacer reír a Dios, háblale de tus planes», solía decir la madre

de Nevada. Solo para añadir después que Dios no existía. Por supuesto que no.

Pero ahora sus muñecas cedían, le dolían los brazos, los hombros, recientemente también las rodillas, y entonces entraba un hombre en el estudio al que ella nunca había visto y de repente el *dharma* de Nevada era lanzarse en sus brazos y diluirse en ellos.

–No sé –dijo él–. No he traído nada. Prefiero esperar abajo en el bar.

«En el bar no estás seguro», pensó Nevada, aunque en realidad pensaba en sí misma. Pero como alumno suyo, estaría protegido de su deseo. Y ella como profesora, también.

Inesperadamente Nadine acudió en su ayuda indicando el perchero con los modelos rebajados.

–Coge un pantalón –le aconsejó, y saliendo de detrás del mostrador serpenteó para pasar entre Wolf y Nevada. Cogió unos pantalones verdes del perchero y se los tendió a Wolf.

–Estos seguro que te quedan bien –dijo–. Los vestuarios están ahí enfrente.

Después guiñó el ojo a Nevada.

–¡Uno más! –susurró.

Nadine había dejado repentinamente de recomendar el grupo de hombres de Sebastian. Cada vez remitía más alumnos nuevos a Nevada. Esta sospechaba que Nadine estaba desilusionada con Sebastian. Los había visto marcharse juntos en un par de ocasiones, luego, de pronto, Nadine se sentó junto a la caja con los ojos llorosos, y tras la última clase, era Oona la que esperaba a Sebastian. Nevada observaba esa danza como un ritual desconocido para ella. Sentía lástima al ver la desesperación que él provocaba.

Nevada cerró la puerta del estudio pequeño. Encendió las velas y extendió las esterillas, catorce alumnos matriculados, a los que se añadirían aún un par de personas de las que les cuesta decidirse. Las perspectivas mejoraban.

Se inclinó ante la imagen de Sri Krishnamacharya. Cuando quiso sentarse en su esterilla, se le dobló la rodilla derecha. No le dolió. Pero ya no podía moverla. Nevada levantó su pierna con ambas manos hasta colocarla en la posición correcta. Al cabo de un rato se le despertaría. Eso sería desagradable. Pero las hormigas habían sido amansadas por los medicamentos. Ya solo andaban a pasitos cautelosos por su piel. Casi siempre

estaban tranquilas. Marie era la única del estudio que conocía el diagnóstico de Nevada. La enfermedad transcurriría a brotes. Esa era la mejor variante, había dicho el doctor Kaiser. Podría vivir sin molestias durante meses. A lo mejor no tenía que contar nada a nadie. Desde que no tenía exámenes médicos cada dos días, veía con menos frecuencia a su madre y a su hermana. Podía presentirlas tras ella, en un segundo plano, dispuestas a intervenir. Nevada intentaba vivir como había vivido siempre. Dando clases. Practicando. Dormía más que antes. El número de alumnos se estabilizó en diez o quince, lo suficiente para no ocasionar gastos al estudio, lo suficiente para vivir sin lujos. El segundo brote llegaría con toda seguridad. Lo había dicho el doctor Kaiser. Cuándo, no podía precisarlo.

Nevada cerró los ojos. Inspiró, espiró. «*Soham*», pensó. «Yo soy la que soy, la que soy, la que soy.» Vio cómo apoyaba su cabeza en el pecho de Wolf. El pecho se abría y la acogía, devorándola por entero. Entre sus piernas una tensión desconocida, se sirvió de sus manos para estirarse las piernas, las hormigas rebulleron. Se movió adelante y atrás encima del cojín. La presión aumentó, el chakra raíz, pensó Nevada, había sido cambiado, se movía, latía... «¡Mierda!» Un pensamiento completamente impropio del yoga cruzó por su mente: «¡Mierda, lo deseo!».

Abrió los ojos. Se frotó las muñecas en un gesto inconsciente de desesperación. Se retorció las manos. Pidió ayuda.

De pronto recordó una imagen que había visto en un libro antiguo, una fotografía pardusca: un yogui con el pene atado hacia atrás. *Brahmacaryapratishtayarh viryalabhah*. Quien practica la abstinencia experimentará la plenitud de su energía vital.

Ella necesitaba imperiosamente energía vital. Llevaba practicando la abstinencia cinco años, y su energía se había esfumado. Desparecido. Los pensamientos de Nevada giraban en círculo. Carne prohibida. Pollo al curry. Ese hombre.

Wolf era su alumno. Estaba en primera fila, a la izquierda del todo, en el lugar donde Poppy desenrollaba siempre su esterilla. Llevaba una camiseta con una leyenda de una universidad norteamericana. Encima del pecho en el que quería vivir Nevada. No se quitó sus gafas de montura gruesa durante toda la clase. Nevada se quedó sentada en su cojín. No se levantó para enseñar un

ejercicio. Ni para ayudar a un alumno a hacer una postura. Su pierna derecha no la obedecía.

Después de la clase, Wolf le hizo una inclinación de cabeza. Ella entendió. La esperaba en el bar. Ella se tomó su tiempo. Esperó a las hormigas. Cuando volvió a notar su pierna, se levantó. Retiró sus esterillas, se cambió de ropa. Tras una breve reflexión se pintó los ojos, los labios. Después bajó despacio, peldaño a peldaño y abrió la puerta del bar.

Estaba sentado al fondo. Lo miró fijamente y luego se dirigió despacio hacia él, como si fuera a un altar. «Un cordero camino del matadero», pensó Nevada. Se sentó. Colocó sus manos inútiles sobre la mesa. Alzó los ojos y le miró.

–Tenemos que hablar –dijo él.

Ella asintió.

–Se trata de Poppy.

–¿Poppy? –Durante un momento ella no supo a qué se refería.

«Se trata de nosotros», pensó, «de ti y de mí. ¿Quién demonios es Poppy?». Entonces cayó en la cuenta. Su alumna.

–Lleva semanas sin venir.

–La han detenido. ¿No lo has leído en la prensa?

–Yo no leo los periódicos. ¿Qué ha sucedido?

–No lees periódicos. Entonces tampoco sabrás quién soy, ¿verdad?

«Tú eres mi hombre, enviado por el destino, mi elegido», quiso decir Nevada, pero intuía que era un error, de modo que sacudió la cabeza sin comprometerse a nada.

–Mi mujer ha sido asesinada. Al principio pensé que me había dejado... tenía motivos sobrados para ello. Después encontraron su cadáver en el río. Y en la autopsia se puso de manifiesto que ya estaba muerta cuando cayó al agua. Le habían hundido la laringe.

¿Qué? ¿Su mujer? ¿Cómo podía tener ya una mujer?

–¿Y Poppy? –preguntó Nevada.

–Poppy no mató a mi mujer.

–¿Pero quién afirma algo así?

–Ella misma. Ha confesado el crimen. Desde entonces está en prisión preventiva.

–¿Poppy?

–¡Sí, Poppy! Es espantoso. –Wolf calló un momento y luego agregó–: La quiero.

Y cuando Nevada creía que había oído mal, que lo que él había querido decir sin duda alguna era: «Te quiero», él repitió:

–La quiero. Poppy no ha matado a mi mujer. No puede ser condenada. No puede seguir en la cárcel.

–No puede –repitió Nevada.

–Llevábamos veinte años sin vernos. Y ahora, justo cuando nos habíamos encontrado de nuevo... Yo me habría divorciado. Eso por descontado. Antes o después. Por fin habríamos estado juntos. Igual que lo estuvimos hace veinte años; no, mejor. Correcto. ¡Todo habría ido bien, y ahora va mal!

«Todo va mal», pensó Nevada. Las manos de Wolf avanzaron sobre la mesa, aferraron las de Nevada, apretándolas con tanta fuerza que dio un respingo, dolorida.

–¡Es imposible que sea demasiado tarde! –exclamó él.

Ella retiró sus manos y las apoyó en su regazo, la derecha sobre la izquierda, con los pulgares rozándose. *Inana mudra*. Un gesto del que se decía que potenciaba la claridad mental.

–Tienes que ayudarme –dijo Wolf.

–Claro que te ayudaré.

–No, a mí, no. Tienes que ayudar a Poppy. Te lo ruego, Nevada.

Nevada dijo que sí. ¿Qué otra cosa habría podido decir?

Poppy

Poppy tenía visita. Sabía que Julia acudiría. Entró en la sala de visitas, en la que había dos mesas pequeñas. Sobre una de ellas, un cuaderno de sudokus. En la otra se acomodaba Nevada. Ligeramente encorvada, con las manos metidas dentro de las mangas del jersey. Parecía como si no se encontrara a gusto, aunque ¿por qué iba a estarlo? Por primera vez desde su estancia allí, Poppy se avergonzó.

–Nevada –dijo insegura. Se acercó a la mesa y se sentó–. Eres la última

persona a la que esperaba.

La funcionaria que la había acompañado se sentó a la otra mesa, sacó un lápiz del bolsillo de la camisa y comenzó a resolver uno de los acertijos.

Nevada sonrió.

–He hablado con Wolf –informó.

–¿Con Wolf? ¿Y de qué conoces a Wolf?

–Vino a verme al estudio. Como es natural, no puede visitarte en persona, pero... pero... quería que supieras cuánto te quiere. Te quiere de verdad – repitió.

Poppy percibió algo en la voz de Nevada que no acertaba a interpretar.

–¿Y tú cómo estás? –preguntó.

Nevada resopló.

–¿Yo? ¡De maravilla! Tengo una enfermedad nerviosa incurable que nadie sabe cómo se va a desarrollar, pero que en cualquier caso me matará tarde o temprano. Lakshmi ha anulado la mayor parte de mis clases, y si el mes que viene no puedo pagar el alquiler, estaré en la calle. ¡Genial! –Respiró hondo–. ¡Ay, Poppy! Seguro que no quieres oír estas cosas. He debido de pensar en voz alta. Lo siento de veras, nunca suelo ser tan insensible.

–Lo sé.

Nevada colocó encima de la mesa una bolsa de viaje.

–Aquí tienes, he pensado que podías necesitarlo.

Poppy abrió la cremallera. Miró interrogante a Nevada.

–Tranquila, lo han registrado todo a la entrada y han dado el visto bueno.

Para entonces Poppy ya podía disponer de objetos personales en su celda. Lo que más ansiaba era un ordenador. Quería volver a conectarse a internet. Pero no era cierto que la red se extendiera por todo el mundo, terminaba ante los muros de la cárcel. En cambio le habían devuelto sus dos libros y parte del dinero.

Poppy rebuscó en la bolsa y encontró tres pantalones de yoga con dos chaquetas cruzadas y tops, dos pares de calcetines de lana, un par de zapatillas de gimnasia de suela fina, gel de ducha, aceite corporal, champú, suavizante. Una esterilla de yoga fina y un libro. Poppy lo sacó.

–*El yoga de la meditación* –leyó–. ¿*Los sutras del yoga de Patanjali?*

Nevada sonrió.

–En mi clase para principiantes repasamos los sutras de manera sistemática, uno después de otro. He pensado que podías participar desde aquí. Yo vendría a visitarte con regularidad y hablaríamos del asunto. De los sutras, quiero decir.

Poppy asintió despacio. Daba vueltas al libro en la mano.

–Gracias. Es justo lo que necesitaba. Ya había escrito una lista. ¿Cómo lo has adivinado?

Nevada se inclinó hacia delante.

–Bah, me he limitado a traer un par de cosas de la tienda de yoga. Desde hace poco tiempo, Lakshmi considera caducados los bonos de diez clases al cabo de un mes, y como sabía que tú acababas de sacarte uno, lo he convertido en productos en especie para ti. –Sonrió y señaló el libro–. ¡No sé si puedo justificar esta conducta con los sutras, pero lo intentaré!

Poppy depositó la bolsa en el suelo, a su lado.

–No temas, no te la quitaré. –Nevada rio–. Ahora en serio. No sé cómo explicarlo. Mi vida se desmorona y estos sutras me ayudan. Son como un asidero al que aferrarme. Para no ser lanzada por la borda, para que no se me lleven las olas, para no irme a pique. He pensado que a ti también podría venirte bien aquí dentro.

–En serio, esto no es tan malo. Todos los días son iguales. Eso es muy agradable. No necesito pensar en nada. Ni tomar decisiones.

Nevada asintió.

–Ya entiendo, es algo parecido a un retiro –dijo, y se interrumpió en el acto–. Perdón, ha sido una falta de delicadeza. De veras, no sé qué me pasa hoy.

Poppy se echó a reír.

–¡No te preocupes, mujer! ¡Tú eres profesora de yoga, no una santa!

–No, eso desde luego que no. –Nevada suspiró–. Poppy, yo sé que tú no mataste a la mujer de Wolf. Y él también lo sabe.

–Y yo –dijo Poppy–. Yo también lo sé.

–¿Entonces por qué confesaste?

–Porque a pesar de todo soy culpable. He hecho tantas cosas mal en mi vida que no acierto siquiera a enumerarlas. –Poppy reflexionó. ¿Cuánto había

revelado en realidad? ¿Qué había dicho?—. Me declaré culpable —dijo despacio—. Dije que soy culpable de su muerte. Y además es cierto.

—Poppy...

—Wolf y yo —dijo Poppy—, Wolf y yo... ¿lo sabías, te lo contó él? Teníamos una aventura. Al menos así se llama cuando uno de los dos está casado, ¿verdad?

Poppy pensó en la aventura que había acabado con su matrimonio. La había traicionado una frase: «Porque viene la asistenta». Había contestado sin pensar a la pregunta de por qué estaba ordenando tan febrilmente. Peter tenía una reunión en otra ciudad, saldría de casa una hora más tarde de lo habitual, no valía la pena pasarse antes por la oficina. «¿La asistenta? Si ya estuvo el lunes.»

Poppy tenía una aventura. La mañana del miércoles esperaba nerviosa a que todos hubieran salido de casa, los niños al colegio, el marido a la oficina en tren. Todas las mañanas de miércoles temía lo que, inexorablemente, acontecería tarde o temprano: uno de ellos se retrasaría, se quedaría dormido, remolonearía, uno de los niños se pondría enfermo y tendría que quedarse en casa. Apenas se cerraba la puerta detrás del último, Poppy, nerviosa, comenzaba a ordenar la casa. Como la madre pulpo de ocho brazos del cuento infantil, corría como un remolino por las habitaciones, por los pasillos, escaleras arriba y abajo. Hacía las camas, tendía toallas mojadas, metía en los armarios prendas de ropa tiradas, apilaba libros junto a las camas, colocaba zapatos en fila, recogía los restos del desayuno —cuatro paquetes diferentes de cereales, ¿en realidad, por qué?—, guardaba la leche en la nevera. Consultaba continuamente el reloj. Caro no siempre era puntual, subía en bicicleta la empinada colina hiciera el tiempo que hiciese, a veces tenía que empujar la bici.

El miércoles por la mañana, poco antes de las ocho, la casa, la casa grande, inabarcable, con sus numerosas habitaciones y cuartitos y armarios empotrados, con sus rincones y escaleras, estaba ordenada someramente. Poppy miró el reloj. Solo le quedaban unos minutos para vaciar a la velocidad del rayo el armario de los productos de limpieza, esconder en el sótano los potentes productos químicos, los rollos de papel de cocina superabsorbente, el aspirador multifuncional que prefería su asistenta Ruth, y sustituirlos por los

productos de limpieza ecológicos, los cepillos manuales, las mopas de microfibra que utilizaba su asistente Caro.

Poppy tenía dos asistentes. Nada sabían una de la otra. Y nadie conocía la existencia de las dos, y menos aún Peter. Ella sacaba el salario de Caro del dinero para los gastos domésticos. Caro había sido su primera asistente, al principio también se ocupaba en ocasiones de los niños, hasta que le parecieron demasiado para ella –«Demasiada energía masculina», dijo. «No sé manejarla»–. Pero continuaba yendo a limpiar, en ocasiones planchaba. Un buen día decidió trasladarse a un *ashram* en California y dedicarse por completo al estudio de la meditación. Como despedida bendijo a Poppy. Esta puso un anuncio y encontró a Ruth, una ama de casa eficiente y un tanto dominante de un pueblo vecino que se ganaba un dinero extra para pagar la carrera a su hijo. Ruth limpiaba mejor que Caro, con más minuciosidad, más a fondo. Llegaba los lunes por la mañana a las siete, lo que apenas dejaba tiempo a Poppy para retirarlo todo. Se había acostumbrado a ofrecer primero un café a Ruth, para ganar tiempo. Ruth se lo tomaba de pie, con los guantes de goma ya sujetos en el cinturón del delantal, lista para empezar. Le contaba a Poppy cómo había sido el fin de semana con su novio. Del padre del estudiante estaba divorciada. Tampoco recibía ya pensión alimenticia. El hijo necesitó un tiempo para decidirse a hacer una carrera.

–Bueno, ¿y qué? –argumentaba Ruth–. Algunos necesitan más tiempo, y punto. Al fin y al cabo es su primera carrera, y se lo debemos. Eso ni se discute, vaya, pero mi ex se cierra en banda por fastidiarme. ¡A él no le interesa nada Alberto! Sencillamente, nunca ha superado el divorcio. Porque me fui yo. Ese tipo de hombres no lo supera en la vida. Y eso que hace mucho que tiene una nueva. ¡Bien deprisa que me sustituyó, bah!

Ruth trabajaba de martes a sábado en la caja de un supermercado, por las noches limpiaba oficinas y el lunes, su día libre (los sábados el supermercado pagaba un plus por ser fin de semana), limpiaba en domicilios particulares. La casa que tan inabarcable le parecía a Poppy se la ventilaba en dos horas y media. Poppy suponía que Ruth la despreciaba. ¿Qué hacía ella durante todo el día? Nada.

–¿Para qué necesitas una asistente? –le había preguntado Peter–. Si estás

todo el día en casa. ¿No debería ser tarea tuya? Porque los niños se pasan el día entero en el colegio.

–Eso no es verdad. Vienen a casa a comer.

Lukas iba al jardín de infancia, Florian a primero. Cuando uno salía de casa, el otro entraba por la puerta.

–Da igual –dijo Peter–. Además ¿no querías empezar a escribir artículos para el periódico local? ¿Ofrecerles una columna? También puedes escribir en casa. En la mesa de la cocina.

Y le mostró un artículo de periódico, una entrevista a Toni Morrison, que por entonces acababa de ganar el Nobel de Literatura. Toni Morrison escribía sus novelas sentada a la mesa de la cocina, mientras sus hijos hacían los deberes. No artículos cortos sobre un nuevo restaurante en los alrededores, la proyectada reforma de la Fábrica del Río o una función de teatro juvenil, sino novelas de premio Nobel. Peter también le enseñaba artículos que, en su opinión, Poppy habría redactado mejor. Peter lo hacía con buena intención. Aún seguía creyendo en Poppy.

–¿No querías escribir un guion para una columna?

–Sí –contestó Poppy–. Sí, así es, lo tengo planeado.

Peter pagaba a la asistente. A veces llegaba a casa y pasaba pensativo el dedo por la madera de los viejos armarios empotrados.

–Hmm –decía. –Pues tu asistente no parece muy minuciosa...

Al cabo de algún tiempo dejó de preguntarle si había escrito algo. O si se había presentado en algún sitio. Poppy asistió a un curso de pintura. Se sumó a un grupo femenino de senderismo. A veces se tumbaba en la cama a leer. Había libros que la liberaban durante unos días de la vida cotidiana. Pero eso solo lo conseguían casi siempre las series televisivas. Poppy las grababa en cintas de vídeo y las veía en sesiones maratónicas de varias horas. Mientras tanto, planchaba. A veces se quedaba absorta en la historia y quemaba una camisa, dejando una mancha marrón. Peter le había pedido que no le planchara las camisas, porque le dejaba pliegues muy marcados.

–Y además –añadía– no me he casado contigo para que me planches las camisas.

Llevaba sus camisas al tinte, igual que el padre de Poppy le llevaba las suyas a su madre. Poppy pensaba cada vez con más frecuencia que sabía

exactamente lo que había impulsado a su madre a poner en la palma de la mano todas las pastillas que quedaban en el frasquito y tomárselas de golpe con un trago de vino tinto.

Un buen día llamaron al timbre: Caro estaba en la puerta, completamente vestida de rojo y desesperada. Se había enamorado del *swami*, este la había despojado de todo su dinero y sus demás amantes la habían echado del *ashram*. Ahora se encontraba en la miseria, tenía que volver a empezar de cero. Poppy no fue capaz de decirle que entretanto había contratado a otra asistente. Total, que Ruth acudía los lunes y Caro, los miércoles; cabría pensar que la casa de Poppy estaba limpia.

Poppy tomaba café con Ruth y té con Caro. Escuchaba los éxitos de Alberto en su carrera y se dejaba instruir por Caro en técnicas de meditación. «Eres tan descuidada...», le decía Caro cuando se le derramaba el agua caliente de la tetera. Peter le decía siempre lo mismo: «¡Presta atención! ¡Concéntrate sencillamente en lo que estás haciendo!».

Poppy lo entendía y se esforzaba, pero no era suficiente. Y sucedió lo que tenía que suceder: a Poppy se le fue el santo al cielo. Era imposible que una mujer como ella controlase una aventura semejante, los detalles, las mentiras que conllevaba.

–Sí, claro –contestó–. Claro, ella viene los lunes. –Pero era demasiado tarde.

–¡Entonces de tanto trajinar por aquí, me estás volviendo loco! –Peter miró el reloj–. ¡Mierda, llego tarde! ¿Puedes llevarme en coche a la estación?

–¿A la estación?

–¡Si no, perderé el tren! –Se puso el abrigo y abrió la puerta, con un brazo dentro del abrigo y la otra manga colgando.

Poppy vaciló un instante... ¿Cómo iba ella a...? La casa todavía no estaba... Los productos de limpieza... Caro se asombraría...

–Dame un minuto –le dijo–. He de vestirme.

Un abrigo encima del pijama, botas sobre los gruesos calcetines de lana, se pasó los dedos por los cabellos, que entonces ya estaban teñidos de rojo y rizados.

Peter no disponía de un solo minuto.

–La culpa es mía –reconoció él.

Iría en coche a la estación y Poppy tendría que ir a recogerlo allí más tarde, bajaría en autobús al pueblo y recogería el coche... pero en ese momento se presentó Caro y entorpeció la salida a Peter.

Y se descubrió el pastel.

–Así que das trabajo a dos asistentas –dijo Peter cuando regresó por la noche de la ciudad.

Porque él, a pesar de todo, había ido a la estación, había cogido el tren por los pelos, había llegado puntual a la reunión. Mientras tanto Poppy, en casa, tuvo que soportar primero una pelea con Caro.

–¿Cómo has podido engañarme así? –gritó Caro que había sorprendido a Poppy con la lejía en la mano–. ¿Tienes idea de lo que contiene ese chisme? ¡Veneno puro! Creía que pensabas lo mismo que yo. Creía que me escuchabas, que el medio ambiente te importaba. No puedo trabajar para alguien con ideas tan diferentes a las mías. ¡No soy capaz de compatibilizarlo con mi conciencia política!

Caro se marchó. Sin limpiar.

Esa misma semana se despidió también de Ruth. Su hijo, sin decirle nada, había solicitado y obtenido una beca. Así que ella ya no necesitaba trabajar tanto.

–¿No podría renunciar usted a otro trabajo? –preguntó Poppy desesperada–. ¡La necesito!

–No –contestó Ruth–. Una persona necesita tener dos días libres seguidos, no es una exageración. Pero usted no lo entiende, para usted todos los días son días libres.

Y Poppy se quedó sola. Era, como sabía por las series de televisión, un caso clásico: primero tenías dos amantes, después, de golpe, te quedabas sin ninguno. Al día siguiente Peter la inscribió en terapia de pareja, y ocho semanas después se quedó sin marido.

Nevada se inclinó hacia delante.

–Poppy, creo que no deberías hablar aquí de tu caso con tanta franqueza –susurró.

Poppy miró a la funcionaria, que seguía haciendo sudokus sin prestarles atención. Hacía como si no las escuchara. Pero interrumpiría la conversación antes de que adoptase un rumbo prohibido. Poppy se encogió de hombros.

–Aventura, aventura... yo fui la primera. A mí me quiso en primer lugar. Pero por entonces yo lo dejé y Wolf se casó con Kim. No era feliz con ella... ¿Sabes una cosa, Nevada? Ella le pegaba. Un día llegó con un ojo morado y una herida en la frente, al principio no quería contarme lo que había pasado. Eso ya fue culpa mía: si no le hubiera dejado entonces, él no se habría ido a Estados Unidos; si no se hubiera casado con ella, ella no le habría agredido. Ella era muy desgraciada aquí, se sentía muy sola, ¿sabes?, y él siempre la protegía, no quería dejarla, porque había venido a Suiza por él. Kim no podía trabajar ni tenía amigos, no conocía a nadie, y tampoco aprendió el idioma, cómo iba a hacerlo, todos los que hablaban con ella, desde la vendedora del quiosco hasta el revisor, le hablaban en inglés. Si cegada por el llanto chocó contra un árbol, si se cayó al agua, Nevada, es culpa mía. Si por pura terquedad se lio con un hombre violento que la mató durante una pelea, es culpa mía. Toda su desdichada vida se me puede atribuir a mí. Por eso está todo correcto así, es correcto que yo esté aquí. Por eso creo que he dicho la verdad: soy culpable.

Nevada calló un momento.

–¡Me parece que te das mucha importancia, Poppy! –exclamó luego.

Poppy pudo ver en su cara que sufría dolores, tenía los rasgos tensos, seguramente por la dureza de la silla metálica, pensó Poppy. ¿O se debía a otra razón? ¿Al dolor por el fracaso de Poppy? ¿A su enfermedad?

–No todo lo que sucede guarda relación contigo –dijo Nevada, levantándose.

La funcionaria apartó la vista de su sudoku y miró el reloj de la pared.

–Todavía les quedan diez minutos –informó.

–Hemos terminado.

–No tienen por qué hablar. La mayoría disfruta sencillamente del tiempo fuera de su celda. Hasta el último minuto.

Nevada volvió a sentarse. Y así se quedaron, una enfrente de otra, en silencio. Respirando. De pronto Nevada se sobresaltó.

–Por poco me olvido de lo más importante –comentó–. Yo... –Hizo una pausa en la que miró fijamente a los ojos a Poppy. Como si quisiera obligarla a leer su mirada–. Yo –repitió, con una extraña entonación–, te he buscado un abogado.

–¿Tú?

Nevada puso los ojos en blanco, y Poppy comprendió. Wolf. La funcionaria volvió a alzar la vista hacia el reloj de pared, acto seguido cerró su cuaderno de acertijos y se levantó. Con una mirada envió de nuevo a Poppy a las huellas de pies amarillos, donde se quedó de cara a la pared hasta que Nevada abandonó la estancia. Durante el camino de regreso a la celda, ella llevó la bolsa de Poppy.

Ted

Los rayos de sol caían oblicuos dentro del aula, como si quisieran agarrar a los niños. Los más próximos a la ventana parpadeaban y se cubrían los ojos con las manos. Ted se acercó a la ventana para bajar un poco las persianas. Tenía ya la mano en la manivela, cuando súbitamente se detuvo.

–¿Sabéis qué? –dijo–. Continuaremos la clase fuera. Dejad vuestros libros. Solo necesitáis el estuche de lápices y el cuaderno de Conocimiento del Medio.

Estalló un griterío. Ted dio unas palmadas hasta que los niños se tranquilizaron.

–¡Oiga, oiga, señor Flubacher!

Los brazos se agitaban en el aire. Niños. Las niñas intercambiaban miradas elocuentes, enviaban mensajes cifrados a través del aula, con un encogimiento de hombros, volviendo la cara, poniendo los ojos en blanco. Ted pensó en Emma, en su clase al otro extremo de la ciudad. Y en Lilly. No era de extrañar que no las entendiera. ¿Cómo podía un hombre entender a una mujer? Las niñas se entrenaban desde la más tierna infancia para sobrevivir en un sistema social complejo. Ellas estrechaban relaciones, formaban jerarquías, establecían reglas que solo ellas conocían, y volvían a derogarlas. Subsistir en ese sistema era para las niñas más importante que todo lo demás, en cualquier caso más importante que el colegio. Ted recordó un curso de formación continua sobre el tema «*Mobbing* a niñas y niñas que hacen *mobbing*». Las estructuras sociales en el seno de un grupo de niñas eran tan complejas, había explicado la profesora, evidenciaban una comprensión tan profunda y precisa

de la intriga social como base del poder, que los políticos y diplomáticos deberían aprender de ellas. «Y los dictadores», se le pasó por la mente a Ted. Sabía de sobra lo que ella quería decir. Al fin y al cabo se había criado entre niñas. Y estas solían olvidar que él estaba presente.

A pesar de todo, no comprendía ni la mitad de lo que sucedía entre sus alumnas. Borboteaba bajo la superficie, invisible para ojos ajenos, aunque a veces reventaba una vena y el conflicto se derramaba por el aula, por el patio del recreo. Entonces él se quedaba tan perplejo como los niños. Y al igual que ellos deseaba apartarse, retirarse a su propio mundo, que era mucho más sencillo.

Ted miró a su clase y recortó la foto de una revista. Mostraba un aula en Ispahán, Irán. Los niños se sentaban separados de las niñas y exhibían a la cámara una sonrisa pánfila o sardónica, mientras que las niñas miraban con atención desde debajo de sus velos y alzaban los brazos. Ellas conocían todas las respuestas. Aquí, al igual que allí, también se podría haber colocado una tela en la estancia para separar a los niños de las niñas. Vivían en mundos completamente distintos, que como mucho se rozaban en la frontera.

—¿Sí, Lars?

—Oiga, señor Flubacher... —Lars había vuelto a olvidar lo que quería preguntar. Las niñas cuchichearon. Lars se puso colorado—. ¿Qué vamos a hacer fuera? —soltó.

—Ya lo veréis. Lo mejor será que os preparéis. Dime, Felix.

—Tengo que ir al baño.

—De acuerdo, ve. Todos los que tengan que ir al baño... no, todos juntos, no. Que levanten la mano los que tengan que ir al baño... ¿Todos vosotros? ¿Qué quieres, Mirko?

Mirko, sorprendido, bajó la mano, no se había dado cuenta de que seguía con ella levantada.

—Señor Flubacher, es que yo tengo asma —le comunicó.

—¿Has traído tu spray?

Mirko se palpó el bolsillo del pantalón y sacó el spray.

—Entonces no hay problema.

Le costó veinte minutos congregarse a la clase junto a la puerta, y los mandó formar en fila. Se preguntaba si habría sido una buena idea. Pero ahora ya no

podía volverse atrás. Condujo a la columna fuera del colegio, cruzando el patio y dirigiéndose al bosquecillo cercano por el que fluía un estrecho riachuelo. Lo llamaban el barranco del colegio, pero el concepto le venía grande al murmurador arroyuelo. Ted consultó el reloj. Se quedarían allí hasta que las campanas anunciaran el mediodía. Dividió al curso en grupos, hizo que represaran el arroyo, que midieran el aumento del nivel de agua, los mandó recoger hojas y definir las, dibujar cortezas de árbol sobre fino papel. Dividió grupos, mezcló niñas con niños y amigos con enemigos. Una niña chilló diciendo que sus deportivas estaban mojadas, unos chicos se peleaban, uno cayó sobre el suelo encharcado del bosque. Transcurrió un rato hasta que todos se desfogaron, pero después se dedicaron a sus deberes, buscaron grandes piedras redondas, se reunieron alrededor de un árbol, formaron una cadena. Ted se sentó en cuclillas arriba, en el talud, desde donde divisaba a toda la clase, y sacó su libreta de apuntes. Escribió de prisa un par de palabras clave. Cómo había formado los grupos, qué deberes había asignado a cada cual. Después apartó la libreta.

Los niños se habían repartido. Trabajaban concentrados. De vez en cuando se oía un grito, una risa. El sol alumbraba a través de los árboles proyectando una apacible luz verde sobre la escena, que le recordaba a Ted su propia infancia. La gran casa antigua en el lindero del bosque, las tardes interminables que pasaban al aire libre, una horda salvaje, sin vigilancia, sucia. Las niñas convertían el bosque en un poblado indio, tendían sábanas entre los árboles y construían tiendas con ellas. Jugaban a las casitas. Robaban mazorcas de maíz de los campos cercanos y las molían entre grandes piedras. Encendían fuego. Ted era empujado de tienda en tienda para hacer el papel de padre, un papel que ninguno de los niños de la comuna comprendía con claridad. Ted solía aburrirse con aquellos juegos, se alejaba del poblado que habían hecho con sábanas y se perdía en el bosque. A veces los atacaba un grupo de niños del pueblo, que arrancaban las sábanas y pisoteaban la hoguera. Pero los niños de la comuna no se rendían sin lucha. Se abalanzaban soltando alaridos contra los intrusos, les arrojaban basura, los asustaban con palabras que no conocían –«Largaos, machitos castrados emocionalmente»y los ponían en fuga. Una vez ataron a un árbol a una niña del pueblo. Bailaron cantando alrededor de la prisionera hasta que se aburrieron. Cuando

oscureció, regresaron a casa, dejando en el bosque a la niña desconocida. Durante la cena de arroz integral con salsa de soja olvidaron ese episodio. Pero cuando cayó la noche y los preocupados padres del pueblo dieron la voz de alarma, lo recordaron. Encontraron a la niña dormida apoyada en el árbol, la cuerda con la que estaba atada se había aflojado. Habría podido liberarse. La niña no delató a nadie, por entonces el mundo infantil era un mundo aparte.

«Autónomo», pensó Ted sonriendo con ironía. Intentó imaginarse cómo se abordaría en la actualidad un incidente similar. Se invocarían palabras inglesas, *bullying* y *mean-girl-syndrom*. Habría aclaraciones, investigaciones, solicitud de información y artículos periodísticos. Las niñas implicadas serían apartadas y encasilladas de nuevo. Quedarían marcadas para siempre por esa experiencia. A lo mejor también lo fueron las niñas de entonces. Cualquiera sabe.

A pesar de todo... esa libertad. Más tarde, en la comuna: los puntos de reunión en las escaleras y sótanos. El regreso a casa del entrenamiento de fútbol, a oscuras, que podía prorrogarse una o dos horas. Los niños a los que impartía clase, su propia hija, no habían vivido nunca esa libertad. Jamás estaban sin vigilancia, ni siquiera ahora.

Ted intentaba escuchar con atención cuando Emma le contaba cosas del colegio. «Tara ha dicho que si viene Laura, ella no vendrá, y entonces lo oyó Makimba y se lo dijo a Laura, que se puso a llorar, y ahora ninguna de nosotras habla ya con Makimba, porque Tara dice que es una cotilla y... ». Él intentaba deducir lo que ella callaba.

–Lakshmi dice que no puede cobrarme las clases que me ha dado Nevada porque se desarrollan fuera de la auténtica formación del profesorado y no pertenecen de verdad al currículo, pero Nadine ha asistido a las mismas clases que yo y a ella se las cobran, a mí eso no me parece correcto, pero Nadine no quiere hablar con Lakshmi, porque, como es lógico, no quiere poner en peligro su puesto...

Lilly, Ted ya lo había averiguado para entonces, trabajaba en una agencia como relaciones públicas, aunque él no había entendido qué hacía exactamente. Además tampoco la satisfacía de veras. Por eso se había matriculado en el curso de profesora de yoga. Quería hacer algo práctico.

–Además, el yoga es mi vocación. Lo intuyo.

Después de trabajar, Lilly asistía casi todas las tardes a una clase de yoga. A veces, los lunes por la tarde, ella le esperaba en el Bar del Río, cuando salía de la clase para principiantes de Nevada. En una ocasión Ted se presentó con Emma. Ella le esperaría con Lilly, se imaginaba, se tomaría una tortilla de queso con ketchup, se sentaría a una de las grandes mesas de madera y haría los deberes. Lilly le acariciaría el pelo con su mano suave y la ayudaría a pintar con los colores adecuados las filas de números. Y cuando él saliera de clase, se encontraría sentadas a sus dos chicas... mujeres... Cuando vio la expresión de Lilly, supo que había metido la pata. Que al menos habría debido preguntarle. Ahora lo comprendía. Pero era demasiado tarde. Había preguntado a la madre de Tara si podría ir a buscar a Emma al colegio los lunes y quedarse con ella hasta la hora de la cena. Tara vivía muy cerca de la Fábrica del Río. Su madre, Sandra, se mostró inmediatamente dispuesta. «En tu situación me parece muy importante que también te preocupes por ti mismo», dijo ladeando la cabeza, compasiva.

«Y tú, ¿te preocupas por ti misma?», quiso preguntar Ted. «¿Acaso no estás en la misma situación que yo?» Pero desistió. No le gustaba perderse la clase de los lunes por la tarde. Sobre todo desde que Nevada había empezado a hablar de los sutras de Patanjali. De repente ya no era importante lo bueno que él fuera. Lo mucho que pudiera doblar su espalda, lo alto que estirase las manos. Ella había comenzado la clase cantando con voz baja y quebradiza:

–*Yamaniyamasanapranayamapratyahara dharanadhyanasamdhayo, stavangani...*

Ted estaba acostumbrado a cantar en voz alta y clara. Le resultaba penoso que su profesora no supiera cantar. En el «om» común, intentó acallar su voz, alargar el sonido más que los demás.

–Este es el sutra 2.29. Enumera los ocho componentes del yoga –había explicado ella–. A saber: *yama*, las reglas de la relación interpersonal. *Niyama*, las reglas de la conducta en la vida cotidiana. *Asana*, la praxis de los ejercicios físicos. *Pranayama*, la práctica de los ejercicios respiratorios. *Prathyâhâra*, la interrupción de las percepciones sensoriales. *Dharana*, la concentración en un objeto concreto. *Dhyana*, establecer una unión entre el espíritu y el objeto de atención. *Samadhi*, la unión perfecta con un objeto que queremos entender. En nuestras clases anteriores nos hemos limitado a *asana* y

pranayama. Pero en la clase de los lunes por la tarde ejercitaremos por igual los ocho componentes del yoga. Además comenzaremos a estudiar los sutras. ¡No temáis, suena más complicado de lo que es! –Había distribuido cuadernos escolares baratos y les había puesto la tarea de pensar sobre los *yamas*.

–*Ahimsasatyasteyabrahmacaryapargraha yamah...*

Ellos repitieron su verso varias veces. La primera vez Ted no acertó a distinguir todas las voces de la sala. La que más alto cantaba era Marie, que ese día había colocado su esterilla detrás de él. Ted se preguntó si se había dado cuenta de que le miraba el trasero y se había cambiado de sitio por eso. Él oía su voz y de pronto la vio parada sobre una montaña alta, entonando canciones tirolesas al atardecer. Sacudió la cabeza. Había perdido el hilo. Repitieron el sutra hasta que ya no logró distinguir las voces, hasta que ya no fue capaz de pensar en nada más.

–Patanjali Yoga sutra 2.30: no utilizar la violencia, decir la verdad, no robar, seguir la verdad absoluta, no ser ávidos, esto son los *yamas* –tradujo Nevada–. Suena en cierto modo familiar, ¿verdad? Como es natural, cada *yama* tiene diferentes interpretaciones. Pero a esto llegaremos más tarde. Ahora escribid simplemente lo que se os ocurra al respecto. ¿Qué significa eso para vosotros, qué supone en vuestra vida cotidiana?

Ted se quedó atascado en el primer *yama*. *Ahimsa*. Ausencia de violencia. De nuevo recordó una escena de la comuna en la que se había criado. Llevaba días lloviendo, los niños habían permanecido encerrados en casa, inquietos y de mal humor. Algunos de los mayores habían leído en la sala comunal. Dos niñas sentadas en el suelo intercambiaban sus novelas de Federica de Cesco después de cada capítulo. Ted, sentado en la repisa de la ventana, dibujaba en un cuaderno. Entonces entró una tercera niña. Ted contempló confundido cómo las otras dos, hasta entonces enfrascadas por entero en sus libros, se acercaban mucho de repente y comenzaban a cuchichearse cosas al oído. Al mismo tiempo no paraban de mirar a la tercera niña, que se sintió insegura. Ted podía oír que las otras dos solo susurraban con los labios. No decían nada. Solo querían hacer creer a la nueva que hablaban de ella, y que no decían nada positivo. La niña se dio media vuelta y salió llorando de la habitación.

–¿Por qué hacéis eso? –exclamó Ted–. ¡Sois malas!

Las niñas se limitaron a mirarlo compasivas y volvieron a dedicarse a sus

libros. Ted saltó de la repisa y abandonó el cuarto a la carrera. Sin pararse dio una patada furiosa contra la pared. Una de las madres que pasaba por ahí en ese momento, sumó uno y uno: una niña llorosa, un niño iracundo. Por la tarde se celebró reunión de la comuna, en la que se discutió la predisposición de Ted a la violencia. Su cuaderno de dibujo repleto de superhéroes y armas fantásticas, sombreado amorosamente hasta el menor detalle, se utilizó como prueba contra él. Se propusieron medidas terapéuticas. Fue asignado al servicio de cocina y a partir de ese momento solo podría leer libros para niñas.

Satya. Verdad. Expresión veraz en palabras, gestos, pensamientos. Más tarde, cuando vivía en condiciones normales en un entorno normal, escribió una redacción sobre el tema «Lo que quiero ser de mayor», en la que plasmó su deseo de convertirse en una buena persona y no hacer daño. Eso le acarrió la burla de su padrastro. «Hijo mío, para hacer una tortilla, antes tienes que cascar los huevos.» A pesar de todo, Ted se atuvo a ello. Comprobó que no era tan fácil no hacer daño.

–Oiga, señor Flubacher, ¿esto qué es?

Ted se acercó a Elvira. En las páginas abiertas de su cuaderno permanecía inmóvil un gran escarabajo brillante de color negro verdoso. Ella alejó de sí el cuaderno con mucho cuidado. El escarabajo movió sus antenas con indolencia.

–¡Aaah! –chilló Manuela.

Dos niñas que estaban acucilladas en el suelo del bosque se levantaron como un resorte y saltaron hacia atrás, empujando a Manuela que, con un grito furioso, aterrizó en el suelo del bosque. Elvira dejó caer el cuaderno y el escarabajo escapó.

–¡Aaah! Me he empapado los pantalones. –Manuela se echó a llorar.

–¡Cretina! –gritó Elvira.

–Haced el favor de tranquilizaros –dijo Ted. Ayudó a levantarse a Manuela, cuyos *leggings* de color rosa palo estaban cubiertos de manchas marrón oscuro que comentaban murmurando las otras niñas.

–¿Te has cagado en los pantalones, Manu?

–¿Y mi cuaderno? –preguntó a gritos Elvira.

Lo recogió: alguien había pisado las páginas pulcramente escritas,

rompiéndolas y ensuciándolas. Mientras tanto, los niños habían empezado a pelearse, a darse empujones en la barriga, dos de ellos ya estaban empapados. Era hora de interrumpir el ejercicio. Ted dio unas palmadas rítmicas hasta que todos callaron y le miraron. Un truco que ensayaba en cada nuevo curso. Siempre que aumentaban demasiado el caos, el ruido y la charla, él se interrumpía y comenzaba a batir palmas a un ritmo sencillo, hasta que los niños se percataban. Cuando todos batían palmas y había recuperado la atención de cada uno de ellos, continuaba la clase. Sin regañar, sin analizar en detalle la interrupción. A estos alumnos de cuarto les daba clase desde hacía un año escaso. Costó un buen rato reunirlos a su alrededor. Pero al final aplaudieron. Casi todos.

–Señor Flubacher, yo no puedo aplaudir. –Mirko sostenía su mano en alto y miraba estupefacto su dedo corazón, que formaba un ángulo recto con la falange superior.

–¡Dedo apestoso! –gritó Lars, y los chicos le jalearon.

Ted no tuvo que mirar con más atención para saber que el dedo estaba roto. Llevó a los niños de vuelta a la clase, avisó a una compañera para que los vigilara hasta el final de la jornada y se dirigió con Mirko al hospital.

–¿Es usted el padre?

¿Se engañaba o la señorita de recepción le ponía ojitos?

–Soy el profesor –aclaró.

La mirada de ella buscó su mano izquierda sin anillo. Ted la ocultó en el bolsillo del pantalón.

–Seguramente tendrán que esperar un rato, acaban de llegar los heridos de un grave accidente. Una familia con tres niños pequeños, trágico...

Mirko se sentaba, arrepentido, en la silla de plástico. Sostenía su mano herida con la sana y miraba fijamente su dedo, como si de ese modo pudiera volver a enderezarlo. Estaba pálido. Ted telefoneó a su madre.

–¡Lo que me faltaba! –gritó ella, y después, bajando un poco la voz–: Perdone, pero ahora es imposible. No puedo salir de aquí. Mi jefe se pondría hecho una fiera. Y tampoco le gustan las conversaciones privadas, así que mándeme un SMS cuando sepa algo más concreto.

–¿Más concreto?

–Sí, si el dedo está roto, porque Mirko no es precisamente la persona más

valiente...

–Está roto, sin la menor duda –dijo Ted, pero ella ya había colgado.

Ted llamó luego a Tobias para pedirle que fuera a buscar a Emma al colegio y la llevara a casa.

–Hay una llave en una de las botas de agua que están delante de la puerta de casa.

–¿Y por qué yo? –Tobias sabía que las colegas de Ted se encargarían muy a gusto de esa tarea.

–No quiero a esas mujeres dentro de casa –le explicó Ted.

–¡Vaya problemas los tuyos! Pero bueno, lo haré.

–Gracias.

Ted miró a Mirko y vio que estaba a punto de echarse a llorar. No sabía mucho de ese chico, salvo que estaba repitiendo cuarto.

–¿Cuándo vendrá mi madre?

–En cuanto pueda salir del trabajo.

Los hombros de Mirko se encogieron.

–¡Su jefe es un cabrón!

–¡Mirko! –exclamó Ted–. Anda, mira aquí, a ver si encuentras un juego. –Le dejó al niño su móvil.

Mirko levantó la vista.

–¿De verdad?

Ted asintió. No se le ocurría nada mejor. Mirko, incluso con una sola mano, logró encontrar sin esfuerzo un juego que lo mantuvo ocupado durante un rato. Pronto el color de su rostro recuperó su tono normal. Llevaban dos horas esperando, cuando a Ted se le ocurrió de repente preguntar por Marie.

–No sé cómo se apellida –dijo, pero la mujer de recepción sabía a quién se refería.

–La doctora Leibundgut –precisó–. Pero hoy no está.

–¡Qué lástima!

–¿La conoce?

–Vamos juntos a yoga –dijo Ted, sintiéndose como un idiota. ¡A yoga! Pero la mujer asintió como si estuviese enterada.

–¿Entonces también conocerá a su marido, verdad? –Ella se inclinó hacia delante y sacó la cabeza por la ventanilla–. Al actor. Él también hace yoga.

–Sí, ya le he visto –Ted asintió.

–¿Y cómo es?

Marie

–Go with the flow! El simpático actor televisivo grisón Gion Camenisch se expresa filosóficamente sobre el sorpresivo final de la apreciada serie televisiva Hospital Cantonal. Al contrario que sus colegas, sus comentarios no rezuman amargura...

–¿Qué te parece? –Gion no apartaba los ojos de la pequeña pantalla en la que ahora se proyectaba el logotipo del programa de entrevistas *Fiona pregunta*–. Creo que Fiona ha entendido muy bien qué es lo que me importa –agregó mientras la simpática presentadora saludaba al público en la pantalla. Gion el artista invitado de la noche aparecería en último lugar.

A Marie le vino a la mente una joven a la que ese día había examinado en urgencias. A pesar de que tenía médico de familia y ginecóloga, acudía a urgencias una y otra vez. Siempre a horas intempestivas, a primera hora de la noche, los fines de semana. Molestias gastrointestinales difusas, cistitis crónica. Sus ojos negros sin brillo observaban a Marie. En ellos no se reflejaba nada. Habían avisado a Marie porque el ordenador había emitido una llamada de aviso: si alguien acudía más de dos veces al año a urgencias sin un diagnóstico claro, era señalado como «posible drogodependiente». Pero la joven no había pedido analgésicos. Había enumerado sus dolencias con voz monótona, casi aburrida. Marie recordó las prácticas de diagnóstico durante la carrera. Los estudiantes, que se representaban unos a otros los síntomas, los recitaban con idéntica monotonía. Era difícil fingir dolor de manera creíble. Las bacterias del análisis de orina, también. Así que la mujer debía sufrir dolores. Pero no lo parecía. Había esperado tres horas hasta que por fin le tocó el turno, y luego, tras un breve reconocimiento, volvió a marcharse con una receta de antibióticos. ¿Por qué no había llamado a su médico de cabecera? Estaba de vacaciones, contestó. ¿Y no lo habían sustituido?

El seguro médico exigía que en esos casos sus asegurados recurrieran a un consultorio telefónico que decidiría si estaba indicado acudir a urgencias. Eso

difícilmente habría sucedido en ese caso, pero la paciente no había respetado el procedimiento. Marie meditaba qué debía poner en su informe para que, pese a todo, le abonasen a la paciente la visita a urgencias.

Ojos sin vida. Dolores abdominales crónicos. Kosovo. Marie no pudo evitar pensar automáticamente en los informes sobre mujeres violadas, síndrome de estrés postraumático. Sin embargo, la mujer era demasiado joven. No había vivido la guerra. Tenía marido suizo, pasaporte suizo. Marie había querido analizar el caso en la reunión del equipo, pero Huber presentó una petición más interesante, y ella ya no tuvo tiempo para hacerlo.

–¿Me estás escuchando?

Marie hizo un esfuerzo. En la pantalla había publicidad. Bolas de chocolate blanco remolineaban, ingravidas, por una habitación blanca llena de personas felices.

–Marie. Esto es importante. Toda mi carrera está en peligro... ¿y ni siquiera ahora puedes prestarme atención? ¿No ves que te necesito?

–Pero si estoy aquí –aseguró Marie–. Estoy aquí.

Se deslizó hacia él, lo abrazó, colocó una mano entre sus piernas, de un modo completamente automático, como para asegurarse de que todo seguía allí. Y de que aún le pertenecía.

Gion le apartó la mano.

–¡A veces eres muy primitiva!

Marie se sobresaltó.

–No puedes evitarlo –añadió Gion deprisa–. Como médica estás inmersa en el tosco materialismo. Pero puedes evolucionar. Entonces podríamos volver a acercarnos. ¡En un plano más sutil! Lo deseo de veras.

La sintonía de tres tonos del programa sonó de nuevo.

–Y ahora llega el momento que todos ustedes esperaban –dijo Fiona radiante, con un entusiasmo que incluso tras veinte años de emisión no parecía gastado–. Hospital Cantonal ha cerrado sus puertas para siempre. Espectadores y actores están impactados por igual. Solo uno lo lleva con entereza, y él nos revelará aquí, en exclusiva y por primera vez, el secreto de su serenidad. ¡Demos la bienvenida a Gion Camenisch!

Toque de clarines. Gion entró en pantalla. Vestía un traje de color verde junco de tela liviana, una camiseta de color azul turquesa y al cuello llevaba

un rosario hindú de cuentas de madera. Caminó despacio, mucho más despacio que los demás invitados. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Sonriendo con dulzura se volvió hacia el público, que estaba desenfrenado. Marie creyó oír gritos femeninos. La entrevistadora fue al encuentro de Gion. Cuando llegó ante él, Gion unió sus manos, las levantó hasta la frente e hizo una reverencia. La mano tendida de Fiona quedó suspendida en el aire.

–*Namaste* –saludó Gion.

–*Buenas noches* –contestó Fiona, confundida, señalando el sofá blanco.

Gion se sentó, se descalzó con gesto elegante y luego cruzó con agilidad las piernas encima del asiento.

–*Permíteme* –dijo–. *¡Ya no soy capaz de sentarme de otra manera!*

Marie le lanzó una mirada de reojo. Allí, en su sofá rojo manchado de laca de uñas, se sentaba con absoluta normalidad.

–¡Chiiiiist! –dijo Gion.

–Pero si no he dicho...

–¡Chiiiiist!

–*Si no hiciera yoga, es muy posible que hubiera manejado de otra manera el impacto* –decía por la televisión.

–*¿Puedes explicárnoslo?*

–*El yoga entrena para resistir posturas dolorosas o difíciles. Si contorsionas todos los días tu cuerpo durante dos horas en posturas aparentemente imposibles, los cambios en tu vida cotidiana no te afectarán nada. Un despido, por ejemplo, deja de ser una catástrofe que pone en peligro tu existencia, es sencillamente una asana difícil, una nueva postura que tienes que aprender primero antes de dominarla a la perfección. El yoga te confiere agilidad, ¿comprendes, Fiona?, tanto de cuerpo como de mente. Go with the flow!*

–*Go with the flow.* –Fiona miró las notas que sostenía en su mano–. *He oído que estás escribiendo un libro con ese título. ¿Es cierto?*

Gion sonrió, misterioso. El Gion televisivo. Porque el Gion del sofá apartó los ojos de sí mismo y dirigió una sonrisa triunfal a Marie.

–¿Qué, nena? ¿Qué dices a esto?

–¿A qué? –preguntó Marie sin pensar.

–*Bueno, famosos que escriban libros de yoga hay a patadas... ¿qué*

responderías a esta objeción? –trinó Fiona con fingida alegría en el silencio gélido del salón.

–¿Te refieres a tu libro? –intentó salvarse Marie–. No me habías contado una palabra. ¿Estás escribiendo un libro de yoga? ¿Desde cuándo?

–Como es natural, yo también me hice esa misma pregunta –contestó muy serio el Gion de la pantalla–. Pero tanto mi profesora de yoga como mi editora me convencieron de lo importante que es no encerrarme en mis conocimientos, sino compartirlos con otras personas. Porque no soy el único que pierde su trabajo, que tiene que volver a rediseñar su vida. Para mí, el fin de la serie es una oportunidad para enfrentarme a mi vida. Es una historia muy personal. Se trata de mí. El yoga ha entrado en mi vida justo en el momento oportuno...

–¿Y cómo llegaste al yoga?

–¿Sabes hacerlo? ¿Escribir? –preguntó Marie.

–Tengo que darle las gracias a Marie, mi mujer. Ella lleva practicando yoga más tiempo, y un buen día me pregunté simplemente qué era lo que hacía todos los lunes después de su dura jornada de médica en un hospital (¡y, créeme, Fiona, ahí las cosas son muy distintas que en el estudio de Hospital Cantonal!), es decir, qué la impulsaba a acudir después del trabajo al estudio de yoga. ¿Y por qué siempre resplandecía su rostro desde dentro cuando llegaba a casa? Así que una hermosa tarde de lunes la acompañé. El resto es historia, como suele decirse. ¡Esa tarde de lunes cambió mi vida de raíz!

–¿Puedes mencionar un ejemplo concreto?

–Bueno, me levanto todos los días a las cinco y practico durante dos horas, además de las clases de yoga a las que asisto en el estudio.

Un rumor entre el público.

–¿Puedes mostrarnos algo?

Gion sonrió con osadía, las mujeres del público suspiraron. Se quitó la chaqueta, los suspiros se convirtieron en gemidos. Luego se lanzó del sofá al suelo como un joven bailarín de break dance y, burlándose de la fuerza de gravedad, hizo el pino mientras desdoblaba despacio las piernas. A continuación, sin bajarlas, se agachó como una esfinge apoyándose en sus antebrazos. Su cuerpo formaba un arco perfecto de la cabeza a los pies.

–*¡Madre mía, eso parece peligroso! –Fiona se había levantado para verlo mejor–. ¿Y cómo se llama esa postura?*

–*Pincha Mayurasana. –La voz de Gion sonaba un tanto ahogada–. La pluma del pavo. –A continuación estiró los brazos y se dejó caer hacia atrás como un gimnasta, aterrizó sobre sus pies, hizo una reverencia y el público, puesto en pie, aplaudió.*

Él se sentó de nuevo en el sofá y tomó las dos manos de Fiona.

–*Pero esto no es nada –prosiguió–. No es nada comparado con la paz y serenidad internas que me permiten aceptar que de la noche a la mañana me hayan arrebatado el suelo bajo mis pies, privándome de mi medio de subsistencia. Lo que otros consideran un golpe del destino para mí constituye una nueva oportunidad.*

–*Fascinante –dijo Fiona con un hilo de voz–. Por desgracia se nos ha acabado el tiempo. Gion, esperaremos con impaciencia el momento de leer tu libro. Una última pregunta que interesa especialmente a nuestros espectadores: ¿dónde se puede practicar yoga con Gion Camenisch?*

–*«Le doy gracias a mi mujer» –repitió Gion y apagó el televisor–. «Le doy gracias a mi mujer.» ¡Es increíble! Todos lo dijeron, desde el principio. Ten cuidado, ella no te entiende, no tiene ni idea de lo que es la vida de un artista, solo está deslumbrada por tu fama, te va a utilizar. No es una mujer para ti, no puede darte lo que necesitas. Y yo te defendí contra todos los ataques, te protegí incluso de mi hija. Y ahora esto.*

–*¿Qué? –preguntó Marie, desesperada–. ¿Qué es lo que he dicho?*

–*¿Y todavía lo preguntas?*

–*«Utilizado», pensaba Marie. «¿Cómo que te he utilizado? ¿Qué demonios he sacado por estar casada contigo?» Pensó en las oposiciones: se busca médico de familia. Por doquier. No solo en el pueblo donde vivían sus padres. Marie había impreso la lista con las plazas de médico de familia disponibles. La lista era larga. Podía elegir. Trasladarse a la ciudad o al campo. Cerca de sus padres o lejos. Si no estuviera casada con Gion...*

–*Una idea la asaltaba cada vez con mayor frecuencia: «Si no estuviera casada...». Se avergonzaba de ese pensamiento. Porque amor significaba hacer lo imposible por el otro. Incluso renunciar, desistir de algo. «Aparigraha», pensó Marie, el quinto yama. No aferrarse con avidez, no*

abalanzarse, no coger algo que no te corresponde, que no necesitas. ¿Y qué necesitaba Marie? Ella era médica.

Marie había sido una niña saludable. Robusta. Solo había visto al médico en las vacunaciones. Nunca tuvo miedo a las agujas. No lloraba. En uno de sus recuerdos más tempranos se veía sentada en el regazo de su madre acercando, confiada, su brazo regordete a la aguja. Si acudía de buen grado al médico era sobre todo porque en su sala de espera estaba la pista de canicas más grande que había visto en su vida. Tardaba una eternidad hasta que una canica tras otra descendían rodando por las curvas retorcidas. Marie seguía su curso con los ojos olvidándose de todo lo demás. En una ocasión, después de salir del colegio, había llamado a la puerta del médico preguntando si podía jugar en la pista. La enfermera se echó a reír y finalmente la dejó pasar a la sala de espera. Marie jugó hasta que su madre fue a recogerla.

Cuando Marie estaba en segundo, le reventó el apéndice. Llevaba días quejándose de dolores de tripa, pero como nunca estaba enferma y no le gustaba ir al colegio, su madre ignoró sus quejas. Hasta que una noche la despertaron los gemidos de su hija y llamó al médico. Diez minutos después se presentó junto a la cama de Marie. Tenía las manos frías. Llevaba una bufanda roja de lana y una gorra de visera que no se quitó para examinar a Marie. Le tocó el cuello y la tripa, y cuando Marie dio un grito de dolor, la metió en el asiento trasero de su coche y la llevó al hospital más cercano. Sus padres la siguieron en el coche familiar. Se habían puesto los abrigo de invierno encima del pijama y todavía llevaban las zapatillas. La madre de Marie lloraba tanto que era incapaz de hablar.

Marie fue operada esa misma noche. Cuando salió de la anestesia, el doctor Vogelsang estaba junto a su cama. Marie ya no recordaba el dolor. No sabía por qué seguía llorando su madre. Si todo iba bien. Marie vomitó en un recipiente metálico con una forma muy rara. Recordaba sobre todo los ojos amables del médico y leyó en ellos: «Todo va bien». Más tarde vio las heridas de sus antebrazos, las huellas semicirculares de sus propios dientes. Ese era el motivo por el que su madre lloraba sin parar. Ella no había creído a Marie, la había dejado padecer esos dolores. Ella, que siempre era tan puntillosa, «¡la típica madre chapada a la antigua, usted ya me conoce, doctor!», que haría cualquier cosa por su hija. Pero había fracasado.

–Habrá tenido usted sus motivos –dijo con amabilidad el doctor Vogelsang–. Cuente, cuente.

La madre de Marie se sonó la nariz.

–Bueno, todos los días pone una excusa para no ir al colegio –refirió–. O sale todas las mañanas a las nueve en punto de casa, pero nunca llega al colegio. Ni se figura la cantidad de veces que me ha llamado ya su profesora. ¡En un par de ocasiones incluso se escapó en mitad de la clase, y en otra llegó a saltar por la ventana!

–¿Que saltó por la ventana? –El doctor Vogelsang miró a Marie, que se encogió de hombros.

–No era alta –contó la niña. Y añadió–: ¡Me aburría mucho!

Marie se recuperó con rapidez. Su madre necesitó más tiempo. Su padre le regaló una pista de canicas todavía más grande que la de la sala de espera del médico. Después de recibir el alta, el médico de cabecera la remitió al psicólogo escolar. Tras examinarla se puso de manifiesto que Marie asimilaba las asignaturas mucho más deprisa de lo que preveía el plan de estudios. Su dictamen confirmó lo que ella siempre había dicho: se aburría como una ostra. Saltó un curso y luego otro más. Hizo el examen de ingreso en la universidad a los diecisiete años y medio e ingresó en Medicina siendo la estudiante más joven de la historia suiza. Quería ser médica. Salvar vidas, no solo en sentido físico, sino toda la vida que rodeaba al cuerpo, igual que el doctor Vogelsang no solo la había salvado a ella, sino también a su madre y quizá incluso a su profesora de entonces, que se habría desesperado con Marie. Y había puesto en práctica su plan, paso a paso. No tenía amigas, ni vida amorosa, pero eso lo aceptaba. No se podía tener todo. Marie siempre lo había sabido. Antes de haber oído hablar de *asteya* y *aparigraha*. Pero evidentemente necesitaba que se lo recordasen. Porque desde que Gion entró en su vida lo había olvidado todo. Se había aferrado a él igual que una ávida criatura de tres años intenta agarrar desde el carrito de la compra los dulces colocados a la altura de sus ojos. Solo que ella había ocasionado con ello daños incalculablemente mayores. Y es que ya no era una niña de tres años, sino una mujer adulta. Peor aún, era médica.

Marie había cometido un error.

–Lo siento, Gion –dijo, y hablaba en serio. Quería librarse de la culpa.

Gion no la dejaba. ¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Por qué se lo tenía que poner fácil?

–No tienes ni idea del daño que me haces con tu negativismo. Tiras de mí hacia abajo de un modo, Marie...

–Yo solo pretendía ayudar. Escribir un libro no es lo mismo que interpretar un papel. Yo solo preguntaba... –Marie enmudeció. Ella misma oyó cómo sonaba. Rencorosa. Desinteresada. Gion tenía razón. Ella no había escuchado, no había mirado, ya no le interesaba. Había pensado en su paciente de los ojos muertos. Y en cómo la había tratado el doctor Vogelsang. Y si en una consulta de médico de familia en el campo vería unos ojos parecidos.

–Lo siento, Gion. –Lo intentó de nuevo, acercándose más a él.

Él se levantó y se quedó un momento parado en medio del cuarto de estar, mudo.

–Bueno, Marie, seguro que no te revelo nada nuevo si te digo que hay mujeres que darían cualquier cosa por escucharme.

–No –contestó ella–. No me revelas nada nuevo.

avidyāśmitārāgadve śābhiniveśāḥ kleśāḥ

Comprensión errónea, narcisismo,
codicia ciega, prejuicio
y miedo son los obstáculos.

Patanjali Yoga sutra 2.3

Nevada

Ya no era capaz de dormir. Ni de comer. Lo veía en cada esquina de la calle, reflejado en cada escaparate, cada bufanda ondeante era la suya. Ya no podía respirar, ni meditar. Ninguna otra imagen tenía cabida en su mente más que la suya. Sus ojos, mirándola. Sus manos, tocándola.

Estaba poseída. Lo sabía. «Él ama a Poppy», se repetía como si fuera un mantra, una y otra vez. «Él ama a Poppy. Él ama a Poppy.» Rodaba de un lado a otro de la cama como si tuviera fiebre. Las manos entre las piernas. Se quitaba la manta pataleando como un niño rebelde. «Otra vez», clamaba su cuerpo. «¡Otra vez, antes de que todo se vaya a pique!»

Al fin y al cabo, argumentaba el cuerpo, ese era su destino. Unirse y reproducirse. «¡Ven de una vez!» Y ella fue.

¿Cómo había podido soportar eso cinco años? ¿Cómo había podido olvidar lo que se sentía, esa fuerza irresistible, esa ola avasalladora... por qué demonios se había figurado que era capaz de aguantarlo? Además, ¿por qué tenía que hacerlo?

Nevada olvidó todo lo demás. Esperaba al próximo lunes. Wolf había dicho que volvería. Ella bajó al estudio de yoga más temprano de lo habitual, limpió la sala que Nadine había fregado someramente. Le gustaba el aula más pequeña de las dos, cuya ventana frontal daba al río. Sacó de su bandolera una foto enmarcada que mostraba a Sri Tirumulai Krishmacharya junto a su hijo TKV Desikachar, que había traducido e interpretado de nuevo los yoga sutras. Una figura de bronce del tamaño de un puño del sabio Patanjali de cabeza de serpiente. Y, a falta de flores, una naranja perfecta, redonda. Ella lo colocó todo bajo la ventana, y después se arrodilló con esfuerzo.

–Gracias –murmuró–. Gracias por esta enseñanza, tan útil para mí y para mis alumnos...

Pero lo que en realidad pensaba era: «Gracias por este hombre, de momento todo lo demás me da igual. Lo siento».

Durante su formación, Nevada había luchado con una traducción mucho más rigurosa e inaccesible de los yoga sutras de Patanjali, y más de una vez se había preguntado qué tenían que ver esos versos enrevesados con su vida. A pesar de todo, los había estudiado, era una alumna laboriosa, y cuando no entendía algo, buscaba el fallo primero en sí misma. La primera vez que la leyó desdeñó la traducción de TKV Desikachar por facilona y demasiado generosa. Pero ahora estaba enferma. Ya no podía permitirse buscar el fallo en ella. Ya no había tiempo para eso. Y ninguna posibilidad de corregirse. Necesitaba ayuda.

Wolf fue uno de los primeros en entrar. La buscó con la mirada. Lo hizo con naturalidad. Nevada sonrió. Él cogió una de las esterillas apiladas y la desenrolló justo delante de ella. Estaban uno frente al otro, como si solo existieran los dos, mientras el pequeño estudio se llenaba lentamente.

—¿Tienes tiempo para tomar un café después de clase? —Él frunció el ceño—. Bueno, o un té o...

—Claro que sí —contestó Nevada.

Dejó vagar sus ojos por la estancia. Ocho alumnos, uno más que la semana anterior. Todos habían traído sus cuadernos escolares y los libros de sutras comentados por TKV Desikachar. No había comparación con los cuarenta o cincuenta alumnos que habían asistido a sus clases de *asanas*. Daba igual. No estaba sola.

Estaba Marie. Ted no había acudido. ¿No le había gustado la clase, le había parecido poco física, poco esforzada? ¿Se había apuntado con otra profesora o acudía al curso para hombres de Sebastian? Los pensamientos de Nevada comenzaron a girar. Necesitaba doce alumnos para cubrir los gastos del estudio. Si no alcanzaba pronto ese número, Lakshmi suprimiría su clase. «*Citta vrtti*», pensó Nevada, «*citta vrtti...*». No podía eliminar esos espasmos del espíritu.

—¿Cómo alcanzamos el estado del yoga? —preguntó—. La respuesta es sencilla: practicando.

Marie rio en voz baja. Nevada le dedicó una mirada de agradecimiento.

—Suenas más fácil de lo que es. Lo sé. Los sutras 1.12, 1.13 y 1.14 se ocupan de ello —comenzó a cantar:— *Abhyasavairagyabhyam tannirodah*.

Hizo repetir esa línea a sus alumnos hasta que la concentración por

reproducirla con exactitud eliminó los últimos vestigios de pensamiento.

–Ese estado de *nirodah*, de silencio espiritual, se alcanza con un entrenamiento consecuente y con la serenidad. Requiere ambas cosas. La última parte es importante, se olvida a menudo, yo misma la he descuidado durante años: serenidad, soltar, eso significa que no debes hacerte una idea concreta de lo que quieres conseguir.

De pronto se abrió la puerta y entró Ted. Echó un vistazo al reloj de la pared con expresión culpable. Nevada recordó a Shri Jenny, que insistía en una puntualidad absoluta. Un concepto que ella había heredado de su gurú indio: quien no es puntual, no va en serio. Y puede volver a intentarlo mañana. Nevada había intentado atenerse a ese principio, pero Lakshmi creía que era perjudicial para el negocio.

–No responde a la realidad de nuestros alumnos –había argumentado–. Son personas modernas, siempre estresadas, que todos los días persiguen los mismos diez minutos. Y tienen que volver a encontrar esos diez minutos aquí, con nosotros. Además, es mejor llegar tarde a yoga que no llegar.

Como Nevada cobraba por alumno, no protestó. Pero odiaba las interrupciones, el continuo ir y venir durante la clase. Muchos alumnos no se tumbaban ya para la relajación final, sino que abandonaban antes la clase, enrollaban sus esterillas, caminaban por encima de las personas tumbadas y hablaban tan alto en la entrada que Nevada lo escuchaba en el estudio. Siempre se imaginaba que esa charla penetraba en las mentes relajadas de los que estaban tumbados. Quería taparles los oídos. Proteger sus mentes.

Ted había traído su propia esterilla y la desenrolló atrás del todo, en un rincón. Colocó al lado su libro y su cuaderno escolar. Ella le saludó con una inclinación de cabeza.

–Hay diferentes leyendas sobre el sabio Patanjali de cabeza de serpiente –contó–. Se dice, por ejemplo, que la yoguini Gonika, que vivía en absoluta soledad, imploró a los dioses pidiendo un discípulo. Como no tenía otra cosa, ofreció agua a los dioses con las manos abiertas. Y al abrir los ojos, vio en la palma de su mano a Patanjali con cabeza de serpiente. Que es también una encarnación del dios serpiente Adishesha, que servía de cama a Shiva y que era enviado por este a la tierra para ayudar a las personas a solucionar sus problemas. Pero mi historia favorita es esta: Patanjali era un maestro de yoga

que daba clase detrás de una cortina porque en realidad era una serpiente de mil cabezas, lo que lógicamente no podía ver nadie. Cuando un discípulo levantó la cortina, tuvo que devorarlos a todos, y su doctrina se habría perdido si ese día un discípulo no se hubiera retrasado. Según Patanjali, llegar tarde a una clase de yoga no puede ser delito... y yo tampoco os devoraré. Lo prometo.

Condujo al grupo a través de una serie de sencillos *asanas* y ejercicios de respiración. Los hizo sentarse en la postura del loto y mirar fijamente una vela encendida. La hora transcurrió deprisa.

–¡Hasta la próxima clase, no dejéis de meditar sobre vuestro ejercicio práctico!

–¿Y no vamos a hablar de lo que escribimos la semana pasada? –Una alumna levantó su cuaderno.

Nevada había concebido esas anotaciones como un autoanálisis. Pero en ese momento comprobó que sus alumnos estaban decepcionados. Deseaban intercambiar sus ideas con los demás. A ser posible deseaban oír la opinión de Nevada. Pero ella no podía prolongar la clase.

–Algunos de nosotros bajamos siempre al bar después de clase –dijo Marie–. A lo mejor podíamos conversar allí en un ambiente más distendido.

–Buena idea –contestó Nevada. Pero ella no quería hablar con nadie. Quería estar a solas con Wolf. Notó su mirada interrogante y sonrió. Él pensaba lo mismo que ella–. Yo llegaré un poco más tarde –añadió–. Tengo todavía una entrevista.

Los demás alumnos salieron del estudio. Wolf la esperó.

–Baja, yo iré en seguida.

Nevada subió las escaleras hacia su habitación. Los dolores permanecían bajo control. Sus piernas la obedecían... casi. En los últimos peldaños se sujetó con una mano a la barandilla, mientras se levantaba el muslo con la otra, hasta que su pie alcanzó el peldaño siguiente. Ella era su propia muleta.

Pensar en Wolf, que la esperaba abajo, le dio fuerzas para superar la escalera. En su habitación, lo dejó caer todo al suelo. El marco de la foto sonó dentro de su bolso. Se cambió de ropa, unos pantalones apretados, una blusa escotada. Sandalias con plataforma. Se soltó el pelo y se lo cepilló con fuerza. Después miró el cepillo. Mechones de pelo se habían quedado adheridos.

Los zapatos desacostumbrados hicieron el descenso más difícil de lo que pensaba. Las suelas de plataforma eran como bloques de cemento en sus pies. A medio camino, se detuvo. Quería sentarse, pero no sabía si después sería capaz de levantarse.

¿Era eso una crisis? ¿Era eso de lo que la había prevenido el doctor Kaiser? Cada crisis provocaba un empeoramiento de su estado general, un descenso paulatino, como el de esta escalera. No había salvación. ¿Debía ir descalza? Los tacones levantaban su trasero, que se marcaba bajo el estrecho pantalón. Cuando estuviera en silla de ruedas, nadie podría verlo ya. No, no se quitaría los zapatos. Su cuerpo volvió a incorporarse. Levantó un pie, y después el otro.

Wolf la esperaba sentado junto a la ventana. Cuando llegó a la mesa, despacio, con cuidado, se levantó. Nevada sintió cómo se le derretían sus chakras, uno detrás de otro, como chocolate al sol.

—Aquí me sentaba siempre con Poppy —suspiró. Se quitó las gafas y las limpió con meticulosidad. Ella quería quitárselas. Ella quería ella quería ella quería.

—¿Qué tal estás?

Nevada dio un respingo. No se había fijado en los demás que habían entrado en el bar, solo tenía ojos para Wolf. Marie se había acercado a su mesa. Su mirada se posaba inquisitiva en Nevada. Profesional.

—Bien —contestó, lacónica.

Deseaba que Marie se fuera, ansiosa por dedicarse a Wolf, pero este continuaba limpiando sus gafas. Había adelgazado. Tenía ojeras... ¿Permanecería también despierto por la noche, pensando en su mujer asesinada, o en Poppy, que estaba en la cárcel, o en Nevada? Nevada creía poder ver la energía entre los dos, olas calientes, palpitantes, rojas como la sangre, entre las que brotaban chispas brillantes y claras.

—Tengo una cosa para ti. —Marie rebuscó en su bolso grande.

Sentado a la mesa redonda, en el centro, Gion se dejaba querer. Marie no le quitaba ojo. Él ya le había hecho un par de veces una seña impaciente. Quería tenerla a su lado, a pesar de estar rodeado por alumnas de yoga jóvenes, ágiles, de miembros delicados, que apoyaban sus largas piernas en los respaldos de las sillas y estaban pendientes de sus labios. A pesar de todo,

quería tener a Marie a su lado. Ella sacó un sobre amarillo de su bolso y se lo entregó a Nevada, que lo cogió con indiferencia y lo dejó a un lado.

–Te he fotocopiado unos artículos –dijo Marie al marcharse–. Hay unos estudios nuevos muy interesantes.

–¿Estudios? –preguntó Wolf–. ¿Estudios de qué?

Marie miró a Nevada, y esta negó con la cabeza. Se guardó el sobre en el bolso.

–Gracias –dijo dando por concluido el encuentro.

Marie se fue por fin a su mesa redonda. Gion le dio un azote aprobatorio en el trasero con la palma de la mano, las gacelas del yoga se estremecieron. Marie se sentó en el sitio asignado, sin perder de vista a Nevada, que había vuelto a olvidarse de ella en el acto.

–Me gusta estar a solas contigo –dijo Nevada a Wolf. No hay tiempo para jueguecitos, decía su cuerpo. Ve al grano.

–A mí también –contestó Wolf.

Alargó ambas manos sobre la mesa. Las manos de Nevada se deslizaron dentro de las suyas. «Sí», dijo la piel. «Sí, sí, sí.»

–¿Has visto a Poppy? –preguntó Wolf–. ¿Qué impresión te causó?

Las manos de Nevada se empequeñecieron dentro de las suyas. Respiró hondo.

–Parecía asombrosamente tranquila –dijo al fin–. Menos inquieta de lo que suelo verla. Menos distraída. Si no pareciera un disparate, diría que la prisión le sienta bien.

Wolf retiró sus manos y se las puso delante de los ojos.

–Todo está al revés –dijo–. Todo está mal. Al revés.

Nevada asintió. Sabía exactamente a qué se refería. Allí estaban ellos, separados por una mesa a pesar de que estaban hechos el uno para el otro. «*Samadhi*», pensó, fundirse con el objeto de observación. Patanjali seguramente no se refería a este hombre, sino a un concepto filosófico, pero lo mismo daba. Nevada sabía lo que quería. No había nada más que ese hombre, esos ojos, esas manos. Y la mesa que los separaba. Y sobre la mesa, apilado hasta formar un obstáculo insuperable, el asesinato de su mujer, Poppy, que estaba en la cárcel siendo inocente. Nadie, ni siquiera la persona más carente de escrúpulos del mundo, podía saltar sobre ese obstáculo, sobre esa mesa,

para entrar en su destino, que eran los brazos de Nevada. Nadie, y Wolf menos que nadie, que era puro y bueno. Nevada lo comprendía y lo amaba más por eso.

–La cosa no quedará así –dijo ella–.Tan al revés.Te lo prometo. La arreglaremos tú y yo, juntos.

–¿Pero cómo? –Wolf suspiró–. ¿Cómo? –Volvió a bajar sus manos y la miró a través de los gruesos cristales de sus gafas, que aumentaban el tamaño de sus ojos, deformándolos ligeramente. Era una mirada de desesperación–. ¿Cómo va a volver a arreglarse todo? –preguntó–. Kim está muerta.Yo la traje a Suiza, donde fue desgraciada, la mataron como a un perro y la arrojaron al río. ¿Cómo se va a arreglar eso jamás? Y Poppy, la única mujer a la que he amado en mi vida, está en la cárcel. Por mí. Porque me ama. Dime, Nevada, ¿quién puede arreglarlo? Yo no. ¿Y tú?

¿La única mujer? ¿La única mujer a la que has amado en tu vida? «No le queda más remedio que decirlo», pensó ella. «No le queda más remedio, apenas puede soportar la injusticia, no puede añadir una culpa más, su amor por mí, a ese cúmulo de culpas.Yo lo comprendo todo», pensaba Nevada.

–Confía en mí –le aconsejó–. Eres una buena persona.Todo se arreglará.

–¿Pero cómo?

–¿No es evidente? Tenemos que encontrar al verdadero asesino de tu mujer.Y llevarlo ante la justicia. Entonces pondrán en libertad a Poppy. Entonces por fin podréis analizar vuestra historia y decidir si continúa y cómo.

«Paciencia», pensó Nevada. Tendría que ser paciente. Su enfermedad tenía que esperar. Su cuerpo, resistir. «¿Ves qué bien te comprendo, ves qué tierna soy? Conmigo puedes ser el que eres, puedes sentir miedo, dudas, yo lo capto todo. Mis brazos aún son lo bastante fuertes.» Se levantó y rodeó la mesa. Cuando se sentó a su lado, él se apartó. Ella no se desanimó por eso. Juntó su silla a la de él. Su pierna a la suya, desde el tobillo a la rodilla, sus muslos se rozaban. Sus hombros. Por último, levantó el brazo y apoyó la mano en su espalda, como si quisiera empujarlo hacia adelante. «*Samadhi*», pensó, «somos uno».

–Tengo que irme –anunció él, levantándose.

Nevada siguió sentada un poco más. Miró por la ventana y lo vio caminar hacia su coche, la cabeza gacha, la espalda encorvada. Quiso volver a apoyar

ahí su mano, entre sus omóplatos, empujarlo hacia delante, lejos de lo viejo, lejos de Kim, de Poppy, de la culpa y de la expiación. Quería liberarlo del «tengo que».

Marie le hizo una seña desde la mesa vecina. Nevada se incorporó. Sentía su lado derecho áspero, como si Wolf hubiera empleado un delgado cuchillo para separarse de ella, como si hubiera introducido una hoja afilada entre ambos, lastimando la piel, hiriéndola en definitiva. Al fin y al cabo solo tenían una piel y él la había dividido. Ahora estaba abierta y sangrante.

Marie volvió a hacerle una seña. Más intensa. Nevada intentó levantarse. Se le había dormido el pie izquierdo, su tobillo se dobló, dio un traspié, se apoyó en la mesa, tiró al suelo la taza de té. En una zancada, Marie se plantó a su lado.

Poppy

Sonaba una sirena de niebla. Una, dos, tres veces. No, no era una sirena de niebla. Era la sirena de un barco. Un barco a punto de zarpar. Poppy tenía que subir a bordo. Corría en dirección al puerto, muchas personas aguardaban en el muelle, saludando con la mano a un barco gigantesco y blanco que ocultaba el horizonte. Personas diminutas les devolvían el saludo desde arriba. Poppy se abría paso con esfuerzo entre la multitud cada vez más espesa, y de pronto... ¿qué hacía su madre allí? La madre agarró a Poppy por la manga haciéndola retroceder de un tirón, con brutalidad, así era ella, su madre. Bruta.

–Suéltame –gritó Poppy–. ¡No tengo tiempo!

–¿Que no tienes tiempo? –gritó su madre. Sus dedos se clavaron en la carne de su hija–. ¿Que no tienes tiempo para mí? ¿Cómo puedes decir algo así, Poppy? ¡Acabarás llevándome a la tumba!

Entonces Poppy se soltó. «Acabarás llevándome a la tumba. Acabarás llevándome a la tumba.» Esas palabras la perseguían, enroscándose en su cuello. Poppy intentó sacudírselas, se le enredaron los brazos en ellas. Pero siguió corriendo cada vez más lejos, hasta que por fin llegó al muelle. Tenía que alcanzar ese barco. Sin embargo, al acercarse más, vio que el coloso

blanco ya se había puesto en movimiento. Parecía como si se desplazase una ciudad entera saliendo a mar abierto.

A Poppy le entraron ganas de llorar. Las palabras de su madre eran como plantas trepadoras alrededor de su cuello. Miró por encima del hombro. En efecto. Allí estaba su madre, sosteniendo en sus manos las plantas trepadoras a modo de riendas.

—¡Pero qué digo! ¿Que acabarás llevándome a la tumba? —vociferó—. ¡Ya me has llevado a la tumba! ¡Tú me has matado! —Y tiraba de las riendas.

Poppy se ahogaba. Oyó cómo la multitud del muelle enmudecía, suspiraba, se volvía hacia ella, mirándola de hito en hito. ¿Quién era la mujer que había matado a su propia madre?

Y de repente se encontró en un bote. Un bote de madera viejo. Las tablas estaban corroídas por la intemperie, los remos eran demasiado estrechos, en el suelo había un charco de agua que se hacía cada vez mayor. Ella remaba desesperada hacia el descomunal barco. Estaba todavía en la dársena del puerto, cuando de repente vio venir hacia ella una aleta triangular. Un tiburón. Se aproximaba. El miedo ascendió, frío, por el interior de Poppy. Pudo distinguir su cuerpo gris. Nadaba directamente hacia el bote. El miedo estrangulaba a Poppy igual que la habían estrangulado las palabras de su madre. Pero siguió remando. El tiburón se sumergió pasando por debajo del bote, que se balanceó peligrosamente. De pronto el pequeño bote quedó rodeado por tiburones, grandes y pequeños. Eran veloces, rodeaban el bote, se sumergían y pasaban por debajo. El gran barco se alejaba lentamente. Poppy sollozaba, jadeaba, en toda su vida había sentido tanto miedo. Pero remaba sin parar. Ya no oía las palabras de su madre. Solo la sirena del barco. Y de repente, lo alcanzó. Por la pared exterior blanca colgaba una escala de cuerda. Poppy se elevó en el mismo momento en que los tiburones destrozaban el bote desvencijado. Trepó por la escala hasta que alcanzó las letras del tamaño de un hombre, el nombre del gigantesco barco: PATRIA.

Poppy se despertó y se echó a reír. Estaba despierta. El miedo había quedado en el sueño. Había pasado. Ese miedo que la acometía todas las mañanas al despertarse: «¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Qué he olvidado? ¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo?». Ese miedo no la había seguido hasta la cárcel.

Ya no había ningún tiovivo. Cuando se acostaba por la noche y cerraba los

ojos, detrás de sus párpados se proyectaban películtitas amenas en colores amables. Veía la cara amada y perpleja de Wolf. Sus labios, sus manos. Se deslizaba hacia sus sueños como una bailarina, elegante y de pies ligeros. Al despertarse por la mañana, sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Segundo a segundo y día tras día lo mismo.

Cuando Poppy tenía cinco años se encontró de pronto ante el semáforo de una calle sin saber cómo había llegado hasta allí. Sabía que no podía cruzar sola la calle, ni siquiera por el paso de peatones. Entonces la acometió por primera vez ese miedo frío. Miró y vio bamboleándose junto a su costado la bolsita del bocadillo. ¡El jardín de infancia! ¡Hacía mucho que tenía que estar allí! ¿Cómo encontraría el camino? ¿Habría pasado delante de él absorta, sumida en sus pensamientos? Desesperada, echó un vistazo a su alrededor. Nada le resultaba familiar. Poppy rompió a llorar y al final la abordó una mujer que pasaba y, cogiéndola de la mano, la llevó al jardín de infancia. El trayecto no fue largo. Pero la maestra ya había telefonado a su madre, que pronunció por primera vez en su vida la frase que la acompañaría durante toda su infancia: «¡Acabarás llevándome a la tumba!». Desde ese día el miedo se apoderó de Poppy. Solo los muros de la prisión habían sido lo bastante gruesos para mantenerlo alejado de ella. La prisión era el descomunal barco *Patria*, pensó Poppy riendo de nuevo. ¿Se podía tener sueños más simples? ¡Interpretación de los sueños para idiotas! La sirena había enmudecido, Poppy se levantó.

No recordaba haberse levantado nunca así. Fresca y tranquila. Se sentía como si hubiera llegado a la meta. Como si hubiera encontrado su destino. La misma sensación que había sentido cuando comenzó su blog de la casa de los monos. En otra vida, le parecía. Los monos habían enmudecido, las lianas colgaban huérfanas en su cabeza, meciéndose suavemente al viento. Poppy sabía lo que tenía que hacer. No se planteaba preguntas. Estaba allí para proteger a Wolf. Porque lo amaba. Eso era todo.

En la bolsa que le había traído Nevada halló, además del libro, un cuaderno escolar barato. Una de las funcionarias le había entregado una caja de lápices con goma de borrar en el extremo. Cuando fuera necesario se los afilaría, porque no estaban permitidos los sacapuntas en la celda. ¿No se podía vaciar un ojo con un lápiz bien afilado? Poppy se sentó a la estrecha mesa.

Hojeó el libro. Pasó las páginas de atrás adelante. Ella empezaba muchas veces la lectura por el final. Artículos de prensa. Libros. Lo más importante se encontraba casi siempre en las últimas páginas. Poppy encontró una frase: *El mismo objeto parece distinto a todos los que lo perciben. Esto se debe a que el estado del espíritu es siempre diferente.*

Poppy se echó a llorar. Abrió el cuaderno.

Querido Florian, escribió, querido Lukas.

No se sentía desdichada por hablar por teléfono únicamente una vez por semana y durante diez minutos. Diez minutos podían ser muy largos. Poppy se había preparado para su primera llamada, había ensayado para parecer alegre. Le extrañaba escuchar su propia voz. Tuvo que acostumbrarse.

–Estoy bien –dijo–. No os preocupéis.

Pero sus hijos habían contestado con monosílabos. Sucedió lo mismo que al poco de separarse. Eran como extraños. Poppy podía oír los minutos transcurriendo en silencio, uno tras otro. Luego Julia tomó el auricular y parloteó como una cotorra el resto del tiempo.

–No te preocupes, Poppy, lo tenemos todo controlado.

Poppy sintió alivio cuando transcurrieron sus diez minutos y colgó.

La certidumbre que había sentido instantes antes había desaparecido. No había hecho lo correcto. Destino, amor... la madre era ella. Tenía un compromiso con sus hijos. Con nadie más. Había vuelto a fracasar, y esta vez sin paliativos.

Lo siento, escribió. Lo escribió de cien maneras: «Lo siento, lo siento, lo siento». Ella no era una madre. No es que fuese una mala madre, es que no era una madre. Se había ido, abandonando su misión. No había excusas, ni explicaciones. A pesar de todo, Poppy comenzó a escribir. Describió cómo había intentado ordenar su habitación cuando era pequeña. Cómo le gritaba su madre. Cómo había escrito en el fondo del cajón de su escritorio: *Odio a mi madre.*

Poppy deseaba que sus hijos supieran de ella algo diferente. Pero no lo había. Solo podía anotar lo que había sucedido.

Ted

–Sencillamente no me encuentro a gusto aquí –comentó Lilly–. En esta casa no hay sitio para mí.

Estaban acostados en la cama de Ted, tres de cuyos cuatro lados estaban pegados a la pared de la habitación. De su cámara.

–Lilly... –La acercó más hacia él.

–No. –Lilly se levantó. Se agachó para recoger su ropa.

–¿No pretenderás irte ahora?

Ted miró el reloj. Era casi la una de la madrugada. Lilly había llegado a su casa poco antes de las doce, después de haberse pasado media tarde enviando y recibiendo SMS. Ted habría tenido que corregir redacciones, telefonar a la madre de Mirko, pero se pasó la tarde entera colgado de ese pequeño aparato plano que le engatusaba con la perspectiva de ver a Lilly.

Al final ella había cedido y se había presentado en su casa. Ahora estaban por fin solos, juntos. Ted intentó besarla. Lilly sacudió la cabeza. Se puso de morros. Ted se sentía impotente.

–Si quieres acostarte conmigo, tienes que venir a mi casa. ¡A mi casa, a mi cama!

En ese momento él le habría prometido todo. Bueno, casi todo.

–¡Cómo voy a dejar sola a Emma!

–¿Cuánto tiempo lleva viviendo contigo? Me dijiste que en un par de semanas, cuando se hubiera acostumbrado...

–¡No es tan fácil!

–Yo no entiendo nada de niños, pero sé que tienen amigos y que a veces pasan la noche en sus casas. Eso es completamente normal.

–Sí, pero...

«Nada es normal», quiso decir. «No puedo pedir a ninguna de las otras madres que se lleven a Emma a dormir a su casa, porque inmediatamente querrían jugar a la familia con nosotros, y yo me niego, me niego en redondo, la única que podrías jugar a eso con nosotros eres tú... y no quieres.»

–Nada de peros. –Lilly se ponía los vaqueros sobre la piel desnuda, meneándose de un lado a otro para subir la estrecha prenda por encima de sus caderas.

Ted alargó la mano hacia ella.

–Por favor, Lilly, no me hagas esto. Vuelve a la cama y mañana hablaremos

de todo.

Ella lo miró sopesando. Luego negó con la cabeza.

–No. Si me deseas, ven a mi casa.

Esperó un momento en la puerta. Ted cerró los ojos. Ella se marchó.

–Yo me puedo quedar sola por la noche –dijo Emma sin mirarle y como de pasada a la mañana siguiente, durante el desayuno, mientras se servía una abundante ración de cereales con chocolate en un cuenco–. Solo tienes que llevarme a la cama, contarme un cuento y cantar las tres canciones. Luego déjame el teléfono al lado de la cama y tu número de móvil programado en la tecla uno.

–¿Te has vuelto loca? –Ted puso leche en el cuenco de su hija–. ¡No pienso dejarte sola por las noches, hasta ahí podríamos llegar!

–¡Pero si estoy dormida!

–¿Y si te despiertas, qué?

–Te llamo –contestó la niña encogiéndose de hombros.

–Emma, aunque quisiera hacerlo, y no quiero, ¿me entiendes?, está prohibido. ¡No se puede dejar solo a un niño pequeño durante la noche!

Mientras pronunciaba estas palabras supo que había cometido un error. No pretendía criticar la conducta de Tina, porque eso supondría confirmar a Emma que su madre la había desatendido. Él también la protegía lo mejor posible de los comentarios hirientes de otras madres.

«*Satya*», pensó. «Comunicación sincera.» ¿Qué había dicho Nevada? «Aquel que sea siempre honesto en pensamientos, palabras y obras no cometerá errores en la relación con los demás.» ¡Ja! Eso sería un chiste. O él había entendido muy mal. Deseaba ir al bar con los demás después de clase de yoga, sentarse a una mesa redonda, preguntarles si comprendían lo de los errores. Sobre todo ahora que se había sumado al grupo otro hombre. Un matemático. Un científico. A Ted le habría gustado escuchar su concepción de los sutras. Le tranquilizaba el hecho de que el otro era todavía más sólido que él mismo.

–Los mayores necesitan tiempo para ellos –musitó Emma.

Ted cambió de prisa de actitud.

–Sí, claro. Pero será mejor que me digas por qué me sales con esas. Déjame adivinarlo, ¿nos has oído hablar a Lilly y a mí?

—Os peleasteis. Y ella se fue.

Ted intentó interpretar su tono de voz. ¿Sentía alivio, tristeza? Seguía deseando que Lilly y Emma se encariñaran la una con la otra. Podrían formar una familia, los tres. Él lo sabía mejor que nadie. Pero se aferraba incansable a la imagen que arrastraba consigo desde su infancia. Después de la marcha de Balthasar, su madre lo envió durante un tiempo con su verdadero padre. Y allí encontró lo que siempre se había imaginado: una casita, un jardín con columpio, un arenero, un cercado con conejillos de Indias. Literas. Ropa de cama de Spiderman. Ted tenía dos hermanos pequeños que crecían exactamente como a él le habría gustado. Pero en esa casa no había sitio para Ted. Era demasiado mayor para vivir una auténtica infancia. Demasiado tarde. Su madre se enamoró, se mudó, se llevó con ella a Ted y se separó de nuevo. Pero antes de que Ted pudiera ser devuelto a su padre, él mismo se matriculó en un internado en las montañas. Sus notas eran tan buenas que le dieron una beca. El internado colmaba sus expectativas más halagüeñas.

A pesar de todo, a Ted no se le ocurría ahora nadie más que su propia madre. ¿Podría dejarle a Emma? Emma. Lilly. Emma. Lilly. Estaba desesperado. Los tiempos desesperados exigían medidas desesperadas.

—Voy a hacerte otra proposición —dijo Ted—. Tu abuela Ingrid, ¿la recuerdas? Emma asintió.

—Lleva tanto tiempo deseando que pases alguna noche con ella. ¿Te apetece?

Emma nunca había estado sola con Ingrid. Ted no se fiaba de su madre. Cuando Emma era un bebé, había insistido en sacarla de paseo. Ted las había seguido a una distancia prudencial y había visto cómo a los diez minutos abandonaba el cochecito infantil delante de un escaparate. Observó a través del cristal cómo descolgaba vestidos de los percheros y se los probaba, colocándoselos delante del pecho. Él empujó el cochecito unos edificios más allá hasta la terraza de un café, se sentó a la vista y pidió algo. Media hora después, su madre salió de la *boutique* con dos grandes bolsas. Pero en lugar de detenerse y mirar a su alrededor, fue derecha hacia él.

—Te he visto por el cristal del escaparate —dijo alegremente—. ¿No me has visto? ¡Si te he saludado con la mano! Yo no quitaba ojo a la pequeña. ¡Qué cosas se te ocurren!

Ted no creyó una palabra y jamás volvió a dejar a Emma sola con su

madre. A veces iban a visitarla juntos, con poca frecuencia, una vez cada tres meses. Su madre, eso tenía que reconocerlo, jamás se quejó.

–¡Oh, sí, eso sí! –Emma dejó caer la cuchara. La leche salpicó encima de la mesa.

–¿De verdad?

–En casa de la abuela Ingrid me lo paso muy bien, jugamos a disfrazarnos. Tiene una caja muy grande, dijo que si alguna vez me quedo más tiempo con ella...

Ted conocía la caja. Sonrió.

–De acuerdo, entonces la llamaré hoy mismo y quedaremos.

–¿Hoy? –exclamó Emma. Saltó de la silla y empezó a dar palmadas—. ¡Hoy será un día estupendo! –cantó. Después abrazó a Ted con tanta fuerza que él tuvo que soltar los brazos de su tripa.

–¡Está bien, está bien! Ahora ve a lavarte los dientes, tenemos que salir enseguida.

Emma daba saltos en el cuarto de baño. Su padre la miraba. Meneó la cabeza. ¿Cómo era posible que conociera tan poco a su hija? ¿Qué ocurriría si su madre no tenía tiempo?

–Claro que tengo tiempo. ¿Quieres que vaya a buscarla al colegio?

–De ningún modo. Yo recogeré sus cosas y luego te la llevaré a casa.

–Como quieras.

Ted colgó. No sabía por qué le enfurecía tanto su madre. Si no había dicho nada malo. A pesar de todo habría preferido volverse atrás. Sin embargo, pensó en Lilly. Se imaginó penetrándola, llenándola. Llenándola del todo. Quería dejarla embarazada. Poseer su cuerpo.

De repente pensó en Tina, que durante su embarazo estuvo adormilada e hinchada, y se lo reprochaba.

–¡Mira lo que has hecho conmigo! –le echaba en cara.

«¡Cálmate, gilipollas! ¡*Citta vrtti*, puedes decirlo en voz alta!» Llamó por teléfono a Lilly, pero se hizo la remilgada.

–¿Hoy?

–Expresaste un deseo, princesa, y lo cumpliré. ¡Inmediatamente, por supuesto! ¡Faltaría más, hoy!

–Sí, pero es que hoy me viene fatal, voy a yoga a las siete, y luego hemos

quedado todos en el bar.

–No hay problema –dijo Ted–. Me reuniré con vosotros.

–Bueno. Si te apetece... Pero podemos tardar. Tenemos que hablar de varias cosas. Gion quiere grabar un DVD sobre yoga y me gustaría estar en el grupo que practica con él. Me ha dicho que puedo estar en primera fila, justo detrás de él.

–Esperaré. No me importa. Con tal de volver a casa contigo, preciosa...

–¡Bobo! –Lilly sonrió halagada y colgó.

Recogió las cosas de Emma. Mientras lo metía todo en la mochila rosa de Hello Kitty, recordó la sensación incómoda con la que lo había hecho todos los sábados hasta poco antes. Nunca había estado seguro de que Tina llegase de verdad a la hora convenida para recoger a Emma. Pero si no preparaba la mochila, seguro que ella se presentaba puntual y encima con prisa. Cuántas veces había deseado no tener que volver a hacer esa mochila. Pero la sensación de desagrado también le sobrevino ahora, automáticamente. «Tranquilízate», se dijo, «solo será una noche». ¿Sería eso a lo que llamaban confusión? ¿Que no viera la mochila con el estampado cursilón, ya medio despegado, sino a Tina?

Emma estaba radiante cuando vio bambolearse ese objeto de color rosa del manillar de la bicicleta de su padre. Corrió hacia él y saltó a sus brazos, gesto que raramente hacía en presencia de sus compañeras de clase.

–¿Entonces puedo ir a casa de la abuela?

–Claro que sí, nena. Pero te daré un consejo: no la llames abuela. Se llama Ingrid.

–¡Eres tonto, papá! ¡Si es mi abuela! –Emma montó en su bici y empezó a pedalear–. ¡Nos vamos! –gritó–. ¡Vamos a ver a mi abuela!

Ted dio a los pedales. Desde que vivía con él nunca había visto tan alborozada a Emma. Su madre la decepcionaría irremediablemente. Ella no podía menos.

–¡No me llames mamá! –le decía imperiosa cuando a él se le escapaba esa palabra–. ¡Al fin y al cabo no es mi función exclusiva! Soy una persona, gracias, y tengo un nombre que no es precisamente mamá. ¡Me llamo Ingrid!

Y partiría el corazón esperanzado de su hija. Pero no podía evitarlo. Al menos no esa noche. Esa noche pertenecía a Lilly.

–¡Emma! ¡Querida! –Su madre esperaba con los brazos abiertos junto a la puerta del ascensor.

Emma se deslizó en esos brazos como si los conociera bien.

–¡Abuela! –gritó, y después, volviéndose hacia su padre, le guiñó el ojo.

–¡Anda, vete ya, déjanos a las chicas solas! –Ingrid señaló con el mentón la puerta del edificio–. ¡Te veremos mañana!

–Pero...

La puerta del ascensor se cerró tras ellas, él oyó sus risas y luego desaparecieron. Se quedó inmóvil un instante; luego reaccionó: «Lilly», pensó. «Lilly.»

Ted se guardaría muy mucho de asistir a las siete a la clase de nivel 3. No iba a hacer el ridículo delante de ella. «¿Ah, no? ¿De veras que no?», la voz de Tobias resonó en su mente. A pesar de todo, poco después de las siete llegó a la Fábrica del Río. Se sentó en el bar y pidió una cerveza. Recordó a Emma y a su madre. ¿Haría su hija los deberes? ¿La sentaría Ingrid ante el televisor mientras hablaba por teléfono con sus amigas? ¿Sería eso tan malo? Al menos la televisión no podía hacer daño a Emma. De pronto vio a su madre ante él, sentada en la cocina de la comuna, fumando un cigarrillo de tabaco de liar, la cabeza envuelta en papel de aluminio para que hiciera efecto la henna. Ante ella se secaban sobre la mesa los restos de la pasta verdosa en un pequeño recipiente de plástico. Ted aún olía esa pasta.

–La maternidad es la última forma legal de esclavitud –decía Ingrid con tono doctoral–. Con la leche materna te chupan el alma, la identidad...

Ted se tomó su cerveza y sacó el móvil del bolsillo del pantalón. ¿En qué demonios estaba pensando? Tenía que sacar de ahí a su hija. Antes de que fuese demasiado tarde.

Pero en ese momento llegó Lilly. Y Ted se olvidó de todo lo demás.

Nevada

–Desde luego, lo siento mucho –dijo Lakshmi.

Nada hacía enmudecer más deprisa a los demás como la frase: «Padezco una enfermedad incurable».

Oona se echó a llorar. Dolores se acercó de rodillas a Nevada y comenzó a acariciarle suavemente la cabeza y los hombros. Al mismo tiempo mantenía los ojos cerrados y tarareaba ensimismada una melodía en voz baja. Las hormigas bajo la piel de Nevada se despertaron y se congregaron para protestar. Nevada se zafó del abrazo. Dolores abrió los ojos y puso cara ofendida.

–¿Qué significa eso concretamente? –preguntó Lakshmi–. Podrás seguir dando clase, ¿no?

–No lo sé –contestó Nevada–. Me la han diagnosticado hace poco tiempo. Todavía desconozco su alcance. La enfermedad puede tener un desarrollo muy diferente. Con brotes o de manera continuada. Por el momento, estoy mejor que la semana pasada. Eso puede continuar así una temporada. No sé si me quedaré inválida o no. Tampoco si el proceso será rápido o lento. Me gustaría seguir dando clase, pero de otra manera. A lo mejor podías seguir ayudándome, ¿eh, Nadine?

Nadine apretó los labios y los puños. Respiró con fuerza por la nariz hasta que todas las miradas se concentraron en ella. Entonces estalló.

–¡Eso sencillamente no es justo! –exclamó–. Al fin y al cabo yo quiero ser profesora de yoga. Quiero dar clase. Sé ejecutar todas las *asanas* avanzadas. Si hago los ejercicios, la profesora soy yo, ¿no? ¡Entonces tú no haces ninguna falta!

–Es necesario algo más que ejecutar *asanas* –contestó Nevada, mirando a Lakshmi. ¿Por qué no intervenía?–. Nosotras llevamos una larga formación a nuestras espaldas, ¿no es cierto, Lakshmi?

–Los tiempos han cambiado –contestó Lakshmi, evasiva–. Hoy existen otras vías.

–¡Tú siempre quieres un trato especial! –exclamó Nadine–. De acuerdo, tienes una enfermedad incurable... pero ¿quién lo dice? ¿Un médico? ¿Desde cuándo creemos en los médicos? ¿Acaso significa eso que para ti tienen de regir otras reglas que para los demás? ¿Acaso nosotros somos menos importantes porque no nos morimos?

–Todos morimos –replicó Lakshmi–. Nadie sabe cuándo. No, Nevada no es un caso especial.

Dolores, acuclillada junto a Nadine, intentaba tranquilizarla acariciándole

la espalda con suavidad. Nadine estaba sentada tiesa como una vela.

–Te escucho –dijo Oona a Nadine–. Es como si Nevada implantase de pronto unas reglas completamente nuevas. Pero nosotras tenemos una tendencia determinada, una filosofía determinada. En cierto modo todas damos clase al mismo nivel, de manera que los alumnos pueden cambiar de un curso a otro sin que sus ejercicios prácticos sufran cambios fundamentales. Ahora no podemos empezar de repente con un yoga para minusválidos.

–¿Yoga para minusválidos? –Nevada miró de nuevo a Lakshmi, que deslizaba entre sus dedos un rosario hindú, como si rezase. Nevada se preguntó qué mantra estaría recitando en su interior.

–Yoga para minusválidos –repitió Nevada–. ¿De veras?

–Sí, de acuerdo, quizá haya sido una expresión dura, pero al final desembocará en eso. Tú misma has dicho que no sabes si te quedarás inválida. ¿Qué sucederá si necesitas pronto una silla de ruedas? El estudio está en el primer piso, no tenemos ascensor, ¿qué ocurrirá entonces?

Dolores se apartó de Nadine. Arrodillándose, se inclinó hacia el altar. Colocó hacia arriba las palmas de sus manos abiertas. Después se levantó de nuevo y se volvió hacia el grupo.

–Bueno, hablo por mí misma. Estoy llena de compasión hacia ti, Nevada, pero veo que en este momento te niegas a aceptarlo. Quizá debas recapacitar sobre tu práctica personal del yoga. ¿De veras has practicado con ahínco? ¿Has escuchado a tu cuerpo? Es evidente que se está defendiendo contra algo, y además con todas sus fuerzas. Contra qué, no sé decírtelo. Pero me parece significativo que aceptes sin más la explicación de la medicina clásica. Quizá deberías coger un avión y visitar una clínica ayurvédica, realizar un *panchakarma* de tres semanas, purificarte de verdad, de dentro afuera. Cuando te hayas liberado de todas las impurezas, seguro que desaparecen también los dolores y tus padecimientos... o te das cuenta de lo que te quieren decir. A lo mejor es también una culpa kármica que tienes que pagar en esta vida.

Oona asintió. Miró a Nevada llena de compasión.

–Estoy de acuerdo con Dolores. Es evidente que algo no va bien. Tus trastornos son la expresión de un problema mucho más profundo. Ojalá pudieras enfrentarte a él. Me gustaría que no te apartases de tu yoga en el

momento en que más lo necesitas. Por otra parte, esto puede ser también una evolución que se manifiesta desde hace tiempo, ¿qué opináis vosotras?

Las demás asintieron.

–¿Pero qué decís? –preguntó Nevada–. ¿Qué evolución? No entiendo nada.

Se cruzaron sus miradas. Finalmente fue Lakshmi la que habló.

–No quiero pasar por alto lo que has hecho por este estudio, Nevada. Has sido una de nuestras profesoras más importantes y entusiastas. Pero en los últimos tiempos has introducido sin duda una energía negativa. Observa que tu número de alumnos es cada vez menor. Muchos se han cambiado con Dolores o con Oona sencillamente porque ya no les das lo que esperan. Y también en el equipo ha habido quejas.

–¿En el equipo? ¡El equipo somos nosotras! –Nevada las miraba alternativamente. Durante un instante se sintió transportada al patio del colegio. Las niñas mayores que acercaban sus cabezas soltando risitas y enmudecían cuando ella pasaba a su lado; su hermana Sierra, que se comportaba como si no la conociera.

–Eso mismo pensamos nosotras –dijo Nadine finalmente–. Que arremetes contra nosotras sin la menor consideración. No es una conducta propia del yoga. Tú no tienes la menor consideración con nosotras, no te interesas por nosotras, por quienes somos, por lo que aportamos, por lo que sucede en nuestro interior, nos consideras exclusivamente ayudantes. «Nadine, date prisa. Nadine, ven deprisa», y después siempre el mismo teatro con las cuentas.

–¡Pero... es que se han producido errores!

Nevada contaba sus alumnos antes de puntear la lista que Nadine hacía a la entrada. Casi en cada clase, Nadine no incluía uno o dos nombres. De diez a veinte francos por clase, de ochenta a ciento sesenta francos por semana.

–Nosotras consideramos la clase de yoga una práctica espiritual –Lakshmi asintió–. En el fondo no deberíamos pedir dinero por ello. Pero en ningún caso deberíamos montar un número por cada franco. Ese camino es erróneo.

–Pero... pero...

«Es que los alumnos habían pagado», quiso decir Nevada. «Habían pagado por mi clase, no para que Nadine recibiera un dinero extra, o tú...»

–En este momento hay demasiada energía *pitta* en esta sala –dijo Lakshmi

zanjando el tema—. Propongo que nos pongamos de pie y practiquemos juntas. Eso purificará el ambiente y armonizará las energías.

Las demás asintieron. Desenrollaron sus esterillas. Lakshmi subió el volumen de la música. Las profesoras de yoga se levantaron, comenzaron a estirarse, a moverse. Solo Nevada se quedó sentada en su esterilla. Las piernas estiradas ante sí y ligeramente flexionadas, ya no era capaz de adoptar la postura del loto, ese día tampoco le resultaba sencillo cruzar las piernas para hacer *Sukhasana*, la postura fácil. La estancia fue templándose poco a poco, se calentó. Las ventanas se empañaron, el suave rumor de la respiración *ujjayi* llenaba la sala. Sus colegas se deslizaban ingravidas por el recinto, saltando adelante y atrás, apoyándose con fuerza al hacer el pino, el puente y de nuevo hacia atrás, observándose unas a otras por el rabillo del ojo; ejercicios aislados recorrían la sala, una tras otra los imitaban, hasta que al final todas se apoyaron sobre la cabeza al mismo tiempo. Ahora ninguna podía ser la primera en bajar las piernas al suelo.

Nevada cerró los ojos. Las lágrimas corrían por su rostro. Esa sala era como su casa. La humedad del aire, la música, los sonidos de la respiración, los movimientos. Todo eso lo había perdido.

Intentó respirar, primero por el orificio nasal izquierdo, después por el derecho, inspirar, espirar, inspirar, espirar, ella contaba cada vez más despacio, después colocó sus manos en el regazo y procuró meditar. Intentó imaginarse el sol. *Bhuvanajnanam surye samyamat*: meditar sobre el sol conduce al conocimiento de todo el cosmos.

Pero no podía desconectar sus pensamientos. «¡Menuda yoguini está hecha! ¡Te abandona sin más, después de todo lo que has hecho por ella! ¿Qué sutra lo recoge? ¿A qué *yama* responde? ¿Echa a quien ya no te sea útil? ¿Deshazte de tus amigos cuando se pongan enfermos? ¡Ja! ¿Cómo puede hacerte esto, si levantaste este estudio con ella, si fuiste su primera profesora? ¿Acaso no renunciaste a cobrar durante meses? ¡Mientras seguían llegando los cheques de su papáito! Tú le ayudaste a pintar el estudio, tú le regalaste la estatua grande de Ganesha de la entrada, la que trajiste de la India. ¡Si te vas, llévatela, que para eso es tuya! ¡Con lo que te costó traer de la India ese elefante gigantesco! Envolviste a la deidad en tu saco de dormir con cinta adhesiva de embalar ancha, y durante el largo vuelo estuviste preocupada preguntándote cómo

estaría allí abajo en la fría bodega de carga, apretado entre maletas y cajas, el gran Ghanesa, el que lo pone todo en orden, el que elimina los obstáculos, el dios de la literatura y de los buenos negocios. ¿Qué más podía desear Lakshmi para su estudio? ¡Lakshmi! ¡Tú creías que era tu amiga! El sol, piensa en el sol. Llevas el sol en tu vientre. Inspirar, espirar, inspirar...»

Al final Nevada se levantó con esfuerzo, tuvo que sujetarse a la pared. Se quedó un momento quieta, calibrando sus miembros, parecía haber perdido un pie, no lo sentía, se negaba a sostenerla. El doctor Kaiser había dicho que empezaría por los pies. Que era más bien infrecuente y también un poco inquietante que los trastornos de Nevada hubieran comenzado en las manos, en los brazos. Así que había llegado el momento, su cuerpo se adaptaba, seguía el curso prescrito de la enfermedad.

A continuación, un hormigueo. El pie notificó su regreso. Solo se había dormido. Con mucho cuidado movió los dedos, la articulación, luego apoyó el pie a modo de prueba, aún la sostenía. Nevada abandonó la sala arrastrando los pies pasito a pasito. Con ambas manos ante su vientre, como si fueran una hoja de parra, aceptó el castigo, expulsada del paraíso.

Llevaba el sol dentro de su vientre. Y pesaba tanto.

te hlādaparitāpaphalāḥ puṇ yāpuṇ yahetutvāt

Las consecuencias de una acción serán beneficiosas
o dolorosas dependiendo de que
los obstáculos estén o no presentes en el planteamiento
o realización de dicha acción.

Patanjali Yoga sutra 2.14

Marie

Marie dirigió la vista a lo lejos, a un futuro impreciso que comenzaba al final del pasillo. Con las manos en los bolsillos, caminó tan deprisa como pudo, sin echar a correr, ante la puerta abierta. Los faldones blancos de su bata ondeaban. ¡No había tiempo, no había tiempo para detenerse!

–¡Doctora Leibundgut!

Pillada. Marie miró a través de la puerta abierta. No había tiempo, ni un segundo, para entrar, decía su postura. Me gustaría, pero por desgracia...

–¡Los informes! –La señora Hablützel, una de las tres secretarias de la unidad, conocía todos los trucos. Sostuvo la mirada de Marie. A esta no le quedó más remedio que situarse delante de su escritorio, como si fuese una acusada ante el tribunal.

–Los de ayer, los de anteayer. El jefe ya ha preguntado dos veces por ellos.

–Están casi terminados, señora Hablützel. Se los habría enviado esta mañana, pero me llamaron de urgencias.

–Hmm... –La señora Hablützel no se creía una palabra.

Redactar los informes, hacer el seguimiento de los expedientes de los pacientes exigía cada vez más tiempo. Las disposiciones de las aseguradoras cambiaban continuamente, casi todas las semanas se enviaban notificaciones con nuevas instrucciones, tablas de cálculo, siglas y códigos a tener en cuenta. El ordenador de la señora Hablützel estaba cubierto de notas de colores en las que anotaba las modificaciones más recientes.

–Las reclamaciones me las hacen a mí, claro, pero yo no puedo escribir lo que no está.

«Sí, sí que puede», pensó Marie, pero se calló. Temía a la señora Hablützel, la secretaria más antigua del servicio, cuya mirada parecía decir siempre: «Ya he visto a muchas como tú. Vienen y van, pero yo permanezco».

–Casi he terminado –repitió Marie.

Pensaba en el paciente que acababa de examinar en urgencias y que había

remitido al servicio de cirugía. Ya no recordaba su nombre.

Un hombre gordo que yacía medio desnudo sobre la camilla, de costado, con las rodillas encogidas. Los dolores que había descrito al ingresar ya no los sentía. El médico residente había redactado la historia clínica y a continuación había avisado a Marie. No quería cometer un error.

–Por favor, vuelva a contármelo todo con detalle –le había pedido Marie.

El paciente había descrito con minuciosidad el fin de semana, lo que había hecho, cómo se había sentido, lo que había dicho el médico de cabecera, los analgésicos que le había recetado. Pero después, delante del televisor, a mitad del programa...

–¿Cuál era, Monika?

Su mujer, sentada en la silla de plástico del rincón hacía punto y estaba preparada para una larga espera, alzó la vista.

–Era la publicidad –precisó.

–¡Es verdad!

Durante la publicidad intentó coger el mando a distancia y se quedó petrificado en mitad del movimiento, el dolor salió disparado de tal a tal sitio paralizándolo, todo eso lo explicó con absoluto detalle y precisión y en realidad de excelente humor, era lunes, no estaba trabajando, yacía allí, en la camilla de urgencias, de lado, con las rodillas dobladas, así era soportable. Pero cuando Marie le dio golpecitos en la espalda, soltó un alarido y comenzó a llorar como un bebé. Su mujer no apartó la vista de las agujas de punto, como si se avergonzara. «Cálculos renales», sospechó Marie.

El hombre gordo alzó los ojos hacia ella con una mirada de absoluta desconfianza. Le había hecho llorar con un simple contacto y ya había olvidado su nombre. Porque no lo había leído. Y sin embargo, le habría bastado leer la historia de principio a fin para guardar para siempre su nombre en los cajones de su memoria. En cambio lo había derivado, había pasado la historia sin leerla y había olvidado a ese hombre.

–Me ocuparé de ello –repitió Marie–. Precisamente me dirigía a mi despacho.

–Hmm... –El despacho de Marie estaba al otro lado del pasillo–. Y por favor, antes de las doce –agregó, severa, la señora Hablützel.

Después, de repente, su expresión se ablandó. Se quitó las gafas de la nariz,

dejándolas bambolearse de la cadena de plástico rojo que llevaba al cuello, y se inclinó hacia delante.

–¿Es verdad? –susurró.

–¿Qué? –contestó Marie también en susurros.

–¿Que su marido da clases de yoga?

La tertulia televisiva. La conferencia de prensa. Gion en todos los canales. Marie ya no había vuelto a recordarlo. Lo había olvidado igual que olvidaba los nombres de los pacientes que pasaban por la esclusa de urgencias, de la que estaba al frente en ese turno. Igual que un guardia de tráfico con los brazos abiertos, ella hacía la señal de pasar, «¡por aquí, siga por allá, algo más deprisa, por favor, abran!». Una embarazada deshidratada, intoxicaciones etílicas, navajazos, una fractura de la base del cráneo, un apéndice reventado, «sigan por favor, no se detengan». Incluso quien iba a parar a su departamento, quien era operado por ella, quedaba almacenado casi siempre como un mero diagnóstico. Marie pensaba cada vez con más frecuencia en su médico de cabecera, el doctor Vogelsang, que la conocía tanto a ella como a toda su familia. La señora Hablützel la miraba, inquisitiva. Marie salió de su ensimismamiento. Los informes. Gion. Yoga.

–¿Dónde lo ha oído? –preguntó con cautela.

Ella ya no sabía lo que debía decir y lo que no. El libro de Gion, anunciado a bombo y platillo, se publicaría lo antes posible. Al mismo tiempo no se podía revelar ningún detalle sobre él. Además, Gion se había matriculado en el curso de profesor de yoga.

–Lakshmi todavía no ha visto nunca a nadie pasar tan deprisa de cero a ciento ochenta. Es como si hubiera sido siempre profesor de yoga, ¿sabes?, como si hubiera estado dormido en mi interior esperando el momento adecuado para salir a la luz.

–¿Y te parece bueno que todo vaya tan rápido? –había preguntado Marie, reconociendo en la mirada de él que había vuelto a equivocarse. Ya apenas conseguía decir lo correcto.

Antes, él adoraba su claridad de ideas, sus comentarios pragmáticos.

–Siempre me haces poner los pies en el suelo.

La verdad es que en la actualidad seguía diciendo lo mismo en algunas ocasiones, pero con un tono completamente distinto.

–Los profesores de yoga tienen una enorme responsabilidad. –Cuanto más aprendía Marie, más complejo le parecía todo.

Había regalado a Gion el ejemplar de los sutras comentados con el que ella trabajaba. Confiando en que acaso así hubiera un nuevo acercamiento entre ambos. Pero en su clase utilizaban otra traducción.

–Y además, ya que estamos en ello –añadió Gion–, no creo que con una hora a la semana cumplas el criterio de la «práctica ininterrumpida durante largo tiempo», sutra 1.14.

–¡Con una «actitud abnegada y considerada respecto a los otros»! –Se había defendido ella, porque era justo eso lo que habían dado en la última clase–. ¡La práctica no debe conducir al orgullo frente a los demás!

–Eso es grandioso: recurres a los sutras para vengarte. Si es eso lo que aprendéis con Nevada, no me asombra que Lakshmi la haya echado.

–¿Echado? –Marie lo ignoraba.

–Bueno, no es oficial, pero lo he oído. Ahora también participo en las reuniones del equipo, forma parte de mis investigaciones.

–¿Para tu libro?

–Entre otras cosas. ¿Desde cuándo te interesas por lo que hago?

–Gion...

Ahora no se trataba de eso. Se disculpó... Parecía hacerlo cada vez con más frecuencia y menos éxito. A pesar de que hablaba en serio. ¿Quién era ella para cuestionar su vocación? Al fin y al cabo también había sabido siempre que quería ser médica. «Pero uno no se convierte en médico en doscientas horas», dijo una voz odiosa en su interior.

Marie suspiró. Se dirigió de nuevo a la señora Hablützel.

–Todavía está aprendiendo –informó.

Porque eso lo sabía todo el mundo. Él había mencionado el nombre del estudio de yoga de Lakshmi en el programa de televisión, lo que había provocado que mujeres de toda la Suiza alemana tomaran al asalto la Fábrica del Río. Lakshmi había tenido que crear nuevas clases en las que enseñaban algunas profesoras de yoga en período de formación. Pero no por Gion. Estaba claro, pensó Marie, que un grupo tan pequeño como el suyo ya no tenía sitio en el estudio. Además ¿sería capaz Nevada de dar clase? Desde que Marie

conocía su diagnóstico estaba preparada para un final abrupto de sus clases de yoga. Llamaría a Nevada. En cuanto firmase y tramitase sus informes.

–En internet escriben todo lo habido y por haber –dijo la señora Hablützel–. Por ejemplo, que han cerrado el club de fans. El de *Hospital Cantonal*, ya sabe. Yo soy miembro, desde el primer día. No solo desde que su Gion participa en él. Pero esto ya se lo conté a usted una vez. ¿Sabe? Para mí él sigue siendo uno de nosotros. Nunca olvidaré el día que entró en mi despacho con un enorme cuenco de cristal lleno de bombones de chocolate... Aquí está, ¿lo ve?, todavía lo conservo. ¡Él sabía hasta mi nombre! «Señora Hablützel», dijo, «yo ya sé quién lleva aquí la voz cantante. Si de mí dependiera, sería usted la protagonista de la serie». Sencillamente, no me cabe en la cabeza que ahora todo eso termine. ¿Sabe usted si Gion va a poner en marcha su propia página?

«Seguro que sí», pensó Marie.

–Lo siento, pero no puedo hablar de eso.

–Lo comprendo. –La señora Hablützel volvió a ponerse las gafas–. No olvide entregar los informes antes de mediodía, por favor.

Marie se marchó a su despacho. Sobre la mesa tenía una pila de informes para repasar y firmar. Buscó el expediente del paciente del cálculo renal y encontró su nombre. Peter Schwarzenbach. Lo pronunció un par de veces a media voz para memorizarlo, a pesar de que probablemente no volvería a verlo nunca más. Después encontró sobre la pila un nombre que no había buscado.

Mira Bolliger Mehmeti. La mujer de los ojos muertos. Marie introdujo su nombre en el ordenador. La joven había acudido diecinueve veces a urgencias en los últimos cuatro años. Tenía veintisiete años, era de origen albanés, se había criado en Suiza, estaba casada con un suizo. Con dos hijos, de cuatro y dos años de edad. Ambos nacidos en ese hospital. Las dolencias de Mira habían comenzado dos años antes, con el nacimiento del hijo. Cistitis, dolores difusos en la zona gastrointestinal. Marie tecleó los nombres de los hijos en el programa de búsquedas: la hija había acudido una vez a urgencias con la clavícula rota, por una caída de la cama. El hijo no había vuelto al hospital desde su nacimiento. Marie meneó la cabeza. Allí había algo que no cuadraba. Algo que le había pasado desapercibido. Introduciendo el nombre de soltera

de Mira, halló expedientes antiguos. Fractura de muñeca. De vómer. Del maxilar superior. Fractura de cráneo. Otra vez de muñeca. Las clásicas lesiones por malos tratos.

Marie imprimió todos los informes y los introdujo en una carpeta que guardó en su bolso. Los estudiaría en casa con calma. No sabía qué hacer con esa información. O qué debía hacer. Pero al menos quería estar preparada cuando Mira ingresase en urgencias la próxima vez.

Marie consultó el reloj. Era poco antes de la una. Dictó deprisa el resto de los informes. Después recogió sus cosas. Dio un rodeo para evitar pasar por delante de la puerta abierta de la señora Hablützel. Tomó el ascensor del final del pasillo, que la dejaría muy lejos de su coche en el aparcamiento subterráneo. Pero una vez en el ascensor, vio que también paraba en el paritorio del ala oeste. Apretó el botón correspondiente. A lo mejor alguien allí recordaba los partos de Mira.

Cuando llegó a casa, Gion la esperaba. Sentado en el sofá, ya abierto, los pies calzados con zapatos de calle sobre la manta bajo la que siempre dormía su hija.

–¿No has ido a yoga? –preguntó Marie. Como si no pudiera verlo.

Gion no entró al trapo.

–Tenemos que hablar, Marie –dijo.

Ella asintió y se sentó a su lado. Sabía lo que venía a continuación. Comenzaron a escocerle los ojos. Agachó la cabeza. Ahora venía el castigo por sus malos pensamientos. Gion la abandonaría, como todos habían previsto desde el principio. Y ella tenía la culpa, porque en su fuero interno lo deseaba. ¿Cómo había surgido esa funesta confusión? ¿Cómo había podido permitir que todo saliera tan mal?

–Espero que no hayas olvidado que Stefanie viene hoy.

Marie negó con la cabeza. Por supuesto que lo había olvidado.

–Está atravesando una etapa difícil –prosiguió Gion–. No se entiende con su madre. Y mi continua presencia en los medios tampoco facilita las cosas. Pero ¿qué puedo hacer? Total, que le he dicho que se quede a vivir con nosotros.

–¿Con nosotros? ¿Cuándo lo has decidido? ¿Por qué no me has consultado?

–Ya sabía que ibas a reaccionar así –suspiró Gion–. Por eso no te lo

pregunté. ¿Qué puedo decir, Marie? Stefanie es mi hija... no puedes interponerte entre nosotros.

–Y no lo hago, yo...

«No me va a abandonar», pensaba Marie. Se sentía aliviada y decepcionada a la vez. Le gustaría saber qué sentía.

–Hay un tipo en yoga, no sé si te acuerdas, pero, bueno, tampoco es que acudan muchos hombres. Ted, Fred, o algo así.

Marie asintió. El de la mirada.

–Un principiante, increíblemente torpe, pero da igual, el caso es que hoy, durante el té, contó que su hija vive ahora con él. La madre aceptó un trabajo en Los Ángeles, ¿te lo imaginas? ¡Zas, de un día para otro, la pequeña vive con él! Su novia no lo acepta. La conozco de la clase de nivel 3. Una mujer muy complicada. Considera a la niña una competidora.

–No es mi caso –le interrumpió Marie–. ¿O piensas en serio que lo es?

«¿Qué novia es esa?», pensaba al mismo tiempo. «Así que tiene una novia. ¿Entonces por qué me mira el culo? Bah, déjate de rollos. Simplemente es imposible no reparar en él.»

–Marie, ahora, excepcionalmente, no se trata de ti. Yo me limito a decir que ese tipo nunca ha sido más feliz. Y mientras le oía hablar, pensé: «Eso es lo que yo quiero. Que Stefanie viva conmigo».

–Con nosotros –le corrigió Marie–. Estamos casados. Vivimos juntos. En realidad esta es mi casa. El contrato de alquiler está a mi nombre. Y ahora ya ni siquiera tengo sitio aquí. Ni siquiera en la cama.

Se levantó. Gion alargó una mano hacia ella.

–Nena, ¿qué quieres decir con eso? ¡Suena completamente irracional, espero que te des cuenta!

–¿Que qué quiero decir? ¡No! Digo que no. Stefanie no puede mudarse aquí.

–¿No? ¿Dices que no? –Gion alzó la mirada hacia ella. Increíblemente, quizá divertido–. ¡No hablarás en serio! ¿Qué crees que ocurrirá si llega a saberse? ¿Cómo quedarás tú? ¿Y yo?

–Eso me trae al fresco.

Marie deslizó una mano dentro del bolsillo de su chaqueta, donde aún crujía la lista doblada, seguramente ya antigua, de los puestos de médico de familia en la Suiza alemana.

–¿Qué tienes ahí? –Gion se plantó de un salto a su lado.

Metió la mano en su bolsillo y sacó la de ella. Separó sus dedos despacio, uno detrás de otro. Desdobló el papel y lo contempló un buen rato sin decir nada. Después miró a Marie a los ojos.

–Así que es eso –dijo despacio–. ¿Y me reprochas que no te consulte antes de decidir algo? ¡Un puesto de médico de familia! ¿Eso es lo que quieres?

Marie aguantó su mirada. Por fin una pregunta a la que podía responder. Por fin algo que sabía.

–Sí –dijo sencillamente–. Quizá no de inmediato, pero sí en algún momento.

–¿Y yo? ¿Y Stefanie?

Marie se encogió de hombros.

–Podríamos irnos todos juntos...

Gion soltó un bufido.

–¡Solo faltaba eso! Te diré una cosa: cuando todos los medios hayan difundido que te has negado a admitir en tu casa a mi hija, no habrá ninguna localidad de Suiza que quiera emplearte. Ningún hospital. Nadie. Nadie confiará en ti. Nadie querrá ser tu paciente. Sin mí no eres nadie, entiéndelo de una vez. ¡Sin mí no eres nada!

Nevada

El legendario yogui Sri Tirumalai Krishnamacharya, Nevada lo había leído en un libro, podía parar su corazón con determinadas técnicas de *pranayama*. Había documentos acreditados de experimentos realizados bajo supervisión médica. Su corazón había dejado de latir. Durante varios minutos. Pero el hombre seguía viviendo. En la doctrina del yoga el corazón era el centro de todo. La sede del espíritu.

«Respiramos con el corazón», pensaba Nevada. Los latidos del suyo ya no eran acompasados. Y cada latido dolía, presionaba un lugar herido dentro de su pecho. Su corazón era rojo oscuro, estaba hinchado, inflamado. Golpeaba contra las paredes de su prisión como si de ese modo pudiera aturdirse. Nevada se consumía. Su enfermedad, su despido ya no la afectaban, no

pensaba en ello, ya solo existía Wolf. Lo deseaba tanto que no podía sentir nada más.

Anhelaba acallar a su corazón. Pero Krishnamacharya se había negado a enseñar esa técnica. Carecía de utilidad para el alumno, había explicado a su hijo TKV Desikachar. No era provechosa para la salud física ni espiritual, porque únicamente servía para llamar la atención. Al comienzo de su carrera, con esas demostraciones de profesor de yoga había intentado convencer a los espectadores interesados en los efectos del yoga para ganárselos como alumnos. Pero cuanto más tiempo enseñaba, más se alejaba de la espectacularidad.

Nevada se aferraba al Yoga sutra como a una cuerda que la transportaba por un puente colgante oscilante. No ofrecía el menor sostén estable, se movía al viento, cedía. Un sutra, traducido literalmente, no era ni siquiera una cuerda, sino un hilo. Un hilo rojo que serpenteaba a través de su espíritu. Pero cada vez que ella intentaba agarrarlo, se enrollaba. Cada vez que miraba, había adoptado una forma diferente. Intentó limitarse a las cosas más sencillas. *Yama. Niyama*. Comenzar por el principio. Pero también ahí fracasó en las cosas más sencillas. Por ejemplo en el primer *niyama*: *sauca*, limpieza. ¿Acaso se refería también a sus pensamientos? O *tapas*, el fuego interior, la estufa que quema los obstáculos que surgen en el camino al *nirodah*, al espíritu tranquilo, fuerte. Por *tapas* se entendía sobre todo *asana* y *pranayama*, pero también estaban los denominados *kriyas*. Rituales de purificación que consistían en tragar una tira de tela empapada en agua salada y volver a sacársela del estómago poco a poco, en vomitar agua salada o en hacerse lavativas con ella. Técnicas poco diferentes a los rituales de vómito de las alumnas de ballet y que a Nevada siempre le habían parecido demasiado fáciles. Para atizar el fuego ella siempre había practicado con ahínco, durante más tiempo, había sudado más, había comido menos. Y sin embargo, su cuerpo nunca se había quedado limpio del todo, y su espíritu menos aún. Nevada se preguntaba qué diferenciaba su encarnizamiento de las mortificaciones de su madre. ¿Había sustituido un castigo por otro? ¿Castigo, por qué? Nevada se sentía sucia. En su hueso sacro todavía notaba ese día algo duro. Algo que presionaba contra su pequeña espalda cuando estaba sentada en el regazo de su padre.

¿Por qué ella? ¿Por qué no Sierra? Porque ella era sucia.

Nevada se sentó en un cojín blando y colocó las manos en el regazo. Cerró los ojos. Inspiró y espiró, no como había aprendido, de abajo arriba, barriga, pecho, garganta, sino al revés, tal como estaba descrito en un libro de TKV Desikachar. Inspiraba por la nariz y enviaba el aliento desde arriba hacia abajo, a través del fuego que ardía detrás de su ombligo, el *tapas*, que quemaba sus obstáculos, hasta llegar a su bajo vientre. El aliento atizaba el fuego. Después volvía a respirar de abajo arriba la negra ceniza quemada, expulsándola de su cuerpo. En el dibujo del libro estaba completamente claro.

Ella quería practicar esa técnica de respiración con sus alumnos. Quería prevenirlos de utilizar el *tapas* como látigo, tal como había hecho ella, y dirigirlo contra sí mismos. Así que respiraba. Se imaginaba el fuego. Dirigía su aliento hacia abajo, involuntariamente recordó lo que siempre decía a sus alumnos: «Vuestro aliento por supuesto que permanece en el pulmón. Esto es solo una ayuda imaginativa. Imaginad que vuestro aliento llega a las puntas de los dedos de vuestros pies...».

Pero ahora el aliento de Nevada se quedaba atascado. Y no en el pulmón. Había algo encajado entre los huesos de sus caderas. Su aliento chocaba con eso. Ella intentaba ver qué era. Una y otra vez respiraba contra ese lugar. De repente vio una caja de metal, un estuche estrecho y abollado. «¡Un *klesha!*», pensó muy excitada, «una influencia perturbadora, un obstáculo en el camino del yoga. ¡Al fuego con él! ¡A quemarlo!». Nevada intentaba desprender la caja de metal y lanzarla al fuego que ardía en su abdomen. Pero la caja de metal no se movía. Llevaba tanto tiempo encajada allí que se había soldado a los huesos de su pelvis. Nevada volvió a pensar en los *kleshas*. *Avidya*, equivocación. *Asmita*, ego. *Raga*, avidez. *Dvesha*, prejuicio. *Abhinivesha*, miedo infundado. Allí no se hablaba de cajas metálicas. Siguió respirando, con el ceño fruncido, esforzada, concentrada, y precisamente cuando quería rendirse, divisó a través del metal una foto. Una vieja instantánea en blanco y negro que mostraba a una niña pequeña. Tenía dos o tres años y fruncía el ceño igual que ella.

Nevada abrió los ojos. Era la hora de su clase. No sabía cuánto tiempo más la toleraría Lakshmi. Ni lo que ella haría después. Pero ahora no podía preocuparse por eso. Oyó voces en la antesala, luego entraron los

alumnos. Wolf fue el primero. Se inclinó en la entrada del estudio, con un gesto automático, ensayado. Zen, le pareció a Nevada. O kárate. Ella le sonrió. Él desenrolló su esterilla, después fue hacia delante, a su lado. La buscaba. Quería estar solo con ella. El corazón de Nevada atronaba, amenazaba con reventarle el pecho. Su aliento se atascó. Ella quería pedirle que retrocediera un paso, pero en lugar de eso le comunicó:

–Mañana volveré a ver a Poppy.

Ella había prometido que iría a visitarla todas las semanas. De eso pronto haría un mes. Wolf se acurrucó delante de Nevada. Sus rodillas casi rozaban las de la mujer.

–Bien –contestó él–, bien, ¡me alegro mucho! Estaba a punto de preguntarte cuándo volverías a verla.

Marie entró, Nevada la miró por encima del hombro de Wolf, otro alumno desenrolló su esterilla y buscó la mirada de la profesora. Wolf tocó su rodilla. Las hormigas se congregaron bajo la mano masculina, obligando a los ojos de Nevada a retornar a Wolf.

–Tengo que hablar contigo –le comentó él–, a solas. ¿Es posible? –Su voz sonaba apremiante.

«Al fin», pensó Nevada. Asintió,

–Después de clase, espérame fuera.

Luego comenzó con su lección. Su corazón solo se tranquilizaba cuando daba clase. Su respiración se alargó. Ella sabía lo que hacía. Podía ver el hilo rojo devanándose de alumna en alumna. Habló de *sauca*, de los *kriyas* y de *tapas*, del fuego. Practicaron la respiración de arriba abajo, y durante todo el tiempo Nevada notó ese estuche en su pelvis, esa niña encerrada.

Ese día la liberaría.

Wolf estaba ante la mesa de los libros cuando ella salió del estudio. Nevada necesitaba cada día más tiempo para enrollar y recoger todas las esterillas. Apagó las velas, guardó de nuevo en su bolsa las estatuas y las imágenes. La naranja que había colocado al pie del altar. No quería dejar nada en el estudio. Quién sabe si al día siguiente seguiría allí. Vivía a demanda, vivía de la clemencia de Lakshmi. Por eso tenía que ser ese día.

Su cuerpo había vuelto a olvidar que pertenecía a una profesora y la

arrastraba como a una niña llorosa hacia Wolf, que hojeaba un calendario de yoga. Nadine, muy cerca detrás de él, miraba por encima de su hombro, comentaba cada ilustración.

–Estas son posturas muy avanzadas –decía–. Mira esta, *Kukkutasana*, el gallo, no la aprendí hasta ayer.

En la fotografía se veía a la modelo apoyada en las manos, los pies colocados desde atrás por encima de los hombros y cruzados delante de la cara. Nadine se dispuso a realizar el ejercicio. Al divisar a Nevada, se incorporó. Tenía el rostro enrojecido.

–Nevada, no te había visto. ¿Sigues aquí?

–Eso parece.

Wolf volvió a dejar el calendario sobre la mesa.

–¿Estás ya?

–Sí.

–Ah, ¿así que estabas esperando a Nevada? –intervino Nadine.

–¿Quieres que te lleve la bolsa? –preguntó Wolf.

–Gracias, puedo sola.

Nevada saludó con una inclinación de cabeza a Nadine, que, ofendida, volvió a ocupar su puesto detrás del mostrador.

–Oye, ¿cuándo puedo disolver tu clase? Lakshmi ya lo ha preguntado.

Wolf miró inquisitivo a Nevada.

–¿Vas a disolver tu clase? ¿En serio? ¿Es por falta de alumnos? Qué lástima. Yo al menos lo sentiría.

–Ah...

Nevada hizo un gesto de desdén. Ya no podía pensar con claridad, y mucho menos, expresar sus pensamientos. Con tal de que ahora no le fallasen las piernas... Se agarró a la barandilla de la escalera. Como si intuyera su temor, Wolf le ofreció el brazo. A su lado, Nevada subió por la escalera, despacio, pero segura. Se detuvo ante su puerta. Rebuscó más de lo necesario dentro de su gran bolsa en busca de la llave. Intentaba respirar hondo, su cuerpo estaba lleno de niebla, con relámpagos deslumbrantes y truenos sordos. Una discoteca en el campo. Al final abrió la puerta y pidió a Wolf que pasara. Nevada fue consciente de que era el primer hombre que entraba en esa habitación. También sería el último. El cuarto se empequeñeció en el acto.

Wolf miró a su alrededor y después a ella. En esa habitación solo había una cama. ¿Debía sentarse en ella? Vaciló.

–Me gustaría que le dieras a Poppy un recado de mi parte.

Nevada asintió. A través de la niebla, señaló la cama. Pero él se quedó quieto. Nevada no podría permanecer de pie mucho tiempo, lo sabía, y después ya no supo nada más. La voz de Wolf llegó imprecisa hasta ella, acallada por el estruendo de su sangre.

–Tiene que saber que haría cualquier cosa por ella, ¿entiendes?, es muy importante, ¡cualquier cosa! Tienes que decírselo exactamente así.

Su voz sonaba tan apremiante, tan desesperada, su mirada aferraba con fuerza a Nevada. «Ayúdame», decían sus ojos, «haz algo». Su desesperación se trasladó a ella. El cuerpo de Nevada se contrajo en el centro, todas las fuerzas que le quedaban se anudaron en el centro. Se dispuso a saltar. En su cabeza presenciaba una película. No era su vida la que se proyectaba en una pantalla interna, sino la de Hanuman, el dios de la entrega, con cabeza de mono. *Hanumanasana*, la separación lateral de piernas del yoga, recuerda sus grandes saltos hacia la nada. De pequeña perseguía el sol. Lo tomaba por un mango muy grande, maduro y dulce y deseaba comérselo. En su lugar, el sol se convirtió en su maestro. Para convencerlo de su entrega, Hanuman se situó con un pie sobre el hemisferio occidental de la Tierra, y con el otro sobre el hemisferio norte, giró su rostro hacia el sol y dijo: «Mírame. Soy tu discípulo».

El sol se convirtió en su maestro. Pero Hanuman era un discípulo descarado, un joven mono temerario que molestaba una y otra vez a los sabios dedicados a la meditación, robando sus pertenencias y derribando sus altares. En castigo le impusieron una moderada maldición: Hanuman tenía aptitudes ilimitadas, pero no sería consciente de ellas. Olvidaría una y otra vez sus capacidades, a no ser que alguien se las recordase.

Nevada se lanzó contra Wolf, lo empujó de espaldas sobre su ancho colchón y se dejó caer encima de él. Sus piernas y sus brazos le rodearon, su boca se abrió para devorarlo. En ella todo era rojo. Apretó sus labios abiertos sobre los cerrados de él. Wolf dio un respingo hacia atrás, cerró los ojos como un niño asustado por la oscuridad. Nevada lo soltó. La niebla se disipó. De repente él salió de debajo de su cuerpo, rápido como el rayo, se la sacudió de

encima, luego se puso sobre ella y su brazo apretó la garganta de Nevada. Esta lo miró fijamente, se le habían resbalado las gafas, jadeaba. La niebla se había trasladado al hombre, la niebla roja atronadora.

El rey Rama, el «hombre perfecto» y encarnación del dios Vishnu, buscaba desesperadamente a su mujer Sita (la «mujer perfecta»), que había sido raptada. En el bosque se encontró a Hanuman, que se puso inmediatamente a su servicio. Prometió hacer todo lo posible para encontrar a Sita y llevarla de vuelta. Hanuman reunió un ejército de monos y comenzó la búsqueda. Pero pronto averiguó que Sita estaba prisionera en Sri Lanka. Para salvarla no le quedaba más remedio que atreverse a dar el formidable salto de la costa meridional de la India hasta la isla emplazada en medio del océano. Pero no se atrevió. Petrificado de espanto, se acurrucó en un arrecife. Entonces Jambavan, el sabio oso y capitán del ejército de monos, le gritó: «¡Recuerda quién eres!». Y Hanuman saltó.

Nevada supo lo que había sucedido. Cerró los ojos sobre relámpagos palpitantes que dividían la imagen. Esta se desintegró, después nada, solo quedó negrura.

Ted

Tobias ya se lo había advertido:

–Te va todo demasiado bien. Ándate con cuidado.

Él no le había creído. Y había caído en la trampa sin darse cuenta. Era un memo.

¿Por qué no le había extrañado la familiaridad entre Emma y su madre? Si solamente se veían una o dos veces al año... Porque no había reflexionado sobre eso. Solo había pensado en Lilly. Una noche que había pagado muy cara.

La había esperado mucho rato en el Bar del Río. Estuvo sentado muy buenecito mientras a su lado los alumnos de yoga discutían cómo grabar el DVD de Gion. A Marie no la veía, en cambio escuchó distraído que Nevada iba a abandonar el estudio. A causa de una enfermedad incurable. Quiso preguntar, pero desistió. No intervino en la conversación. Se reclinó en la silla, contentándose con observar a Lilly. Lilly, que balanceaba sus piernas

encima del respaldo de la silla, que jugaba con sus largos cabellos, hacía mohines con los labios. Hablaba poco y en voz baja, pero cuando lo hacía todos le prestaban atención. Hasta Gion. A veces ella contestaba a la mirada de Ted, por debajo de los largos mechones de pelo. Él se quedaba sin aliento cada vez. Ella se iría a casa con él. Con él. «¿Eres digno de mí?», preguntaba su mirada. «¿Puedo confiar en ti?»

Solo cuando Gion se dirigió a él, aproximó su silla al grupo.

–¿Oye, cómo fue lo de tu hija?

–¿Emma? ¿A qué te refieres?

–¿Cómo conseguiste la custodia? ¿Tenías abogado?

–Yo no tengo la custodia. Emma está conmigo porque su madre no se la quiso llevar a Los Ángeles.

–¡Qué fuerte! –dijo Nadine con los ojos como platos.

Lilly se volvió, disgustada. Ahora seguro que no quería oír nada sobre Emma. Ted observó por el rabillo del ojo que empezaba a coquetear con Sebastian.

–Tengo una abogada, pero nunca me ha dado muchas esperanzas. Yo ni siquiera estaba casado con la madre de Emma.

–Yo necesito a Stefanie conmigo –dijo Gion–. La necesito.

Algunas de las mujeres suspiraron, conmovidas. «¿Y al revés?», quiso preguntar Ted. «¿No te necesita tu hija?» Pero entonces vio de reojo cómo Lilly colocaba la mano sobre la pierna de Sebastian, y se levantó.

–¿Nos vamos, princesa?

De camino a casa sintió el impulso repentino de quitarse la chaqueta y ponerla a los pies de Lilly, para que no entraran en contacto con la suciedad de la calle. Ella se situó encima del cuero suave de su chaqueta preferida y alzó los ojos hacia él.

–¿Y ahora?

–¿Cómo que «y ahora»? –Él intentó besarla, ella se apartó.

–Ahora vuelvo a estar en la calle.

Con un pie todavía encima de la chaqueta, levantó el otro y lanzó a Ted una significativa mirada. Este comprendió, retiró la chaqueta de debajo de su pie y volvió a colocarla velozmente ante ella, antes de que diera el paso siguiente.

Después de haberlo repetido tres veces, le dolía la espalda, tenía frío, se sentía ridículo. Y de pronto cayó en la cuenta de que su móvil seguía en el bolsillo de la chaqueta. En ese mismo momento, Lilly lo pisó. Ted oyó el crujido.

–¡Mierda! –se le escapó.

Lilly dio otro paso y se cruzó de brazos.

–¿Lo ves? A eso me refiero: grandes gestos, pero detrás, nada.

–Pero Lilly... –Él volvió a ponerse la chaqueta con torpeza. Sacó el móvil del bolsillo. La pantalla se había rajado. Marcó el último número utilizado, se oyó un timbre dentro del bolso de Lilly–. ¿Lo ves?

–¿Pretendes impresionarme ahora con eso?

Lilly se bajó con las dos manos el escote de su top de yoga y le mostró en plena calle sus perfectos, pequeños y blancos pechos. En algún sitio Ted oyó reír a alguien. Escuchó pasos. No estaban solos.

–Lilly... –Había olvidado lo que iba a decir. Lo que acababa de pensar. Ya solo existían esos pechos, esa mujer. Solo un paso le separaba de ella, todo dependía de ese simple paso.

Ojalá no lo hubiera dado. Ojalá se hubiera marchado a casa con su móvil, habría llamado a su madre, debían de ser las diez y media pasadas, habría conjurado lo peor. En lugar de eso siguió a los pechos como a dos faros a través de la noche hasta una fría cama de princesa.

Allí yació largo rato boca arriba, mirando al techo, esperando a Lilly, que se preparaba en el baño. Oyó correr el agua. Se tapó la boca con la mano y echó el aliento en su palma abombada. ¿No debería lavarse los dientes? En el techo estaban pegados aforismos y exhortaciones recortados de revistas: «*¡Vive lo mejor que puedas!*», «*¡No existe el ascensor hacia el éxito, para eso tienes que utilizar las escaleras!*», «*¡Es bella quien se siente bella! ¡Quiérete mucho, o nadie lo hará!*».

Lilly salió del baño. Antes de tumbarse a su lado, apagó la luz. Después colocó con mucho cuidado un paño de seda sobre su vientre, que enderezaba de nuevo cada vez que resbalaba. Le preguntó tres veces si no creía que había engordado. Y finalmente, con la mirada dirigida al techo, dijo absorta:

–Mañana empiezo un ritual de purificación, un auténtico *panchakarma*. Lavativas, zumos...

Ted se rindió. Agotado, bajó de ella, dejándose caer sobre las duras almohadas. Había fracasado una vez más. No se podía hacer feliz a las princesas. ¿Por qué lo intentaba una y otra vez? Siguió despierto un buen rato. Ante la ventana avanzaba la noche y de pronto apareció ante sus ojos cansados, como una luna pálida, el culo de Marie.

A pesar de todo no se atrevió a levantarse y marcharse. Esperó a que Lilly se despertase y lo despidiera:

–Tengo tantas cosas que hacer antes de que comience la grabación, estoy en muy baja forma, es una verdadera catástrofe.

Ted no puso objeciones. Estaba cansado. Eran poco más de las seis y media, iría a casa de su madre a buscar a Emma para llevarla al colegio.

Ingrid había preparado un desayuno inglés, con huevos, salchichas, tomates, champiñones y panceta. Se olía ya en la escalera del edificio. Lo preparaba siempre los domingos, a pesar de las protestas de los miembros de la comuna, vegetarianos en su mayoría. Le recordaba su juventud en un apartamento del norte de Londres.

–Llegas justo a tiempo –dijo Ingrid.

–¡Papá! –gritó Emma–. ¡Mira quién ha venido!

Y él todavía seguía sin tener ni idea. Siguió a Ingrid a la cocina y allí estaba Tina, sentada ante su plato de desayuno inglés. Como si estuviera en su casa. En su mesa.

–La abuela ha frito salchichas –exclamó Emma–. ¡Y ha venido mamá! ¡Me voy a Estados Unidos!

–¿Tostada? –preguntó Ingrid.

Y salió a relucir que, tras separarse de Ted, Tina había contactado con su madre.

–Por entonces era la única que no me provocaba la sensación de ser una madre desalmada.

–Una mujer sigue siendo una mujer aunque haya parido –dijo Ingrid–. Tiene sus necesidades. Una madre no es un ser asexuado, aunque a todo el mundo le guste creerlo. ¿Quién va a saberlo mejor que yo? ¡Cuando pienso en lo que padecí en su día por esos prejuicios... y eso que eran los años ochenta! Entonces parecía que las estructuras sociales iban a desplomarse. ¡Ja! ¡Bonita

ilusión! Con el paso del tiempo, todo ha ido a peor. Nuestra sociedad ha retrocedido con el mayor disimulo hasta los años cincuenta. Las mujeres jóvenes mencionan como ocupación deseada la de ama de casa, las chicas sueñan con vestidos de novia y hombres ricos que les permitan llevar una buena vida. Pero tú no, ¿verdad, tesoro? –Acarició el pelo de Emma, que la miraba con cara muy seria.

–Yo no quiero tener hijos –repuso Emma–. Los hijos son muy estresantes.

–Tú te realizarás como persona –dijo Ingrid, y Tina sonrió.

Pocas veces sonreía. Le sentaba bien, pensó Ted.

–Ingrid es la única que me comprende –dijo Tina.

Ted recordó que Tina no tenía amigas. Caía mal a otras mujeres. Le tenían envidia, había argumentado siempre ella. A Ted le había gustado eso. Siempre le había intimidado el escuadrón que formaban las amistades femeninas. Ahora se habían unido las dos mujeres que él más temía. La madre de Emma y la suya.

Resultó que Ingrid había cuidado a Emma al menos una vez por semana a lo largo de todos esos años. Ella había ido a buscarla al colegio, conocía a su profesora, a sus compañeras de clase y a sus madres. Emma había pasado la noche en su casa con regularidad, incluso se habían marchado juntas de vacaciones.

–¿De vacaciones? –preguntó Ted–. ¿Por qué demonios no me preguntaste a mí? Sabes de sobra que me gustaría disfrutar de Emma con más frecuencia.

–Muchas gracias. ¿Para que pudieras azuzarla aún más contra mí? Si te interesa saber mi opinión, creo que ya está demasiado expuesta a tu influencia.

–Yo nunca he hablado mal de ti –se defendió Ted–. Emma, díselo tú, ¿me has oído decir alguna vez una mala palabra de mamá?

Antes de haber terminado la frase, supo que había cometido un error. Emma estaba rígida ante su plato, en el que se endurecía despacio la yema deshecha del huevo.

–¡Bravo, hombre! –exclamó Ingrid–. Has vuelto a arreglarlo. Anda, nenita, vamos a disfrazarnos –Y tomando a Emma de la mano, abandonó la cocina.

Ted mordió su tostada reseca. El día anterior había bebido mucho y comido poco. La mesa era redonda. Tenía una ranura en el centro, por donde se la

podía separar para aumentar su tamaño. Ted había ayudado muchas veces a su madre a colocar las pesadas planchas adicionales.

–Sé que todo es un poco repentino –dijo Tina–. Pero me han ofrecido un empleo fijo en Los Ángeles. Y he aceptado. He alquilado un bungalow pequeño, fantástico, con piscina. Emma puede asistir a un colegio Montessori privado, allí la estimularán de un modo completamente distinto al de aquí, le vendrá muy bien. Vendremos a Suiza dos veces al año, y entonces podrás tenerla para ti solo.

–¡Vaya, parece que lo has pensado todo muy bien!

La ranura discurría justo entre Tina y él. Mientras hablaban se fue agrandando, abriéndose como una sima, los platos medio vacíos resbalaban hacia el centro de la mesa y se precipitaban en la sima sin fondo. Ted basculó su silla hacia atrás. Se agarró al borde de la mesa para impedir caer en el vacío entre ambos y ahogarse en él.

–¡Reconoce que la vida como padre a tiempo completo no es como te la habías imaginado! Sé que tu último amor no está muy entusiasmado por la continua presencia de Emma. ¡Y viceversa!

–¿Y tú por qué lo sabes?

–Pero ¿has creído de verdad que Emma y yo no estábamos en contacto? Hablamos todos los días por Skype. Y también tengo una comunicación regular con Sandra. Ella me ha contado las veces que ha tenido que intervenir cuando tú te sentías desbordado.

–Yo no estoy desbordado, no más que tú...

–No te atrevas a compararte conmigo. ¡Yo soy la madre de Emma!

Ahí estaba otra vez. Ted se apoyó en el tablero de la mesa y se levantó. Estaba cansado. Se sentía viejo.

–Emma tiene que ir al colegio –dijo.

–Usaremos el día comodín. De todos modos falta muy poco para las vacaciones.

Todos los niños disponían de dos días comodín al año, en los que podían faltar a la escuela sin justificación.

–Bueno, tengo que ir a trabajar.

–¿Por qué no quedamos luego en tu casa? Allí podremos discutirlo todo. –

Tina ladeó la cabeza y frunció los labios como una niña. Lo hacía siempre que quería algo de él, y todavía funcionaba.

Ted llamó con los nudillos a la puerta del dormitorio de Ingrid, que estaba entornada.

–¡Papá, soy una cortesana! –exclamó Emma. Llevaba un vestido charleston bordado en oro, una pluma de pavo en el pelo y una boquilla para cigarrillos vacía en la mano—. ¡Hoy no tengo que ir al colegio! La abuela dice que luego nos iremos de tiendas, ¿nos acompañas?

–Genial. –Ted se arrodilló para abrazarla—. Pero tengo que ir a mi colegio. Yo no tengo día comodín. Te veré luego, princesa.

–¡No soy una princesa! Las princesas no tienen voluntad. Soy una cortesana.

Ted se levantó. No miró a su madre. Ya no le quedaban fuerzas. En la puerta se volvió de nuevo, y Emma le gritó:

–No estés triste, papá. Era un secreto entre chicas. Mamá, la abuela y yo somos chicas. Y Dios es una chica, pero tú no. Perdona, papá.

Ted se marchó al colegio. Una aversión y un miedo injustificados se apoderaron de él. Deseó no tener ningún motivo para odiar a Tina ni para temer perder a su hija. Pero estaba en sus manos. De Tina. De su madre. Del miedo. Era todo lo mismo.

Cuando entró en la sala de profesores se hizo un repentino silencio. Se acercó a la cafetera, que inundaba la estancia con su estruendo. Poco a poco las conversaciones se reanudaron. No podía interpretar las miradas de sus colegas. Le esquivaban. ¿Acaso se habían enterado de que Tina había vuelto? Se sentó con su café algo apartado de los demás, en una silla plegable, y simuló leer el periódico de la víspera.

–¿Puedes venir un momento al despacho? –Martina, la directora, apareció a su lado.

Él asintió, dio un sorbo de café, pero ella seguía a su lado.

–¿Quieres decir ahora? –Consultó el reloj, dentro de pocos minutos sonaría el timbre del inicio de la clase.

–Karin te sustituirá –informó Martina.

–¿Me sustituirá? –Ted miró hacia Karin, que se dirigió a la puerta. Sin devolverle la mirada.

Eso no auguraba nada bueno. Se levantó y siguió a Martina hasta su

despacho situado al final del pasillo.

–Siéntate. –Martina llevaba sus gafas de lectura. Ted reparó en que en los últimos tiempos raramente la había visto con ellas. Cuando hablaba con él, se las quitaba siempre–. Seré breve. La madre de Mirko ha presentado una queja en la Inspección. Por el accidente. No planificaste la excursión al bosque, no informaste a nadie y actuaste sin el menor cuidado. Hay que investigar el incidente, mientras tanto quedas dispensado de dar clase.

–Pero...

–Lo siento mucho, Ted. Pero tengo las manos atadas.

Martina le entregó una carpeta con fotocopias, correos electrónicos impresos, listados de llamadas, cartas a las autoridades.

Ted la hojeó. Pensó en Anna, la madre de Mirko, que le había pedido que enviara a Mirko a casa en un taxi. Pero él lo había llevado personalmente, en su coche, se había sentado con él en el sofá, habían visto la televisión hasta que llegó la madre. Mirko se había quedado dormido en el sofá. Había ayudado a llevarlo a su cuarto, y después Anna le había ofrecido una copa de vino. Él la había rechazado. El rechazo y el miedo, como todas las causas del dolor, crecían sobre la mayor de ellas: la percepción falsa o la confusión. Ted lo comprendía. Pero, pensó, ¿no era Anna la que se había confundido? ¿Anna y Martina y también Sandra, la madre de Tara, que había estado todo el tiempo en contacto con Tina? ¿No se habían equivocado todas ellas con él? ¿No lo habían considerado la respuesta? Pero Ted no era la respuesta. Y ahora pagaba por ello.

–Ted...

Martina se había levantado. Señaló la puerta con el mentón. El timbre del colegio sonó: estaba despedido.

Se encontró en la calle. Mientras luchaba con el candado de su bicicleta, pensó en Emma. Ella tenía razón: Dios era una chica. Y él estaba indefenso, a su merced, y a la de todas las chicas.

Marie

–Un parto difícil –había recordado una de las comadronas–. Contracciones durante días, más de treinta y seis horas, si no recuerdo mal–. Ella tenía una teoría sobre los partos difíciles–. Las mujeres que no pueden abrirse, que tienen todo el cuerpo petrificado, cerrado... casi siempre han sufrido abusos sexuales en la infancia.

Miró desafiante a Marie. Como si quisiera incitarla a contradecirla. Marie recordó que una vez había encontrado en la mesilla de noche de una paciente recién operada píldoras de árnica que ella no le había recetado. Resultó que los repartía una de las enfermeras, que había sido trasladada del paritorio a cuidados intensivos. «En el paritorio se trabaja de otra manera», se había defendido. Marie no tenía nada en contra de las píldoras. Solo quería saber lo que tomaban sus pacientes.

–Interesante –se limitó a decir, y la comadrona, apaciguada, se ofreció a imprimirle los informes.

–Gracias, me sería de gran utilidad.

Marie no sabía si creer a la comadrona. Si creer siquiera en el abuso sexual. Conocía las estadísticas, lógicamente poco precisas; el abuso sexual se ocultaba, no se denunciaba, se partía de cifras imprecisas. Oficialmente en Suiza entre el veinte y el veinticinco por ciento de las mujeres y entre el diez y el doce por ciento de los hombres habían sufrido abusos sexuales en la infancia. No podías ir en el tranvía, ni sentarte en un café, sin que al menos dos personas estuvieran afectadas por eso. Y si se consideraba que el abuso proseguía de generación en generación y a través de ellas, que proliferaba en asociaciones deportivas y campamentos de organizaciones juveniles, en aulas y bancos de iglesias, había que partir del hecho de que todo el mundo estaba afectado. Y eso no le cabía en la cabeza a Marie. Eso, opinaba, era imposible.

Pero lo que sabía era: el historial de un paciente del que pudiera realmente deducirse algo no debía describir solamente los síntomas agudos, no podía

abarcar únicamente la lista de trastornos físicos. Para serle de ayuda, la médica no solo tenía que conocer al paciente en su totalidad, su vida entera, sino también toda su historia. Sus orígenes, sus padres y abuelos, todo su mundo interior.

Eso era imposible, pensó Marie. Entonces se sobrepuso. El hospital era su mundo. En cada cama yacía una persona. Cada paciente tenía una historia. Una familia. Una vida. Todo estaba relacionado con todo, como una fina manta que se extendía por encima de todas las camas.

Marie extendió todos los informes sobre el suelo de moqueta y se arrodilló. Ordenó las hojas e intentó reconstruir la vida de Mira Bolliger Mehmeti, la joven de los ojos muertos. Había llegado a Suiza de pequeña, se había casado joven. Ya antes de su matrimonio y hasta el nacimiento de su segundo hijo había acudido en reiteradas ocasiones a urgencias con lesiones por palizas. Tras el nacimiento de su hijo hacía dos años, eso había cesado. En cambio, ahora se quejaba con regularidad de trastornos en el bajo vientre. Las cistitis se podían demostrar, los dolores de tripa carecían de explicación. Marie volvió a pensar en Schwarzenbach, el paciente del cálculo renal. Un dolor podía ocultar otro.

Intentó recordar el aspecto de Mira. Chándal ceñido, bordado con pedrería, cabellos oscuros recogidos en una alta cola de caballo, tan tirante que parecía deformar los rasgos de su rostro. Marie pensó en una artista de circo en la pausa previa a su actuación. Pero los ojos muertos...

Juntó las hojas, se irguió y volvió a sentarse a su escritorio. Consultó en el ordenador los historiales de los pacientes. Sabía que le faltaba algo, un detalle importante, un dato decisivo. Solo podía encontrarlo si consideraba el hospital un mundo, si partía de que cada paciente era más de lo que podía observar a primera vista.

Revolvió en el cajón de su escritorio hasta encontrar una chocolatina. El papel estaba muy arrugado y el relleno de chocolate tenía un aspecto lechoso. Pensó en los trozos de tarta girando despacio en el expositor del bar. Se prometió dos raciones si encontraba el dato que faltaba. La chocolatina sabía a rancio.

Reinició la búsqueda. Primero introdujo el apellido de soltera de Mira, Mehmeti, después el de casada, Bolliger. Examinó las historias clínicas de

todos los pacientes con el mismo apellido. Y al cabo de dos horas encontró algo. Aunque no era lo que buscaba.

–Una de fresa y otra Sacher, por favor –pidió Marie–. Y un capuchino.

–¿Con chocolate?

–Sí, por favor.

–Hace usted bien. ¡Además puede permitírselo! –La empleada le pasó por encima del mostrador el plato lleno y se puso luego a trastear en la cafetera. Mientras la leche espumeaba, se volvió hacia Marie. En el letrero que llevaba en el pecho figuraba su nombre, C. Mendoza–. ¿Sabe?, me parece fantástico que un hombre tan famoso y tan guapo esté colado por una mujer como usted.

–Gracias –dijo Marie. ¿Qué tipo de mujer era ella?

–James Bond, ¿sabe usted?, también está casado con una mujer gorda, ay, cómo se llama, el guapo, el de antes. Roger Moore, no, el otro. –C. Mendoza depositó el capuchino sobre la bandeja de Marie y tecleó el importe en la caja–. Trece francos con ochenta, por favor.

Marie introdujo su tarjeta en el lector. *Saldo: cero.*

–¡Al céntimo! –se alegró la señora Mendoza–. Ha gastado usted el saldo hasta el último céntimo. ¿Desea recargar la tarjeta?

–No, ahora no –dijo Marie.

–¿Nos deja usted? No, no diga nada. Me lo figuro. Una oye comentar cosas... Yo siempre he dicho: «Esa no deja que su marido se vaya solo a la India, seguro que no».

–¿A la India? –se le escapó a Marie–. ¿Qué es eso de a la India?

–Ah, ya, claro, entiendo. No puede usted decir nada... hay que respetar el plazo de rescisión y tal. Pero hoy ya lo decía ese periódico gratuito que está por todas partes, ya lo sabe.

Marie asintió.

–En realidad todavía no es oficial –dijo, y saludando a la señora Mendoza con una inclinación de cabeza, trasladó su bandeja hasta una mesa vacía junto a la ventana.

El bar no estaba muy lleno. El cielo ante las ventanas que ocupaban toda la pared era gris. Podría ser por la mañana o por la tarde, primavera u otoño. Un día era igual al otro. Pero pronto todo cambiaría. En la silla que tenía al lado

había un ejemplar del mencionado periódico gratuito, ya ajado. Marie lo abrió y pasó las hojas hasta llegar a una foto de Gion, tomada durante el programa televisivo. Gion, un pavo real con la cola desplegada.

La India llama al doctor Santana. El más popular actor televisivo de Suiza proseguirá sus estudios de yoga en Goa. Su hijita Stefanie (14) le acompañará. «¡Me alegro del tiempo que voy a estar con mi hija, ya me he perdido demasiadas cosas!» El simpático actor, que está divorciado de la madre de Stefanie, confía en que padre e hija «reanudaremos el acercamiento gracias a la práctica y a la meditación conjunta». Un equipo de cámaras de la televisión suiza los acompañará durante el viaje.

Marie apartó el periódico. Así que pronto se quedaría sola. El artículo no decía cuándo exactamente. Al menos ya sabía por qué no se había marchado Gion. Partió los trozos de tarta, tomándose su tiempo. Procedía de manera metódica, repartía la nata justo encima de cada bocado, tomaba dos cucharadas de tarta de fresa, después una de la Sacher, y a continuación un sorbo de café. El sabor del chocolate se mezclaba con el del café, la crema de vainilla y la gelatina de fresa. Ella no estaba muerta. Todavía sentía algo, seguro que sí. Saboreó la dulzura mezclada en su boca y se sintió consolada.

Sukha, lo había llamado Nevada. *Sukha* era lo contrario de *ducha*, el encogimiento, la ofuscación del corazón. *Sukha* era ligereza y amplitud, era dulzura. La vida podía ser muy sencilla, había explicado Nevada, si se seguía a la dulzura. Si uno se examinaba continuamente: «¿Está mi corazón encogido, pesado y negro mientras trabajo, mientras veo la televisión con mi marido o practico una postura de yoga? ¿O está despierto, ligero y dulce?». Había que evitar las cosas que oprimen el corazón, y buscar las otras, las que son dulces. Así de sencillo era.

Marie cerró los ojos. Fresas y chocolate. Café y leche. Su teléfono sonó. Abrió los ojos. Stefanie.

—¿Stefanie? ¿Va todo bien?

Nada.

—Stefanie, ¿dónde estás?

Jadeos. Sorberse la nariz.

–¿Stefanie?

–¿Doctora Leibundgut? –Una voz masculina–. Le habla Maurer, de urgencias. ¿Está todavía en el hospital? He intentado llamarla por el busca.

Marie se llevó la mano al cinturón. El busca estaba allí. La batería agotada. Su turno había terminado hacía horas.

–Sí, estoy aquí, bajo enseguida. –Se metió en la boca un último pedazo de tarta Sacher, se bebió el café, apartó su bandeja y se levantó.

En un hospital no se corre. Y menos cuando uno lleva bata blanca. Los médicos que corren desatan el pánico.

Marie corría.

–Intoxicación etílica aguda –dijo Maurer–. 2,4 por mil. En realidad es algo inusual, a mediados de semana, en pleno día. Dice que es hija suya.

–Hijastra –puntualizó Marie. ¿Es que Maurer no lee periódicos gratuitos?–. ¿Dónde está?

–Le estamos haciendo un lavado de estómago. ¿Quiere usted esperar?

–No. –Marie apartó la cortina y vio a Stefanie vomitando espuma negra en un recipiente. Su pelo de un rubio casi blanco se le pegaba humedecido a la cabeza, tenía los ojos enrojecidos, llorosos. El vómito olía intensamente a alcohol, debía haber bebido mucho y muy deprisa. Marie se acercó a Stefanie y colocó una mano sobre su cabeza febril.

–Steffi –dijo. Qué pequeña era todavía. Una niña.

La auxiliar de clínica Studer alzó la vista hacia Marie.

–¿Es su hijastra?

Marie asintió.

–En realidad tenemos que llamar a los padres, pero ella ha pedido que la llamáramos a usted... –La señora Studer limpió con un paño húmedo la boca de Stefanie y se llevó luego el recipiente metálico.

Marie vio la tarjeta sanitaria a los pies de la cama e intentó cogerla, pero sin apartarse de Stefanie. La niña respiraba pesadamente. Tenía los ojos cerrados. Marie le acarició la cabeza con suavidad, a lo mejor se dormía. Stefanie se volvió hacia ella. Tenía los ojos inyectados en sangre. De vomitar, pensó Marie. Se sintió aliviada al verlo. Era una señal de que Marie no vomitaba con regularidad, que no había ensayado el reflejo faríngeo.

–Niña mía –dijo Marie–, ¿qué has hecho?

–¡Eso a ti no te importa! ¡Yo no soy tu niña!

«¿Entonces por qué has dicho que eras mi hija?», quiso preguntar Marie, pero recordó su última pelea y desechó los argumentos lógicos. Se sentó al borde de la cama, y cuando Stefanie se apartó de ella, se tumbó sencillamente a su lado. Stefanie se dio media vuelta. Marie la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo. Respiró en su nuca sudorosa, olió muy fuerte a alcohol, sudor, perfume dulce, humo. No preguntaría qué había fumado Stefanie, lo sabría al ver el análisis de sangre.

Stefanie yacía desmadejada en sus brazos. En cierto momento se echó a llorar.

–Vete –sollozó–. Déjame sola. No te interesas nada por mí. Te importo una mierda.

«Pero si me has llamado», pensó Marie, aunque no lo dijo. Siguió sujetando a la niña.

–Siempre me dejas tirada. No eres mejor que las demás. Déjame reventar aquí, es lo que más te gustaría.

–Chiiist –dijo Marie–. Chiiist.

Al final, Stefanie se durmió. Marie salió sigilosa de la estancia con la tarjeta sanitaria. Maurer la esperaba fuera. Lo saludó y leyó lo que había sucedido. Stefanie se había desplomado en un parque próximo a su colegio. El hombre joven que había llamado a la ambulancia no quiso dar sus datos personales, pero explicó que los alumnos del instituto cercano se reunían en el parque durante el recreo a fumar porros y a beber, y de hecho ya había visto allí a Stefanie en otras ocasiones. Tras permanecer un rato inconsciente, seguro que diez minutos, llamó a la ambulancia asustado.

–Ya conoce el procedimiento –dijo Maurer.

En la sangre de Stefanie habían detectado alcohol y tetrahidrocannabinol. Solo tenía catorce años. Había que avisar a los padres, informar a la Fiscalía de Menores.

–Yo lo haré –le comunicó Marie–. Gracias por haberme avisado.

Salió al aparcamiento, vaciló un instante. Luego llamó a Gion. Y cuando este no contestó, marcó el número de Eva.

–Yo no me voy a la India –dijo Stefanie–. ¡Eso, olvidadlo!

Eva miró a Marie.

–¿Dónde está Gion?

–Ni idea.

–Marie le ha abandonado, ¿es que lo has olvidado? A ella le da igual lo que sea de nosotros, le importa una mierda.

Eva miró a su hija meneando la cabeza.

–Por favor, tranquilízate –le rogó–. Creo que ya has hecho bastante por hoy, ¿no te parece?

–Ven, hablemos en mi despacho –aconsejó Marie–. Allí no nos molestará nadie.

Había olvidado que en su despacho estaba extendida en el suelo la vida de Mira Bolliger Mehmeti. Confundida, se agachó y recogió las hojas. Después señaló el asiento de invitados.

–Siéntate. Voy a ver si encuentro café en algún sitio.

En ese momento entró la señora Hablützel. Traía una bandeja con una taza de café expreso y un vaso de agua.

–Señora Camenisch... –Colocó la taza y el vaso delante de Eva. Marie no le prestaba atención–. He oído que su hija está ingresada aquí. Pobrecilla. ¿Quiere que avise al padre?

–Es usted muy amable, gracias, pero ya está enterado.

–Ah, ya. ¿Entonces viene hacia aquí?

–En efecto.

–Gracias, señora Hablützel. –Marie le dedicó una sonrisa forzada.

–Bienvenida a mi mundo –le dijo Eva, guiñándole un ojo, después de que la señora Hablützel hubiera abandonado a disgusto el despacho. Seguramente iría derechita a urgencias a esperar a Gion–. A pesar de todo, a ti te ha tocado algo mucho peor. Cuando nosotros estábamos casados, él todavía no era tan famoso.

Marie no supo qué decir. No esperaba que fuese precisamente Eva la que la comprendiera.

–Y ahora le has abandonado –continuó Eva–. ¿Es verdad? Stefanie está desesperada. Gion le ha dicho que le planteaste un ultimátum. Que tuvo que decidir entre ella y tú.

–Gion es un gilipollas –se le escapó a Marie. Se llevó la mano a la boca.

Pero ¿qué estaba diciendo?

–Está bien, yo tampoco lo conocí ayer. –Eva meneó la cabeza–. Steffi cree que te ha desplazado. Ella es consciente de que se ha pasado a veces contigo.

–No sé tratar a adolescentes –dijo Marie–. Hemos tenido unas discusiones muy fuertes, después siempre me daba pena, pero ella tiene un modo de...

–A mí no tienes que explicármelo, soy su madre.

–Stefanie dijo que me odiaba. Lo repitió en varias ocasiones. Yo no entiendo...

Eva se echó a reír.

–¿Cuántas veces crees que escucho lo mismo? –Meditó un momento–. ¿Sabes?, al principio me enervaba. Ella no paraba de ponerte por las nubes. Que si Marie por aquí, que si Marie por allá, y así todo el día. Ya era bastante malo que Gion me hubiese dejado por ti, pero ¿tenías que seducir también a mi hija? Cuando me contaba entusiasmada cómo cortaba contigo huevos cocidos, me atormentaba más eso que imaginarte con mi marido en la cama. Sin embargo, después una amiga me explicó que era buena señal. Que mientras te idealizase, no se sentiría de verdad cercana a ti. Yo soy su madre, a mí no puede perderme, mi amor lo tiene asegurado. Por eso, lógicamente, se enfada conmigo, se pelea... en mi caso puede permitírselo. Conmigo no debe temer que desaparezca. A pesar de todo, al principio sentí alivio cuando Stefanie empezó a hablar mal de ti. Quizá yo también la azucé un poco, me gustaba oír lo imposible que eras. Pero todo lo que decía de ti era totalmente normal. Que le habías prohibido esto o aquello, que la habías castigado por algo... Bueno, en cierto momento comprendí que si arremetía contra ti igual que contra mí, era solo porque ya no eras la admirada excepción en su vida, sino una madre enervante normal y corriente. –Eva calló un momento–. Después eso tampoco me gustó, claro, pero, bueno, ¡mejor dos madres que ninguna! –Se bebió su café–. Y ahora, ¿qué va a pasar?

–Tendrá que permanecer aquí unas horas, en observación. Si todo va bien, podrá irse a casa esta noche. Pero tenemos que dar parte del incidente, la Fiscalía de Menores se pondrá en contacto contigo. Pero si Stefanie participa en una charla de grupo sobre el tema de las apuestas sobre quién bebe y consume más, no quedará fichada. –Marie vaciló–. ¿Lo hace a menudo?

–¿Qué significa eso? Si lo supiera, habría intervenido, ¿no crearás que me

limitaría a mirar sin hacer nada, eh?

–No, Eva, no me refiero a eso... Solo que en los últimos tiempos he estado preocupada.

–¿Crees que yo no? –Eva se levantó–. Sí, en este momento estamos atravesando una etapa difícil. Stefanie no se lleva bien con Mario. –Mario era el novio de Eva, el «perverso» lo llamaba Stefanie–. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no soy feliz con un hombre? ¿Que no me siento amada? Pero ¿puedo disfrutarlo ahora? ¡No, sería demasiado bonito para ser verdad! Yo siempre estoy entre los dos. Mario y yo pensábamos hacer este verano un viaje en bicicleta por América. Sin Stefanie. Solo él y yo, un mes entero. El viaje a la India con Gion hubiera venido al pelo, pero ahora... ya no sé...

–Puede pasar el verano conmigo –sugirió Marie.

–¿Estás segura? –Eva alzó la vista–. ¿Contigo?

–Si ella quiere...

–Eso desde luego sería... sería... ideal.

–Sí –dijo Marie–, lo sería.

Después de marcharse Eva, ordenó su escritorio. Cuando puso en orden los informes sobre Mira Bolliger Mehmeti, volvió a encontrar el expediente que no había buscado. Lo leyó de nuevo y resumió lo más importante en un post-it amarillo: *Bolliger, Wolf, 6-12-2009 mandíbula, 14-3-2010 vómer, 24-6-2010 radio, 11-2-2011 mandíbula, 28-6-2011 pómulo.*

*pariṇ āmatāpasamṣkāraduḥkhaiguṇ avrṭtivirodhācca
duḥkhameva sarvaṃ vivekinaḥ*

El dolor es omnipresente, no es posible sustraerse
a esta evidencia. El dolor proviene de la
conciencia de lo efímero,
de la nostalgia, de la dependencia
y de los conflictos internos.

Patanjali Yoga sutra 2.15

Nevada

Nevada yacía bajo una piedra. La veía desde arriba, como en un dibujo infantil, una enorme roca gris bajo la que solo asomaban sus manos y pies. Tras agitarse un poco, se quedaron inmóviles. La roca era demasiado grande. La había sepultado por completo. Desde muy arriba ella presenciaba cómo la aplastaba, lo veía sin temor, a saber todo lo que se iba a ahorrar gracias a la clemencia de esa roca que tenía encima. «El doctor Kaiser se alegrará», pensó. Pero entonces la roca se volvió de repente más liviana, como si alguien la levantase lentamente. «Hanuman», pensó Nevada. Para salvar a un hermano de Rama herido en la batalla, él rastreó el Himalaya en busca de una determinada planta medicinal. Disponía tan solo de una noche, el médico debía utilizarla antes del amanecer, o todo estaría perdido. Hanuman buscó con ahínco, pero no lograba hallar la planta correcta. Movidó por la desesperación, levantó una montaña entera, la trasladó hasta el campo de batalla y la depositó a los pies de Sushena, el médico.

De repente Nevada regresó a su cuerpo. Y eso fue muy desagradable. Respirando con dificultad, abrió los ojos. En cuanto recuperó el aliento, volvió a sentir los dolores. En la garganta, en los ojos, en todo el cuerpo. Resollaba y tosía. Una mano sujetó su espalda, la ayudó a incorporarse; ella tosió más, luego empezó a llorar. La mano la sostenía. Estaba tallada en la misma piedra gris que le había caído encima.

La mano había intentado matarla. Nevada se sorbió los mocos. Esquivó la mano.

—Lo siento —dijo Wolf.

—Sí —contestó Nevada—. Lo sé. —Todos lo sentían siempre.

Había que evitar en la medida de lo posible el dolor inminente y previsible. No era tan difícil. Solo se precisaba una ligera reflexión. Atender. Nevada se limpió la cara con la mano un par de veces y miró en derredor. Estaba sentada en su cama. Y Wolf arrodillado ante ella. Se le habían resbalado las gafas.

Parecía haber llorado. Nevada retrocedió apartándose un poco más de él, hasta que consiguió apoyarse en la pared. Encogió las rodillas y las rodeó con sus brazos. Se convirtió en un paquetito. Recuerda quién eres, pensó. Ella era la maestra de Poppy. Su tarea era ayudar a Poppy a cumplir con su destino.

El yoga no es un fin en sí mismo. No se cumple con una postura realizada a la perfección, con una buena sensación corporal, con una espalda libre de dolores. El yoga libera el espíritu de toda perturbación. El yoga es el medio para un fin: solo con una mente clara y liberada puede ser uno quien es, y cumplir lo mejor posible con su misión, ser útil a la totalidad.

Nevada no creía que el *dharma* de Poppy fuera ocultarse en una celda. Ella desconocía la misión de Poppy. A lo mejor ni siquiera ella misma la conocía. Pero se había dado cuenta de que Wolf tenía algo que ver con el asunto. La obsesión con la que se había abalanzado sobre él no había sido una equivocación, aunque había confundido el motivo de esa obsesión. Ella no deseaba su cuerpo, sino la verdad.

—¿Sucedió así? —preguntó Nevada—. ¿Mataste así a tu mujer?

Wolf sostuvo su mirada. Habló como si esperase esa pregunta.

—Lo único que siempre supe es que jamás pegaría a una mujer. Mi padre era un maltratador. Pegaba a mi madre, a mis hermanos y a mí, siempre por edades, uno detrás de otro, metódicamente. Según la falta, con el cinturón, el bastón, o la mano. Era un ritual. Yo era el mayor, siempre me tocaba el primero. Era el catador. Mis hermanos, situados al otro lado de la puerta, intentaban adivinar lo malo que sería en esa ocasión. A veces yo gritaba fuerte a propósito, para que supieran lo que les esperaba. Bernhard, el mediano, devolvió una vez el golpe. Solo tenía catorce años, pero era fuerte. Se escapó de casa. No terminó el colegio. Yo era un blandengue, tenía cerebro. Fui al instituto. Mi mejor amigo era Georg Brühlmann. Su padre iba en silla de ruedas. Él se interesó por mí, me ayudaba con los deberes. Pasaba más tiempo en casa de los Brühlmann que en la mía, viví con ellos fines de semana enteros, incluso los acompañé de vacaciones un par de veces. No sé si sabían lo que sucedía en mi casa. Georg tuvo que ver los moratones en mi espalda, pero jamás dijo nada, al menos a mí. Iba a kárate, y un día lo acompañé al entrenamiento. Eso me salvó. Podía matar a mi padre sin perder el control. Cuando conseguí el cinturón azul me atreví a ir a casa con más frecuencia y mi

padre me dejó en paz. Transcurrido cierto tiempo me di cuenta de que eso no se debía a mi cinturón azul. También Urs, el más joven, se había marchado de casa, trabajaba en la construcción. Mi padre sencillamente había comenzado a pegar a mi madre. Con el puño, no con el cinturón, ni detrás de las puertas cerradas. Un día volví del colegio más temprano de lo habitual. Mi madre estaba tirada en el suelo de la cocina con el rostro ensangrentado, un brazo retorcido, y él la estaba pateando. Entonces me lancé sobre él. Lo habría matado (un golpe certero en la nuez), si ella no se hubiera interpuesto. Le defendió. Me insultó. «¡Menudo hijo estás hecho! ¡Ojalá no fueras tan desvergonzado!» Me echó la culpa a mí. Entonces me mudé a casa de los Brühlmann durante el resto de mi época escolar, ellos no hicieron preguntas. Llegué a cinturón negro antes de ingresar en la universidad. Rompí el contacto con mi familia.

»Kim y yo tuvimos siempre una relación física. A lo mejor porque no hablábamos el mismo idioma. Nunca pudimos conversar como es debido. Siempre fuimos extraños el uno para el otro. Nos encontrábamos en la cama. Ya recién enamorados ella me pegaba a veces, al principio más bien como un juego, aunque me hacía cardenales. Siempre era violenta. Excesiva. Incontrolada. Eso siempre me gustó.

»Luego murió mi padre, me ofrecieron un trabajo bien remunerado y nos trasladamos a Suiza. Entonces todo se vino abajo. Kim era muy desgraciada aquí. No encontraba amigos, ni trabajo, se fue enfureciendo paulatinamente. Conmigo. Yo se lo había arrebatado todo, pero no le había dado nada. Nuestras peleas eran cada vez más frecuentes y violentas; primero me hizo sangre en la nariz, me puso un ojo morado, después me rompió la mandíbula, el brazo.

»¿Qué podía hacer yo? ¿Devolver los golpes? Sí eso era lo que él quería, que nos convirtiéramos en alguien como él: Bernhard es un camorrista, una y otra vez en la cárcel. Urs se droga. ¿Y yo? ¿Tenía que pegar a mi mujer?

»Estaba a punto de despedirme del trabajo y regresar a Texas con Kim. Cuando Poppy entró en mi vida. Se me ofrecía otra oportunidad. Éramos tan felices Poppy y yo, sencillamente hacemos buena pareja. A las pocas semanas estaba claro que tenía que separarme de Kim. Pero me aterraba su reacción. Sin embargo, Poppy no me dejó ninguna opción. Se retiró. Así que se lo conté todo a Kim. Nosotros íbamos juntos a correr por la orillas del río, Kim era

más deportista que yo, estaba más en forma, a mí me costaba enhebrar las palabras, me quedaba sin aliento. Me detuve. Entonces Kim se abalanzó sobre mí. Y de pronto... no sé..., de pronto el canto de mi mano estaba en su garganta. Kim me miró fijamente, retrocedió tambaleándose unos pasos, tropezó y se cayó de espaldas por el talud del río. Oí cómo se golpeaba contra las piedras y caía al agua con un chapoteo. Después, nada. Seguí corriendo. Me escapé. Corrí a casa y recogí mis cosas, quería ir enseguida a casa de Poppy. No sabía lo que había hecho. No lo comprendía. Después ya no recuerdo nada, hasta que en un momento dado me encontré bajo la ducha, llorando. Supe que me había cerrado el camino a Poppy. Encontrarían a Kim, sospecharían de mí y cuando averiguasen que era mi amante, también de ella. Intenté borrar las huellas, acudí a la policía, empeorándolo todo aún más si cabe. Y entonces Poppy se adelantó, se me anticipó. Quería protegerme. No se puede proteger a nadie. De nada.

»¿Sabes qué es lo peor de todo? Tras la muerte de mi padre, mi madre se derrumbó. No hacía más que llorar, lamentarse y quejarse. Que qué gran hombre había sido, que ninguno de nosotros le llegaba a la suela del zapato...

»Pero yo maté a mi mujer.

Para demostrar su entrega, Hanuman se abrió el pecho. No sangraba. En el centro del músculo cardíaco palpitante se sentaban Sita y Rama, con los ojos cerrados, meditando. El hombre perfecto y la mujer perfecta.

–No hay nada que tú no puedas hacer –dijo Nevada.

Eso es lo que había dicho el rey oso a Hanuman. Para recordarle quién era. Y quien se acuerda de Hanuman, quien pronuncia diariamente su nombre, sanará de la enfermedad y se verá libre de dolores.

Nevada se ató un chal alrededor del cuello, sobre la huella roja de la mano de Wolf. Bajaron por la escalera cogidos del brazo. Pasaron frente al bar donde estaban sentados sus alumnos. Cruzaron el patio hacia el aparcamiento. Nevada notaba sobre su brazo el del hombre. No tenía miedo. Su brazo era débil y el de él temblaba ligeramente. Ella ya no le deseaba. Nevada volvía a saber quién era. La profesora.

Wolf abrió la puerta del copiloto y esperó a que Nevada hubiera subido,

caminó alrededor del coche y se puso al volante. Cuando introdujo la llave en la cerradura, su mano ya no temblaba.

Aparcó el coche delante de la comisaría. De nuevo caminó a su alrededor, abrió la puerta a Nevada y la ayudó a apearse.

–¿Me acompañas?

Nevada asintió y él la cogió del brazo. Se detuvo delante de la puerta.

–¿Cómo vas a volver al estudio? –preguntó–. Deberías utilizar mi coche. – Le dio la llave.

Después entraron. Wolf le abrió la puerta, señaló una silla y se dirigió al mostrador que había al fondo de la estancia.

–Quisiera hablar con alguien de la policía judicial, Burckhardt o Walder – solicitó, cortés.

–¿De qué se trata?

–Quisiera hacer una confesión.

Wolf se sentó en una silla al lado de Nevada, esperando. En cierto momento ella le cogió la mano. O él a ella. Sentados juntos, esperaron en silencio. No transcurrió mucho tiempo hasta que una mujer fornida, vestida con un traje que le sentaba como un tiro, se plantó ante ellos.

–Señor Bolliger –dijo–. Pensábamos ir a verle hoy mismo. ¿Y usted quién es?

–Nevada Marthaler.

La funcionaria policial parecía esperar una explicación.

–Soy la profesora de yoga de Poppy Schneider –informó Nevada–. Y también de Wolf.

Walder soltó un resoplido.

–¡Ya hemos oído hablar de usted!

Wolf se levantó.

–Quisiera hacer una confesión –dijo–. Soy el autor de la muerte de Kim. No fue Poppy.

–Eso ya lo sabemos –dijo Walder–. Acompáñeme.

Nevada se levantó.

–Usted, no –precisó Walder.

Y cogiendo del brazo a Wolf, pasaron ante el mostrador en dirección a los ascensores. Allí Wolf giró la cabeza por encima de su hombro y vio a Nevada.

–Gracias –susurró.

Recuerda quién eres.

Nevada abrió el Mercedes rojo y se sentó al volante, que estaba forrado de cuero, tenía un tacto cálido bajo sus manos, vivo. Introdujo la llave en la cerradura, buscó el acelerador con el pie derecho y este resbaló. El motor tosía y jadeaba mientras ella intentaba obligar a su pie a obedecer. Sin embargo, carecía de la fuerza necesaria para pisar el pedal, y una y otra vez resbalaba hacia un lado. Nevada recordó el accidente que había provocado durante su examen de conducir. Su carrera de automovilista había tenido un comienzo dramático, pero no finalizaría igual. Sacó la llave, se apeó, cerró el coche y regresó a la comisaría. Sus pies se comportaron de manera impecable. Nevada jamás volvería a confiar en ellos.

Se acercó al mostrador.

–Tome, es la llave del coche de Wolf Bolliger –dijo.

Cuando regresó a la Fábrica del Río, acababa de terminar la última clase de la tarde. Alumnos de yoga sudorosos salían al paso de Nevada, entre ellos Nadine, que apartó la vista. Los alumnos bañaron a Nevada igual que agua. Ella se deslizó por en medio. Era invisible.

Se detuvo en el primer piso. Le pesaban las piernas. Miró la escalera que ante sus ojos se deformaba hasta el infinito. Entonces abrió el estudio. Descansaría un momento para coger fuerzas y subir al segundo piso.

Nevada no necesitaba encender la luz para encontrar el camino en la pequeña estancia. La luz gris de las farolas de la calle entraba amortiguada por los grandes ventanales. No llegaba a todos los rincones, transformaba la estatua del dios elefante en un mendigo acurrucado y las esterillas apiladas en el rincón en un dragón. Nevada se orientaría a ciegas. Cogió una esterilla del montón, una manta de lana y un cojín del estante y se encaminó a la pared más cercana. Desenrolló la esterilla, se tumbó de espaldas e intentó apoyar las piernas en la pared. Tuvo que ayudarse con ambas manos. Finalmente se colocó el pesado cojín relleno de arena sobre el vientre. El peso provocó un dolor sordo en su pelvis. Respiró para combatirlo. Y de pronto vio de nuevo el estuche plano de metal, justo debajo del cojín, encajado entre los doloridos huesos de su pelvis. Sobre la tapa de la cajita divisó una señal de peligro similar a la de un comic, una máscara grotesca atravesada por barras rojas, en

realidad ridícula. A pesar de todo, un miedo frío la invadió de repente. Siguió respirando. Vio una mano que apretaba la cajita poco a poco hacia abajo. De pronto, la mano desapareció y la cajita de metal se abrió. La imagen de la niña pequeña flotó libremente en su vientre. Giraba con facilidad de un lado a otro y al moverse se transformaba, como si fuese una ilusión óptica. La niña era ella. La mirada tensa, preocupada, era la suya, igual que el pelo corto y oscuro. Nevada intentaba contemplar bien la imagen, pero no permanecía quieta.

Continuó respirando despacio. Ella era la niña pequeña. Bajó la vista hacia sus piernas rollizas enfundadas en unos calcetines blancos calados. La cinta de goma se le clavaba en la pantorrilla, dividiendo la firme carne infantil. Llevaba unos zapatos de charol rojo brillantes con una tira de cuero y una hebilla dorada encima del pie. Vio las perneras del pantalón sobre las que estaba sentada, unos vaqueros desgastados y rotos por encima de la rodilla. Se vio metiendo en el agujero un dedo pequeño y regordete, cosquilleó la piel de debajo y oyó su risa satisfecha. Entonces algo duro presionó contra su espalda y se asustó. Ahora Nevada los miraba a ambos desde arriba. El pelo de Beni seguía siendo oscuro y rizado, como el suyo. Ella recordó que con apenas dos años tuvo piojos y le cortaron el pelo rubio y liso muy cortito. Y que volvió a crecer castaño oscuro y rizado. Como el de su padre. Este llevaba una camisa vaquera y pantalones vaqueros desteñidos e iba descalzo. Olía a alcohol, a loción de afeitar, a sudor y a humo. Sus manos avanzaron, rodeando desde atrás a la pequeña y la atrajeron hacia él, una y otra vez, contra su regazo. Él echó la cabeza hacia atrás. Las lágrimas corrían por sus mejillas. «¿Qué haces conmigo?», gemía. «¿Qué haces conmigo?»

La niña pequeña ya no se reía. Estaba sentada muy callada. Entonces las manos masculinas rodearon el cuerpo infantil y se introdujeron entre las gordas piernecitas. Nevada podía ver desde arriba los pulgares huesudos deslizándose bajo el vestidito a cuadros. Un dolor agudo la atravesó. Dio un grito y apartó el cojín de un empujón. Ya no podía soportar más su peso. Rodó poniéndose de lado, apretó las piernas y sintió arcadas y más arcadas, hasta que vomitó en el suelo.

En todo el día solo había comido un par de frutos secos y nueces. Un jugo espeso y ácido inundó su boca, salió con esfuerzo de sus labios y se derramó

por la esterilla y el brillante suelo de madera. Nevada rodó sobre el otro costado e intentó alejarse a rastras de allí. De lo repulsivo. Del dolor.

Se arrastró a cuatro patas hacia las esterillas del rincón. La pila no era alta, constaba de veinte esterillas una encima de otra. Se subió encima, se tapó con una manta, se hizo un ovillo, se envolvió por completo en la manta, solo asomaba su nariz. Nevada lloraba sin parar. Una y otra vez veía los pulgares de su padre ante ella. Se encorvaba de asco. De dolor. No, no, no. Eso no podía ser cierto. Las imágenes no se podían ahuyentar. Al cabo de un rato las arcadas y el llanto cedieron. Del inmenso dolor nacía algo diferente. Al principio Nevada no lo reconoció. Era azul. No armonizaba con ese enorme agujero negro.

«Por fin», pensó Nevada, y: «Gracias a Dios». Lo azul se engrandeció. Percibió una sensación de alivio. Por fin y gracias a Dios. Ahora sabía quién era. Se envolvió en la manta con más fuerza. Una de sus discípulas, una comadrona, le había explicado una vez que a los niños pequeños había que envolverlos bien apretados en un paño para que dejaran de gritar. Para que se sintieran seguros.

Ella nunca se había sentido segura, nunca había estado integrada de verdad, siempre había tenido que esforzarse mucho, y sin embargo jamás pudo relajarse, nunca fue lo bastante buena... de pronto todo eso le pareció concluyente. Había un motivo para ello. Nevada respiraba cada vez más tranquila. Todo estaba claro. Todo iba bien.

«*Avidya*», pensó. Percepción errónea. Confusión. Era la causa de que el individuo no pudiera separar de su propia persona aquello que percibía, y que a su vez era la causa de todo dolor. Pero ¿qué pasaría si la percepción errónea no solo era una fuerza perturbadora, sino también protectora?, se preguntó. Nevada había sabido siempre lo que podía soportar. Había visto siempre lo necesario para no quedarse ciega. *Avidya* la había envuelto como una manta de niebla, igual que aquella manta de lana de allí, impidiendo que se enfrentase a una realidad que no podía soportar. Mientras permaneció bajo la manta de niebla de la percepción errónea, como un gusano dentro de su capullo, se preparó para lo inevitable, entrenó. Las posturas de yoga son tan incómodas como la vida. A menudo, su acción beneficiosa solo es estimulada por el abandono de la postura, cuando vuelve a fluir la sangre. Nevada había

aprendido a seguir respirando tranquila en un cuerpo absurdamente atornillado. Se había entrenado para permanecer sentada cuando sus pensamientos se mordían la cola y se degradaban tambaleándose en círculos interminables. Había aprendido a soportarse a sí misma. Lo había practicado el tiempo suficiente.

Pensó en Wolf. Ella había sufrido un delirio. ¿Por qué? ¿Para salvar a Poppy que era su alumna? Esa no había sido la causa. Wolf había desgarrado la niebla. Wolf era igual que ella. Mercancía deteriorada. Él la había reconocido, y ella a él.

Ella era mercancía deteriorada, pero no una construcción defectuosa. Había sido herida, había quedado una cicatriz, pero eso era todo. No se había quebrado. No estaba rota. Aunque estuviera enferma y no pudiera curarse: ella no era la enfermedad. Ya no era la niña pequeña en las rodillas de su padre. Ya no era una víctima.

El yoga no liberaría a Nevada de la enfermedad y del dolor. El yoga la ayudaba a convivir con la enfermedad y con el dolor sin identificarse con ellos. A conocer sus cicatrices, a convivir con ellas, sin dejar que la dominaran.

Yacía en la manta envuelta como una oruga. Las lágrimas corrían por su rostro y de vez en cuando le daban arcadas. Sin embargo, sabía con absoluta certeza que todo iba bien. Que apartaría la manta y se levantaría en cuanto pudiera.

O cuando la despertase Nadine, que de pronto apareció sobre ella.

–Esto es asqueroso. ¡Yo no lo limpio!

«Asqueroso, asqueroso, asqueroso», pensó Nevada. Y todo retornó en el acto.

Nadine llamó a Lakshmi, que se presentó en el estudio a los pocos minutos. Se situó junto a Nadine y miró desde arriba a Nevada, que parpadeaba por la estrecha abertura de la manta de lana.

–Se acabó –dijo Lakshmi.

Nevada se mostró completamente de acuerdo.

Marie

Marie sabía lo que tenía que hacer. Llamó al trasnochado médico residente Maurer y le pidió que le trajese las radiografías de Mira Bolliger Mehmeti.

–¿Ahora? –Él miró el reloj.

Seguramente llevaba setenta y dos horas sin dormir. Marie recordaba bien ese cansancio. A veces pensaba que esa parte de la formación equivalía a un ritual medieval, a un examen que no tenía nada que ver con el saber médico, sino con aptitudes mágicas: solo quien sea capaz de tener en jaque al dragón negro del sueño, podrá lograr acaso combatir a su transparente hermana, la muerte. Marie estaba convencida de que la falta de sueño que sufren las madres jóvenes y los médicos principiantes era imposible de recuperar. Esas noches le faltarían hasta el fin de su vida, las llevaba todavía metidas en los huesos, dando tirones a su ánimo. No era una casualidad que Marie tuviera un apego tan tierno a su cama. Y que le sentase tan mal que se la quitasen. Una y otra vez pensaba en la pelea con Stefanie. La repasó frase a frase y cada vez reaccionó con mayor tranquilidad y comprensión. Stefanie aún ignoraba que pasaría el verano con Marie. Eva no quería decírselo hasta el último momento. Y también quería dejar que Gion creyera que su gran proyecto televisivo se llevaría a cabo. «Es necesaria una pizca de venganza», sentenció.

Marie también actuaba de acuerdo con una estrategia. Había presentado su renuncia al puesto y, mientras las habladoras del hospital la enviaban a la India, solicitó tres plazas de médico de familia. Ninguna estaba cerca del pueblo donde vivían sus padres. A pesar de todo, les alegró su decisión. «Me alegro de que te marches», había dicho su padre. «Gion es atractivo, pero no es hombre para ti. Nunca ha sido lo bastante bueno para ti, Marili, y me dolía que no te dieras cuenta. Más vale tarde que nunca.» Ella colgó un poco turbada. Su padre rara vez se ponía sentimental.

Maurer regresó con las radiografías, un sobre que no le cabía debajo del brazo y que sostenía con torpeza entre las manos. Marie sacó las radiografías y las sujetó a la pared luminosa.

–Dígame qué ve.

Él se quitó las gafas y se frotó los ojos. «¿Por qué yo?», se preguntaba. «¿Qué he hecho?» Ella coincidía con él. ¿Qué había hecho? Era alto y tenía cráneo de toro y barba negra recortada. «Lo peor no ha llegado aún, Maurer», se dijo.

–¿Y bien?

Él se acercó más.

–Una fractura sencilla de la clavícula izquierda, se ve con frecuencia en niños, fractura del cúbito derecho por rotación... ¿Se trata siempre de la misma paciente?

–¿Qué le llama la atención?

–Hmmm...

Él vacilaba. Ahora sobre todo no meter la pata. Sus pensamientos tenían que ser blandos al tacto, difícilmente tangibles. El cansancio era un impedimento. De pronto Marie recordó a Nevada. La fatiga era el peor síntoma de la esclerosis múltiple. Desembocaba en depresiones, ideas suicidas... Volvió a concentrarse en Maurer.

–Las vemos con frecuencia en urgencias –agregó este–. En realidad son típicas lesiones de malos tratos.

Urgencias trataba durante la noche y los fines de semana sobre todo a hombres jóvenes que o habían convertido en chatarra sus coches tuneados o se habían apaleado mutuamente hasta tener que acudir al hospital, o se habían causado peligrosas heridas con navajas.

–Muy bien, Maurer. De eso justamente se trata. La paciente es una mujer casada, hay sospechas de violencia doméstica. Las lesiones son las mismas que las de las víctimas masculinas de palizas que vemos continuamente aquí. Ahora me pregunto... y esto podría convertirse en un artículo, Maurer, podría ayudarme en las investigaciones y yo mencionaría su nombre. Ahora me pregunto: dos grupos de pacientes completamente distintos, mujeres maltratadas y hombres jóvenes. Las mismas lesiones. Los mismos patrones repetidos. ¿Qué relación existe entre ellos?

–Los hombres jóvenes tienen madres –contestó Maurer en el acto.

Marie lo miró asombrada. Ella había necesitado mucho más tiempo para llegar a esa conclusión y la había formulado con menor claridad. Un patrón de violencia en la familia, transmitido de generación en generación, había pensado ella. Hombres que se enfrentan unos a otros, aunque en realidad solo pretenden luchar contra el padre al que no se atreven a enfrentarse...

–He estudiado Psicología –adujo Maurer a modo de disculpa–. Pero no fue suficiente para mí.

Eso explicaba por qué parecía mayor que los otros médicos residentes. Lo era. Tanto mejor.

–Pues es una feliz coincidencia. ¡Maurer, es usted de la partida!

–Con mucho gusto. ¿Qué necesita? –Su cara pálida había enrojecido un poco, los ojos cansados miraban interesados.

–Se viene conmigo. Vamos a hacer una visita domiciliaria.

–¿Una visita domiciliaria? Pero eso...

–¡Lo sé, lo sé! Es un procedimiento que ya no se practica, pero a veces es el único que te conduce al objetivo.

–Todavía estoy de servicio hasta las doce.

–Yo asumo la responsabilidad. Considérelo así, Maurer: ¿cuándo ha estado por última vez al aire libre? ¿Expuesto a la luz del día?

–Voy por mi abrigo.

La casa en la que vivía la familia Bolliger estaba a las afueras de la ciudad. Era una más de una fila de casas, todas iguales. Solo las contraventanas y las puertas estaban pintadas de diferentes colores. Verde, rojo, azul. Una hilera de rostros pálidos con ojos de diferentes colores.

–Fliederweg, 12 b –dijo Maurer–. ¡El sendero de las lilas, qué nombre tan pomposo!

Lo dijo con tono burlón. Las casas tenían pequeños jardines con estructuras desvencijadas para que trepasen los niños o bancos pintados de verde. Todas tenían el mismo mirador en la planta baja y encima un pequeño balcón triangular. Parecían villas en miniatura, casitas de juguete.

–Maurer –dijo Marie–. En estas casas viven personas. ¡No se burle!

–Yo crecí en una casa como estas. Dirección: calle de los Cedros, 14.

Maurer le gustaba cada vez más. Marie aparcó su coche justo delante del número 12 b y bajó. Colocó la placa laminada con la cruz encima del salpicadero. *Médico de servicio*. Si fuera médica de familia llevaría una pegatina en el parabrisas.

Marie llamó al timbre. Detrás de la puerta pintada de rojo reinaba el silencio. Marie volvió a llamar. La mirilla se oscureció. Después se abrió una rendija de la puerta.

–¿La señora Bolliger? ¿Mira?

Soltaron la cadena y abrieron la puerta un poco más. Marie atisbó dentro.

Estaba oscuro. Reconoció el pelo severamente peinado hacia atrás de Mira, su cara alargada.

–¿Se acuerda de mí? Soy la doctora Leibundgut del hospital cantonal. La atendí hace poco en urgencias.

En los ojos muertos se encendió una luz.

–¿Podemos pasar?

Los ojos volvieron a apagarse. Tan deprisa que Marie pensó que se había imaginado la llamita.

–Mi marido está durmiendo –dijo Mira–. Trabaja a turnos.

–Conozco eso –respondió Maurer–. Es brutal.

–No podemos hacer ruido –dijo un susurro desde las rodillas de Mira.

Una niña pequeña de ojos muertos. Marie se agachó. Podía sentir la inquietud de Maurer, su movimiento de pies, le dedicó una mirada de advertencia antes de dirigirse a la niña.

–Hola. Seguro que tú eres Serena. Yo soy Marie.

La niña asintió con gesto serio.

–¿Cómo sabe usted el nombre de mi hija?

–Señora Bolliger, he revisado todo su expediente.

–¿Ah, sí?

Marie asintió. Ya iba siendo hora, parecieron decir los ojos de Mira, pero después se perdieron por encima de su hombro, hacia la calle. Marie se giró y vio a una señora mayor que subía muy despacio por la calle tirando de un carrito de la compra vacío sin dejar de mirarlos, muerta de curiosidad. «Se torcerá el cuello», pensó Marie, «o tropezará en la acera».

–La señora Zenthäuser –informó Mira, levantando la mano para saludar.

La anciana hizo una inclinación de cabeza y siguió caminando lentamente. No les quitó ojo hasta que el coche desconocido con la placa de médico apoyada en el parabrisas la distrajo.

–Bueno, pasen ustedes –dijo Mira–. Pero no hagan ruido. Y quítense los zapatos, acabo de fregar.

Maurer miró a Marie como si le pidiera permiso.

–Gracias –dijo Marie.

Se despojaron de los zapatos y se adentraron en un pasillo oscuro. Una escalera conducía al piso superior, a los dormitorios, supuso Marie. El pasillo

terminaba en un pequeño salón comedor. También estaba oscuro, con las contraventanas cerradas, como si el sol pudiera abrirse paso desde allí hasta el dormitorio y despertar al señor Bolliger. Al pasar, Marie se percató de que la habitación estaba recién amueblada e inmaculada. Marie se preguntó cómo una casa en la que vivían dos niños pequeños podía tener ese aspecto.

–Por aquí –indicó Marie, conduciéndolos a la cocina.

Allí había luz. Olía a café y a especias fuertes. Sobre el fogón borboteaba una cazuela. Marie conocía el olor: confitura de ruibarbo. Sobre la mesa de la cocina había un libro ilustrado de plástico guateado, un bloc de dibujo y lapiceros. En una silla alta se sentaba un niño regordete con una amplia sonrisa, pero totalmente silencioso. Delante de él, sobre una bandeja, había cereales de desayuno en forma de anillo que él intentaba coger con sus manitas torpes.

–¿Un café?

–Con mucho gusto –contestó Maurer mirando con nostalgia la máquina de cápsulas de café nuevecita que estaba en un rincón–. Con doble de café, a ser posible.

Mira hizo un gesto de desdén.

–Tengo algo mejor para usted –dijo, tomando del fogón una pequeña jarrita dorada de metal–. ¡No me mire tan sorprendido, que ya sé que me toma por una turca!

–Me infravalora usted –dijo Maurer–. ¿De dónde cree que procedo yo?

–¿Usted? ¿Maurer?

–¡Usted se apellida Bolliger!

–Sí, pero es que yo me casé con un suizo.

–Mi madre también. –Maurer sonrió.

Mira sirvió el espumeante líquido dulce en tazas muy pequeñas.

–Esto –dijo Maurer a Marie– es una bebida mágica. Nos mantendrá completamente despejados, lúcidos y alegres durante tres horas.

Marie miraba alternativamente a Maurer y a Mira. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Flirteaban? ¿En esa situación? Marie se avergonzó por no saber nada de Maurer. Solo le había escogido porque parecía fuerte. Eso era todo. Ahora no estaba segura de que su elección hubiese sido acertada. Notaba la oscura

mirada de Serena. La niña observaba lo mismo que ella. Marie la sonrió con una confianza que distaba mucho de sentir.

–Gracias. –Maurer suspiró. Sostuvo la tacita debajo de su nariz y cerró los ojos.

Mira apartó la vista para fijarla en Marie.

–Bueno, ¿qué quieren de mí? –Las cortesías se habían terminado.

–Señora Bolliger...

–No me llame así. Me llamo Mira.

–Marie.

–Zlotan –dijo Maurer, pero las mujeres ya no miraban.

Mira alzó a su hija hasta su regazo. Ambas miraron inquisitivas a Marie, que se sintió como si tuviera que superar un test.

–Como te decía, Mira, he repasado tu expediente y me he remontado a la primera visita que nos hiciste. Me han llamado la atención las fracturas que has sufrido una y otra vez...

Marie asintió.

–Es que soy muy torpe –arguyó.

–Yo también –replicó Serena–. Me caí de la cama.

Mira la estrechó más fuerte contra sí.

–Tú no –replicó severa–. Tú no eres torpe.

–¡Mamá! –La niña rio–. ¡Que me haces daño! –Y al momento volvió a enmudecer.

–Y tú tampoco, Mira.

Marie respiró hondo. No contaba con que los niños estarían presentes durante la entrevista. Se lo había imaginado distinto, un error, según reconoció en ese momento.

–Este tipo de fracturas, sobre todo con esa frecuencia, en realidad solo las vemos en jóvenes que se pelean o en mujeres víctimas de la violencia doméstica. –Mira quiso interrumpirla, pero Marie continuó hablando–: Desde el nacimiento de tu hijo, aquí presente, dejaste de tener esas lesiones, pero en cambio presentas molestias difusas en el bajo vientre que permiten concluir la presencia de abuso sexual. Siento decirlo tan claramente delante de los niños, pero permíteme llegar al punto principal. Necesitas ayuda y puedes recibirla.

Recoge tus cosas y os llevaremos al centro de acogida para mujeres maltratadas más cercano.

–Es un buen padre –musitó Mira–. Nunca haría nada a sus hijos.

–Mira. Has venido a vernos una y otra vez porque querías algo de nosotros. Ayuda. Nuestra. ¡Déjanos echarte una mano!

–No lo entendéis. –Mira había rodeado con sus brazos a Serena y la estrechaba contra su cuerpo como si fuera un cojín. La niña se retorció–. Él no ha abusado de mí. Es que yo ya no quiero. Por eso duele.

–Mira, si sucede contra tu voluntad, es abuso –argumentó Marie con voz inflexible.

Se sentía insegura, como si estuviera citando un pasaje de un libro de texto. Marie se preguntó si no habría tenido demasiada suerte para ser una buena médica. ¿Había que conocer el sufrimiento para poder aliviarlo? ¿Para reconocerlo siquiera? A lo mejor en lugar de Maurer hubiera debido acudir con la comadrona, que era experimentada y no vacilaba en llamar a las cosas por su nombre.

–No lo entiendes –insistió Mira–. Yo le he querido, ¿sabes? Bernhard era un pequeño maleante cuando lo conocí. Muy encantador. Pero peligroso. Yo misma también era muy salvaje por entonces, tomaba drogas, me pasaba las noches enteras bailando... éramos de la misma banda... Sí, él me pegaba, pero eso entonces era lo normal. Para demostrarme que yo le pertenecía. Entonces llegó el primer hijo y nuestra vida cambió. Yo me sentía sobrepasada. Sola. Bernhard pasaba fuera noches enteras. Una noche, ya no aguanté más. Le puse un supositorio a Serena para que durmiera, y me fui a bailar, sola, bailé con desconocidos... –La niña no alzó la vista al escuchar su nombre, pero se quedó muy quieta en el regazo de Mira. Esta, tras un leve suspiro, reanudó su relato–. Cuando regresé a casa, yacía en el suelo, delante de la cama. Se había despertado, había intentado bajar de la cama y se había hecho daño. En el hospital me preguntaron con todo detalle lo sucedido. Yo no conté que había salido a bailar. Recuerdo que pensé: «Ojalá preguntaran también con el mismo detalle a los mayores...». Desde entonces cambié de actitud. Dejé de beber, de bailar, de lamentarme, para convertirme en una buena madre. Me juré a mí misma que a Serena no le sucedería nada. Intenté abandonarlo. Salir de todo esto, cortar con todo. Pero él sabe lo que hice. Porque fui lo bastante estúpida

como para dirigirme a un club donde todos lo conocen. Dijo que si me iba, se encargaría de que no volviera a ver a mi hija. Esa fue la primera vez, la única, que me tomó con violencia... y después vino Joshua... Y cuando Joshua nació, algo le ocurrió a Bernhard. Lloró durante el parto. En el paritorio juró que sería un buen padre. Su hijo llevaría una vida mejor que la suya. Rompió con sus viejos amigos, buscó trabajo, se sacó el graduado escolar, encontró un trabajo mejor, compramos esta casa... Por la noche hace horas extra como vigilante de seguridad, parece un chiste, pero ahí suelen coger a gente con experiencia, así lo llaman. Se mata a trabajar, no duerme, nos ofrece una buena vida, lo hace todo por nosotros. A cambio no tenemos que hacer ruido, ni manchar. No es un precio demasiado alto.

—¿Entonces por qué acudes una y otra vez al hospital, Mira? Quieres que preguntemos, que descubramos algo, pero ¿qué?

Mira respiró hondo.

—Quiero irme. Pero no sé cómo. Necesito un motivo. Ahora que él se esfuerza tanto, que lo hace todo bien, ya no tengo motivos para marcharme. Pero a pesar de todo, no aguanto más. —Se echó a llorar.

—¡No hagas ruido! —la advirtió Serena, pero era demasiado tarde.

Pasos pesados en el pasillo. El niño pequeño cerró la boca y agachó la cabeza como un anciano. La puerta se abrió de golpe, y Marie se giró. Esperaba ver un monstruo, en la televisión esos hombres eran morenos y salvajes, por eso había traído con ella a Maurer, el único que se le había ocurrido a toda prisa que respondía a esa imagen. Pero en el umbral vio a un hombre bajo y flaco, de pelo ralo y piel grisácea. Grandes bolsas debajo de los ojos. «Está cansado», constató Marie, «simplemente está. Lucha por su derecho a dormir.»

—¿Qué pasa aquí? —Su voz sonó extrañamente aguda y estridente.

—Señor Bolliger, soy la doctora Leibundgut del hospital cantonal, y este es mi colega, el doctor Maurer. Tenemos que hacerle unas preguntas a su mujer.

—¿Por qué? ¿Has vuelto a ir al hospital? ¿Cuándo?

Mira apretó los labios.

—La semana pasada —contestó Marie, hojeando sus documentos—. El miércoles, a las diecinueve treinta.

—¿No hago más que irme a trabajar y tú sales corriendo al hospital? ¿Y los

niños? ¿Dónde estaban los niños?

–En casa de la señora Zenthäuser.

De repente Marie comprendió: el período de tiempo en el que su marido estaba trabajando y ella podía pedir a su vecina que cuidara de los niños, antes de que se acostara, era muy breve debido al trabajo por turnos. A eso se debían las visitas a deshora.

Marie se preguntó por enésima vez cómo habría sido la vida de Mira si hubiera tenido un médico de cabecera en quien confiar. Pero la pregunta era ociosa.

–¿Y tú por qué lloras? ¿Por qué llora mi mujer? ¿Qué demonios pasa aquí?

–Señor Bolliger, lamento tener que decirle que su mujer es portadora de un grave defecto genético que puede provocarle, a ella y a sus hijos, una enfermedad progresiva e incluso mortal. Es imprescindible practicar más análisis clínicos.

–¿Mis hijos? ¿Qué pasa con mis hijos? ¿Con mi hijo?

Bolliger alargó las manos hacia el niño, que primero retrocedió sobresaltado y después quedó desmadejado. Se dejó levantar del asiento sin oponer resistencia. Su padre lo sostuvo ante él con los brazos estirados, enseñándolo a Marie y Maurer con aire acusador, como si fuera una prueba.

–¡Eso son los genes balcánicos! No valen para nada, eso ya lo sabemos. Basta con leer un libro de historia.

Maurer estuvo a punto de decir algo. Pero luego cambió de idea. Bolliger miró a Marie con severidad.

–¿Y usted, con su pelo negro, de dónde es?

–¿Yo?

Habría podido preguntar a Maurer, habría sido más lógico, pero Maurer era alto y fuerte. Así que se lanzó sobre Marie.

–Los suizos de pura raza rara vez tienen el pelo negro, casi nunca. Nosotros tenemos un bonito y limpio pelo castaño, discreto, nada llamativo. No rubio, ni mucho menos negro. Así que si no es usted de los Grisones...

–Soy de Argovia –explicó Marie–. ¿Pero qué tiene que ver eso con este asunto?

–Fíjese en mi mujer. Mira habla como una suiza, se comporta como una suiza, parece una suiza, pero es una capa muy delgada, doctora, se lo aseguro,

una capa muy delgada. Debajo se agazapa toda la mierda de los Balcanes. La barbarie, el desenfreno. No se imagina usted el aspecto que tiene esto a veces. ¡Igual que un bazar turco! ¡Mire esto! –Señaló con el mentón hacia la mesa de la cocina. Rápida como el rayo, Serena acercó el bloc de dibujo y se apoyó sobre él, como si quisiera protegerlo del ataque de su padre.

–Los análisis –insistió Marie–. Tenemos que efectuarlos lo antes posible. En determinadas circunstancias un tratamiento temprano puede impedir lo peor. Sugiero que nos siga usted en su coche. –Se levantó. Ya no hacía preguntas, daba órdenes. Actuaba como médica jefe. Solo tenía una posibilidad. O funcionaba o no funcionaba–. ¡Deme al pequeño! –Alargó los brazos hacia el niño, y el señor Bolliger se lo entregó con los brazos estirados, como si estuviera sucio.

–Mira, recoja sus cosas, es posible que tengan que quedarse con nosotros un par de días. Solo lo más imprescindible. Doctor Maurer, lleve a los niños al coche.

–Llévelos usted –replicó Maurer.

La bebida mágica de Mira lo había despabilado por completo. Se sentía combativo. Es precisamente lo que no quería Marie. Se entendieron con una mirada. «Soy una mujer, soy inofensiva», dijo la mirada de Marie. Maurer comprendió. Y cedió.

–Ve –dijo Mira, levantando a Serena de su regazo. Maurer cogió al niño en un brazo y alargó la otra mano hacia Serena, que se la tendió confiada.

Mira miró a Marie, que esbozó un gesto imperceptible de asentimiento. Luego se levantó; se disponía a salir de la cocina cuando su marido la agarró por el brazo y la detuvo.

–¡Como le pase algo a mi hijo...!

–Lo sé, Bernhard. –Mira asintió.

–No tenemos mucho tiempo –dijo Marie con voz neutra–. Mira, recoja sus cosas, cuanto antes examinemos al pequeño Joshua, mejor.

Mira no intentaba soltarse. Marie podía ver que su mano se enrojecía, posiblemente por el fuerte apretón. Se preguntó si había sido un error enviar fuera a Maurer con los niños. «No», pensó. «Los niños primero.» Dio un paso adelante.

–Señor Bolliger, suelte a su mujer –dijo tranquila. Él no pareció

escucharla—. Señor Bolliger. —Lo intentó de nuevo.

Se acercó más, colocó su mano sobre la de él, como si quisiera tomarle el pulso. Él no la miraba, pero ella podía ver cómo se movían sus mandíbulas. Mira permanecía completamente inmóvil. No parecía respirar siquiera. «Confusión», pensó Marie. Eso era. Intentó imaginar lo que veía el señor Bolliger. ¿Qué sucedía dentro de sus ojos? Lo único que Marie podía ver era que el señor Bolliger tenía sueño.

—Señor Bolliger, venga, siéntese un momento. Seguro que esto ha supuesto una gran conmoción para usted. Pero debe estar en forma para su turno.

Sin querer, Bolliger levantó el brazo para consultar el reloj y Mira abandonó con todo sigilo la cocina. Marie confiaba en que no perdiera el tiempo recogiendo. No. Oyó cómo abría sin ruido la puerta de casa y volvía a cerrarla. Bolliger había agarrado el brazo de Marie. Esta se movió con cuidado hacia la silla en la que poco antes se había sentado Mira.

—Me gustaría tomarle la tensión —le dijo—. Solo por seguridad. Siéntese, por favor. Estire el brazo, así. —Hablaba muy tranquila, como si todo estuviera en orden. Oyó cómo ponían el coche en marcha, el motor rugió un par de veces. Al fin, Bolliger se sentó. Y aflojó la presión de su mano.

Marie miró en derredor como si buscara algo.

—Vuelvo enseguida —dijo—. Voy a por mi maletín.

Bolliger asintió en silencio. ¿Podía ser tan fácil? Marie le sonrió con amabilidad y luego se encaminó al cuarto de estar. Antes de salir al pasillo, se volvió. Bolliger había apoyado la cabeza en el tablero de la mesa.

Marie salió de casa justo cuando Maurer había dado la vuelta con el coche. Se inclinó hacia el lado del copiloto y abrió la puerta. Mira se sentaba detrás, con los niños.

—Arranque, vamos —dijo Marie, subiendo al coche.

Viajaron en silencio unos kilómetros. De regreso a la ciudad.

—¿Al hospital cantonal? —se aseguró Maurer.

—No, Maurer, al hospital no, al albergue para mujeres maltratadas —informó Marie.

Mira no podía parar de reír. Luego empezó Serena, después Joshua, los tres reían con una risa aguda, estridente, imparable, hasta que al final rompieron a llorar los tres. Marie le comunicó la dirección a Maurer. Viajaron en silencio

por la ciudad. Al final Mira y sus hijos se tranquilizaron. Mira colocó su mano sobre el hombro de Marie.

–Gracias –dijo.

–Es increíble –dijo Maurer al cabo de un rato–. ¡Cómo lo ha solucionado usted! Como en una película.

–Como en una película, no, como en una serie de televisión –murmuró Marie.

–*Hospital cantonal*. –Mira no pudo contener la risa–. Reconocí en el acto la escena, veo todos los capítulos, con ese idiota que pretende interpretar a un albanés. ¡Y ahora me lo encuentro vivo y coleando en mi cocina, al doctor albanés Zlotan de apellido suizo!

Ted

Tina estaba dispuesta a luchar. Vino armada. Y no sola. La acompañaba Sandra, la madre de Tara, una amiga de Emma.

–¿Dónde está Emma? –preguntó Ted.

–Ha salido de compras con Ingrid. Todavía necesitamos algunas cosas para el viaje. Ingrid nos acompañará, siempre ha deseado ver el cañón de Topanga, donde viven las estrellas de cine.

Ted asintió. Su madre se había pasado al otro bando. No le sorprendía. Con su último curso había emprendido una excursión –esta vez, programada– a Zúrich. Justo entonces estaban instalando en Bürkliplatz la gigantesca araña de bronce de Louise Bourgeois. Mientras esperaban en el barco que los llevaría a Rapperswil, presenciaron cómo una grúa montaba las patas nudosas de la araña, de la altura de un edificio. Las niñas gritaban, los niños mascullaban palabrotas. Ted no les dijo cómo se llamaba la estatua. A su regreso de la travesía en barco, la araña ya estaba montada y sus patas se extendían por encima de la plaza. Su pequeño cuerpo engañaba. Acechaba sin cabeza a su próxima víctima.

Ted se situó justo debajo de su vientre, bajo la red que cobijaba los huevos. Se imaginó que la red reventaba y las pesadas bolas de bronce llovían sobre él y lo mataban. Algunos de sus alumnos y alumnas se congregaron a su

alrededor, mirando atemorizados hacia arriba. Otros asediaron el quiosco, pagaron su dinero, debatieron sobre la mejor manera de gastarlo. Matemáticas aplicadas. Ted alzó la vista hacia arriba hasta que el sol desapareció justo detrás de la araña, como si esta se lo hubiera tragado. Acechaba, negra, por encima de Ted, luego agachaba despacio sus patas nudosas, inclinaba su vientre sobre Ted y lo devoraba. Ted cerró los ojos.

Maman.

Así se llamaba la araña. La madre de todas las mujeres. Él estaba debajo de ella, dejando que lo envolviera, lo succionara, lo aniquilara. Su madre había sido la primera. La primera a la que él no pudo hacer feliz. Ella era el prototipo, la primera de la larga serie de princesas desgraciadas. ¿Y quién era el culpable de su desgracia, quién la había causado? Ted. Su nacimiento puso fin a una existencia libre. Su madre solía reprocharle que le había arruinado la vida. Ella había luchado por liberarse, había creído en las promesas que se había hecho a sí misma: «Tienes el mundo ante ti. Puedes hacer lo que se te antoje. Todo es posible».

–Sí, hasta que tienes hijos. ¡Después ya puedes olvidarte de todo! –Ingrid había vivido en Inglaterra, había ocupado viviendas, tocado en bandas punk, reinventándose cada día. Había intentado abortar, se lo contó a Ted cuando era pequeño, él no lo entendió. Algo había ido mal, el médico falló y nació Ted. El padre insistió en regresar a Suiza y llevar una vida normal. Pero Ingrid no lo soportó demasiado tiempo. Huyó a la comuna de mujeres. Ted no sabía por qué se lo llevó con ella, seguramente porque su padre tampoco le quiso. Ingrid no había aprendido ninguna profesión. Intentó mantenerse a flote dando clases de guitarra, antes de convencer a sus padres de que le adelantasen su herencia. Así podría seguir dedicándose a la música, pensaba. Pero eso se quedó en agua de borrajas. La comuna exigió su tributo, no solo tenía que ocuparse de un niño, sino de muchos. Ya nada en la vida de Ingrid respondía a sus ideales. Ni una sola de sus ideas se cumplió. No podía hacer en modo alguno lo que quería. Y nada era posible. Un desgarrón invisible al ojo en una delgada piel de goma la había obligado a arrodillarse y la había quebrado.

Cuando abandonó la comuna, Ingrid se sometió a las convenciones rechinando los dientes y se casó con Balthasar. Pero no por eso perdonó a Ted. Por más que se esforzaba, no podía reparar su culpa. Pataleaba como una

mosca en la red, pero en vano, ella lo succionaría y escupiría con indiferencia su caparazón vacío.

¡Psicología para aficionados! Se desperezó. Las dos mujeres seguían en el umbral de la puerta, examinándolo desafiantes: Tina con los brazos cruzados delante del pecho, Sandra aferrada a su cartera.

–Pasad, por favor –invitó él.

Las dos mujeres se miraron. No lo esperaban.

–Muy bien, gracias.

Sandra pasó a su lado y entró en el piso lanzando una mirada de curiosidad a su alrededor. Le había ofrecido varias veces traer a Emma a casa y esperarle con ella allí. Ted siempre había rechazado el ofrecimiento. No quería ocasionarle más molestias. Prefería dar un pequeño rodeo al terminar sus clases y recoger a Emma en su casa. Ahora se preguntaba si no había sido un error. ¿Habría debido ceder? ¿Habría debido relacionarse con ella? En cierto modo seguro que la había decepcionado. Si no, no se habría puesto tan radicalmente de parte de Tina. Martina. Sandra. ¿Qué querían esas mujeres de él? Devorarlo, como la araña. Querían que les perteneciera. *Maman* tenía dos tipos de hijas, pero al final todas deseaban lo mismo.

Las mujeres cruzaron el salón, escudriñando a su alrededor, tocaron los cuadros de la pared y los libros de la estantería. A Ted le recordaron a las agentes de policía de las series de televisión. Estaban haciendo inventario, pensó. Las condujo a la cocina.

–¿Os apetece un café? –Sacó de un cajón dos paquetes de galletas y las puso encima de la mesa–. Sentaos, por favor.

–¿Tienes leche caliente? –preguntó Tina, y él recordó lo tiquismiquis que era con su café con leche.

Todavía recordaba perfectamente la proporción exacta de leche y café, el color que debía tener la mezcla, él se la había preparado a mano hasta hartarse, podría hacerlo dormido. Pero ahora tenía una máquina que se lo evitaba.

Tina fue la primera en sentarse; Sandra vaciló antes de acomodarse a su lado. Así que se colocarían delante de él, formando un frente cerrado.

Ted puso en marcha la cafetera eléctrica, que emitió un borboteo tranquilizador, y preparó dos cafés con leche perfectos servidos en vaso. Se

tomó su tiempo. Las mujeres no hablaban. Estaban sentadas juntas, tensas. Ted se preparó un expreso doble. Se sentó a la mesa, abrió uno de los paquetes de galletas y se metió en la boca un barquillo de chocolate. Sandra puso su bolso encima de la mesa, lo abrió y sacó una carpeta. Tras abrirla, extrajo de ella una lista.

–He apuntado aquí todas las veces que he tenido que ir a buscar a Emma al colegio desde que vive contigo –anunció–. Comprobarás que ha sido todas las semanas, una o dos veces como mínimo. Es evidente que no estás a la altura del desafío de criar a una niña además de desempeñar tu trabajo.

Ted cogió la lista y la examinó. ¿No se había ofrecido a recoger a Emma? ¿No había sido una propuesta suya? A Sandra le ardían los ojos. Quería decirle algo. ¿Qué? Antes de que él pudiera hablar, intervino Tina.

–Quisiera dejar claro algo –dijo–. Este encuentro es pura deferencia por mi parte. Me he informado, tengo todo el derecho a vivir con mi hija donde me apetezca. Nunca hemos estado casados. El acuerdo que firmamos carece de validez legal.

Ted cogió otro barquillo. Tina esperó. Al comprobar que no contestaba, prosiguió en tono más vehemente:

–Ya sabes que no tienes la menor posibilidad en un proceso contra mí. He oído que también tienes problemas en el colegio. ¿Te han despedido? ¿Es verdad que un alumno a tu cargo se ha lesionado? ¿Y a ti voy a confiarte mi hija? ¡Ningún juzgado del mundo me obligaría a eso!

Ted seguía mudo. Las respuestas se agolpaban en su cabeza. Movié los labios, nada. Confundido, se metió otro barquillo en la boca. Mentalmente aún estaba ocupado con Sandra cuando Tina comenzó su perorata. «Tú te ofreciste», quería decirle a Sandra. «Incluso insististe en que querías ir a buscar a Emma a toda costa, a ser posible todos los días, yo no te lo pedí. Y cada vez que iba a buscar a Emma, aún insistías en ofrecerme un café o una copa de vino, yo siempre dije que no, que quería irme a casa con Emma. ¿Fue ese mi error? ¿Te habrías solidarizado con Tina si me hubiera quedado en tu casa? ¿Por qué me miras así, qué quieres decirme: que si al final hubiera cedido habría tenido una oportunidad?»

Pero entonces Tina ya había empezado a hablar, y antes de que Ted pudiera decir que el acuerdo sí que era vinculante entre ellos, aunque no soportase un

proceso judicial por el derecho de custodia, pero sí, se había firmado ante notario, no era una banalidad. «¿Cómo se te ocurre siquiera decir que quiero ir a juicio», pretendía aducir Ted, «si la que empezó con eso fuiste tú, no yo, y ya que hablamos del tema, a qué te refieres con lo de “confiar”, acaso no me dejaste a Emma aduciendo que se trataba de un caso de fuerza mayor? ¿No dijiste que era la oportunidad de tu vida y que yo no podía destrozártela? Tú no quisiste llevártela, no pudiste, y además, ella no es tu hija, es mía, nuestra... ¿Pretendes acaso decir que no existe el nosotros?».

–He hablado con Anna –medió Sandra–. La llamé en cuanto me enteré del accidente. ¿Creíste en serio que saldrías bien parado de algo así? Yo estoy delante del colegio, para recoger a las niñas, y viene un tipo gordo y dice que ha venido a buscar a Emma. ¡Como si pudieras dejar marcharse sin más a una niña con un tipo que acaba de aparecer! ¡Hombres! No tenéis ni idea, pero os creéis capaces de hacerlo mejor que nosotras, de arrebatarnos encima la educación de los hijos. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

–El bueno de Tobias –dijo Tina con rencor–. Tu único amigo. Seguramente todavía no es padre. Pero eso no significa ni de lejos que pueda apoderarse de mi hija.

–Yo me interpongo, como es natural, le dije: «Eso no puede ser, yo recogeré a Emma como todos los jueves», pero su maestra ya estaba informada, dijo que tú la habías llamado por teléfono. Una emergencia, dijo. ¡Pero no tuviste tiempo para llamarme a mí! Habría podido irme a nadar con Tara por la tarde si hubiera sabido que Emma no vendría con nosotras.

–Sea como fuere –la interrumpió Tina–, nos hemos puesto en contacto con Anna y hemos coordinado nuestra información. Si vamos a juicio, ella estará de nuestra parte. No tienes la menor posibilidad. Será mejor que ni siquiera lo intentes, si quieres recuperar tu puesto de trabajo. Ya sabes que Anna puede retirar su reclamación de la Inspección en cualquier momento, y todo el asunto quedaría zanjado.

Ted vio cómo la parte trasera de la enorme araña reventaba y soltaba un ejército de mujeres insatisfechas que marchaban contra él, con sus ocho puños levantados, un montón de mujeres a las que él no había hecho felices, comandadas por Ingrid.

De pronto se echó a reír. ¿Iba a ser responsable de la desdicha de todas las

mujeres? ¿Él, Ted?

—¡No te sobrevalores, tío!

—¿Cómo dices? ¿Qué me has llamado?

Tina estaba furiosa. Había levantado el mentón, adelantando la mandíbula, expresión que antes lo incitaba a besarla. Ya no.

—Perdón —dijo—, hablaba conmigo mismo.

—Si crees que esto es un chiste...

—No, Tina, no lo creo.

Ted se rindió. Lo había intentado todo y no había conseguido nada. Ya no podía hacer más. Su madre no era feliz, Tina tampoco, Lilly menos aún y no digamos Sandra, Martina y Anna. Ni siquiera Emma era feliz. Solo importaba Emma. Única y exclusivamente Emma.

Nevada había dicho que la última *klesha*, el miedo injustificado, se disolvía por sí solo. Que no había nada que hacer al respecto. Que no se podía trabajar con el miedo. La madre de todos los miedos era el miedo a la muerte y cualquier forma de miedo derivaba de este. Y que todo miedo era, como ese, invencible. Ted recordó la estatua llamada *Maman*. No era la madre de todas las mujeres. Era la madre de todos los miedos.

«No se puede oponer nada al miedo a la muerte», había advertido Nevada. «Solo cabe colgarse de su brazo. Hay que aceptarlo, es preciso aceptar la muerte. La muerte es inevitable. Ni el miedo más grande y poderoso te protege de ella.» Y a continuación les había contado que padecía una enfermedad nerviosa incurable y que tenía que abandonar el estudio. Todavía ignoraba si seguiría dando clase, cómo y dónde. Pero confiaba en que sus alumnos dieran con ella si la necesitaban.

Precisamente ahora que Ted presentía por primera vez que había aprendido algo, algo que pudiera necesitar. Su máximo miedo, que Tina pudiera quitarle a Emma, se había hecho realidad. Pero allí estaba sentado, respirando. Se quedó sencillamente sentado a la mesa y continuó respirando. A él ya no podía pasarle nada. Se comió todas las galletas, una tras otra. Chirriaban entre sus dientes, el sonido inundaba su cabeza superponiéndose a las voces de las mujeres, a sus pullas, que se alzaban por encima de la mesa. Cuando los dos paquetes quedaron vacíos, se levantó, llenó un vaso de agua fría en la pila y se lo bebió. Después se volvió hacia las mujeres. Ahora ya podía hablar.

–Tina –dijo–, Tina, está bien. No pienso en absoluto ir a juicio. Emma se alegra del viaje. Es una ocasión magnífica para ella. ¿Crees de veras que querría privarla? Además, te ha echado de menos.

Cuando Emma e Ingrid regresaron de su excursión, Tina y Ted estaban sentados en el sofá mirando fotos en el iPad de Tina. Sandra se había ido. Con su carpeta.

–Esto traerá consecuencias –amenazó.

Tina se rio.

–Sigues sin entender nada de mujeres –dijo.

Se habían bebido una botella de vino y contemplado las fotos de Los Ángeles, de la casa de Tina, del colegio de Emma. Después llamaron al timbre de la puerta.

–¡Hola! –dijo Ingrid.

Ted abrió la puerta.

–¿Vienes sola? –preguntó, fingiendo no ver a Emma detrás de la montaña de bolsas–. ¿Es que has cambiado a mi hija por vestidos?

–¡Papá! ¡Que estoy aquí! –gritó Emma.

–Será mejor que nos ayudes –aconsejó Ingrid.

–¡Conque estás aquí! ¡No te había visto! –Levantó a Emma y dejó que su madre metiera las bolsas.

–Hola, tesoro. –Tina estaba sentada descalza en el sofá, con una copa vacía de vino en la mano.

Los ojos de Emma volaron inquietos de mamá a papá, intentando evaluar la situación. Ted vio su cara pequeña, blanca, triangular, y supo que había hecho lo correcto.

–¿Es que habéis saqueado unos grandes almacenes? –preguntó–. ¡Déjame ver tu botín!

Emma extendió sus tesoros en el suelo. Vestidos, zapatos, libros infantiles en inglés y audiolibros.

–Todo lo demás lo compraremos en Estados Unidos –precisó–. La abuela dice que allí es más barato.

–¿Y ahora? –Ingrid miró primero a Tina y luego a Ted–. ¿Qué pasa? ¿Habéis llegado a un acuerdo?

–Sí –respondió Ted–. Con una condición.

–¡Ya estamos! –Tina se levantó–. Era demasiado bonito para ser cierto.

Emma se acuclillaba muy callada en el suelo, sus manos se detuvieron encima de la mochila, en la que iba a guardar sus libros nuevos.

–Hasta vuestra partida, Emma se queda conmigo.

–¡Pffff! –Tina sacudió la cabeza–. ¡Claro que sí, tontaina! ¡No me des esos sustos!

Ted ignoraba que pudiera asustar a Tina. Eso lo cambiaba todo, o nada.

–Y... y todas las noches cenaremos pizza –concluyó Emma.

–No estés triste, papá –le animó Emma, ya acostada en su cama–. Cuando esté en Estados Unidos, Lilly podrá dormir siempre aquí.

Ted se quedó sin habla. ¿De verdad entendía tan poco de mujeres, incluso de las más pequeñas? Le pasó la mano a su hija por los cabellos recién lavados. Había comprado acondicionador. Para cabellos rizados. La botella más grande que había podido encontrar. Pesaba casi un kilo.

–Estados Unidos es grande –dijo Emma.

–Lo sé.

–Y está muy lejos.

–Hmm...

–Eso es estúpido –dijo Emma–. Si mamá está en Estados Unidos y tú en Suiza, solo puedo ver a uno, y el otro estará muy lejos. Cuando allí es de día, en Suiza es de noche.

–Así es.

–Es estúpido –insistió Emma–. Completamente estúpido. Pero no puede ser de otro modo. Podría ir al colegio en Estados Unidos y venir de vacaciones a Suiza. O podría ir aquí al colegio y de vacaciones allá... Pero ya no quiero ir aquí al colegio. Tara es mala conmigo. Dice que soy una niña no deseada. Y Makimba tampoco me habla ya. Mamá dice que en Estados Unidos las niñas son más simpáticas. Allí puedo hacer nuevas amigas.

Ted apenas se atrevía a respirar. Otra vez no había entendido nada. ¿Cómo podía ser tan idiota? Se tumbó al lado de su hija. No sabía qué decir. Su hija tenía razón. Él conocía esa sensación de dependencia y no tenía nada que objetar. No podía obligar a Tina a quedarse allí, y ella tampoco podía obligarlo a seguirla. Los dos jurarían que solo deseaban lo mejor para su hija

y que harían cualquier cosa por ella. Pero ambos pensaban: «Dentro de ciertos límites, como es natural».

–He estado pensando –dijo Emma–. Lo he pensado mucho, pero sencillamente no es posible.

–Yo también he pensado –mintió Ted–. En un montón de cosas. –Frunció el ceño con aire dramático y Emma soltó una risita–. Y he encontrado la solución: inventaré un coche volador e iré visitarte en cualquier momento, y si no te gusta Estados Unidos iré a buscarte con él, no tardaré mucho rato.

–Papá. –Emma rio–. ¡Estás hablando de un avión! ¡Eso ya existe! Mamá ha venido en uno.

–¡Ah, ya! ¡Entonces, bueno! –Ted se limpió la frente–. Entonces no tenemos el menor problema, nena. Tú puedes regresar en cualquier momento. ¿De acuerdo?

Emma asintió.

–¿Me cuentas un cuento?

–Un cuento... Vale, uno corto. Érase una vez una araña muy grande que se llamaba *Avidya* –refirió–. Tenía cuatro hijas que se llamaban *Asmita*, *Raga*, *Dvesha* y *Abhinivesha*.

–Qué nombres tan bobos –murmuró Emma.

–Sí, es cierto, son nombres estúpidos, pero presta atención, las niñas arañas tenían poderes ocultos... –Se detuvo.

¿Pero, qué demonios estaba haciendo? Miró a Emma. Se había arrebuñado bien en la almohada. Tenía las mejillas sonrosadas, se había dormido.

«Te has vuelto a librar», pensó Ted.

Sandra pasó delante con el coche justo cuando ellos estaban bajando de sus bicicletas. Ted notó cómo el pequeño cuerpo de Emma se tensaba. Respiraba de manera ahogada. Intentaba hacerse invisible. Ted conocía esa estrategia. Solo funcionaba a corto plazo. Tomó la mano de Emma y la arrastró hasta el Mini de color rojo vivo que estaba con el motor en marcha al borde de la calle. Tara se disponía a bajar cuando los vio. Vaciló. Ted llamó con los nudillos a la ventanilla. Sandra se inclinó hacia el lado del copiloto y abrió la ventana una rendija.

–Buenos días, Sandra y Tara –saludó Ted–. Escuchad, creo que tenemos un

malentendido: Tara, he oído decir que estás preocupada por Emma.

Tara miraba confundida. Sandra apretó los labios.

–Le has dicho que era una niña no deseada. No sé de dónde has sacado eso... –Tara miró a su madre, que clavaba la vista en el volante, forrado en un cuero de imitación con agujeros– ... pero puedo tranquilizaros a ambas: Emma no es una niña no deseada. ¿Y sabéis por qué? Porque no hay niños no deseados. Hasta un niño sin padres es deseado, es deseado por el mundo entero, ¿entendéis?, cualquier niño es importante para el mundo...

Enmudeció. ¡Qué demonios estaba diciendo! ¿No quería achantarlas? ¿No quería vengarse de Tara con un comentario sobre su inexistente padre, no intentaba amenazar a Sandra con presentar una queja en el colegio? En lugar de eso parecía un predicador friki. «Lo próximo sería ponerme con una guitarra al borde de la calle y cantar “Dios es amor”.»

No obstante, esa idea no era tan desagradable. Sacudió la cabeza, rio bajito y dijo:

–La vida es bella y todo va bien.

¡Ya puestos...!

Emma se soltó de su mano. Se adelantó unos pasos en dirección al colegio, luego se volvió y esperó a que Tara bajase. Oyó marcharse al Mini. Tara corrió hacia Emma y la abrazó. Cogidas de la mano se dirigieron hacia la puerta del colegio.

–Chica... –oyó decir a Emma–, qué penoso... megapenoso. –Tras unos pasos, se volvió hacia él. Le guiñó un ojo y le hizo una seña impaciente para que se marchase.

Ted aparcó su bici y continuó a pie. No sabía adónde dirigirse. Tenía todo el día por delante. Podía hacer lo que se le antojara. Leer el periódico dos veces de atrás adelante. Tomarse un café carísimo. Ir al cine en pleno día. Tumbarse a la orilla del río. Fumar.

¿Qué le apetecía? Ya no lo sabía. Nada, pensó. No quiero nada. Siguió caminando sin rumbo hasta que las calles dejaron de resultarle familiares. En cierto momento empezó a llover y se detuvo.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua cálida gotease sobre su rostro. «La vida es bella», pensó, «y todo va bien».

Poppy

–Acompáñeme, Schneider. –La señora Fahrny había abierto la trampilla y miraba a Poppy preocupada–. ¿Está usted lista, Poppy? –Fahrny cerró la pesada puerta de metal y entró en la celda.

Poppy estaba sentada en la cama hecha. Alzó una mirada interrogante hacia Fahrny. Esta asintió.

–Ya tiene mucho mejor aspecto –reconoció.

Poppy se tocó la cara, llena de arañazos sangrientos. Le habían recetado una pomada que debía aplicarse varias veces al día. A Poppy le escocía la cara. Pero no se le había caído la cabeza. Sin embargo, la había perdido. Al fin.

–Acompáñeme, la llevo a terapia.

Poppy se levantó despacio. De pronto recordó las sábanas parecidas a camisas de fuerza que había puesto en las camas de sus dos hijos, ninguno de los cuales había dormido toda la noche de un tirón durante cuatro años. Sumando otros dos años, arrojaba un resultado de seis años sin dormir en la vida de Poppy. La privación de sueño era un método de tortura conocido a escala internacional. Era un milagro que Poppy no hubiera perdido la razón mucho antes. El niño con el pijama puesto era introducido bajo una sábana con tres agujeros, para la cabeza y los brazos. Luego se tensaban las esquinas alrededor del colchón y se remetían, atando de ese modo al niño a la cama. Una vez, durmiendo sobre colchones en la casa de vacaciones de la familia de Peter en la Engadina, Lukas, andando a cuatro patas, había aparecido en su dormitorio en plena noche, con la sábana tensada tras él como una vela, arrastrando el colchón.

Poppy se sentía como si su cuerpo estuviera sujeto al colchón forrado de plástico de su celda. Tenía que esforzarse para levantar su trasero, soltarse, caminar los dos pasos que mediaban hasta la puerta y salir al corredor siguiendo a la señora Fahrny. Normalmente tenía que caminar delante de la funcionaria para que esta pudiera vigilarla. Esta vez caminaron una junto a otra.

Fahrny rozó levemente el brazo de Poppy.

–¡Resista, Schneider! –murmuró–. ¡Piense en sus hijos!

Eso precisamente hacía Poppy. ¿No estarían sus hijos mejor sin ella?

Poppy llevaba una vida muy agitada. Había empezado a trabajar. Durante varias horas al día pegaba tarjetas de felicitación. Recibía la visita de su abogado. Y de Julia. Permanecía en el patio encementado al mismo tiempo que las demás mujeres. Lo único que no aprovechaba era la llamada telefónica semanal. En lugar de eso escribía cartas a sus hijos, y ellos le contestaban. *Aguanta, mamá.*

Te queremos.

El transcurso de su jornada estaba planificado. A las seis se abría la trampilla, desayuno. Fregar, ordenar, hacer la cama, ducharse y vestirse. Si a las siete menos cuarto había terminado todas esas labores, podía abandonar la celda e ir a trabajar. En caso contrario, debía permanecer en la celda. El resto del día.

«¡Un minuto solamente, enseguida termino!» Allí ese argumento no valía. A menudo las funcionarias miraban a Poppy con una mezcla de compasión e impaciencia que ella ya conocía por su padre. Como si se preguntasen si no fingiría a propósito ser tan torpe. Sin embargo, Poppy se esforzaba muchísimo. Y al cabo de tres días había aprendido a domeñar el tiempo, que siempre se le había ido de las manos. Durante casi cincuenta años había luchado con él. Ahora de repente la obedecía, se dejaba domar, dividir, controlar, al menos entre las seis y las siete menos cuarto.

La primera vez que estuvo preparada a la hora en punto resplandecía de orgullo, y la señora Fahrny, que fue a buscarla aquella mañana, sonrió con aprobación. Condujo a Poppy a una sala sin ventanas con tres grandes mesas cuadradas. A una se sentaban otras presas que Poppy conocía del patio. Desde hacía unos días podía salir a pasear al patio con las demás. La primera tarde había comprobado, asombrada, que su voz funcionaba. En las primeras semanas apenas la había utilizado. Poppy no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos la compañía humana. Se había sentido muy satisfecha en la soledad de su celda, había jugado con sus pensamientos como un gato con ovillos de lana de colores, los había desenrollado y perseguido de un lado a otro, enredándolos entre sí. Ahora se lanzó sobre las demás presas con un entusiasmo que las asustó. Habló hasta quedarse ronca. Repartió sus cigarrillos con generosidad, la semana siguiente Julia le traería otro cartón y le preguntaría si no fumaba demasiado. Al cabo de un rato Poppy se dio cuenta

de que era la única que hablaba. Comenzó a hacer preguntas, a escuchar, las demás se acostumbraron a ella. A lo mejor hasta les caía bien.

–Hola, Poppy. –Samantha le señaló una silla libre a su lado.

Estaba embarazada, lo que no le impedía fumarse los cigarrillos de Poppy. Era una mujer menuda, delgada, de pecho plano, que casi desaparecía dentro del chándal azul. Llevaba las mangas y las perneras del pantalón arremangadas, el pelo largo liso, grasiento y severamente peinado dejando libre la cara. Parecía una niña que ocultaba un balón debajo del jersey. Había apuñalado a su novio, el padre de su hijo, que, según afirmaban las otras, era en realidad su chulo. A la mesa se sentaban además Mendi y Selima, que habían sido detenidas por delitos relacionados con las drogas. Contrabando y venta. Ambas habían trabajado para hombres a los que amaban, que les habían hecho un montón de promesas y cuya visita esperaban con nostalgia y casi siempre en vano.

«En realidad», pensó Poppy, «en realidad todas estamos aquí por culpa del amor».

El trabajo no era tan sencillo como parecía. Había que doblar las tarjetas con precisión, desprender con cuidado los adornos troquelados y pegarlos. A Poppy no le resultaba fácil. No podía hablar, escuchar y trabajar al mismo tiempo. Una y otra vez soltaba las tarjetas. Se pagaban por pieza, las otras mujeres se reían de Poppy en voz baja.

–Está claro que no lo necesitas, *suiza* –argumentaban.

Ellas ahorraban el dinero para su puesta en libertad, para su defensa, y esperaban con ansia la visita semanal. Intentaban apañarse con los escasos medios que tenían a su alcance y se sentían profundamente decepcionadas cuando solo venía la madre o la hermana. «Dentro no es diferente a fuera», pensaba Poppy. «Hacemos todo lo posible para ser amadas, pero el premio no llega.»

Poppy miraba a las mujeres que entraban vibrantes de esperanza en la sala de visitas y la recorrían con la vista. Cuando al cabo de media hora regresaban a sus celdas, sus hombros estaban caídos, sus ojos sin brillo y sus labios apretados. Poppy llegó a la conclusión de que no era posible ganarse el amor. ¿Pero qué otra cosa cabía hacer?

El trabajo se interrumpía con una pausa para fumar en el patio, después

regresaban a sus celdas a comer, en soledad. Por la tarde les permitían salir una hora al patio. Poppy tenía entrevistas regulares con uno de los tres psiquiatras de servicio, distinto cada vez. Su abogado había organizado esas entrevistas. Su negativa a hablar, a aliviarse, tenía que deberse a un trastorno psicológico, opinaba él.

–Sí –decía Poppy–. Al amor.

–Usted no se toma en serio esta situación.

Poppy no entendía por qué le pagaba Wolf un abogado. Por qué quería que ella se defendiese. ¿Cómo iba a poder seguir protegiéndolo, si se defendía? ¿Acaso él no quería que lo protegiera? Ella esperaba que el abogado le trajera una carta suya, un regalo, cualquier cosa.

–El señor Bolliger me encarga que le diga que haría cualquier cosa por usted –se limitaba a decir el abogado–. Cualquier cosa, en serio.

Después le hacía firmar montones de poderes e instancias antes de marcharse de nuevo. Poppy se pasaba en vela noches enteras mordisqueando esas pocas palabras. Haría cualquier cosa por ella. Cualquier cosa, en serio. ¿Significaba eso que confesaría? Si Wolf confesaba, la pondrían en libertad. En cambio, él iría a la cárcel. De un modo u otro, no podrían estar juntos. Nunca. Jamás.

Tras una de esas noches insomnes, Poppy no prestó atención mientras limpiaba su celda y se le cayó la botella de detergente. El líquido pegajoso, de olor penetrante, se derramó por el suelo de cemento, ella intentó recogerlo con su toalla. Luego pidió otra y recibió una amonestación.

–Ya conoce las reglas, señora Schneider.

–Severas, pero justas –reconoció Samantha, que había venido trasladada de otra prisión al aproximarse su parto.

Allí había celdas para madre e hijo. Allí las presas administraban ellas mismas sus privilegios, lo que hacía que las abejas reina estuvieran todo el día pegadas al teléfono, mientras que las obreras esperaban una llamada durante semanas.

–Aquí se está mucho mejor –reconocía Samantha–. El primer día te aprendes de memoria el reglamento interior, te atienes a él y no tienes el menor problema.

Poppy habría debido prestarle atención. Cogió el reglamento plastificado y

lo leyó: *Las toallas se entregan una vez por semana, una pieza.*

–Pero esto es absurdo –se quejó–. No puede decirlo en serio, ¿cómo voy a recoger una botella entera de detergente con un solo paño?

–No tenía usted que haberla vaciado –replicó la señora Meier.

Antes de que Poppy fuera consciente de lo que hacía, formó un burujo con la toalla sucia y la arrojó contra la pared.

–Pero, señora Schneider... –dijo con tristeza la señora Meier–. No me deja usted otra opción. Una noche de arresto. Las reglas son para todas. Lo lamento, señora Schneider. Usted siempre se pone la zancadilla a sí misma.

No era la primera vez que Poppy escuchaba esas palabras.

La celda del arresto estaba pintada de color rosa oscuro. El suelo, las paredes y el techo estaban pintados de ese tono, hasta la funda del colchón brillaba en *Cool Down Pink*. Así se llamaba el color que al parecer ejercía un efecto tranquilizador, estaba demostrado científicamente. Aunque también que ese efecto podía transformarse en el contrario. Imposible predecir cuándo. Tras unas horas o días; en algunas personas, nunca. En el caso de Poppy tardó diez minutos. El color provocó un remolino en su cabeza que se transformó de prisa en un huracán.

«Resistir, resistir, ¿para quién? Si los chicos están mucho mejor sin ti. ¿De qué les sirve una madre que ni siquiera puede ordenar una celda de doce metros cuadrados? ¿Por qué sencillamente no has lavado y vuelto a utilizar la bayeta? ¿Por qué tuviste que coger también tu toalla? ¿Quién es tan estúpido? Ninguna de las otras presas es tan estúpida como tú. Y ellas no fueron al instituto. Eres una inepta, no vales para nada, eres insoportable. No es de extrañar que nadie te quiera. A ti no se te puede querer. ¿Creíste que recuperarías a Wolf sacrificándote por él? ¿Esperabas que así te querría más? ¡Mira que eres corta, Poppy! ¿Cómo va a volver a tu lado si estás encerrada en una celda? Además, como dice el abogado, es inútil, nadie te cree, no sabes cómo sucedió, no has preparado una historia creíble, ¡ni siquiera de eso has sido capaz!»

«Eres una obra fallida. Llevaste a tu madre a la tumba y ahuyentaste a tu padre. Destruiste tu matrimonio, descuidaste a tus hijos y machacaste a tu amante. Eres estúpida. Inepta. No vales para nada. Inepta. No vales para nada.»

Poppy empezó a gritar para silenciar el huracán que se había desatado dentro de su cabeza, se tapaba los oídos como si las voces procedieran de fuera, después sus manos se encontraron de pronto en el nacimiento de su cabello, se arrancó los pelos; a continuación con sus diez dedos se arañó la piel de la frente, sus uñas se clavaron en las mejillas, desgarraron, tiraron, hasta que sonó una alarma y la puerta de la celda se abrió de golpe.

La señora Meier y un funcionario al que Poppy no conocía le sujetaron los brazos, se los echaron hacia atrás, apretándolos contra su espalda, y la inmovilizaron. Poppy lloraba. Las lágrimas le escocían en la cara, de repente le dolía todo. Lloraba a gritos, con la boca abierta, como una niña. La saliva corría por su barbilla mezclándose con sus lágrimas.

La sacaron de la celda. Por el corredor. Tumbada en una camilla, le pusieron una inyección. La cara le escocía. Después la devolvieron a su celda. La luz estaba encendida. La trampilla se abría una y otra vez.

–Señora Schneider, ¿va todo bien?

Si no contestaba enseguida, abrían la puerta, y alguien comprobaba si seguía respirando. En una ocasión unos dedos suaves recorrieron su rostro dolorido, aplicaron con suaves toques una pomada refrescante sobre sus arañazos. Poppy, de espaldas, miraba cómo la luz de fuera de la ventana aumentaba y volvía a disminuir.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó el psiquiatra, al que Poppy llamaba el médico del martes, porque no era capaz de recordar su nombre.

Poppy le describió el huracán que se había desatado dentro de su cabeza.

El médico del martes asintió.

–¿La han estudiado ya alguna vez?

–¿Estudiado? ¿Por qué?

El médico señaló los cuadernos escolares que reposaban sobre su escritorio. Él le había pedido a Poppy una semblanza de su vida, de dos a cinco páginas. Pero Poppy había llenado un cuaderno detrás de otro.

–¿Se los ha leído todos?

–Para ser sincero, no pensaba hacerlo. No dispongo de tanto tiempo. Pero su escritura es tan emocionante, señora Schneider, que sencillamente no pude detenerme. ¡Tiene usted auténtico talento literario!

–¿Yo?

¿Talento... ella?

–Se lee como una novela –dijo el doctor del martes. Apoyó la palma de la mano sobre los cuadernos, como si quisiera reservarlos para él–. Pero también como estudio de un caso de TDA.

–TDA –repitió Poppy despacio–. ¿Es lo mismo que TDAH?

–Hoy se le llama TDA + H, por hiperactividad. Pero yo no creo que tenga usted la H.

–¿Pero las otras letras, sí? ¿Las tengo?

–Hay algunos detalles que abonan esa hipótesis. Pero como acabo de decir, es necesario hacerle un estudio serio.

–A Lukas se lo hicieron –contó Poppy–. Es mi hijo. El pequeño.

–¿Y? ¿Cuál fue el resultado?

–No lo sé con exactitud.

Julia la había llamado por teléfono. Lukas tenía problemas en la escuela, su maestra había sugerido que se le hiciera un estudio. Poppy recordaba la sensación de encontrarse en un callejón sin salida. Si había algo mal en el niño, debía ser culpa suya. No podía ser de Peter. Julia había dicho que no permitiría que endosasen a Luki un diagnóstico, y menos que lo atiborrasen de medicamentos, aparte de que ella no creía en esos seudodiagnósticos que solo servían a la industria farmacéutica. No, ella solicitaría en primer lugar que lo trasladasen a otra clase. No había ningún motivo de preocupación. Julia se ocuparía de todo.

Y Poppy lo había dejado todo a cargo de Julia. Sabía mejor que ella qué era lo mejor para su hijo.

–Así que mañana la pondrán en libertad –dijo el médico del martes.

–No, por favor –rogó Poppy.

Pasaron el resto de la hora analizando los miedos de Poppy y eliminándolos.

Cuando regresó a su celda, pasó largo rato mirándose al espejo colgado encima de la pila. El espejo no era de cristal, sino de metal, y ofrecía a Poppy una imagen de su rostro halagadoramente difuminada. No se veían sus arrugas y hasta los arañazos casi se habían desvanecido y tenían un tono mate. Poppy notaba que se abría un agujero negro en el espejo. Y que ella se precipitaba de cabeza en su interior.

Wolf había confesado. Poppy quedaba en libertad. Tal vez se cruzasen sus caminos en el patio de la prisión preventiva. Si no, jamás volverían a verse. Ni a tocarse. Jamás.

Su confesión, si había servido para algo, únicamente había sido para empeorarlo todo aún más. Que Wolf hubiera permitido que su amante estuviera en la cárcel en lugar de él, no hablaba precisamente en su favor.

Poppy tenía que reanudar su vida, que no había cambiado. Una vida que la ahogaba. Una vida que era demasiado para ella. Que no quería.

El médico del martes la había derivado. La examinarían. En cualquier caso, continuaría con la terapia. Le había devuelto los cuadernos.

–No es necesario sufrir tanto –le dijo.

El agujero negro se engrandecía cada vez más. ¿Qué pasaría si hubiera de verdad una explicación para que Poppy fuera así? ¿Qué pasaría si su inutilidad no era culpa suya? ¿Y si no fue ella quien llevó a su madre a la tumba, sino esas tres letras? ¿Y si hubieran encontrado antes esa explicación?

El agujero negro amenazaba con engullirla.

«Lukas», pensó. Y: «¡No es necesario sufrir tanto!».

Se incorporó, pasó la mano por la superficie del espejo, borró el agujero negro.

–Hamburguesa de queso con patatas fritas –anunció la señora Fahrny por la trampilla abierta–. Su última comida aquí, señora Schneider, me alegro mucho por usted. –Puso una generosa ración de patatas fritas en el plato, y luego sacó del bolsillo de su pantalón dos pequeñas bolsitas de aluminio. Mayonesa y kétchup.

–Mañana, después del desayuno, la sacaré la señora Meier –le comunicó Fahrny–. Espero no volver a verla por aquí.

–Gracias –Poppy tomó la bandeja–. Señora Fahrny... –vaciló. No sabía cómo formular la pregunta que se le había atascado en la garganta.

Pero Fahrny ya lo había escuchado todo.

–Claro que lo conseguiré, Schneider –dijo–. ¡Nosotros creemos en usted!

Y más, pensaba Poppy mientras exprimía sobre las patatas amarillas las salsas roja y blanca, más no se podía decir. No necesitaba saber más.

Tercera parte

No estamos solos

svādhyāyati śtadevatāsaṃ prayogaḥ

El esfuerzo serio por conocerse
y entenderse a uno mismo propicia una
sensibilidad y comprensión que conducen a
comprender lo más complejo.

Patanjali Yoga sutra 2.44

Nevada

Nevada telefoneó a su madre. Qué remedio.

–Ven a casa –le aconsejó su madre.

Media hora después llamó Sierra.

–Empieza a recoger, yo iré con la furgoneta y te ayudaré. Ya verás, no será tan duro.

Todo lo que poseía Nevada se podía enrollar, doblar, guardar, transportar.

Sierra subió escaleras y volvió a bajarlas, como si nada. Con dos bolsas llenas de libros en cada mano. Sus brazos fuertes se tensaban debajo de su delgada chaqueta. Nevada permaneció hasta el último momento sentada en el suelo desnudo. A lo mejor Lakshmi cambiaba de opinión. O por lo menos se despedía de ella. Nevada no tenía contrato. El alquiler de su cuarto se deducía de sus ingresos. Lakshmi había pedido a Nadine que imprimiera la cuenta de los dos últimos meses: estaba llena de números rojos.

–Soy una persona generosa por naturaleza –le comunicó Lakshmi–. Nadie lo sabe mejor que tú, Nevada. Pero también he de pensar en el bien común, en el de mis otras profesoras, en nuestros alumnos.

Tras doblar la cuenta, la introdujo en un sobre junto con un talón. Nevada vaciló un momento y se preguntó si debía aceptarlo. De nuevo recordó la escena en el vestíbulo del hotel Taj Mahal. Y después: ¿qué habría pasado, si se hubiera comido el pollo al curry? Se guardó el sobre y se encaminó hacia la puerta.

Nadine se interpuso en su camino.

–Siento haber reaccionado con tanta violencia. ¡No soporto las secreciones corporales! ¿Lo entiendes, verdad? –Abrazó a Nevada y le acarició la espalda con suavidad.

Nevada notó cómo ejércitos de hormigas formaban bajo su piel, dispuestas para el combate. Se desprendió sin una palabra y subió. Después llamó a su madre.

–¿Esto es todo? –preguntó Sierra.

Nevada contempló la habitación vacía. Asintió. Sierra alargó la mano. Nevada la agarró y se levantó aferrada a ella. Su hermana era fuerte. La izó con tanto ímpetu que Nevada chocó contra su pecho. Sierra la sujetó, y se quedaron así un instante, unidas en un torpe abrazo. Nevada no recordaba haber abrazado nunca a su hermana. Esperó a las hormigas, pero estas no se movieron.

Sierra le palmeó el hombro y luego la soltó.

–Antes, al pasar, he mirado en el estudio –dijo–. No parecía haber nadie.

Nevada consultó el reloj.

–Ahora están celebrando una reunión del equipo –explicó–, abajo, en el bar.

–Ah, ya, ¿y no cierran con llave?

–Nadine se olvida a veces –informó Nevada.

–Hmm... –Sierra enarcó las cejas–. Un estudio bonito, lo reconozco. ¡Y tienen unas cosas fantásticas en la tienda!

–¡Sierra!

–¿Qué? –Sierra abrió los brazos–. Si no hago nada. Solo estoy bajando tus cosas al coche.

–¿De qué estás hablando, Sierra? ¿Mis cosas? ¿Las que yo he empaquetado?

–Sí, exacto... y un par de bolsas adicionales. Lo tengo todo a buen recaudo en la furgoneta.

–¡Sierra!

–¿Sierra... qué? En mi opinión, tienes derecho a una parte. Has contribuido a levantar este maldito estudio, has invertido aquí todo lo que tenías, has traído a los alumnos, que vinieron por ti, no por Lakshmi. Y por cierto, busqué una vez en Google, ¿sabes cómo se llama de verdad Lakshmi?

–Melanie Sutter. –Nevada se echó a reír–. ¿Y sabes tú qué significa Lakshmi? ¡Diosa de la belleza!

–¡Diosa de la belleza! –Sierra soltó una carcajada–. ¡Está claro que tenía que llamarse así a sí misma, porque si no, a nadie se le habría ocurrido semejante idea.

Lakshmi contaba a todo el mundo que su gurú le había dado ese nombre, pero Nevada sabía la verdad. De repente ya no pudo parar de reír.

Nevada abandonó la Fábrica del Río como una niña revoltosa después de

llamar en broma al timbre de una casa. Gritando e hipando de risa, aferrada al nervudo brazo de Sierra, sus pies apenas tocaban el suelo. Sierra la arrojó como una pieza de equipaje al elevado asiento del copiloto, después rodeó a la carrera el vehículo por delante y encendió el motor. Aceleró tanto al girar que Nevada cayó contra la puerta y las ruedas dejaron una huella negra nítida en el patio de la fábrica. Su firma.

–*Nevada was here* –dijo Nevada, y acto seguido ambas enmudecieron.

En la autopista había atasco. Sierra encendió el lector de CD y volvió a apagarlo al momento, cuando resonó una sonora voz que les aseguró que estaban de maravilla aquí y ahora. Nevada lo puso en duda.

–Perdona –dijo Sierra–. Es mi CD de meditación.

–¿Meditas mientras conduces?

–Bueno... es más bien una autoafirmación. Ya sabes: eres guapa, eres fuerte, puedes hacerlo.

Nevada asintió. ¿Es que Sierra no lo sabía? ¿No era la hermana mayor? De pequeña, Nevada le tenía miedo. Desde el día de su nacimiento, Sierra no había dejado de manifestarle que no era su gemela perdida, sino solo una mediocre sustitución. Nevada se había imaginado muchas veces que también ella tenía una gemela perdida. En algún lugar vivía una niña pequeña igualita que ella. Que sentía lo mismo. Que estaba igual de sola, igual de cansada. Porque esa niña y ella eran gemelas. Su madre había enfermado gravemente después del parto y por eso no se había dado cuenta de que una malvada mujer (Martha) se deslizó dentro de su habitación del hospital y le robó a una de las gemelas, creyendo que era suya. Nevada ya había sabido de pequeña que ella no era la verdadera Nevada, y en sus ensoñaciones se había dado siempre otro nombre: Miriam. Ursula. Brigitte. Le habría encantado llevar el nombre de una santa. Mejor que el de una cordillera.

Total, que la madre, la verdadera, despertó de su desmayo con solo una hija. A pesar de la inmensa tristeza que sentía, se ocupó abnegadamente de la niña que le habían dejado. Todas las noches antes de dormir le hablaba de su hermana perdida. Nunca la olvidaron. Buscaban y buscaban, sin renunciar jamás a la esperanza. Y un buen día, la encontraron. «¡La salvación!» Nevada creaba en su cabeza versiones siempre nuevas. Pero su preferida era esta: Nevada actuaba en una función de ballet en la que interpretaba el papel

protagonista. Sus auténticas madre y hermana se encontraban entre el público y la reconocían en el acto. En el aplauso final se precipitaban hacia el escenario, la tomaban entre sus brazos y se la llevaban a casa, tal como estaba, con su disfraz de Giselle, de cisne moribundo.

Vivían en una casa pequeña y confortable que siempre estaba muy caliente y en la que todo era viejo, desgastado y blando. Y la nevera estaba repleta, repleta, repleta. Nevada y su hermana gemela, sentadas en un viejo sofá de terciopelo desvencijado, lleno de mantas y cojines, abrazadas, comían a cucharadas helado de caramelo directamente del envase. Su madre se sentaba con ellas, les traía chocolate caliente con un bonito chorro de nata por encima; ella comía con su propia cuchara, también su madre era blanda y cálida. Las cogía en brazos, una a la derecha y otra a la izquierda.

El padre brillaba por su ausencia. Ni siquiera en sueños deseaba Nevada correr ese riesgo. No sabía cómo se comportaba un buen padre. ¡Pero una madre! Eso se lo figuraba. Una madre era blanda y cariñosa. Una madre le diría todos los días exactamente esto: «Eres guapa, eres fuerte, puedes hacerlo. Y yo te quiero!».

–No lo quites –dijo Nevada a su hermana, que obediente apretó de nuevo el botón.

Y una voz tranquila, que no era la de su madre, inundó la cabina. Sierra y Nevada permanecieron sentadas en silencio hasta que la cola de coches reanudó la marcha, una marcha a trompicones, que comenzaba bruscamente en algún lugar a kilómetros de distancia de ellas y continuaba después lentamente, vehículo a vehículo, hasta que avanzaban un par de metros, y luego otro.

Sierra apagó el CD cuando giraron para entrar en su calle. Nevada miró por la ventanilla. Los árboles eran más pequeños de lo que ella recordaba, la calle más estrecha.

–Ya no es como antes –dijo Sierra–. Ya lo verás.

Aparcó la furgoneta justo delante de la casa que ahora les pertenecía, a ella y a Martha. Las ventanas de la planta baja tenían pegado el logotipo de Sierra Suave, una extraña mezcla de ola marina y hoja de sierra que pareció a Nevada más aterradora que estimulante. A través del vidrio opalino de la puerta de entrada, Nevada reconoció la silueta de su madre.

Martha vaciló un momento detrás de la puerta antes de abrirla con fuerza y

acercarse a ella con enérgica decisión.

–¡Bien! –exclamaba una y otra vez–. ¡Bien! ¡Por fin! –Abrió bruscamente la puerta del copiloto.

Nevada se deslizó hasta el borde del asiento y miró al asfalto del aparcamiento. Parecía inalcanzable. Sus piernas palpitaban, como si recordaran saltos fáciles desde alturas mucho mayores, aterrizajes blandos y a continuación las oscilaciones posteriores sobre las rodillas. Martha la agarró por debajo de los brazos y la alzó, sacándola del coche. Tras levantarla, la giró en el aire. Nevada voló. Como una niña. Como una bailarina en un *pas de deux*. Luego su madre la depositó en el suelo y las rodillas de Nevada se doblaron.

Sierra no había mentido. Todo era diferente. Incluso el olor en la escalera de la casa.

–Vamos a instalar un ascensor –dijo Martha–. No me mires así, que ya lo teníamos pensado. Pero hasta que llegue el momento, lo mejor será que te instales en la planta baja.

Abrió la puerta que daba al Oasis de la Salud. Antes había habido allí una tintorería. Sierra describió exactamente las medidas que habían adoptado para eliminar de las estancias los vapores venenosos. Una tintorería y dos viviendas. Nevada recordaba a una pareja entrada en años con dos teckel. Ahora lo habían unido todo. Las salas se sucedían entre sí, claras, neutrales, con una decoración vagamente japonesa. Por todas partes la extraña sierra que a Nevada todavía se le aparecía en sueños, ella lo sabía. Pasó el dedo por los dientes, que parecían haberse derretido al sol. Martha iba delante, abriendo puertas, enseñando las estancias. No solo la casa era distinta, también su madre. Nevada no supo enseguida a qué se debía. «Es feliz», pensó.

Qué raro.

Dos salas de tratamiento con mesas de masaje, una sala para actividades en grupo, una especie de salón. Sauna, baño turco, baño de burbujas. Baño de agua salina, aparatos de fototerapia, aseo.

–Puedes dar tus clases de yoga en la sala de grupo –dijo Sierra–. Como es natural, también clases individuales. Hace mucho que deseábamos ofrecer yoga.

Nevada pensó en sus alumnas que legalmente no eran suyas, sino del estudio de yoga junto al río. ¿Volvería a verlas? ¿Qué sería de Ted? ¿Permitiría Sierra que a sus clases acudiese un hombre?

–Y aquí –Martha abrió una puerta– estaba originalmente la oficina, pero hemos pensado que hasta que se instale el ascensor puedes vivir tú.

Nevada entró en su habitación. Era más pequeña que la de la Fábrica. Pero luminosa. Una puerta de cristal daba directamente al jardín.

–El jardín está completamente protegido –explicó Sierra–. Ahí no puede entrar nadie, y tampoco te verán.

Abrió la puerta y salió. Nevada la siguió. Antes crecía allí una hierba rala, utilizada por los teckel como retrete. Ahora era una hierba exuberante. Un alto muro rodeaba el jardín, también cubierto de verdor. Flores azules florecían en los márgenes. En el centro, una mesa de madera grande y sillas. Justo delante de la puerta de la habitación de Nevada se veía una tumbona nueva con un acolchado claro, del grosor de un colchón, un pequeño taburete de madera y sobre él, una pila de libros.

Nevada cogió el de arriba. *Yoga y esclerosis múltiple*.

–¡Caramba! –exclamó.

–¿Te gusta? –preguntó su madre–. Es pequeño, pero solo será algo pasajero. En cuanto tengamos el ascensor...

–Es maravilloso. Gracias.

Martha sonrió satisfecha.

–Bueno, entonces os dejaré solas, chicas. A las siete cenaremos arriba, en mi casa.

«¿Chicas?», pensó Nevada. «¿Cena?» Miró a Sierra, que ponía los ojos en blanco y sonreía burlona. Después se quedó sola. Se echó en la tumbona y cerró los ojos. *Yoga y esclerosis múltiple*. Eso era ahora. Eso era su vida. *Yoga y esclerosis múltiple* y las dos mujeres musculosas de pelo rubio como paja. Esa era ahora su familia. Se pasó las manos por su cuerpo. «Mi pobre y querido cuerpo», se dijo.

Martha había cocinado. Toda la vivienda olía a comida. También en esto había cambiado todo. Ya no había cuero, ni acero cromado, ni mármol. Martha ocupaba dos habitaciones, el resto del piso estaba dividido en pequeñas

celdas de terapia. Martha había decorado sus habitaciones igual que el Oasis de la Salud de la planta baja, con sencillez y luminosidad.

–Hay curry amarillo con boniato y arroz integral –dijo–.Tenemos que fortalecer tu *kapha*, tu fuerza y estabilidad.

Nevada suspiró. Ya se había preguntado cómo reaccionaría si Martha se transformase de pronto en su madre quimérica y le sirviese helado de caramelo.

Pero así no era. La comida era todavía el medio para conseguir el fin. A Nevada le parecía bien. Todo lo demás le habría supuesto un esfuerzo excesivo. Se sentaron a la mesa redonda de madera. Sobre la silla de Nevada había un cojín. Comieron en silencio, Sierra acompañó la comida con una botella de cerveza.

Nevada miraba a una y otra.

–Tengo algo que decirnos.

Su madre y su hermana intercambiaron una mirada.

–Yo también –dijo Martha–.Yo también tengo algo que decirnos. Dejarme que empiece yo. Es importante.

Sierra asintió. Era evidente que lo habían acordado.

–Bien –dijo Martha–. Si vamos a vivir aquí todas juntas, hay que soltarlo. Hay que decirlo, sin más. –Se detuvo. Miró su plato, después a Sierra, que la animó con una inclinación de cabeza. Martha comenzó varias veces, pero las palabras no le venían a la boca.

–¡Venga, escúpelos ya! –dijo Sierra–. ¡Si lo hemos ensayado! –Y dando un trago de cerveza de la botella, la dejó luego con gesto enérgico sobre el tablero de la mesa.

Su madre se sobresaltó.

–Lo siento –dijo muy deprisa, y después, despacio–: Lo siento, Nevada. Lo siento.

Nevada miró a su hermana. Que le devolvió la mirada y miró después a su madre:

–¿Y?

Martha siguió hablando.

–Yo sé por qué tuviste que irte, Nevada, y por qué no pudiste regresar durante tanto tiempo. Yo no te cuidé como una madre. Estaba ocupada con mis

cosas. Sierra volvió a ofrecerme una oportunidad, y confío en que tú también lo hagas. Confío en que ahora me dejes cuidar de ti.

–Vale –dijo Nevada. ¿Qué otra cosa podía decir?

Después de cenar, las hermanas subieron la empinada escalera que desembocaba en el desván, que Sierra había convertido en un loft. Nevada tenía que detenerse cada tres escalones.

–En caso de apuro volveré a bajarte –anunció Sierra–. O duerme aquí esta noche.

En el marco de la puerta colgaba una cadena de hierro. Los pesados eslabones estaban ligeramente oxidados. Nevada rozó la cadena con las yemas de los dedos. Solo entonces vio las pesadas esposas de hierro del suelo al extremo de la cadena.

Sierra sonrió irónica.

–¿Quieres probarlas?

Nevada retrocedió asustada.

–¿Qué voy a decir...? ¡Me gusta jugar!

Sierra condujo a Nevada a su vivienda, decorada con sillones de piel, pesadas alfombras, pieles de vaca y cráneos de animales. En el centro de la gran estancia había un pedestal cubierto con una manta de piel. Sierra subió el escalón que llevaba a la tarima y se dejó caer luego de espaldas sobre la manta, que cedió bajo su peso haciendo gluglú.

–¿Una cama de agua? –inquirió Nevada–. ¿Existen de verdad?

–Pruébala. –Sierra alargó la mano y tiró de Nevada hacia abajo. Nevada se dejó caer mientras pensaba en Wolf. Su confusión completamente natural. *Avidya*. Nada era lo que parecía. La cama de agua cedió bajo ella, la piel blanda se amoldó a ella, no sentía el menor dolor, nada.

–¿No está mal, eh? –Sierra sonrió.

–¡Ya no quiero levantarme, Sierra! No me duele nada. ¡Yo también quiero una igual.

–No hay problema. Tengo un manantial. –Sierra empezó a balancearse arriba y abajo. Nevada torció el gesto.

–No –dijo–. ¡Las hormigas!

–Perdona, no había pensado en ellas.

Durante un rato permanecieron juntas sobre la colchoneta, que oscilaba suavemente. Por encima de ellas pendía un espejo que las reproducía deformadas debido a la inclinación del tejado.

–¿Por qué tienes un espejo colgado encima de la cama? –preguntó Nevada–. ¿Para verte cuando duermes?

–¿Eres así de ingenua o te lo haces? ¿O es que las yoguinis no tienen sexo? Nevada calló.

–Pero ¿cómo es posible? –preguntó Sierra–. Solo he hecho un chiste. No me digas Nevada, no me vayas a decir que...

–No, no practico el sexo. Desde hace cinco años.

–¿Estás loca? ¿Y por qué no? No hay ninguna razón para ello –dijo Sierra–. He investigado, créeme, sé de tu enfermedad más de lo que nunca deseé. El sexo no es ningún problema.

–Para mí sí –respondió su hermana.

Sierra calló un momento.

–Entiendo –dijo después–. Bueno, pues ya que estamos de confesiones...

–No, ahora diré lo que quería decir antes –Nevada se incorporó–. Escúchame, Sierra, es importante. Encontré a Beni. Lo encontré en su habitación, el día antes de irme, y me callé. Nunca pensé que tuvieras que regresar de París por eso. Siento haber destrozado tu vida. No pude hacer otra cosa.

–¡Cállate de una vez! Si alguien debe sentirlo, soy yo. Al fin y al cabo soy tu hermana mayor. Yo habría debido protegerte, eso es lo que hacen las hermanas mayores. Yo veía lo que sucedía, pero no lo entendía. Yo estaba todo el tiempo furiosa contigo, porque eras la pequeña, la dulce, porque te hacían caso, porque pensaba que él te quería más que a mí.

Nevada calló. Si Sierra lo había visto, es que había ocurrido de verdad. Entonces no eran imaginaciones suyas. Nevada no sabía si sentir alivio o decepción. Yacía de espaldas y siguió respirando. La cama se balanceaba suavemente. Al final, Sierra bajó la mano, abrió un cajón de la tarima y sacó un porro liado. Lo encendió y dio un par de caladas. Después volvió a tumbarse de espaldas al lado de Nevada. Nevada alargó la mano.

–Mira, nada de sexo, pero fumar hierba, ¿eso sí se puede?

–Yo creía que habías investigado mi enfermedad. Así que, pásamelo.

Nevada dio dos caladas antes de devolver el porro. Miró al techo y vio en el espejo los cuerpos de ambas tumbadas, una junto a otra, inclinadas y deformadas. Soltó una risita inesperada y volvió a ponerse seria al momento.

–¿Piensas a veces en Nevada?

Sierra supo en el acto a quién se refería.

–Siempre –contestó.

–¿Dónde crees que está?

Sierra la miró asombrada. Con la mano que sostenía el porro se dio unos golpecitos en el esternón.

–Justo aquí –dijo.

El agua resbalaba queda debajo de ellas. Nevada sintió la gran mano que las sostenía a ambas mientras, tumbada de espaldas, fumaba.

Poppy

Cuando la detuvieron llevaba sus viejas botas de *cowboy*. Se alegró de ello. ¿Cómo, si no, habría salido por el portón de la cárcel, más que sobre los viejos tacones torcidos de sus fieles botas de la suerte bordadas en negro y plata? Llevaba sus pertenencias en la mano, dentro de una bolsa de papel del economato de la prisión, pañuelo rojo al cuello. Los arañazos de la cara se le habían curado casi por completo. La señora Meier le había traído un corrector que le permitió maquillar las últimas heridas. Automáticamente se situó de cara a la pared sobre las huellas amarillas mientras aguardaba a que se abriera la puerta.

La señora Meier rio, la cogió por los hombros y le dio la vuelta con suavidad:

–Para salir esto ya no es necesario.

Poppy rio turbada.

–Tendré que desacostumbrarme –dijo. ¿Sería capaz?

La señora Meier se movió hacia Poppy, como si quisiera abrazarla. Después cambió de idea, le cogió la mano y se la estrechó.

–Hasta la vista, señora Schneider. Mejor dicho, hasta nunca, en cualquier caso, de ningún modo aquí.

La puerta se abrió con un chasquido, las funcionarias del centro de control saludaron alegres a través del cristal y Poppy abandonó la prisión central por la puerta principal, junto con visitantes y funcionarios cuyo turno había finalizado. Cruzó el patio. Lucía el sol y hacía calor. Poppy echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo. El cielo estaba tan azul que le hizo daño en los ojos. ¿Había estado siempre el cielo tan azul?

«Allá vamos», pensó Poppy entrechocando sus tacones. Se introdujo por una puerta giratoria de hierro, apretando contra el pecho la bolsa de plástico. Salió fuera. El verdor de la pradera que rodeaba el edificio la deslumbró, más intenso de lo que Poppy había visto jamás. De repente recordó un viaje en velero en el que habían participado ella y Peter, y cómo tras dos semanas en el mar habían brillado los colores en tierra, cómo los tonos rojos y amarillos la habían asaltado de un modo perceptible físicamente. ¿Cuánto tiempo llevaba sin salir al exterior?

—¡Poppy!

En la película que protagonizaba Poppy, ahora hubiera ido sola a su casa, caminando sobre sus tacones torcidos, balanceándose sobre sus caderas, una solitaria...

...loba. El dolor se abatió sobre ella. Wolf.

Bajo la camiseta de Poppy, bajo su sujetador desgastado, había una herida que no se veía por fuera. Un enorme agujero sangrante. Una bola de demolición la había alcanzado en mitad del pecho, destrozando sus costillas, aplastando su corazón. Bajo sus ropas la sangre brotaba goteando incontenible fuera de ella, espesa y tenaz. Dejando rastro. Fuera adónde fuese, el dolor la seguía, la sangre dibujaba su camino que no conducía a ninguna parte. El dolor era como un animal que a veces dormía, otras levantaba la cabeza y enseñaba los dientes antes de volver a tumbarse. Poppy tendría que aprender a convivir con ese animal. Había elaborado una lista de cosas que tenía que aprender.

—¡Yujuuu! —En el aparcamiento, Julia, delante de su pequeño coche, que ella denominaba cariñosamente su cacharro de ama de casa, la saludaba agitando la mano. En el asiento trasero se sentaban los chicos. Ellos no habían bajado. Poppy volvió a embutir en su pecho el animal del dolor, donde se enroscó a disgusto. Se aproximó a Julia, que la abrazó.

—¡Poppy, pobrecita, lo que habrás pasado!

Ni el menor reproche. Poppy se agachó y miró por la ventanilla. Sus hijos estaban hundidos en el asiento, auriculares en los oídos, aparatos en las manos, cada uno sumido en su propio universo virtual.

–Bueno, ya sabes cómo son los adolescentes –dijo Julia alegremente. Y abriendo de golpe la puerta de atrás, añadió–: ¡Vamos, bajad a saludar a vuestra madre!

Florian fue el primero en quitarse los auriculares, apagó su aparato y se lo guardó en el bolsillo del pantalón, cuidadoso, metódico, mientras que Lukas se enredó en sus cables, encontró en el bolsillo de su pantalón una nota que estudió con el ceño fruncido. Antes de recordar que quería apagar su MP3.

Florian, envarado, rodeó el coche y abrazó con torpeza a su madre.

–¿Cómo estás? –preguntó cortés–. ¿Tienes hambre?

Poppy le pasó ambas manos por los hombros, por la espalda, había crecido, sintió los músculos de sus brazos a través de la ancha sudadera con capucha.

–¿Haces deporte?

Él dio un paso atrás, confundido.

–Estoy en el club de remo, mamá –contestó como si fuera sabido. ¿Se lo había contado ya?

–Por supuesto –exclamó Poppy–. El club de remo –¿Dónde se podría remar por los alrededores?

También Lukas se apeó al fin. Llevaba el mismo tipo de ropa que su hermano, vaqueros rígidos de color azul marino, muy caídos sobre las caderas y que dejaban ver la cinturilla de sus calzoncillos bóxer. Deportivas, camiseta, sudadera con capucha. Pero en él, parecía como si hubiera sacado las prendas de una bolsa de ropa usada o del cesto de la ropa sucia. Sin embargo, Poppy estaba segura de que Julia lavaba, planchaba, doblaba y guardaba en el armario sus ropas igual que las de su hermano. Poppy recordó a una mujer que conoció en una fiesta antes, cuando acudía a ese tipo de eventos con Peter. Le había preguntado de quién era el vestido que llevaba Poppy. Ella volvió orgullosa el cuello hacia fuera, de forma que la mujer pudiese ver la marca. Peter le había regalado el vestido. Era una creación de un joven diseñador suizo.

–Oh, qué interesante –comentó la mujer–. En algunas personas, la ropa de

gran consumo parece alta costura, y en otras sucede exactamente lo contrario, se pongan lo que se pongan, parece barato.

Poppy, sin darse cuenta de que la mujer la había ofendido, asintió solícita, porque ella pensaba lo mismo cuando se enfrentaba al espejo: «¿Cuál es la diferencia?».

Lukas se arrojó en sus brazos con despreocupación, como si hubiera olvidado dónde estaban y por qué encontraban allí a Poppy. Lukas aún olía como un niño. Poppy hundió la nariz en sus cabellos, que caían en media melena sobre su nuca.

–Bueno, y ahora, vámonos –dijo Julia–. Nada como marcharse de aquí, ¿te parece bien, Poppy?

Su interlocutora vaciló. Julia tenía que decirle lo que debía hacer.

–Sube –le dijo, y Poppy soltó a su hijo y se sentó junto a la conductora.

–He estado pensando que lo que necesitas ahora es amplitud, aire fresco, sentir el cielo sobre ti –parloteaba Julia–. Y comer algo riquísimo y tomarte una copa de vino. –Encendió el motor–. Me he informado, y cerca de aquí hay un merendero estupendo, justo al lado del lago, y si te apetece también podemos darnos un baño ahora mismo, eso gustará a los chicos. Te he traído ropa de baño. –Rechazó la objeción de Poppy antes de que esta pudiera manifestarla.

El verde deslumbrante se dividía ante el pequeño automóvil y pasaba volando veloz a derecha e izquierda. Poppy cerró los ojos. Lo que ahora quería... no lo sabía. Se alegraba de que Julia hubiera decidido por ella. Y por los chicos. Pero la lista de cosas que tenía que aprender incluía esta: pensar por sí misma.

Conocer sus sentimientos, sus deseos, sus pensamientos, sus necesidades... Confiar en su intuición, en su «voz interior», como la denominaba el médico de los martes. Llevaba en el bolsillo la dirección de dos psiquiatras especializados en el diagnóstico y tratamiento del trastorno por déficit de atención en adultos. La tesis de la que siempre había partido Poppy era que pensara, sintiera, quisiera lo que quisiera... no era correcto, porque ella acababa fracasando en las cosas más triviales. Todo lo hacía mal. Por eso era mejor atenerse a lo que sintiera, pensara o quisiera por ella otra persona, alguien que dominase mejor la vida. Ahora, al cabo de cincuenta años, esa

tesis había resultado ser errónea. Pero aún no había sido sustituida por una nueva.

Tampoco en eso estaba sola Poppy, el médico de los martes lo había calificado de típico. Había que entrenar la propia percepción como un músculo que, por no haberlo utilizado, estaba atrofiado y débil. Había que hacerlo, era factible.

Estaba en la lista de Poppy.

«Me gustaría ir a casa», pensó, pero no lo dijo. De momento bastaba con pensarlo. Con saberlo.

Después de comer, Poppy nadó adentrándose mucho en el lago. No había esperado dos horas, a pesar de haber tomado vino y comido filetes rebozados de perca de río con salsa tártara y patatas fritas. Julia había tomado un platito de ensalada.

Poppy comió con avidez. Saboreó la sal en las patatas fritas y los trocitos ácidos de pepinillo en la salsa espesa, notó en la boca el crujiente rebozado de los trozos de pescado, su carne blanda. Todo eso la afectaba con la misma intensidad que los colores que la rodeaban. Las impresiones la sepultaban. La avasallaban. Absorbió el aroma de la comida, chasqueó la lengua hasta que sus hijos se rieron.

–Seguro que eso no te lo daban en la cárcel –dijo Julia.

Los chicos apartaron sus platos, pidieron dinero para comprarse un helado y comérselo de pie, luego cruzaron el prado corriendo hasta bajar al lago, habían olvidado que eran adolescentes. Poppy dejó a Julia sentada ante sus hojas verdes y corrió tras ellos. Sentía el roce de sus muslos al correr. Los tallos de hierba bajo sus plantas. Luego piedras. Una picadura de mosquito en el hombro.

El bañador deportivo que le había traído Julia se le clavaba por todas partes. Debajo de los brazos, entre las piernas. Bajo ese tejido fuerte, la tripa de Poppy se plegó formando estrechos dobleces. Todo era excesivo, demasiado fuerte. Todo estaba deformado. Las piedras resbaladizas bajo sus pies desnudos, el agua, verde y fría. Poppy se sumergía ya en el agua calma. El frío la sepultó, la aplastó hacia abajo, reprimió todas las demás sensaciones, mitigó las impresiones demasiado fuertes.

Le ardía la cara. Sentía cada arañazo como si estuviera haciéndoselo de

nuevo en ese instante. Cada uno de ellos. A pesar de todo buceó con la cabeza debajo del agua, se enjuagó el color del corrector, el olor del jabón en su pelo. Poppy nadó tras sus hijos en dirección a la balsa. Estaba ocupada por jóvenes tumbados muy cerca. Leones marinos, pensó Poppy. Había visto esos animales en uno de sus numerosos viajes, sus cuerpos brillantes amontonados en ocasiones unos encima de otros. En algún lugar de ahí dentro yacían sus hijos, que ya no eran unos niños.

Poppy rodeó la balsa. Nadaba despacio. A cada espiración sumergía la cabeza bajo el agua. Mantenía los ojos abiertos. Bajo el agua los colores estaban atenuados, grises y marrones. Cada vez que levantaba la cabeza para respirar, veía algo completamente distinto a lo que esperaba. Con cada bocanada volvía a perder la dirección. Ahora nadaba hacia el trampolín. En la tabla de cinco metros había dos niños desafiándose mutuamente a saltar. Al fin se cogieron de las manos, corrieron dando gritos hasta el final de la tabla y saltaron, sumergiéndose con un chapoteo. Una ola alcanzó a Poppy con retraso. Con los ojos abiertos nadó hacia el trampolín y ascendió por la escalera de hierro.

Alzó los ojos hacia la tabla de cinco metros que de pronto parecía mucho más alta de lo que le había parecido dentro del agua. Los dos niños volvieron a salir a la superficie, nadaron alrededor del trampolín y treparon tras ella por los peldaños de hierro. Sus voces empujaron a Poppy cada vez más, y pasó junto a la tabla de tres metros hasta llegar arriba del todo. Las voces de los niños soltaban gallos de entusiasmo. Poppy optó por confiar en ellos. Soltó la barandilla y subió a la tabla que le pareció de repente mucho más estrecha. Se asomaba a la nada meciéndose suavemente con el viento. Los niños acortaban distancias. Poppy levantó la cabeza y miró al cielo. Puso un pie delante del otro, la tabla oscilaba con ella y eso parecía enardecerla, hasta que su pie topó con el vacío. El aire pasó zumbando a su lado, ella levantó los brazos, estiró las piernas durante el vuelo, atravesó la dura superficie del agua y se sumergió hondo, muy hondo. De repente hubo un gran silencio. Allí podría quedarse. Pero el aire de sus pulmones la impulsó hacia arriba. Poppy pegó los brazos al cuerpo y salió disparada hacia la superficie. Cogió aire. Los dos niños cayeron de improviso muy cerca de ella y el agua la bañó nuevamente, Poppy sumergió la cabeza y nadó hacia la orilla.

Julia esperaba en la pasarela con toallas de baño dobladas con precisión. Al ver venir a Poppy desdobló una, la sostuvo ante Poppy y la envolvió en ella. Poppy se sintió como un niño pequeño al que su madre saca de la bañera. Agradecida, se apoyó en Julia. Esta rio bajito:

–¡Has explotado el bañador, mira!

Poppy miró debajo de la toalla. La costura lateral estaba rota, su carne brotaba blanca de la tela de un rojo vivo. Se envolvió con más fuerza en la toalla.

–¿Qué te ha pasado en la cara, Poppy?

Poppy se llevó la mano a la mejilla. Escocía.

–Estás colorada como un tomate, como si hubieras nadado entre ortigas. ¿No tendrás alergia a las algas?

Poppy sacudió la cabeza. ¿Por qué no habían podido dejarla una semana más? ¿Hasta que ya no se le notase nada? ¿Hasta que no tuviera que explicar nada? Bah, pamplinas... ¡Los arañazos eran lo de menos!

–Por Dios, Poppy, ¿no te habrán maltratado en la cárcel, verdad?

–No es nada.

–Pues no lo parece.

Reafirmarse, había dicho el psiquiatra. Y Poppy lo había anotado obediente en su lista. Echó un vistazo al lago, a la balsa que se balanceaba suavemente a lo lejos, los cuerpos morenos encima. De pronto ya no le bastó con saberlo. Tenía que decirlo.

–Quiero ir a casa –dijo.

Ted

–Una cerveza a las cuatro es sano y recomendado –versificaba Tobias—. Aunque a ti ya lo mismo te da. Cuatro de la tarde, o cuatro de la mañana, ya no hay diferencia...

–¿De veras son las cuatro? –Ted echó un vistazo al reloj.

Llamaba a Emma a esa hora. Todos los días. A las cuatro de la tarde eran las siete de la mañana en Los Ángeles.

–No, cálmate, son solo las tres y cuarto –le informó Tobias—. Pero es que

con tres, no rimaba.

Ted meneó la cabeza, pero echó su silla hacia atrás, abrió la nevera y sacó dos botellas, sin mirar. No era la primera cerveza de esa tarde. Tobias se había plantado de pronto ante su puerta una hora antes. Le había enseñado su móvil.

–¿Has visto alguna vez un objeto parecido? –le preguntó–. ¿Sabes lo que es? ¿Y por qué suena?

–Perdón, me he debido olvidar de cargarlo.

–¡Hombre, estaba preocupado por ti! –Tobias había apartado a Ted e irrumpido en su piso como si esperase encontrarse por todas partes botellas de whisky vacías y ceniceros repletos con las últimas colillas humeando, cajas de pizza medio vacías con restos mohosos y un televisor encendido con la pantalla de nieve. En lugar de eso, la casa de Ted estaba como siempre, salvo que en medio del cuarto de estar había desenrollado una esterilla de yoga. Todas las mañanas nada más levantarse saludaba al sol, seis veces, doce, veinticuatro. Se levantaba todos los días a las seis, como si tuviera que ir a trabajar. En vez de eso no hacía nada. Y a pesar de todo los días transcurrían, uno tras otro. En algún momento serían las cuatro de la tarde y llamaría a Emma, que se preparaba en California para ir al colegio. Tenía que llevar uniforme, una falda tableada azul y un polo blanco.

–Todas las niñas van iguales –le había contado su hija.

Ted percibió el alivio en su voz. Se imaginaba perfectamente que Emma no quisiera tener que pensar en su ropa. A las siete y cuarto, las cuatro y cuarto en Suiza, iba a recogerla un *carpool*.

–¿Cómo, es que tienen piscina en el coche?

Emma rio.

–¡No seas bobo, papá!

Un *carpool* era un coche compartido. Ted también lo sabía. Solo se preguntaba cuándo le tocaría aprender a conducir a Tina. Y dónde estaba cuando su hija desayunaba. El día anterior Emma había comido pizza fría.

–La costra es tan gorda como un panecillo, papá.

–¿Y por qué tomas pizza para desayunar? ¿Se te han acabado los cereales?

Los primeros días le habían hablado de las numerosas variedades diferentes de cereales para el desayuno, que ella aún no conocía. Su madre le había

comprado veinticuatro pequeños paquetes de prueba, cada día abriría uno diferente hasta encontrar su variedad favorita. Aún dudaba entre Cookie Crisp y Cheerios. Los Cheerios parecían pequeños aros, le había contado ella, podía enhebrarlos como un collar y comérselos durante el día.

–La botella de leche pesaba mucho –murmuró al fin.

En California todo era mucho más grande. Una botella de leche contenía casi cuatro litros. Emma no podía sacarla sola de la nevera.

–¿Pero dónde está tu madre? –había preguntado Ted.

–En el baño...

Ted notó que mentía, no le pidió que le dijera que se pusiera al aparato. Después sonó el timbre de la puerta.

–¡Ya están aquí, papá, tengo que irme!

Ted percibió alivio en su voz.

–Salvada por la campana –contestó él.

Ahora aguardaba a que fueran de nuevo las cuatro de la tarde. Ese día no permitiría que se lo quitaran de encima. Ese día hablaría con Tina. A lo mejor no debía beber cerveza antes. O quizá sí.

–¡Qué putada, colega! La verdad es que te ha caído una buena. Sin hija, sin trabajo, sin mujer...

–Sin piso –añadió Ted, dando un trago a la botella–. No te olvides de la casa.

El aviso había llegado hacía unos días, por carta certificada. El propietario aducía que necesitaba el piso para él. Ted no sabía por qué quería precisamente ese piso, los había más grandes y bonitos en el edificio. Podría interponer un recurso, demorar el desalojo. Tal vez incluso lo ganase. El aviso yacía encima de la mesa de la cocina, metido a medias en el sobre abierto, él no podía ocuparse de ello. «Déjate llevar», pensó. ¿Dónde había oído esa frase? Las vecinas ya no venían a visitarlo. Ninguna le traía pasteles, ni *soufflés* cubiertos de queso. Ted estaba solo. Se pasaba días sin hablar con nadie, hasta que se le terminaba la comida y al menos tenía que decir «por favor» y «gracias» en la caja del supermercado. Todo le daba igual. Se olvidaba de cargar el móvil, de conectar el teléfono, de abrir el correo electrónico. Se sentía sorprendentemente bien en su propia compañía. Hasta que Tobias asaltó su cueva.

–Eso no podía ir bien –decía en ese momento–. Di la verdad, tú lo viste venir, además, ya te lo advertí. ¿Acaso no te lo advertí? Tu vida era demasiado buena. No podía seguir así.

–La vida nunca es demasiado buena. ¡Como mucho, algo buena!

No era eso exactamente lo que Ted quiso decir. Le costaba mucho expresar sus pensamientos. A lo mejor estaba desentrenado. O era culpa de la cerveza.

–Y esa mujer... la tal Lilly. Ya sé, ya sé que tienes un tipo de tía, pero la verdad, hombre, no te pegaba ni con cola.

–Lilly...

Era extraño, pero era lo que menos le importaba. A lo mejor porque él mismo había decidido no volver a ver a Lilly. Cuando pensaba en ello, le escocía un poco, más como un recuerdo desagradable de un momento penoso. No era dolor. Ni pérdida. Apenas lograba acordarse de su cara. Cuando pensaba en ella, solo veía su flequillo. Ni ojos, ni boca. En cambio, soñaba con Marie. Noche tras noche. Era como si ella estuviera esperándolo en la cama hasta que él se dormía, y entonces se abalanzaba sobre él.

Tobias lo observaba.

–¡Oye, que te has puesto colorado! Tío, ¿acaso tienes otro rollo en perspectiva? ¡La verdad es que no pierdes comba!

–La cosa no es así –dijo Ted negando con la cabeza.

–¿Cómo es entonces? ¡Venga, hombre, cuenta, concédele algo a un hombre casado, aunque sea de segunda mano!

–No hay nada que contar.

En las últimas semanas Marie le había dejado dos o tres mensajes. Él nunca le había devuelto la llamada. No sabía qué decirle. No después de las noches que pasaban juntos. En sus sueños. Cuando se despertaba, necesitaba unos minutos para percatarse de dónde estaba y con quién: solo. Pensaba en Marie como en una amante. Más aún, como una persona de confianza. Y eso que apenas la conocía. No sabía nada de ella, y ella no sabía nada de las visitas nocturnas que hacía a la cama de Ted. ¿Cómo hablar con ella? No era capaz. Pero había impreso la oferta de empleo que ella le había mandado y la había pegado en la nevera. En una nueva urbanización de las afueras buscaban un maestro de primaria. Era una escuela unitaria, innovadora, con vivienda subvencionada.

–Hay una mujer...

–¡Lo sabía!

–Pero en realidad no la conozco.

–¡Pues conócela! Tú no sueles ser tímido, que digamos.

Ted meneó la cabeza.

–No es posible... yo... tú no lo entiendes...

Tobias lo escudriñó entornando los ojos.

–¿Pero qué mujer es esa? ¿Existe de verdad, quiero decir, fuera de tu cabeza?

–Eso sí, claro, pero...

–En otras palabras: estás otra vez colgado. ¡Tío, ya me gustaría a mí tener tu condición! ¿Y cómo es ella? ¿El mismo modelo, pero actualizado? –Tobias soltó una risa parecida a un relincho.

–No –respondió Ted–. Es completamente distinta. De eso se trata precisamente. ¿Cómo puedo describirla? Es competente. Fuerte. No necesita a nadie. No sé tratar a ese tipo de mujeres. Ni siquiera sé si me gusta de verdad...

–¡Todavía existen los milagros! –exclamó Tobias–. Esta vez no hay princesa, sino la torre en la que está encerrada la princesa. Eso me gusta –dio otro trago de la botella–. Esto tengo que contárselo a Eveline, alucinará. Suponiendo que me crea. –Contempló emocionado a su amigo hasta que se le fue la vista. Colocó la botella encima de la mesa y empezó a cantar–: *Freedom's just another word for nothing left to lose...* ¿Sabes una cosa, amigo mío? Eso es tu vida. Justo eso. Vives esa canción.

–¡No me vengas ahora con Janis Joplin!

Ted siempre había odiado esa canción, al igual que el resto de los himnos interminables de mujeres que había oído de pequeño y que le habían perseguido hasta en sueños. Mientras las madres bailaban en el cuarto de estar, descalzas y con los puños levantados con rebeldía. «The ballad of Lucy Jordan», «What's love got to do with it», «I will survive»...

–Hablo en serio, primero piénsalo.

Ted le hizo el favor.

–Sé lo que quieres decir: no tengo nada que perder, porque ya lo he perdido

todo. Ahora ya no puede pasarme nada. Ahora soy libre. Y todo vuelve a ser posible.

Tobias asintió con énfasis.

–Eso mismo ha dicho Eveline.

Su médico les había aconsejado interrumpir el tratamiento de fertilidad. Las posibilidades de éxito eran demasiado escasas como para continuarlas con la conciencia tranquila.

–Ni siquiera lloró, tío, en cierto modo se sentía aliviada, ahora al menos está claro.

Habían decidido presentar una solicitud de adopción. Ya se habían matriculado para el curso obligatorio de preparación.

–Según las novelas que ella lee, se quedaría embarazada precisamente ahora mismo, cuando ya no piensa en ello. Y entonces tendríamos dos bebés al mismo tiempo. Pero por mí, eso no sucederá. Te lo digo de verdad.

–Yo pensaba que no queráis bebés. ¿No habéis solicitado un niño más mayor?

–Es que hay muchas más oportunidades si estás dispuesto a adoptar un niño más mayor o con problemas de salud. –Tobias sonrió como si viera ya a su hijo ante él–. La noche es más oscura justo antes de amanecer... ¿quién dijo eso?

–¡Bah, olvídalo, era una consigna nazi! Con ella querían conjurar la victoria final cuando todo estaba definitivamente perdido.

–Bueno, me da igual –insistió Tobias–. La frase tiene algo. No tiene la culpa de quién la cite, me parece. Mira a Eveline... se ha hecho realidad la peor de sus pesadillas. No puede tener hijos. Y desde que lo sabe, está mucho mejor. Porque ya no tiene miedo, ¿entiendes?

–Sí.

–A mí me ocurre lo mismo. Mi mayor miedo no es que no tengamos un hijo, sino que Eveline no consiga lo que desea de la vida. Que yo no pueda darle lo que la hace feliz. Y ahora está encima de la mesa. Ahora podemos reaccionar.

–¿Ese es tu mayor miedo? –Ted lo miraba fijamente–. ¿No poder hacer feliz a tu mujer? –Sentía un nudo en la garganta y tragó saliva–. Entonces, ¿por qué me cuentas siempre esa mierda de que el matrimonio es una cárcel, de que

como hombre casado podías estar igual de bien enterrado en vida, que quieres conocer a otras mujeres y todo eso?

Tobias frunció el ceño.

–Eres mi amigo –se limitó a contestar.

–Bueno ¿y qué? ¿Eso qué tiene que ver?

–Te atormentas de tal modo con las mujeres que verte es insoportable. ¿Y encima quieres que te recuerde continuamente lo que te pierdes? ¿Lo que es amor verdadero? Prefiero comportarme como si no te perdieras nada. O como si envidiase tu triste situación. ¡Eso se llama amistad, hombre!

Ted volvió a tragar saliva. Eran lágrimas lo que se agazapaba en su garganta. Quería levantarse y abrazar a su amigo, se palmearían torpemente los hombros, como en otras ocasiones.

Pero Tobias ya estaba hablando de nuevo.

–Pero eso no durará, que lo sepas. Esa situación. Esa libertad. No puedes estar flotando eternamente en ese vacío. En algún momento querrás algo, y entonces podrás volver a perderlo. La semana que viene tenemos una entrevista de aptitud, luego conoceremos niños, nos entregarán uno de ellos, vivirá con nosotros y le querremos... y nuestro mayor miedo será que le suceda algo. Y entonces dejaremos de ser libres.

–La libertad está sobrevalorada –apuntó Ted.

Tenía la lengua pastosa. Sus pensamientos ya no le obedecían. Él no era libre, tampoco había perdido a su hija, aunque vivía muy lejos. Su mayor miedo, no poder ofrecerle el hogar que él siempre había deseado, se había hecho realidad hacía tiempo. Aun así todo era posible todavía.

Volvió a mirar el reloj, ya eran más de las cuatro. Sacó su móvil del bolsillo del pantalón.

–Perdona, tengo que llamar a Emma.

–No hay problema. Solo quería ver si seguías vivo. Me voy a casa. Toda esta charla sobre mi mujer... –Tobias se levantó y se agarró al borde de la mesa–. ¡Quiero ver a mi mujer! –exclamó–. ¡Ahora mismo!

Ted tragó saliva. Para su espanto los ojos se le llenaron de lágrimas. Tobias, sin embargo, no lo notó. Se aproximó a la puerta, y una vez allí añadió:

–Por cierto, Janis Joplin cantó también algo completamente distinto. *Oh, Lord, won't you buy me a Mercedes Benz*. Reflexiona sobre el tema, hermano.

Marie

–Esta es la última –dijo el padre de Marie, depositando sobre el suelo la caja de cartón.

Jadeaba. Tenía la cara roja. «Tensión arterial», pensó Marie, tenía que tomársela. Escudriñó a su alrededor en busca de su maletín. Cajas por doquier. No había sabido que tuviera tanto... ¿en realidad, qué? Tantos chismes. Cajas repletas, cajas de plátanos, bolsas de la compra, bolsas de basura, las bolsas azules de Ikea. En alguna parte tenía que estar el maletín de médico de raída piel marrón que le había regalado el doctor Vogelsang cuando cerró su consulta. Marie comenzaba la carrera de Medicina justo por aquellas fechas. Ella lo había utilizado para llevar manuales antes de comprar su primer fonendoscopio. El maletín marrón era el talismán de Marie. Su mera visión la tranquilizaba. Todo iría bien. Como entonces, cuando el doctor Vogelsang se situó junto a su cama y le palpó la tripa con dedos fríos. Tenía que encontrarlo. Marie recogió una bolsa de basura llena de vestidos, apartó a un lado una pila de libros. Tropezó con la cafetera casi nueva y la colocó encima del mostrador de la cocina.

Martin Leibundgut fue a la nevera y sacó una cerveza.

–Papá –dijo Marie.

–¿Qué pasa? Para las mudanzas hace falta cerveza, y también algo de comer. ¿No tienes comida?

–Más tarde pensaba pedir pizza.

–Ahora vendría bien una salchicha. –Del fondo de la vivienda vino Georg Hiltbrunner, un amigo de su padre que había echado una mano en la mudanza. También él sostenía una botella de cerveza–. ¿O te parece demasiado anticuado?

–No hay nada mejor que una buena salchicha. –Martin suspiró–. Salchicha, mostaza y pan. ¡Un hombre no necesita más!

–Y una cerveza. A esta hora no hay nada mejor. –Georg miraba con

nostalgia.

Marie estuvo tentada de correr a la tienda a comprar salchichas, mostaza y pan. Pero al recordar la tensión arterial de su padre, cambió de idea.

–Tienes un piso muy bonito, muchacha –dijo Georg–. Pero muy grande para una sola persona.

–¡Y quién dice que se va a quedar sola! –increpó Martin a su amigo.

–Además no estoy sola –dijo Marie, mirando en derredor. ¿Dónde se había metido Stefanie?

A Stefanie la habían expulsado del colegio. Tras darle el alta en el hospital tenía arresto domiciliario hasta las vacaciones de verano, es decir, hasta el fin de su escolarización. Después habría que buscar otro colegio que la admitiera, una plaza de aprendiz, una solución, lo que fuera. Stefanie se negaba a hablar del tema y, al cabo de tres semanas de arresto domiciliario, Eva la mandó a casa de Marie.

–¡Hazte cargo tú, yo ya no puedo más!

Gion había viajado a la India, a pesar de que la televisión suiza había suspendido el proyecto. Al fin y al cabo ellos querían rodar una historia padre-hija, no un documental sobre un artista en paro a la búsqueda de sí mismo. No obstante, una de las redactoras había volado con él, aunque Eva sospechaba que no se debía a motivos profesionales. Marie estaba sola en la antigua casa cuando Stefanie se fue con ella una semana antes de la mudanza.

–Puedes empezar a echar una mano –le había dicho Marie.

Al ordenar, seleccionar y empaquetar los objetos asombrosamente numerosos de Marie, se había producido un cierto acercamiento entre ambas. Stefanie se rio de las modas horribles de la época de estudiante de Marie y salvó de la basura los álbumes de fotos. Interrumpieron el trabajo, se sentaron juntas en el suelo y Stefanie pidió que le explicara con todo lujo de detalle la nutrida parentela.

–Conoces a todos tus parientes –dijo, como si fuera algo especial. Para Stefanie lo era–. Claro, nadie está divorciado ni se ha marchado. Viven todos en la misma localidad.

–Es verdad, nunca lo había pensado. –Marie envolvió los álbumes en papel de seda.

–Tú eres el único que no lo hace –dijo Stefanie.

Marie abrió la puerta de cristal y salió a la terraza. Allí estaban cuidadosamente dobladas las viejas mantas de lana que su madre le había prestado para proteger tableros de mesa y marcos de cuadros. Marie se imaginó qué plantaría en la terraza. Tomates, pensó. Y glicinias. Sabía que era una quimera. «El jardín hay que ganárselo», solía repetir la madre de Marie. «Y el hogar, también.» El jardín de Elisabeth Leibundgut era uno de los más bonitos del pueblo. A él sacrificaba cada hora de sol, cada hermoso atardecer, cada fin de semana. En las noches templadas de verano, la madre de Marie sacaba a veces una tumbona del trastero, la abría con mucha parsimonia y la colocaba en medio del jardín, a pesar de que ya no daba el sol. Después se tumbaba encima completamente vestida, los pies cruzados, las manos encima de la barriga. Lo llamaba «disfrutar del jardín». Aguantaba así veinte minutos, media hora, no más. Durante todo el tiempo que Marie acertaba a recordar, nunca habían salido de vacaciones en verano. Y en otoño también había que obligar a su madre a acompañarlos a Italia o al sur de Francia, una vez incluso a Creta. ¿Qué pasaría si una helada temprana mataba las rosas antes de que las hubiera podado y tapado como mandaban los cánones? ¿Y si el perro de la granja cercana volvía a soltarse de su cadena y se dedicaba a escarbar en los jardines delanteros? Marie pensó lo que había dicho Nevada en cierta ocasión: «Buscamos la salvación como perros salvajes que escarban en la tierra. No nos damos cuenta de que así destruimos las delicadas semillas y los brotes allí enterrados, que solo habrían precisado un poco de agua, una pizca de confianza y paciencia».

Entonces, en aquella clase de yoga, Marie había pensado en su madre y en su temor al furioso perro del Labrador. Elisabeth Leibundgut no estaba de acuerdo con la vida que llevaba su hija. Habría preferido que no fuese médica, sino esposa de un médico. Así habría podido tener ambas cosas, el respeto que conllevaba la profesión y la satisfacción de un hermoso hogar. Con jardín. Durante años había observado con preocupación la soltería de Marie.

—Claro, te encierras tanto en tus libros... —se lamentaba—. ¡No te queda tiempo para buscar marido! Los hombres necesitan dedicación. Igual que las plantas.

Entonces Marie conoció a Gion. Pero su madre seguía sin estar satisfecha. «¡Pero hija, es un hombre casado! ¡Qué te has figurado! ¡Y encima, actor! ¿Qué

puede ofrecerte? ¿Podrá mantenerte siquiera, si tiene que pagarte una pensión?» No le cabía en la cabeza que Marie se ganaba holgadamente el sustento. «Espera a que llegue el primer hijo. Porque, ¿querrás tener hijos, no?» Y cuando Gion se hizo famoso: «¿Cómo sabes que va en serio contigo? ¡Uno así podría tenerlo cualquiera!». Cuando se separaron, la madre de Marie pronunció su mantra: «¡Lo dije desde el primer momento!».

Lo hacía con buena intención, Marie lo sabía. Era la manera que tenía Elisabeth de manifestar amor y preocupación. Pero también era una cárcel. ¿Por qué Marie no se había dado cuenta antes de lo temerosos que eran sus padres, de su excesiva tendencia a temer lo peor y estar preparados siempre para ello? ¿O acaso era esa la mentalidad suiza? Maurer, el médico residente, se lo había explicado con las siguientes palabras:

–Da igual lo que uno haga en este país, solo hay dos reacciones posibles. «¡Uy, pero eso nunca lo hemos hecho así!» O: «¡Sí, pero eso siempre lo hemos hecho así!» Suiza no sabe afrontar lo nuevo de otra manera.

Desde luego eso era aplicable a la madre de Marie. Y esta se preguntaba a veces cuánto la había influido esa mentalidad. Lo poco atrevida que se había mostrado hasta entonces. Hasta entonces, pensó. Hasta entonces.

Marie se asomó a la barandilla y miró por encima de los bloques de pisos pintados de color óxido, los verdes cuadrados de césped medidos escrupulosamente, interrumpidos por areneros grises, unidos por senderos en ángulo recto. Allí abajo estaba. Su pueblo.

Su padre se puso a su lado.

–La verdad, yo aquí no podría vivir –confesó.

–Tampoco tienes que hacerlo.

Marie deslizó su mano por debajo del brazo de su padre. Este tomó su mano en un gesto inconsciente y la palmeó distraídamente. Abajo, en las calles, se movían personas pequeñas, una mujer vestida de negro empujaba un cochecito infantil, un hombre joven se cubrió la cabeza con una capucha blanca.

–¿Pero qué gentes son esas?

«Mis pacientes», pensó Marie.

–No tengo ni idea –dijo en voz alta–. Pero ya los conoceré.

La urbanización era nueva. Novecientas viviendas, tres mil habitantes, dos mil de ellos menores de dieciocho años. La población extranjera ascendía casi

al ochenta por ciento. Esa urbanización era un pueblo. Esa urbanización necesitaba asistencia médica. Al principio, Marie había leído por encima las condiciones de la plaza. No ofrecía el clásico puesto de médico de familia, sino un trabajo en un consultorio médico colectivo, una concepción moderna de la atención sanitaria.

Pero entonces Mira Mehmeti se trasladó con sus hijos a esa urbanización. Maurer, el médico residente, se lo contó a Marie, y le habló también del consultorio colectivo y del puesto de trabajo. Él hubiera preferido presentarse, dijo, si hubiera finalizado su período de residente. Marie compró pan y sal como regalo de bienvenida y acudió a visitar a Mira a su nuevo domicilio. Fingió no ver la instantánea que había en la nevera mostrando a un sonriente doctor Maurer ante un cercado con jirafas, con el pequeño Joshua encima de los hombros. Recorrió la urbanización. Habló con la ginecóloga, que ya trabajaba en el consultorio colectivo. Y pensó: «Lo que buscan aquí es una médica de familia. Me buscan a mí».

–En nuestro pueblo también están construyendo pisos –dijo Martin Leibundgut, y se interrumpió–. Pero, claro, eso no te interesa.

–No, papá.

–En fin, tú sabrás.

–Lo sé.

Marie se apoyó en su padre. La mano de él estrechó la suya y volvió a soltarla, la estrechó y la soltó. Su padre siempre tenía las manos calientes. Manos suaves. De oficinista, afirmaba su madre, burlona y orgullosa a la vez. Marie recordaba cómo su padre había agarrado con esas manos a un chico que la había perseguido de camino a la escuela y le había quitado la cartera. Había levantado al chico agarrándolo por las hombreras de su cazadora y lo había sacudido, el chico se había echado a llorar. Nunca más molestaron a Marie de camino al colegio: su padre era fuerte. Todos lo sabían.

–Pero ahora no se te ocurra traerme a casa a uno del Este –avisó Martin, y Marie apartó la cabeza de su hombro.

–¡Papá, por favor!

–Es una simple opinión.

Marie meneó la cabeza. Pensó en Ted, que no contestaba a sus llamadas. No

le importaba. Antes o después recurriría a ella. Lo sabía. No podía explicarlo. Simplemente lo sabía. Y la hacía feliz.

Lo había visto allí parado, al otro lado de la calle, cerca del hospital, justo cuando se despidió de su puesto de trabajo. Ella había salido a fumarse un cigarrillo y había caminado un trecho hasta el final de la calle. Se sentía libre. Todo era posible. Y allí estaba él. Había echado la cabeza hacia atrás, ofreciendo el rostro a la lluvia estival, su aspecto era exactamente igual a como ella se sentía en ese momento. Algo había explotado en su interior, algo que brotó de la nada y se extendió, luminoso, ligero, un borboteo, una risa. Ella tiró a un charco el cigarrillo a medio consumir, mojado por la lluvia, y se puso las manos junto a la boca, a modo de altavoz.

–¡Tú y yo estamos hechos el uno para el otro! –le gritó por encima de la calle de tráfico denso y muchos carriles. Agitó con fuerza los brazos: «¡Ven conmigo! Cruza la calle». Pero él no la oyó. Al cabo de un rato dio media vuelta y regresó al hospital para terminar su turno. Como debía. Desde entonces, Ted moraba dentro de su pecho. Aunque no la llamase. «No importa», pensaba Marie. «Yo lo sé. Con eso basta.»

Le había llamado tres veces, para invitarle a una clase de yoga, a un té. Pero no había contestado. Más tarde le había enviado un artículo en el que hablaban de la búsqueda infructuosa en esa urbanización de maestros de primaria cualificados. Después, silencio.

«*Asmita*», pensó ella, el ego. Falsa identificación con el yo. ¿O identificación con el falso yo? «¿Quién soy?», se preguntó Marie por enésima vez.

«Yo soy Marie, la gorda, que se quedará sola. Soy médica, alumna de yoga. No madre de Stefanie, pero casi.»

Stefanie.

–¿Dónde demonios está Stefanie? –gritó por el pasillo y recibió un gruñido como respuesta.

–Creo que está fuera, charlando con unos chicos –respondió Martin.

–¡Vigila a esa chica! La has hecho buena.

Marie suspiró. Iba a decir algo, cuando Georg la interrumpió.

–¿Nos invitarás al menos a un café?

Marie enchufó la cafetera nueva. La luz parpadeó.

–La operación, un éxito, el paciente, muerto –bromeó Georg seguro que por enésima vez ese día.

Marie no perdió la sonrisa. Desenvolvió dos sillas del plástico protector y las trasladó al mostrador de la cocina. Buscó la caja donde ponía «tazas de café», la abrió, sacó dos y las colocó junto a la cafetera. Los dos hombres la miraban esperanzados. Marie suspiró de nuevo.

–Basta con apretar el botón –explicó ella.

–¿Y la leche?

–En la nevera.

Marie agarró sus cigarrillos y salió del piso antes de que Georg pudiera hacer un comentario sobre las mujeres emancipadas. Vaciló delante del ascensor. Bajar a pie los catorce pisos, sería un excelente ejercicio cardíaco y circulatorio. Por otro lado, ¿para qué estaba la medicina? Apretó el botón y descendió.

Stefanie estaba junto al espacio de juegos en medio de un grupo de jóvenes. Algunos fumaban. Marie se guardó los cigarrillos. Contempló los zapatos de los chicos, que eran de una blancura casi antinatural. Seguramente brillaban en la oscuridad.

–¡Stefanie!

Con acentuada lentitud Stefanie miró a Marie por encima del hombro. Puso los ojos en blanco y luego se volvió de nuevo hacia los jóvenes. Uno de los chicos saltó del respaldo del banco en el que estaba sentado, se subió el pantalón y contoneándose dio unos pasos hacia Marie. Al andar impedía con una mano que sus pantalones resbalasen por sus caderas.

–Buenos días –dijo Marie, tendiéndole la mano–. Soy la doctora Leibundgut, tu nueva médica de cabecera.

Los otros los observaban impávidos. Un par de chicas dejaron caer sus flequillos por delante de sus caras. Stefanie apretó los labios. Seguramente, pensó Marie, esperaba empezar aquí de nuevo. Reinventándose. Sin padres, sin historia, sin equipaje.

El joven soltó su pantalón y estrechó la mano de Marie.

–Caramba –exclamó–, ¿es verdad eso? ¿Eres mi médico?

–Sí –respondió Marie–. Si vives en esta urbanización...

–Pues no tienes pinta de doctor.

Una chica levantó la vista.

–Yo vivo en la urbanización. ¿Puedo preguntarle algo?

–Ven a la consulta. –Marie se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó unas tarjetas que anunciaban el consultorio colectivo–. Abrimos todas las mañanas a partir de las siete.

Algunos chicos las cogieron, les dieron vueltas entre sus manos, se las pasaron.

La chica se guardó la tarjeta en el bolsillo del pantalón sin mirarla.

–Sí, pero, quiero decir... ¿es usted una doctora normal o una... –bajó la voz– ... ginecóloga?

Los chicos que la rodeaban se carcajearon.

–¡Ginecóloga, esto sí que es bueno! ¿Estás embarazada o qué? ¿Necesitas la píldora?

–Soy de medicina general –contestó Marie–. Pero tenemos una ginecóloga. Lo pone todo en la tarjeta. ¿Vienes ahora, Stefanie? No puedo abrir sola todas las cajas.

–¿Es tu madre?

Stefanie, insegura, negó con la cabeza.

–Mi madrastra –susurró.

–¿Tu madrastra es el médico? Nunca podrás hacerte la enferma.

–¡Podría ser peor, podría ser profesora!

Más carcajadas. Al oír la palabra profesora, Marie pensó en el acto en Ted. Sonrió. Esa sensación, grande, luminosa, ligera, estaba siempre ahí, muy dobladita dentro de ella, pero en cuanto pensaba en Ted, se hinchaba como una vela y la inundaba.

–¿Os habéis mudado hoy? –preguntó uno de los chicos.

–Sí, y tenemos la casa llena de cajas. Stefanie, vamos, necesito que me ayudes.

–Yo también puedo ayudar, doctora –dijo el chico–. ¡Soy fuerte!

Se subió la manga y enseñó un delgado bíceps. Los otros rieron con ganas, pero se levantaron y las siguieron hasta la entrada de casa. Marie notó cómo el cuerpo de Stefanie se ponía rígido a su lado. Quiso rodearla con el brazo, pero no llegó a hacerlo.

Horas después, sentadas alrededor de la larga mesa, comían pizza. Las

luces de la urbanización se reflejaban en los negros cristales de las ventanas sin cortinas.

–Buen trabajo –alabó Martin a los chicos, que, rápidos y concentrados en el trabajo, habían vaciado las cajas, atornillado los muebles, retirado el material de embalaje. Las chicas se habían instalado mientras tanto en la cama sin hacer de Stefanie, habían sacado una a una todas las prendas de ropa, comentándolas, pasándoselas en círculo para probárselas y arrojándolas después en cualquier sitio. Ahora se sentaban a la mesa, dos por silla, Marie había traído además las sillas del escritorio y los taburetes de la cocina. Cogió un trozo de pizza y contempló sus rostros, uno tras otro. Sus vecinos. Sus pacientes. A su padre, que fruncía el ceño, preocupado. Marie sonrió.

–¿Lo ves? –dijo–. No estoy sola.

karmāśuklakṛśnaṃ yoginastrividhamitare ś ā m

Las acciones de los yoguis no son ni negras
ni blancas ni tampoco blanquinegras
como las de los demás.

Patanjali Yoga sutra 4.7

Nevada

Nevada miraba al espejo y veía a su padre: los cabellos oscuros, los pómulos marcados, el labio superior curvado. Limpiaba el cristal empañado con el dorso de la mano. Los ojos de su padre la miraban, se superponían a los suyos, desplazados unos milímetros. Sus cabellos mojados por la ducha se rizaban, Nevada abría el armario del cuarto de baño para sacar su cepillo de pelo. La puerta de espejo oscilaba hacia ella, las dos caras se separaban y durante una fracción de segundo la miraban fijamente al mismo tiempo. Cuatro ojos negros. Ella cogía el cepillo y cerraba la puerta tan deprisa que casi se pilló la mano. Los rostros resbalaban y se superponían de nuevo, pero con menor precisión que antes. Nevada cargaba duramente contra su pelo mojado, clavaba las cerdas en la piel de su cabeza, tironeaba, estiraba. Alisaba sus largos cabellos, pero la melena de su padre volvía a rizarse una y otra vez en torno a su cabeza peinada lisa como el halo de un impío. Nevada dejaba caer el cepillo y rompía a llorar.

Nunca se libraría de él. De su padre. Estaba dentro de ella. Estaba condenada, estigmatizada, corrompida. Así era. Su padre vivía en su rostro, peor todavía, la madre de su padre. «Pronto serás igual que tu abuela», le decía Beni una y otra vez, despectivo.

Nevada alcanzó pronto la pubertad, la regla le vino a los doce años, antes que a las otras niñas de su clase y mucho antes que a las de la clase de ballet. Al mismo tiempo comenzaron a crecerle los pechos. Su padre fue el primero en darse cuenta, y se enfureció. Como si sus pezones estuvieran dirigidos contra él en persona. «Ten cuidado, no vayan a salirte unos pechos tan grandes como los de la abuela», solía repetir con tono odioso.

Los pechos le habían costado a Nevada su papel específico. Beni se tomó a mal que ella hubiera cambiado de bando. Que se hubiera convertido en una mujer. Le dio a entender que le había traicionado. Se apartó de ella. Y lo que había deseado Nevada durante años, la hirió cuando aconteció de verdad.

Cuando se cumplió su deseo, cuando su padre la dejó en paz. Se había quedado más sola que la una. Los cuidados de su padre podían haber sido inoportunos, insanos, pero al menos había cuidado de ella. Ahora ya no significaba nada para nadie. Únicamente por tener pechos. Intentó mantenerlos a raya comiendo menos que antes. Noche tras noche se ponía una venda elástica alrededor del pecho, tan apretada que casi le impedía respirar. Un truco que conocían todas las bailarinas de ballet. Pero no siempre surtía efecto. Algunos pechos se imponían, como los de Nevada.

«¡Lárgate!», sollozaba Nevada. «¡Déjame en paz!» Pero Beni no consentía que lo echaran. A través de las lágrimas de Nevada, su rostro se fundía con el de su hija, hasta que su madre, la abuela de Nevada, se asomaba al espejo.

No se la podía llamar abuela. Anna Montenero procedía de una familia rica. Tras su divorcio había adoptado su nombre de soltera y se había trasladado a Mónaco. Por los impuestos. De pequeña, cuando oía decir eso, Nevada pensaba siempre en algo muy peligroso y se imaginaba a su abuela huyendo en coche por un país extranjero, con el volante entre sus manos. Su padre había dicho siempre a Nevada que se parecía a su madre, antes incluso de que le crecieran los pechos. Nunca había sonado como un cumplido. Y eso que Anna había sido una mujer hermosa. De rostro anguloso, nariz arqueada y largos bucles negros, tenía un aspecto exótico, de reina de cuento. Iba en contadas ocasiones a Suiza, y en cada una de sus visitas había problemas. Martha se ponía nerviosa desde días antes, limpiaba la casa, planificaba las comidas. Pero jamás lo hacía a gusto de Anna. Nada era lo bastante bueno para su hijo, y menos esa rubia huesuda que ni siquiera sabía cocinar como es debido. Anna torcía el gesto como una niña aburrída, apartaba el plato e invitaba a toda la familia a un restaurante. Allí daba órdenes al camarero y se burlaba de la ropa de Martha. Siempre llevaba con ella a las niñas. Anna Montenero llevaba vestidos cortos muy escotados, de colores llamativos, hasta una edad muy avanzada enseñó sus morenas y delgadas piernas. Tenía un pecho que palpitaba suavemente y olía a perfume caro, que casi asfixiaba a las niñas al estrecharlas contra su cuerpo. «*Donne-moi la bise*», gritaba siempre desde lejos. «¡Vamos, dame un beso, déjate de remilgos!»

Nevada recordó de repente cómo la mano de Anna descansaba siempre sobre la pierna de Beni durante esas comidas, deslizándose arriba y abajo por

la pernera de su pantalón. Cómo le susurraba al oído y después le mordía el lóbulo de la oreja. «Mi niño», le llamaba. «Benjamín mío», asfixiaba a su hijo en su pecho inmenso.

Nevada arrojó su cepillo de pelo contra el espejo. Pero su fuerza no bastó. El cepillo aterrizó, ruidoso, en el lavabo. Nevada se desplomó en el suelo del cuarto de baño y se quedó allí tirada hasta que la encontró su hermana.

Sierra no dijo nada. Se arrodilló, deslizó sus brazos bajo el cuerpo de Nevada, la giró acercándosela más y después, en un único movimiento, sin esfuerzo, se levantó con Nevada. Como si no pesara. Nevada notó los músculos de su hermana, su cuerpo duro. Gimió. El contacto había despertado a las hormigas.

Sierra la depositó con cuidado sobre la cama sin hacer. Preguntó entonces qué sucedía. No se sobresaltó cuando Nevada le dijo que había visto a Beni en el espejo. Se limitó a asentir y luego salió al asiento del jardín para hablar por teléfono sin ser molestada.

–Doble visión –dijo a su regreso.

Nevada se acordó de repente. El doctor Kaiser la había preparado para ese síntoma. Beni Marthaler no se había levantado de entre los muertos para castigarla desde el espejo del cuarto de baño o para pedirle disculpas. Sufría una recidiva.

Y la recidiva coincidió con los días más calurosos del año. A lo mejor también había sido provocada por el calor.

–En ese caso sería una seudorrecidiva –adujo Sierra–. Por desgracia la sensación es igual de jodida, pero en cambio el empeoramiento de tu estado sería pasajero. Ya veremos. En cualquier caso, Alphonse se pasará por aquí antes de la cena.

¿Alphonse?, se preguntó Nevada. ¿El doctor Kaiser? ¿Por qué su hermana llamaba a su neurólogo por su nombre? ¿Desde cuándo hacía visitas domiciliarias? Pero no pudo reflexionar más tiempo sobre el asunto. Las hormigas, ahora del tamaño de ratas, pateaban las vías nerviosas de Nevada dejando huellas ardientes. Ella yacía encorvada en la cama, como si de ese modo pudiera enroscarse alrededor del dolor, aislándolo. Permanecía encima de la manta, incapaz de soportar el peso sobre su piel. El fino algodón de su camiseta le quemaba la piel. Una y otra vez se imaginaba levantando la mano,

subiéndose la camiseta, sacándosela por la cabeza, pero no era capaz de hacerlo, no podía levantar la mano, ni seguir pensando.

Yacía en un lecho de ortigas. En tercero o cuarto algunas de sus compañeras estaban en los *boy scouts*. Tras un campamento de vacaciones habían contado historias tremendas de bautizos y pruebas de valor. Tenían que caminar solas en medio de la noche oscura, tomarse una bebida asquerosa y tumbarse en un lecho de ortigas. Sin embargo, a Nevada y a las otras bailarinas de ballet de la clase esas historias no las habían impresionado. «Eso no es nada», pensaban. «¡Bailad hasta que os sangren los dedos de los pies, hasta que se os caigan las uñas!» Pero el lecho de ortigas, reconocía ahora Nevada, fue la prueba más cruel.

–Es el fenómeno de Uhthoff –dijo el doctor Kaiser.

Este apareció súbitamente junto a su cama. Como salido de la nada. Nevada no sabía si se había quedado dormida. No se lo parecía. La habitación estaba en penumbra, la puerta de la terraza entreabierta, el aire caliente irrumpía por ella. El doctor Kaiser llevaba vaqueros y una camiseta de manga corta por la que asomaban unos brazos pálidos. Casi no lo reconoció. El médico palpó sus glándulas tiroideas, levantó sus párpados.

–¿El fenómeno de Uhthoff? –murmuró Nevada.

Había leído algo sobre el tema. En los folletos informativos que le había proporcionado el doctor.

–El aumento de la temperatura corporal origina un empeoramiento de la visión y una intensificación de los demás síntomas –explicó Sierra–. ¡Este calor de mierda! Pero no te preocupes, te he encargado ropa fresca por internet, un chaleco y un pañuelo. ¡Esto lo vamos a solucionar!

–Bueno, Sierra, pero ahora no te acalores tú –dijo con ternura el doctor Kaiser, y luego se ruborizó. Sierra se limitó a encogerse de hombros.

Nevada no sabía si era de día o de noche. Si estaba despierta o dormida. Intentó respirar lenta y regularmente. Concentrarse en algo distinto al dolor. A veces sentía unos dedos fríos en la frente. Otras, su madre, sentada en la cama, intentaba darle cucharadas de sopa. Nevada pensaba que preferiría estar muerta a seguir tumbada más tiempo sobre ortigas. Pensaba que no podría resistirlo ni un segundo más. Pero luego pasaba ese segundo, y el siguiente.

–Mañana refrescará –anunció Martha.

Nevada respiraba. Inspiraba, espiraba. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Las hormigas se apiñaban debajo de su piel. Ella intentaba concentrarse en el interior de su cuerpo, donde no vivían hormigas. Donde el dolor era soportable. Y de repente aparecía ante sus ojos la niña pequeña cuya imagen había encerrado durante tanto tiempo en su interior. La niña estaba sentada en un prado, a la orilla de un pequeño arroyo. Aburrida, arrancaba tallos de hierba en derredor, los arrojaba al agua y los seguía con la vista mientras se los llevaba la corriente. Parecía esperar algo. De pronto alzó la vista.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar aún? —gimoteó.

Nevada no pudo contener la risa.

La niña se levantó de un salto.

—¡Quiero jugar!

Lanzó al aire un puñado de margaritas, y a continuación giró en círculo con los brazos abiertos mientras llovían las flores arrancadas. Nevada soltó una risita ahogada al sentir el cosquilleo en su propio rostro de adulta.

No estaba muerta. Ni la niña pequeña estaba rota. Ella la había encerrado por su seguridad, y allí, en ese estuche metálico, había sobrevivido todos esos años. Pero ahora deseaba que la liberasen. Una parte de Nevada, que ella no conocía, que nunca había vivido, la esperaba impaciente a orillas del arroyo. La llamaba. Y deseaba jugar con ella.

—¡Vale, vale, si estoy allí! —le gritó ella.

Echó a correr hacia la niña, y a pesar de que su pie derecho se le doblaba a cada paso, la inundó una alegría indescriptible.

Poppy

Poppy necesitaba dinero. Su puesto en el periódico local ya no existía. Había sucedido lo que tanto había temido: en su ausencia se habían percatado de que no la necesitaban.

—Pero nos gustaría mucho hacerte una entrevista —dijo Hanspeter—. ¡El caso Bolliger ha levantado una expectación enorme!

Poppy se negó. Buscaría otro trabajo. Por desgracia carecía de aptitudes compatibles con el mercado, según le explicó su asesora en la oficina de

empleo. ¿No debería hacer algún curso de formación? Le entregó una lista con ofertas de cursos, pero Poppy se la olvidó en el autobús.

«*La princesa del caos*», leyó. Y: «*TDAH en adultos*». La doctora Nussbaum le había recomendado esos libros. Era la psiquiatra a la que acudía Poppy. La derivación del psiquiatra de la cárcel a otro médico había tardado mucho tiempo, y le costó conseguir cita. Y más todavía, hacerse pruebas. Mientras esperaba, leyó los libros recomendados. Los títulos, de por sí, ya eran bastante ilustrativos: Poppy no estaba sola. No era un caso único. Había muchas personas como ella. Que se ayudaban a sí mismas lo mejor que podían. Que corrían por el bosque para fatigar sus miembros agitados. Que bebían hasta que el carrusel de su cabeza giraba más despacio y terminaba por detenerse. Que escribían listas detalladas, ponían en marcha relojes y despertadores, tapizaban sus paredes con post-its. Que consumían drogas, que practicaban yoga. A veces servía, otras no.

Poppy tuvo que rellenar páginas y páginas de formularios de preguntas. *¿Escucha a veces voces que no oye nadie salvo usted? Con mucha frecuencia, con frecuencia, a veces, raramente, nunca.*

Lo más difícil fue encontrar una persona cercana que contestase un cuestionario igual de detallado sobre ella. No quería pedir a Peter ese favor. Al final, Poppy llamó a su padre.

–Pero para eso tienes que venir a verme –le respondió.

Tras jubilarse, su padre se había afincado en el Tesino, junto con Eva, su compañera. Él pronunciaba la palabra de un modo que parecía un vocablo ruso: Compañereva.

Poppy cruzó en tren el túnel de San Gotardo y fue recibida por una lluvia torrencial, lo que le provocó una singular sensación de desagravio. Su padre nunca había vuelto a llamarla. Ni siquiera cuando se casó y tuvo hijos, y tampoco cuando se divorció o fue detenida. Dos veces al año le enviaba un cheque, por Navidad y por su cumpleaños. Por lo demás, la había borrado de su vida cuando la dejó en aquel tren camino de París. Tras la muerte de la madre de Poppy, quedó libre para irse a vivir con su Compañereva que, según comprendió Poppy más tarde, debía haber estado esperándole entre bambalinas durante bastante tiempo. Ambos habían trabajado para la misma

empresa de seguros, habían pedido continuos traslados, habían recorrido toda Suiza, hasta que al final aterrizaron en el Tesino.

Poppy jamás perdonó a su padre.

Él a ella obviamente tampoco.

–¡Ya era hora de que vinieras a visitarme!

–¿Y tú?

Estaba más flaco de lo que Poppy recordaba, más encorvado. Al andar se apoyaba en la pared. Su Compañereva era unos años más joven que él. Llevaba sus cabellos de mechas rubias con un peinado pasado de moda, cardado y bien rociado con laca, y un collar de perlas. El piso en propiedad junto al paseo del lago estaba tan ordenado y limpio como la habitación de un hotel.

El padre de Poppy se sentó a la mesa redonda de comedor, cubierta con un plástico transparente, y extendió los documentos.

–Vaya, así que ahora hay un nombre para eso –comentó, resentido–. Hoy hay un nombre para todo. Antes se decía sencillamente: «¡Esfuézate un poco más!».

–Es justo lo que tú decías siempre. Solo que no sirvió de nada.

Poppy se dirigió a la cocina donde Compañereva se sentaba ante un vaso con un líquido rojo. En la nevera colgaban algunas instantáneas. Eva y su padre en una excursión (el sombrero para el sol se balanceaba muy alto sobre su pelo cardado), sentados en una terraza, brindando con vino, bailando. Era difícil precisar la fecha de las fotos, pues el peinado y la ropa de Eva no habían cambiado a lo largo de todos esos años. El estilo permitía deducir que habían sido tomadas a principios de los setenta. Entonces aún vivía la madre de Poppy. Esta pensó en todas las comidas que había tomado con su madre, en la ropa blanca. ¿De verdad había planchado Eva sus camisas? ¿Durante todos esos años?

–¿Cuánto tiempo lleváis juntos? –preguntó Poppy.

Eva abrió la puerta de la nevera, por lo que Poppy tuvo que apartarse. Sacó dos botellas de Campari Soda, un platito de aceitunas y lo colocó todo en una bandeja.

–Ay, Annamaria –contestó ella, que no la llamaba por el nombre que le

había dado su madre, lo que Poppy valoraba—. No seas tan severa —continuó Eva—. Tu padre tampoco tuvo las cosas fáciles. —Volvió a cerrar la nevera.

Poppy cogió una de las fotos de la puerta y le dio la vuelta. *Rigi, mayo de 1975.*

—Él te echa de menos —añadió Eva—. Pero no puede demostrarlo.

Y poniendo la bandeja en manos de Poppy, la envió de vuelta al cuarto de estar con un movimiento del mentón.

Cuando el padre de Poppy alzó la vista del cuestionario, tenía lágrimas en los ojos.

—¿Fui injusto con ella? —preguntó—. ¿Y contigo?

Poppy se encogió de hombros. Se había prohibido a sí misma abrir de nuevo esa puerta. ¿Qué habría pasado si se hubiera podido ayudar a su madre? ¿Y a ella? ¿Y a Lukas? Poppy no debía plantearse esas preguntas. No quería volver a caer en la sima infinita de la desesperación.

—Tú no podías saberlo —adujo ella—. Nadie podía saberlo entonces.

—Solo hice lo que me pareció correcto.

—Lo sé. Todos lo hacemos.

Abrazó a su padre al despedirse y prometió volver pronto. Incluso dejó que Eva la besase en las mejillas, o, mejor dicho, en el aire al lado de sus mejillas.

Poppy pasó dos medias jornadas en la consulta de la doctora Nussbaum. Sentada ante el ordenador, apretaba botones cuando aparecían determinados símbolos o se repetían combinaciones numéricas. Tuvo que recordar series de palabras cada vez más largas y dibujar imágenes abstractas. Al principio había sentido cierto nerviosismo, había tenido miedo a no entender las tareas, como antaño en el colegio. «¿Qué pasará si hoy se pone de manifiesto que soy realmente tonta? ¿Inútil, que no sirvo para nada? ¿Qué le diré entonces a la mujer de la oficina de empleo?» Pero enseguida se dio cuenta de que las tareas no eran nada complicadas. La mayoría le resultaron fáciles. Algunas incluso la divirtieron. Memorizó series de palabras como un poema, sintiéndose orgullosa de sí misma. Pensó que había quedado bien.

Después la citaron para la entrevista con la doctora Nussbaum. La psiquiatra extendió los formularios sobre la mesa y los contempló con una mirada extraña. Si Poppy no hubiera sabido de qué iba la cosa, habría pensado

que traslucían admiración. ¿Pero cuándo la había admirado alguien alguna vez?

–Es usted un caso singular –dijo la doctora.

Eso ya lo había dicho el psiquiatra de la cárcel. Poppy hizo que le explicasen los resultados; no era tonta, y eso ya era algo.

–Habría podido aprobar el acceso a la universidad. Con un poco de ayuda.

Poppy reconoció en el acto lo que expresaba la mirada que acompañaba a esa declaración: compasión.

Los resultados de sus test oscilaban entre el dos y el ochenta y nueve por ciento. Eso significaba que solo un dos por ciento de las mujeres de su edad habrían superado mejor esa prueba... o peor, según y como. Los símbolos que habría debido pulsar, los había pasado casi todos por alto. Las cifras recurrentes también. Y ni siquiera se había dado cuenta. Su atención titilaba débilmente como la luz de una vela en una estancia con poco oxígeno, un simple parpadeo la apagaba.

Poppy se marchó a casa con su diagnóstico y pensó primero que con eso bastaba. Con saber por qué era como era. Con saber sencillamente que había un nombre para lo que complicaba tanto su vida, y que, por consiguiente, no era «vaga, tonta o loca» le infundía ánimos. Llamó a Julia y se autoinvitó a cenar. Cuando estaban todos sentados a la mesa, habló de su diagnóstico y propuso que Lukas también se hiciera pruebas. Pero este la miró como si le hubiera traicionado.

–¡Ahora vas a empezar tú también con eso! –la increpó–. ¡Di simplemente cuándo tengo que largarme! Es lo que más os gustaría a todos vosotros.

Salió corriendo de la habitación, dando un portazo. Florian miraba el tablero de la mesa. Un momento después, pidió educadamente permiso para retirarse. Se llevó al cuarto de estar su plato medio vacío, sin mirar a nadie. Luego se escucharon los comentarios de un partido de fútbol.

–No puedes irrumpir aquí sin más ni más y hablar de algo de lo que no tienes ni idea –dijo Peter antes de marcharse con Florian al cuarto de estar.

Julia escuchó un momento con la cabeza ladeada. Los comentarios subieron de tono.

«He vuelto a hacerlo todo mal», pensó Poppy. Pero ese pensamiento parecía

haber perdido su espanto. Ni siquiera se permitió retenerlo. Fue desplazado enseguida por el próximo.

–¿Qué demonios pasa aquí? –preguntó Poppy.

–Lukas ha recibido una amonestación del colegio –le comunicó Julia–. Nos convocaron para una entrevista. Resulta que falta a clase desde hace semanas. Dicen que ya no puede continuar en la enseñanza reglada. No quisimos decírtelo. En tu situación...

–Situación o no, soy su madre –replicó–. Y Peter tiene razón. No se puede tolerar que no tenga ni idea. Eso tiene que cambiar.

–Ahora, de repente –murmuró Julia.

«Los tiburones rodean el bote», pensó Poppy. Pero ella seguía remando impertérrita.

–Sí, así, de repente –contestó.

Y así de repente pensó que su opinión también tenía valor. En definitiva, que no era una loca (ni vaga, ni tonta).

Llamó con los nudillos a la puerta de Lukas hasta que le abrió, malhumorado. Permanecieron un rato sentados en la cama, uno junto a otro, en silencio, Poppy no sabía qué decir. Al final, él empezó a hablar. Odiaba el colegio, a su tutora, su vida entera. Quería hacerse dibujante de cómics. Para eso no necesitaba ir a la universidad. Todos estaban en contra suya. Nadie le entendía.

Poppy asintió. Ya conocía eso.

–¿Y qué haces durante todo el día? –preguntó–. Cuando no vas al colegio.

–Pero si quiero ir –afirmó él, desesperado–. Nadie me cree. Todos los días voy hasta la esquina, pero en cuanto veo el edificio del colegio, me pongo malo.

Poppy asintió. También eso le resultaba conocido.

–No puede ser, está claro –dijo ella–. Hay que hacer algo.

Pero ¿qué? «Un poco de ayuda», había dicho la doctora Nussbaum.

«Yo solo quería tu bien», dijo su padre. ¿Qué habría necesitado ella entonces? ¿Qué podía hacer por su hijo? Lukas se negaba a hacerse pruebas. La idea de que sufriera un deterioro, como él lo llamaba, lo hería en lo más hondo. Eso también lo comprendía Poppy. Pero ella tenía que hacer algo. Era

su madre. Y por primera vez desde que era pequeño, Lukas la miraba como si esperase algo de ella.

Unos días más tarde, cuando Poppy había entrado en las páginas de diversos colegios privados, cosechando un fracaso tras otro porque esos colegios costaban dinero, pensó de repente: «No hay ningún motivo para sufrir así». Lo había dicho el psiquiatra de la cárcel y lo había confirmado la doctora Nussbaum. Poppy quería saberlo. Telefonó a la doctora Nussbaum y dijo:

–Quiero probar. Con las pastillas.

No sucedió tan deprisa como esperaba. Primero tuvo que acudir a la consulta del médico de cabecera. Como no lo tenía, llamó a Marie. Esta le mandó un *e-mail* informándola sobre las clases de yoga de Nevada en el Oasis de la Salud para mujeres.

–¿Puedes recomendarme un médico de familia en las cercanías de mi casa?

–No –contestó Marie–. Pero según el seguro que tengas, puedes venir a verme a mí.

En la urbanización donde estaba la consulta de Marie, había también una escuela unitaria, desde preescolar hasta el bachillerato. Debido al elevado número de extranjeros y al carácter experimental de la urbanización, se le habían permitido diversos programas de promoción educativa y nuevos métodos pedagógicos.

–¿Por qué no hablas con Ted? –sugirió Marie.

–¿Ted?

Poppy recibió una receta de Ritalin. La caja no tenía pinta rara. Vaciló antes de abrirla.

–Será mejor que no hable de esto con nadie –le había aconsejado la doctora Nussbaum–. No se imagina usted los prejuicios que lleva aparejado este tratamiento.

Claro que podía imaginárselo: Poppy había buscado en Google. Lo que sostenía en la mano podía ser la solución a todos sus problemas, la muerte de su personalidad, el medicamento podía convertirla en un robot o en una adicta. Partió una tableta con el cuchillo de cocina y tomó, como le habían dicho, tan solo la cuarta parte. Por la mañana y a mediodía. Todas los días a última hora de la tarde, informaba a la doctora Nussbaum. Poppy no notaba nada. A las

dos semanas aumentaron la dosis, y más adelante también. Un buen día, como un cuarto de hora después de haber tomado diez miligramos de Ritalin, sintió de repente algo. Era como si se hubiera tragado una piedra lisa y redonda. Un peso desconocido la ancló. Como si hubieran cargado con esa piedra una pila de hojas delgadas. Cuando se levantaba un aire fuerte, podía oír el crujido de las hojas en los bordes. Pero ya, ni a la menor ráfaga, salía volando toda la pila.

Poppy encendió su ordenador para informar a la doctora Nussbaum. En su programa de correo electrónico apareció la nota amarilla que se enviaba todos los días a sí misma. Todas las tardes revisaba su lista, borraba lo que había hecho y pasaba el resto a la mañana siguiente. La lista se alargaba cada día más. Era tan detallada que contenía puntos como *Sacar ropa (pantalón negro)* y *Ducharse*. Ese día Poppy comprobó algo curioso: era como si cada uno de los puntos de su lista hubiera sido escrito con un tamaño de letra diferente. Los puntos importantes destacaban más, los irrelevantes se mantenían en segundo plano. Así no afluía de golpe hacia ella todo lo que tenía que hacer, sino una cosa detrás de otra. Y de esa manera, de pronto, parecía posible.

Poppy se quedó sin aliento. ¿Era eso lo que veían los demás? ¿Era tan sencillo?

«Los monos se dejan domesticar», pensó. «Permiten que vivas con ellos.» Olvidó su informe a la doctora Nussbaum y en lugar de eso abrió su blog. Tras una breve reflexión vertió en la red todos los resultados de sus pruebas y añadió: «*Monkey Mind Reloaded*». *Resulta que el espíritu de mono en su variante extrema también tiene otro nombre, incluso científico.*

viśeṣadarśina āthmabhāvabhāvananivr̥tīḥ

Una vez que se ha reconocido la diferencia entre espíritu
y conciencia, desaparece la necesidad
del autoconocimiento.

Patanjali Yoga sutra 4.25

Nevada

Se quitó los zapatos con calma y los colocó en la estantería del pasillo. Su bastón tintineó al caer al suelo. Ted se agachó a recogerlo.

–Déjalo –dijo Nevada.

Pero Ted no permitió que le impidiera recoger el bastón. El doctor Kaiser le había aconsejado intentar ser lo más independiente posible durante el mayor tiempo posible. No era una tarea fácil. Muy pocas personas podían contemplar cómo se esforzaba con su bastón sin intervenir para ayudarla. Era un anticuado bastón suizo de paseo de madera con una empuñadura en forma de pájaro. «Un cuervo», pensó Nevada, «el negro heraldo de la muerte». Pero plateado. Con una muleta normal y corriente se las apañaría mejor. Pero no quería una muleta. Quería un bastón como el que usaba la gente sana.

La recidiva había dejado sus huellas. Nadie sabía si se mantendrían. Y Nevada menos aún. Las hormigas estaban tranquilas, cuando se miraba en el espejo solo veía un rostro. El suyo. Por el momento eso le bastaba. Tampoco tenía tiempo para estar continuamente pensando en sí misma. Volvía a dar clase a diario. Los grupos en el Oasis de la Salud eran pequeños y se llenaron deprisa. Nevada también ofrecía clases individuales. Su madre la advertía para que no trabajase en exceso, y también el doctor Kaiser le había ordenado hacer pausas para descansar. Nevada no podía llamarle Alphonse, aunque cada vez pasara más tiempo en su casa. Nevada seguía acudiendo a su consulta en la clínica universitaria, ella no podía plantearle sus síntomas en la escalera. Una vez había visto una marca roja en su muñeca, e inmediatamente recordó las esposas de hierro de Sierra.

«Como más feliz me siento es dando clase», decía. Además el transcurso de sus clases era totalmente distinto al de antes. Ella no demostraba nada. Se atenía a la máxima de Sri T Krishnamacharya: «El yoga debe servir a la persona, no al revés». Observaba a sus alumnas con más precisión que antes. Cada una de ellas tenía que abandonar la clase más ligera de lo que había

entrado. Un buen día preguntó a Sierra por qué en el Oasis solo trataban a mujeres.

–¡Los hombres también son personas, Sierra!

–¡Que lo digas precisamente tú! –Pero le prometió reflexionar sobre clases de yoga para hombres.

Sin embargo, antes de que Sierra llegase a una conclusión, llamó Ted y preguntó a Nevada si estaría dispuesta a ofrecer clases de yoga en la urbanización donde vivía y enseñaba a los alumnos de primaria.

–La dirección del colegio ha dado luz verde para los de secundaria. Pero yo no lo limitaría al colegio. Podríamos aprovechar las salas, abrir las clases a toda la urbanización... aunque no tengo ni idea de quién vendrá.

–Mejor –sentenció Nevada.

El gimnasio olía como cualquier otro gimnasio. En las paredes había espalderas. Nevada también las había visto en estudios de yoga. Se podía atar correas a ellas y colgarse en posturas invertidas. Tendría que informarse. Caminó descalza por el suelo engomado. Al final de la sala había una silla plegable de metal. Nevada sacó un cojín de su bolsa y lo colocó sobre la silla.

–Es asombroso, pero hemos recibido muchas inscripciones –dijo Ted orgulloso–. Y fíjate en las esterillas que hemos comprado, ¿qué te parecen?

–Preciosas.

Ted extendió sobre el suelo del gimnasio unas veinte esterillas de yoga de un verde intenso, al lado colocó bloques de plástico de color rosa. Los colores desentonaban con el suelo azulón cruzado por líneas amarillas y rojas. Nevada sospechaba que las esterillas las había elegido Marie. Colgó el cuervo plateado del respaldo de la silla y se sentó encima del cojín. No quería sentarse en el suelo por si no podía volver a levantarse. No quería imponer eso a sus alumnos. Al menos en la primera clase. Se agachó para recoger su bolsa, sacó un pequeño estuche de madera que contenía una *mala*, un rosario hindú de cuentas de madera, que se colocó alrededor del cuello. Luego puso encima del estuche la foto enmarcada de Sri T Krishnamacharya, y al lado una gruesa vela. Había traído un pequeño ramo de flores para el que Ted ya había dispuesto una botella de plástico partida por la mitad y llena de agua. Nevada colocó dentro las flores, encendió la vela, y se inclinó ante la fotografía. Estaba en casa. No importaba dónde.

Se sentó erguida, las manos relajadas en el regazo, los ojos abiertos. Entraron los primeros alumnos, algunos solos, otros en grupos. Ella los observó, intentando captar sus necesidades. Eran casi exclusivamente mujeres y chicas jóvenes. Oyó reír a su hermana.

–Por favor, descalzaos –dijo Nevada un par de veces con tono amable.

Allí estaba Marie, con unos leotardos ceñidísimos de color amarillo canario, que acentuaban su cintura estrecha y sus anchas caderas. Llegó con un grupo de mujeres jóvenes, la mitad de las cuales llevaban el pelo teñido de rubio platino, y la otra mitad cubierto con pañuelos negros.

–¡Caramba, doctora, qué sexy! –gritó alguien.

Algunas soltaron una risita ahogada. Una de las chicas jóvenes se puso colorada y murmuró algo parecido a «megapenoso». Debía ser la hijastra de Marie, pensó Nevada. Marie estaba radiante. Reventaba por los cuatro costados, relucía de felicidad. Ted acercó tanto su esterilla a la de ella, que se rozaban. Sus manos iban una y otra vez hacia Marie y recorrían su cuerpo. Las chicas jóvenes silbaban y soltaban risitas, Ted se ruborizó, pero no podía apartar sus dedos de Marie. A ella no parecía molestarle.

Dos mujeres más mayores se habían dejado puestos sus pantis de nailon, que les apretaban los dedos de los pies, debajo de los pantalones negros de chándal. Nevada estaba preguntándose si debía pedirles que se quitaran los pantis y se pusieran descalzas encima de la esterilla, cuando entró un hombre gordo con vaqueros y camiseta. Llevaba un móvil sujeto a su cinturón. «Hay que buscar al alumno donde esté», pensó Nevada, y se limitó a pedir al hombre que apagase su móvil.

Poppy había traído su propia esterilla. Escudriñó a su alrededor, dio unos pasos adentrándose en el gimnasio y buscó un sitio delante, a la izquierda. Se disponía a desenrollar su esterilla, cuando de repente cambió de idea. Fue hacia Nevada, y se arrodilló delante de su silla.

–¿Puedo preguntarte una cosa?

Nevada asintió.

Poppy había acudido hacía poco a una clase individual con ella, y Nevada había comprobado sorprendida que los colores chillones habían desaparecido. Poppy estaba completamente tranquila en la esterilla, ambos pies anclados firmemente en el suelo. *Tadasana*, la montaña.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Nevada, porque la clase acababa de comenzar, así que no podía ser cosa suya.

Entonces Poppy le habló de su tratamiento.

–En realidad no quería decirte nada, no sé si será compatible con el yoga.

Nevada se echó a reír.

–Poppy, soy la última persona que afirmaría que el yoga cura todas las enfermedades y sustituye al resto de medicamentos.

Al final de la clase, Nevada observó cómo Poppy se hundía profundamente en la relajación final, sin patalear ni contraerse, y pensó que tal vez ahora se le ofreciera la posibilidad de aprovechar bien la herramienta del yoga.

–Sabes lo de mi blog... –dijo Poppy, y Nevada asintió—. Bueno, pues el blog... va a convertirse en un libro.

–¡Pero, Poppy, eso es genial!

Poppy rio con timidez.

–¿Verdad que sí? Y, hmm, en la editorial les pareció interesante sobre todo la vinculación con el yoga... así que deseaba preguntarte si te gustaría colaborar conmigo.

Nevada sonrió. Hacía una semana le habían preguntado si quería idear un CD de ejercicios y grabarlo ella misma. Porque los pacientes de esclerosis múltiple seguro que preferían ver ejecutar los ejercicios a una afectada antes que a una modelo sana. «Falsa identificación», pensó en el acto Nevada. ¿Estaba afectada? ¿O solamente enferma? ¿Estaba solamente enferma, o también enferma entre otras muchas cosas? Iba ya a negarse con un movimiento de cabeza, cuando vio el rostro franco y esperanzado de Poppy. Nunca la había visto así.

Adaptar el yoga a la persona, pensó asintiendo.

–Habla de ello después de la clase.

Poppy se volvió, pero entretanto habían ocupado su sitio en primera fila. Nevada la miró mientras se situaba con los pies descalzos encima de una esterilla ya extendida, en medio de desconocidos.

Todos ellos discípulos de Nevada. Esta respiró hondo. Hacía mucho tiempo que no daba clase a un grupo tan numeroso. Se levantó, tambaleándose un poco, por lo que tuvo que sujetarse. Sintió las miradas, confundidas,

confiadas, inquietas, llenas de esperanza. Soltó el respaldo de la silla y unió las palmas de sus manos.

–*Atha yoganusasanam...* Y aquí comienza la doctrina del yoga.

Agradecimientos

Al doctor Kausthub Desikachar – insight and inspiration.

A mis profesoras de yoga Alice Joanou, Katchie Ananda, Barbara Immick y Sara Wildi.

A Piero Rossi.

A Markus Fritschin, Heidi Gautschi, Peter Grünig, Marcel Ruf y Markus Scherer del centro penitenciario de Lenzburg.

A Reinhard Lutz y P.W.

A la doctora Martina Pabst del hospital cantonal de Aarau.

A Laura Guglielmetti, estudiante de Medicina, por el diagnóstico de Nevada Marthaler.

A Franziska Schwarzenbach.

Y como siempre: a Anne Wieser.

He leído el Yoga sutra de Patanjali en las siguientes traducciones y lo he reflejado con mis propias palabras:

R. Sriram, *Das Yoga Sutra: Von der Erkenntnis zur Befreiung*, Bielefeld, 2009.

TKV Desikachar, *Über Freiheit und Meditation*, Petersberg, 2006.

Der Yogaleitfaden des Patanjali: Sanskrit/Deutsch, Stuttgart, 2010.

fundación suiza para la cultura
prohelvetia

Con el apoyo de la Fundación Suiza para la Cultura Pro Helvetia

Título original: *Montagsmenschen*

Edición en formato digital: junio de 2013

En cubierta: ilustración de © Gabriel Sanz Balfagón
© 2012 Nagel & Kimche im Carl Hanser Verlag München
© De la traducción, Rosa Pilar Blanco, 2013
© Ediciones Siruela, S. A., 2013
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15608-67-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.alevosialibros.com